



AVISO LEGAL

Título: *El Descubrimiento y la Integración Iberoamericana*

Autor: Bosch García, Carlos

ISBN: 968-36-2009-4

Forma sugerida de citar: Bosch, C. (1991). *El Descubrimiento y la Integración Iberoamericana*. Universidad Nacional Autónoma de México, Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos. <https://rilzea.cialc.unam.mx/jspsui/>

D.R. © 1991 Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510
Ciudad de México, México.

- © Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510
Ciudad de México, México.
<https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: cialc-sibiuam@dgb.unam.mx

Los derechos patrimoniales del libro pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este libro en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional (CC BY-NC-SA 4.0 Internacional).
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>



Usted es libre de:

- > Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- > Adaptar: remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo los siguientes términos:

- > Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia e indicar si se han realizado cambios. Pueden hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- > No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- > Compartir igual: si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

500 AÑOS DESPUÉS

El descubrimiento y la integración iberoamericana

Carlos Bosch García



centro coordinador y difusor de estudios latinoamericanos
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

500 AÑOS DESPUÉS

COORDINACIÓN DE HUMANIDADES

CENTRO COORDINADOR Y DIFUSOR
DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS

El Descubrimiento
y la Integración Iberoamericana

Carlos Bosch García

El Descubrimiento y la Integración Iberoamericana

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

MÉXICO 1991

Primera edición 1991

**DR © 1991, Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, 04510 México, D.F.**

DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES

Impreso y hecho en México

ISBN 968-36-2009-4

Al doctor Silvio A. Zavala

PRESENTACIÓN

Lector:

Entregamos en este volumen una selección de artículos de naturaleza diversa. Fueron escritos a lo largo de cuarenta y cinco años y representan, de hecho, el proceso de maduración de un autor. Se refieren a temas diferentes porque, aun cuando el autor tuvo una preocupación primordial, durante todo el periodo, en torno a la historia diplomática de México con los Estados Unidos –cuyo estudio todavía no está completo–, también se preocupó por los problemas de su propia identidad y por los del continente hispanoamericano.

Así se explica la aparición de los artículos sobre la relación de la Edad Media española y el descubrimiento de América por Colón; sobre la conquista de México, con sus descubridores, y la conversión de esos descubridores en conquistadores, finalmente transformados en colonos. Hombres estos procedentes de la Edad Media que soñaron en convertirse en los representantes del señorío colonial, sin prever que el señorío y la Edad Media estaban en crisis en España, donde se abrían las compuertas del centralismo regalista y agobiante que los ahogaría.

El resultado fue Iberoamérica que es lo que preocupa... y nos preguntamos por qué. Tenía que surgir la pregunta angustiada y lógica, en el estuudio de estos temas, como el culminar de tantas horas de trabajo y de preocupación.

Por último, el autor considera también legítimo atraer la atención del lector, y con toda la modestia necesaria, a aquellas líneas que en diferentes ocasiones dedicó a sus mayores intelectuales y a los amigos que dejaron marcas indelebles en su quehacer.

Carlos Bosch García
San Jerónimo, México, D.F, septiembre 1990.

ESPAÑA Y SU COLONIA

I. HISTORIAS COMPARADAS, ESPAÑA Y MÉXICO*

En nuestros días hay la tendencia de considerar que todo es nuevo y que es el resultado de la vida actual. Quizá todo podría explicarse también por el rápido avance de la técnica o por el disloque del mundo.

Hemos llegado a un punto en que los investigadores debemos tratar de que las juventudes sean conscientes de que lo perdurable es esencialmente humano y de que, aun a grandes distancias de tiempo y lugar, resurgen y se plantean problemáticas complejas cuya comprensión depende de cómo se vean las cosas. En el quehacer del historiador, y en el de otros muchos, hay que aprender a ver para delinear y precisar los perfiles que faciliten una comprensión afinada y consecuente con la experiencia y la madurez del pensamiento.

El trabajo, salido de la pluma del doctor Pedro Bosch-Gimpera, representa un ejemplo de la continuidad de análisis y de método. El resultado constituye el producto del historiador que hubo en él, a pesar de que en realidad fue arqueólogo. Ello se debió también a que cuando se entra de lleno en la investigación y ésta es promovida por las preocupaciones profundas del intelecto humano sobre problemas fundamentales, ella se constituye en una verdadera obsesión. Todos lo sabemos. Aparte del tema de su especialidad, el que obsesionó a Pedro Bosch-Gimpera fue el de los acontecimientos que trajeron la Segunda República a España y los que la hicieron caer.

Característica del maestro catalán siempre fue el gran deseo de análisis y comprensión, el profundo respeto por las culturas y por las nacionalidades que reunían los grupos humanos diferenciados por culturas, experiencias y expresiones históricas dife-

*1981.

rentes, que eran de origen disímil, pero ligadas por sus experiencias y expresiones, que forman en su conjunto la Nación. Su pensamiento se rigió por el derecho a mantener las personalidades específicas. Se preocupó por examinar lo que ocurre cuando se analiza con prismas predeterminados, o equivocados, como sucedió en el caso de España.

Muchos de los temas comentados acerca de España resultan existir en México por haber estado ligado su pasado al hispánico durante un buen tramo de la historia. Partiré del análisis de Bosch-Gimpera relativo a la historia de España para buscar la misma tesis en la historia de México.

Desde puntos de vista diferentes se ha analizado la pluralidad de pueblos reunidos en España. Pluralidad ésta que, si no se acepta con franqueza, lleva a las versiones oficiales de la historia hispana, que confundieron la realidad y pusieron en entredicho al estudioso, por no acentuar lo debido, el sentir y la expresión del propio pueblo español. La desviación violenta de la historia de España comenzó con los Reyes Católicos y se perfeccionó bajo el imperio, con una idea de la monarquía fuerte y de la unidad religiosa que, poco a poco, agudizó la intolerancia para buscar la conversión violenta de judíos y musulmanes, o su eliminación.

Por ello fue imposible comprender las razones y la importancia de los movimientos autonómicos regionales, que representan el fruto de una naturaleza desesperada por la incomprensión. Y es que existe un divorcio entre las formaciones estatales representantes de “la historia española ortodoxa” y el sentir nacional; de esa manera se confundió la historia y aun el nombre de Castilla y su lengua con ese “Estado español” que en ella residía. Así quedó comprometida esa región que apareció como representante del “Estado”, ante su propio pueblo y también ante el resto de las naciones indígenas que lo compusieron, cuya presencia está latente en el concepto de la “Nación”, concepto que debe ser en plural: “Naciones”.

Distintuir esos dos conceptos, el de naciones y el de nación es de trascendencia, porque afecta a la Península Ibérica y también al continente americano que, según la historia ortodoxa, fue el quehacer del “Estado” impuesto español, que trasladó a América la complejidad de los vicios observados en la interpretación unitaria de la historia de España.

Se debe meditar en el significado que tiene la fundación del municipio de la Veracruz en México, como la prolongación de la lucha enfrentada en la propia España entre la superestructura estatal y la infraestructura de las nacionalidades: recordaremos cómo uno de los propósitos de aquella fundación era enfrentarse con los representantes estatales de la corona, situados en Cuba, y como éstos eran la prolongación del sistema de los Austrias al continente americano.

El descubrimiento de la Nueva España y su conquista, hoy no se puede discutir, tuvo sentido y mentalidad medieval por representar la continuación de los afanes y de los anhelos de todo ibero en la propia Reconquista española, que los conquistadores trasladaron consigo a América. Pero el “Estado Español” tuvo que aparecer en la colonia con un grupo de hombres de mentalidad diferente, obedientes y respetuosos del rey a quien respetaban, cuyas preocupaciones eran estrictamente personales, eclesiásticas y monárquicas. Como instrumentos reales superpusieron su estructura política y social a los pueblos y a las naciones indígenas del país con la ayuda del “Estado Español” representado por las leyes nuevas de 1542 y por sí mismos, para repetir lo sucedido en la propia España con los Católicos y con los Austrias.

Ese andamio político y social se correspondió en América, donde las naciones existentes antes de la conquista también se vieron superpuestas por el dominio de las más fuertes. En México los aztecas también ramificaron sus influencias a tierras lejanas para construir su imperio fuera del valle. Ese imperio tampoco respetó la personalidad peculiar y específica de las otras naciones que poblaron el ámbito de lo que sería la República mexicana. La aztequización sometió a las otras nacionalidades mexicanas junto con sus culturas prehispánicas que perdieron fuerza y personalidad, al igual que las naciones hispánicas se ahogaron con la superposición de la romanización, la islamiación o el renacentismo.

Sin embargo, las características locales de las cerámicas, los tejidos, las supersticiones, las magias y las instituciones de gobierno o las sociales indígenas, quedaron en pie y perduraron a través de la colonia hasta nuestros días. A la vez persisten mentalidades, psicologías, filosofías, formas de expresión, lenguas aborígenes y recias personalidades que, como en España, siguen en vida y han resurgido históricamente cada vez que la

plataforma estructural estatal mexicana se reblandece. Ellas dieron lugar, entre otras cosas, al extraordinario folklore nacional elaborado por el mundo indígena que resulta perfectamente diferenciable según la región de que proceda.

Los representantes de la fórmula estatal colonial en política o religión sólo pudieron subyugar a porrazos en el primer caso y en el segundo a cristazos, para lograr una apariencia general de sumisión, al igual que ocurrió con los romanos o con los musulmanes en España. Y si España nunca fue sometida en su totalidad, tampoco pudo serlo la Nueva España. No se pudo retener a los indígenas del norte en el trabajo de las haciendas que mantuvieron y defendieron su libertad hasta épocas muy tardías (siglo pasado). Todavía en el sur del país se presencia la recia personalidad y la independencia de los grupos chamulas que se mantienen al margen del mundo moderno mexicano, en defensa de las idiosincrasias características, reveladoras de su fuerte personalidad. En estos poblados todavía es difícil aceptar al mexicano común y corriente por ser representante de otros intereses y de otras formas de ver y de hacer, de manera que se produce un rechazo capaz de alcanzar rasgos de violencia. La misma experiencia se presenta en otras localidades del país, donde los pueblos se aíslan para defender así la continuidad de su personalidad.

El Estado colonial, aunque ocurriera en todo el país, no pudo eliminar ni someter estas personalidades que sobrevivieron por debajo de él y se mantuvieron marginadas por rechazar lo que no era suyo. A su modo, entendieron la política y la aceptaron de la misma manera que con anterioridad aceptaron al imperio azteca. La religión del Estado impuesto se manejó con amplias dosis de fetichismo y de superstición por los indígenas que mezclaron sus mitos con la religión cristiana. Obligaron así a los frailes a adaptarse a ellos en vez de ellos a sus maestros, que hubieron de luchar con lenguas y mentalidades diversas que torcieron el verdadero sentido religioso. Por algo hubo que prohibir los ropajes de tela en las imágenes y por algo hubo que menguar la sangre de los cristos.

La organización estatal y política de la colonia tomó otros derroteros. Trató de servir a la superestructura de los Austrias de quienes dependía; de organizar a quienes, como conquistadores, participaban en esa fórmula gubernamental; y se buscó la manera

de manejar el trabajo de las nacionalidades indígenas para que fuera pertinente y provechoso.

La persistencia de las personalidades indígenas resultaba fuerte en el periodo colonial y también la presencia del propio individuo. Observamos a los capitanes de la conquista obligados a servirse de los núcleos indígenas unas veces adversos y otras favorables y vemos como la caída del imperio azteca no significó la victoria general sobre las naciones, a las que tuvieron que “convencer”, de una en una, en una u otra forma. Hubo la ventaja, al contrario de lo sucedido en España, de que las naciones indígenas eran más débiles y que estaban todavía en un punto evolutivo delicado y deleznable. Ello fue la causa para una desnaturalización más profunda del mundo indígena, a diferencia de lo ocurrido en el caso de las naciones hispánicas. Además, su propia inseguridad explica que rechazaran asimilar las mejores características de sus conquistadores. Por ello existieron dos mundos en la Nueva España, que vivieron paralelos en el mismo suelo, con tolerancias y poca comprensión de los unos a los otros. En el caso de los mestizos americanos encontramos experiencias parecidas a las de los “équites” en España, que fueron la quinta columna al servicio de los romanos. Estuvieron por encima de los indígenas, pero quedaron por debajo de los españoles y ello condicionó su carácter y su actuación en la colonia. De manera parecida aconteció con los criollos, que estando por encima de los mestizos, se consideraron por debajo de los peninsulares, definiéndose por ello su manera de ser y su conducta, hasta que se decidieron por la independencia.

La personalidad de las nacionalidades indígenas se complementa con la personalidad de los mestizos, generalizada su presencia en la geografía mexicana, y también con la de los criollos dispersos, al igual, por todo el país. De hecho tanto los mestizos como los criollos formaron grupos tan *sui generis* como para considerarse distintas nacionalidades mexicanas.

El estado colonial organizó su “orden” centrado en las figuras de los virreyes representantes de la superestructura centralizada de España. Ignorando la multiplicidad nacional, el “orden” se apoyó en las dos instituciones cruciales que le brindaron seguridad: la fuerza militar feudalizante y la Iglesia. La una actuó en salvaguarda del orden político y material y la otra en el espiritual, en representación de los dos instrumentos clásicos para la

custodia, tanto de la vieja como de la nueva España, que fueron acompañados por su “orden” económico afincado en la Hacienda Real.

Puede decirse que el “orden” se mantuvo sin remisión durante el periodo colonial, en que las naciones americanas vivieron en sordina y, sólo a veces, surgieron con timidez, al sentir que se resquebrajaba la corteza del estado colonial; sobre todo al llegar al final del siglo XVIII, cuando las crisis españolas y las americanas facilitaron el cometido.

Por desgracia, pronto se desvaneció la esperanza ofrecida al romperse los monopolios y las presiones externas. Cuando se destruyó el estado colonial español su fórmula continuó después de la independencia al sustituirse con la de los criollos que continuaron el “orden”, con pocas variaciones. La historia posterior se resumió con la lucha política representativa del estrato criollo y mestizo que, en cierta forma, determinó el orden que tanto lucharon por destruir. Blancos e indios continuaron enfrentados sin que hubiera muestra de nueva comprensión. Las nacionalidades indígenas continuaron desarrollando su papel en el aislamiento y siguieron proporcionando los medios de trabajo necesarios. Los enfrentamientos, cuando los hubo, y sucedieron con frecuencia, tuvieron lugar en nombre de las facciones políticas de los criollos y los mestizos, y las personalidades indígenas, desnaturalizadas, continuaron en mayor opacidad. De hecho, fueron segregadas de la nueva comunidad que las albergaba.

Por estas razones el fenómeno del nacionalismo y de la nacionalidad es tan difícil de manejarse, sobre todo cuando se confunden esos conceptos con el de Estado. Cuando a él se hace referencia, sólo se concuerda con los representantes de los de arriba y se desdeñan las naciones indígenas que, convertidas en naciones de ciudadanos, poco comprenden el conjunto del país o la política en vigor. Las naciones indígenas no pueden ser más mexicanas por pertenecer a su nacionalidad; si son mexicanas tienen que serlo estrictamente por mexicanos, y ello implica el disimulo de su propia naturaleza. Además, de ello resulta una segregación en sí, que adquiere mayores tonalidades en la segunda mitad del siglo XIX, cuando el Estado encasilla a los indígenas en las haciendas o reprime sus intentos en busca de libertad.

Nueva crisis sufrió el Estado nacional al estallar la revolución de 1910, cuando aparecieron reacciones en las nacionalidades

indígenas, al buscar el reconocimiento de su personalidad soberana a través de peticiones específicas de tierra. Ellas provocaron la política agraria, asimilada por gobiernos mexicanos posteriores, aunque la convirtieron en una parte política integrante de los intereses del Estado.

Como los problemas del país se tratan desde el “centro”, el antagonismo surge en la provincia contra la capital. Tanto la Federación como la Constitución nunca pudieron dominar esa realidad centralista. Para cualquier observador es obvio cómo el país entero, con sus provincias, siente que trabaja para mantener al “centro”. La nación se representa como una gran cabeza, la capital, con un cuerpo exangüe formado por las provincias. Ese desequilibrio acusa la centralización de los servicios federales y los enfrenta con los servicios estatales locales. Todo lo que venimos planteando se convierte en un índice sintomático de la poca comprensión y respeto habido hacia la personalidad estatal que, hasta cierto punto, representa las personalidades nacionales heridas.

Es importante que el tema no se desarrolle en la historia de México y que no haya forma de plantear la importancia de la personalidad de todas las naciones del país, a pesar de que se hable de indigenismo y de que se efectúen numerosos estudios, pero siempre son conducidos desde el punto de vista estatal al que deben adaptarse.

Entre tanto, éste les corresponde contemplando a su alrededor con interés antropológico, sociológico, etnográfico o folklórico. El hecho de que se reserve al Estado el interés económico, social o político explica que no se haya encontrado una razón suficiente y capaz de interesar a las nacionalidades indígenas para convertirlas, como tales, en partícipes de los problemas nacionales. Mientras esto no suceda, el pueblo, que de ellas se forma carecerá de una razón, como hasta la fecha ha ocurrido, para adentrarse en los temas generales y continuará siendo un elemento indiferente por excelencia.

Un vivo ejemplo de este fenómeno fue la reacción de toda la sociedad mexicana ante la visita del Pontífice. Ahí se vio a las claras cómo, cuando un visitante o un tema interesa, cuando se considera que está directamente ligado con lo más íntimo del ser y del espíritu, se produce una reacción general incontenible. Entonces la apatía se convierte en actividad y hay participación sin

lugar a dudas. En cambio, ante los temas ininteligibles y ante los fenómenos nacionales, a veces indiferentes, por estar sólo indentificados con la estructura política y social, la reacción popular es nula. Quizá sucediera otra cosa si se lograran encontrar fórmulas universales para esa población que dieran sentido a su posible actividad.

En conclusión, aun con atrevimiento, puede considerarse la existencia de un México definido, estructural por una parte y residual como el español del imperio centralizado y, por la otra, otro México, el de la pluralidad, que están en conflicto. En esencia, se trata de dos países diferenciados, el uno más complejo que el otro, tanto por su cometido como por las finalidades y también por las funciones que cumplen dentro de la sociedad en que viven. Fenómeno que no se aleja del analizado en España por estudios del Pedro Bosch-Gimpera historiador. Lo que vaya a ocurrir con las nacionalidades mexicanas es imprevisible en este momento; en cambio, se sabe lo ocurrido en España al no haberlas reconocido y negarles la personalidad a que son acreedoras.

De ninguna forma debe resultar arriesgado hablar de la necesidad, cada día mayor, de aceptar una actitud revisionista de la historia, que ofrezca nuevos planteamientos, alentadores de una mejor comprensión respecto a la verdadera naturaleza de los mexicanos. Pero a la vez tampoco estoy convencido de que España cuente realmente con una historia que explique la naturaleza de los españoles, con sus diversas nacionalidades acalladas por acción de la superestructura imperial y por el espíritu que dejó en pie durante tanto tiempo. Creemos que en el mundo español hay mucho más de lo que se muestra con el imperio, la corte, la religión e incluso la lengua. Cuando pensamos en cómo se puede hablar de un haz de lenguas hispanas, de unos reinos con personalidades definidas y diferenciadas, de numerosas filosofías esparcidas dentro y fuera de la península, de instituciones populares, de levantamientos por ideologías, encontramos entonces una riqueza humana y espiritual muchísimo más vasta y definitiva que, en muchos aspectos, llega a ser importante para la humanidad toda.

Aprender a ver, dicen los estudiosos del arte, pero también tenemos los historiadores que aprender a ver. Para entender, como dijimos al principio, que es importante ser conscientes de como perdura cuanto se refiere a lo humano y que aun a largas

distancias de tiempo y lugar, resurge y replantea las problemáticas más complejas cuya comprensión depende del enfoque que se les quiera dar.

II. EL SUEÑO Y EL ENSUEÑO DE LOS CONQUISTADORES*

Se trata de un fenómeno conocido, la Historia de América a partir del descubrimiento se apoyó en la Edad Media en la Península Ibérica. Por detrás estaba la estructura que partió del Mediterráneo, del Atlántico, del Pacífico y del Índico junto con los cuatro continentes cuando se logró coronar el viaje de circunnavegación, Magallanes-Elcano. De esa estructura surgió la primera más grande vía de navegación marítima comercial que habría en el mundo, y la Nueva España se involucró en ella por tratarse de una colonia interoceánica debido a su postura geográfica.

Cada punto de apoyo de este gran puente, Canarias – Santo Domingo – Cuba – Veracruz – Acapulco – Filipinas, se convirtió en un lugar de prueba y de experimento de procedimientos, que apoyaron los pasos siguientes, ajustándose a necesidades que cambiaron con la diferente circunstancia en que tuvieron lugar cada uno de ellos

Se trató de un fenómeno de vastas proporciones con participación de todas las culturas y experiencias ibéricas, que no se limitó a sus promotores navales sino que dejó en cada uno de los puestos de apoyo, y al paso, hombres de diferente naturaleza. Estos fueron gente de tierra adentro, templada en la Reconquista de España y con características diferentes entre ellos. Al igual que sus propios reyes sentían la necesidad de una misión a cumplir. Todos los puntos, establecidos en el puente hacia Oriente, fueron resultado y a la vez avanzada para el siguiente paso y para la historia a devenir.

Esta misión característica de los hombres de tierra adentro constituyó su destino vital de acuerdo con su propio pasado.

El castellano tenía la experiencia de la Reconquista de su propio suelo y además la experiencia de la lucha por la evangeli-

*1988.

zación mora. Los reyes entendieron esa empresa como la principal de su reinado y así lo hicieron los vasallos inmersos en la tarea de asegurar la supervivencia de la soberanía real y la extensión de la religión.

Estas tareas se plantearon también en América después de la Reconquista y la toma de Granada, cuando se terminó la tierra a repartir en España, y también las prebendas que ofrecían un prestigio social.

El pueblo castellano tuvo así que proyectarse al exterior, para ir en busca de complacer a sus reyes en su orgullo y a su religión, pero también para satisfacer sus propias esperanzas de alcanzar lo que no pudieron obtener en *su guerra* contra los islamitas infieles. El descubridor y el conquistador formaron la contrapartida en el diálogo con la corona: ellos representaron la herencia del mundo medioeval y ella la modernidad de la centralización.

A pesar de las reformas religiosas y políticas en favor de centralizar el poder, los Reyes católicos no lograron cambiar las ilusiones y las quimeras de esos conquistadores y las dos tendencias chocarían porque las unas representaban al individualismo y la libre empresa y la otra al Estado regalista y centralista. Ambas tendencias estuvieron en la base de la historia del siglo XVI, tanto en España como en la Nueva España y, en consecuencia, el periodo se convirtió en una época de transición en la que vencería la corona con su regalismo.

Fue por eso que los conquistadores vinieron a América, en busca del sueño de reproducir la situación habida durante la Reconquista que dejaron atrás.

Como se sabe, el mayor logro, envidiado por todos, fue el de Cortés con su concesión del Marquesado del Valle de Oaxaca en reconocimiento de sus hazañas. Pero recompensa, apenas hubo para el conjunto de los conquistadores y éstos no pudieron ajustar sus ambiciones con las de la corona. Pues ellos consideraban sus méritos merecedores de donaciones, con largueza medioeval y feudal. Por su parte, la corona y sus servidores en Nueva España fortalecían el poder real repitiendo la contienda habida entre los nobles y la corona en la Península. Aunque la corona venciera, esa lucha constituyó el espinazo de la historia colonial durante un largo periodo.

Los conquistadores y los pobladores, al lanzarse a través del océano para venir a América en el siglo XVI, aparte de otras ra-

zones, prolongan la necesidad de continuar el último capítulo de la historia medioeval hispana, que no aceptaban cerrar.

En efecto, cuando le hicieron las mercedes a Cortés le dijeron:

por ende, acatando los muchos y señalados servicios que habeis hecho a los Reyes Católicos... e a nos, especialmente en el descubrimiento y población de la dicha Nueva España, de que Dios nuestro Señor ha seido tan servido... e por más honrar y sublimar: e porque de vos e nuestros servicios quede más perpetua memoria, e porque vos e vuestros subcesores seais más honrados e sublimados, tenemos por bien que es nuestra merced e voluntad.¹

Así le nombraron marqués del Valle de Oaxaca y, de acuerdo con la costumbre, ordenaron incluso a la familia real y a la nobleza que le guardaran las honras, gracias y mercedes que debía gozar y debían ser “guardadas de todo bien e cumplidamente en guiza que vos non mengue ende cosa alguna”.²

Todos trabajaron a “su costa y minción”, se pagaron su viaje, su caballo, sus armas, sus arcabuces, las cotas de malla, los arneses y las corazas tanto para ellos como para los “caballeros de armada caballería” y Cortés los armaba caballeros para que se pudieran retar los unos a los otros durante el siglo XVI. Este apogeo del período caballeresco alcanzó su mayor desarrollo durante la época del segundo Marqués del Valle.

La población que todo esto trajo vino a América para servir a Dios, al rey y para obtener honra y provecho, pero además soñaba con llegar a ser señores para establecer sus linajes. No fue en vano que muchos de los episodios del descubrimiento y conquista parecieran poder llevar a realidad las esperanzas medioevales. El afán de lucro y la búsqueda de la riqueza se asoció con el alcance de ideales religiosos y con la necesidad de propagar el cristianismo y esa preocupación misionera distintiva se reflejó desde las instrucciones a Colón en su segundo viaje. Por ello se mandó una Real Cédula el 15 de enero de 1529 al obispo Ramírez de Fuenleal, como presidente de la Audiencia de Santo Domingo, por la que Carlos V otorgaba asiento y capitulación a los de la Española, siempre que contaran con ciertos requisitos para la creación de

¹ Carlos Bosch García, *Sueño y ensueño de los conquistadores*, p. 19.

² *Ibid.*

señoríos “por juro de heredad, con jurisdicción civil y criminal” que podían convertirse en mayorazgos. Y los colonos podían ser “fijosdalgo y caballeros... con arma y blasón a su voluntad.”³

Se entiende que hubiera desilusión cuando, además, el propio derecho al botín se convirtió en merced real desconociendo el derecho tradicional del conquistador que no olvidaba su espíritu señorial. La arrogancia de ese conquistador ante la desilusión dio lugar a la segunda lucha en la Nueva España contra la centralización real. La primera se dió en España. Tanto la corona como los conquistadores se caracterizaron por el empecinamiento y la testarudez en la política colonial que fue aparente en las Audiencias y en las Leyes Nuevas y, antes, en las instrucciones a Mendoza que fueron específicamente en contra de la hegemonía de los conquistadores atacándolos en el punto más vulnerable, el de las encomiendas. Mientras tanto la corona fue en busca de una organización estatal monstruosa, por su magnitud y extensión, dedicada a destruir al individuo como tal.

Con sus ambiciones medioevales los señores sometieron a la población indígena mientras, a pesar de las distancias, la corona intentaba favorecer la implantación de la monarquía absoluta. Los conquistadores recelaron, desde que llegaron los oficiales reales y de sus servidores pues entendían que disputarían la autoridad y las riquezas, ganadas con la espada y con sus haberes. Este conflicto entre conquistadores y poder real, y entre unos y otros conquistadores, motivó las guerras civiles en Perú, a pesar de que la corona ganara y de que lanzó la horda de burócratas de capa y espada y de letrados sobre las colonias para administrar el imperio y las rentas en nombre del rey.

Al crecer la autoridad del gobierno central, el de Castilla buscó la manera de debilitar esos privilegios locales y de asimilar la centralización en todo lo posible de los reinos de Indias al gobierno central. Comenzó la centralización con la Casa de Contratación en 1503 y siguió con el Consejo de Indias en 1524, además de la política generalmente trazada.

Extender el mundo español en América produjo los mismos conflictos que en España, acrecentados por la distancia y por estar en otro continente. Se observa la continuidad del desarrollo español en América, pero también la adaptación a la tierra nueva

³ *Ibid.*, p. 21.

ocupada y la mezcla, en ocasiones, o el choque de razas, que resulta en la formación de nuevas naciones y características. Por eso se tiende a formar Nuevas Españas, Nuevos Reinos con los que se identificaron los criollos a pesar de las muy frecuentes luchas en contra de las estructuras impuestas por la metrópoli.⁴

En América, la presencia de soldados y de misioneros en la conquista dio el carácter de crudeza al siglo XVI. Con posterioridad desapareció esa crudeza debido a la distancia que hubo desde la metrópoli y a las nuevas empresas de los conquistadores para buscar señoríos y encomiendas. Ello explica la abundancia de regocijos con los que mantenían el ejercicio de las armas y los alardes, que obligaban a sostener una organización militar adecuada para la defensa.

Señoríos y encomiendas representaron el manejo europeo tradicional de los dominios particulares, con ciertos privilegios de autoridad aunque nunca sustituyeran la jurisdicción del Estado por la indicación señorial, que todavía los latinoamericanos persiguen en la actualidad.

Con las naciones europeas fortalecieron desde el siglo XV su poder; ello contribuyó a impedir que se produjera un sistema político feudal en América y así pesó más el absolutismo, la burocracia y el mercantilismo que las aspiraciones nobiliarias que hubieran sido autoras de jurisdicciones particulares en favor de las casas y de los linajes.

Sin embargo, y a pesar de los políticos y de las novedades, persistió lo viejo. Por ejemplo, en la justicia los reos tuvieron que someterse a todas las formas medioevales: picota, horca, azotes, tormento, quema, desgarramiento y toda clase de atrocidades. Otro signo claro fue la tenencia de la tierra y la extensión de las propiedades determinadas por el sistema señorial. Las leyes del mayorazgo ayudaron a consolidar y estabilizar la propiedad al trasmitirla por herencia indivisa. Resulta fácil entender que la llegada de los nuevos pobladores llenara de angustia a los conquistadores viejos porque, sin contribuir, llegaron a participar del mando y a disfrutar de los bienes. Sobrevino la protesta de los viejos soldados postergados y la discrepancia que surgió fue causa de las características de la historia colonial del siglo XVI.

⁴ *Ibid.*, p. 25.

Los españoles criollos se vieron postergados ante la posibilidad de obtener cargos importantes civiles y religiosos.

El trabajo de los indígenas fue de interés general porque constituyó la recompensa de los méritos propios de cada uno. Y cada uno lo interpretó de diferente manera, incluso los religiosos, con una amplísima gama de su común denominador que fue la explotación. Por ello el desarrollo señorial fue mayor donde hubo más población indígena sedentaria.

Contra linajes y premios, se levantaron los defensores del Estado centralista que protegieron a las poblaciones indígenas, poniéndolas bajo el ala de la corona, a pesar de los abusos cometidos por sus funcionarios para someterlos a los repartimientos. La encomienda perdió así su característica de proveedora de mano de obra a la mitad del siglo XVI, limitándose a ser un instrumento proveedor de tributos que la corona usaba para premiar a los españoles por servicios y méritos de Indias. De hecho, se obstaculizó la aspiración de los encomenderos a gozar jurisdicciones y perpetuidades que eran atributos del señorío medioeval.

Los juristas fueron los que hicieron el trabajo de cambiar un poco la situación para ahogar a conquistadores y primeros pobladores mediante las reales provisiones de 1526 y luego con las Leyes Nuevas de 1542 y las ordenanzas de Felipe II de 1573, incorporadas en 1680 a la Recopilación de Leyes de Indias. Esa legislación más el cuadro completo de regalías reales recuperadas por mano fiscal, dieron al traste con los privilegios señoriales excesivos de los primeros conquistadores y de sus descendientes.

Al avanzar la colonización la presencia del Estado se acentuó por la turba de burócratas y administradores miembros de la nobleza palaciega y metropolitana que ocupaba los puestos. El problema de conciencia trató de resolverse en 1535 buscando que el rey arraigara a los conquistadores en la Nueva España, constituyendo 412 feudos hereditarios y la respuesta de Mendoza fue que en sus instrucciones se prohibía que se otorgaran mercedes “en feudo o en otro título que más convenga... con jurisdicción en primera instancia”.⁵ Ahí se abrió completamente el conflicto que tomó visos de justicia y de conciencia pues se estaba ignorando a quienes como vasallos pusieron al pie del soberano cuanto habían conquistado.

⁵*Ibid.*, p. 36.

Fue el propio virrey Mendoza quien recomendó que al Marqués del Valle se le quitaran ciertos lugares, porque eran los mejores para puertos de mar y para el paso hacia Guatemala. Pero además, como Antequera estaba rodeada de tierras de Cortés lo conducente sería quitárselas y que sus herederos recibieran otras a cambio, pues en ello había un justo reconocimiento a la aportación hecha por el padre (21 de febrero de 1552).⁶

Si el rey protestaba por la difícil situación que tenía frente a los conquistadores, los indios hacían aparecer a éstos ante la Real Audiencia. Los principales de Tecama con macehuales y lengua fueron a querellarse ante Diego de Ordaz, porque su encomendero, Juan Ponce, pretendía mandar 50 tamemes a las minas de Zacatecas. Como no aceptaron, “los tomó de los cabellos y les dio coces diciéndoles perros putos y diciéndoles ‘¿no sois mis esclavos? habéislo de hacer y porque los principales dijeron que, si lo hacían, se despoblaría la tierra’ respondió ‘no le daba nada que se despoblase’”.

Todavía en el mismo año de 1551 Bernal Díaz del Castillo lamentaba su pobreza y lucía sus méritos ante el rey. Vivía en Guatemala con su familia y una de sus hijas estaba por casarse; el rey ofreció al que se casara con ella que, si reunía las cualidades necesarias, a ese marido “le den corregimiento” y lo ordenó a la Audiencia de Guatemala “que en ello me serviréis”. Además el rey permitió que Bernal pudiera llevar algunas armas en su compañía y guarda, pues tenía muchos enemigos.

El rey fue generoso porque el permiso se concedió por seis años recomendando al presidente de la Audiencia, licenciado Cerrato, que le nombrara visitador y que le “tengáis por muy encomendado y, en lo que se ofreciese, le ayudéis y favorezcáis y encarguéis cargos y cosas de nuestro servicio, en que nos pueda servir, y él sea honrado y aprovechado, que en ello me serviréis”.

Todavía en el mismo año de 1551 favorecieron a Teresa Díaz de Padilla, hija de Bernal. ¿Hasta qué punto había muerto la Edad Media en 1551? Pues vemos a un rey complaciente con Bernal y tomando la responsabilidad en cuanto se le concedía y cediéndole derechos típicos en la Edad Media, como era el uso de armas por sus escuderos, para proteger al señor.

⁶*Ibid.*, p. 38.

Resulta imprescindible notar que, con o sin Leyes Nuevas de 1542, que resultaron flojas y se reforzaron en 1543, los funcionarios tuvieron que ceder ante la necesidad de arraigar a los hijos de los conquistadores ayudándoles con corregimientos. Pero éstos abrieron el enfrentamiento entre la corona y los descubridores-conquistadores-pobladores. Por un lado se iba en busca de la mayor protección al indio con intervención del Estado en la Iglesia, a través del Patronato Real, y por otro estaba la necesidad de explotar las colonias, que para ello las inventaron, usando mano indígena de trabajo que, con anterioridad se usó como esclava, al igual que en la Edad Media se usaba la negra en África y antes la oriental en todo el Mediterráneo.

La corona carecía de la fuerza necesaria para poder prescindir y someter a los descubridores-conquistadores-pobladores. Las concesiones fueron sin duda las prolongaciones de las encomiendas, que se fueron transformando y, finalmente, se dio la concesión de las mismas por dos vidas. Esa política representaba una manera de ir arrinconando la vieja sociedad para sustituirla por la regalista y por ello los encomenderos se debilitaron y empobrecieron.

Los afanes de grandeza afectaron a toda la sociedad colonial. No sólo Cortés hizo lo posible para saciarlos sino que también Martín Cortés hizo alarde y desplantes caballerescos, que fueron motivo de su popularidad entre la segunda generación porque, haciéndose preceder de un pendón, disputó la precedencia al virrey en 1564, solicitando el título de duque por sus méritos. Felipe II ignoró la petición y ello llevó la crisis al extremo, que en la historia se conoce como la rebelión de Martín Cortés, misma que al ser sometida terminó con los levantamientos señoriales, después de la muerte de unos cuantos y de la expulsión de los hermanos Cortés. De hecho ahí puede considerarse que la centralización se formalizó, terminando la Edad Media.

Los resultados obtenidos por los conquistadores fueron muy discutidos, los repartos de la tierra no fueron satisfactorios; como vinieron para mejorar su calidad social y su futuro, el regidor de Antequera fue comisionado para negociar y reclamar al rey porque todo lo dieron a Cortés y nada a quienes le ayudaron en la conquista (Carta del consejo de justicia al Rey, 9 de agosto de 1531).⁷

⁷ *Ibid.*, p. 46.

La molestia se generalizó y Juan de Lerma se lamentaba por haber puesto sus caudales y los de sus amigos para ayudar a Francisco de Montejo en Yucatán que, por arruinado, no podía ya sostener la tierra. Su protesta no fue atendida.

Aunque no se suprimió el principio, en muchas ocasiones los premios consistieron en dar honores a las ciudades para reconocer las fatigas de los vecinos al establecerse, pero distaba mucho entre premiar mediante un escudo a la ciudad y dar tierra a los conquistadores. El ejemplo existió en Yucatán, pero también en Compostela de la Nueva Galicia, donde la pobreza era de tal naturaleza que no tenían ni herraduras para los caballos ni armas de ningún tipo para defenderse.

ni las quieren traer y si alguno viene, pide más oro que pesa... zapato que nos calzar y finalmente ninguna cosa de las que, para pasar la vida, son necesarias porque a cabo de tres años y más que aquí andamos en servicio... no ha quedado cuero ni correas, sino la voluntad muy leal que de servir a V.M. tenemos... Omillmente... suplicamos... el remedio para poder vivir y salir de tantas miserias... (Carta al rey del ayuntamiento de Compostela, 19 de febrero de 1533).⁸

Un sevillano, Diego de Marmolejo, se fue de su casa para servir al rey en África a los quince años, luego pasó a la Nueva España participando con Cortés en la toma de Tenochtitlan y siguió después, con todo entusiasmo, hasta que la tierra “obedeció”. Todo lo hizo a su “costa y minción” y los gobernadores representantes del rey, hasta el momento en que escribía al Consejo, nada le dieron por los grandes “odios y pasiones” que le tenían. Por honrado y recto padeció: estaba casado y tenía familia, estaba endeudado y no tenía con qué ir a España para pedir justicia. Los conquistadores habían caído en manos de los burócratas y a nadie importaba si habían participado en la conquista o no.

A partir de la segunda audiencia, se trató de reestructurar la sociedad mexicana y la única fórmula efectiva fue la de debilitar a los conquistadores y antes pobladores. Se suprimieron las encomiendas creadas por Nuño de Guzmán y, si Mendoza no aplicó las Leyes Nuevas, en cambio minó el poder de los conquis-

⁸ *Ibid.*, p. 48.

tadores al asignar las encomiendas de los muertos, sin herencia, a la corona. El aumento de la actividad creciente burocrática, que detenía la acción de los encomenderos, causó que Cortés partiera definitivamente a España en 1540 y ahí terminó por perderlo todo.

Hasta el muy discutible Nuño de Guzmán, al terminar su presidencia en la primera Audiencia avisaba del peligro, que había porque los indios fueran matando españoles:

Y de haberme vuestra Majestad mandado quitar el oficio de presidente no me pesa ni lo siento, sino porque fue vuestra Majestad servida de hacer conmigo lo que nunca se ha hecho con ninguna persona, hasta hoy, de cuantas por vuestras Majestades se han puesto en los cargos semejantes, que es degradarme sin ser oído y saber de mis deméritos, y ya que se hacía por información del marqués y del clero, que no menos fuego qué ha metido en esta tierra, los reyes y señores mayormente los de España, siempre acostumbran hacer mercedes... a los que mayor honra tenían y menos les habían servido.⁹

Protestaba además de que le hubieran dado provisión de gobernador, acompañada de 1000 ducados de salario, aparte de lo que tenía como gobernador del Pánuco. Entendía que le daban trabajo y salario y por eso lo aceptaba, pero no era justo que los reyes dieran cargos y mercedes condicionados, a cambio de todo lo que hizo por ellos esperanzado de recibir mucho más pues los gastos fueron muy grandes.

Como es de suponerse, cuando se hizo el esfuerzo de regresar las encomiendas a la corona se provocaron situaciones muy difíciles para la economía privada. Un ejemplo para nosotros puede ser el de Juan de Ojeda al que, el juez de residencia (Tejada) privó de su encomienda. Fue contador y presumía de que obtuvo su encomienda después de 30 años de servir en conquistas y descubrimientos, antes de ser contador, y decía que no la había logrado por ser funcionario, como sucedía con otros. Pero “y agora véome probe y tengo muchas hijas y poco que les dar”, tampoco podía ya trabajar de contador y pedía que su puesto se diera a su hijo.

⁹ *Ibid.*, p. 50-51.

El emperador no puso atención al pedido de Ojeda, quien decía de nuevo al rey: “por hebrero de este año, de cincuenta y cuatro, escribí a vuestra majestad suplicando que este oficio, que tengo de contador, se me hiciese la merced para un hijo mío que se llama Juan de Ojeda”. Su razón era que siendo demasiado viejo y enfermo no podría atender su obligación pues el rey mandaba que la caja y los oficiales pasaran a Zacatecas. No le resultaba posible ir en desempeño de su destino, como residente, porque su familia y su casa estaban en Guadalajara. Irse, significaría salir del reino teniendo en cuenta que se trataba de un lugar despoblado. Por ello pedía que le permitieran tener un lugarteniente como los demás oficiales. Además le resultaría imposible mudarse por la carestía pues, ni con tres veces el sueldo podría mantenerse “por valer las cosas a muy excesivos precios como en las otras he hecho relación a vuestra majestad.” (Carta de Juan de Ojeda al emperador, 3 de agosto de 1554).¹⁰

Las tensiones y las animadversiones entre los funcionarios de gobierno y los conquistadores llegaron a dividir la sociedad novohispana como es bien sabido. Pero, además llegaron a enfrentarse con los propios virreyes, como en el caso en que Cortés se irguió ante el virrey Mendoza pidiendo que se le hiciera una residencia. Ese enfrentamiento de 1547 habló de que el virrey se entrometía en lo que no debía, en los descubrimientos, en el abuso de los indios, en el de los conquistadores y pobladores, en la formación de armadas. Para obtener dinero que sufragara sus expediciones, se habían vendido pueblos de indios públicamente. El permiso para hacerlo era, aparentemente, negado por el virrey, y sus criados negociaban las licencias, por detrás, por quinientos o mil castellanos según los casos. Cuando repartían corregimientos en pueblos de indios, el virrey lo hacía en contra de los intereses y con salario para sí. Por supuesto, favorecía a sus amigos. De cuanto desaguisado fue posible acusaron al virrey, y pedían que lo enjuiciaran con un juez de fuera, pues los locales estaban todos coludidos con él.

Otro problema que tenían era la llegada de inmigrantes entre los que pocos eran aristócratas. Por lo general había entre ellos muchos oficiales y gente de poca monta y muchos, aunque ricos, estaban desconcertados pues, decía Alonso de Montemayor:

¹⁰ *Ibid.*, p. 58.

con haber mamado en la leche del lenguaje y costumbres de sus padres y ser formados de aquella masa, viéndose ahora en otra estofa de lo que pensaron, dicen y hacen desatados, que todos por cualquier liviandad vienen a parar en comunidad y así por su causa hay cada día desasosiegos.¹¹

Montemayor parecía conocer bien a su gente y por ello decía de los recién llegados que tenían:

los estómagos tan grandes y todos los intereses por ser tan pocos que ninguno hay que no piense que todo se lo debe, e así lo que en España y por allá se tiene por mucho, acá se tiene por poco o nada, e así es menester mucho para contentarlos, e no se contentan con poco y esto creo que ha causado del nombre primero que tuvieron las cosas en esta tierra y también del mucho valor que los hombres y las cosas tienen en ella y de los peligros y trabajo que pasan por venir a ella, juntamente, con quien mira que se destierran y apartan de sus tierras y debdos...¹²

Planteado este problema, así proponía que se arraigara a esa gente dando mercedes a los mejores e incluso regalos. Pero ningún caso se les hizo.

Aún peor fue la situación de Jerónimo López al que las autoridades no le daban el premio que el rey ofreció y, para que no fuera a España a quejarse, le hundieron su propio barco, cuando lo compró para poderse ir. Consideraba Jerónimo López en enero de 1548 al escribir al rey que:

en Nueva España había dos clases de gente, los conquistadores y los pobladores, que el rey tenía 'en mucho', pero eran desperdiciados por las autoridades locales y de nada sirvió que el rey les ofreciera pasaje y otras cosas para que fueran a poblar las colonias. Las autoridades no los atendían, los maltrataban y ponían tasas a todo sin tener en cuenta lo que invertían y lo que producían. Así eran siempre los regatones quienes sacaban partido: 'desollando la república... vendiendo las cosas a peso de oro en tanto grado que llevan por una arroba de vinagre cinco pesos, e por una vara de paño diez, y

¹¹*Ibid.*, p. 65.

¹²*Ibid.*

por una de lienzo un peso, y así por todo lo demás , que para sustentar una casa con hijos, aunque sean pocos, ha menester más de dos mil ducados por cada año: y sería bien remediar esto, y no destruir los vecinos, poniéndoles tasa a ellos...'¹³

Queda claro el divorcio entre autoridades y conquistadores y todavía fue peor después de los levantamientos que tuvieron lugar con la llegada de Martín Cortés. Levantamiento que se manejó con gran crudeza y falta de sensibilidad. Los conquistadores y los pobladores viejos, que eran leales vasallos, incapaces de levantarse con la tierra pues estaban dentro de los cánones de fidelidad del medioevo, estaban apurados porque al fin de sus días veían que lo ganado con tanto esfuerzo lo inquietaban los mozos y decían a los visitadores reales que debía tenerse en cuenta la inexperiencia de los jóvenes porque:

los viejos y valerosos, que conquistaron y sostuvieron esta tierra a su costa, en todas las rebeliones de provincias que hubo, son muertos, la ciudad queda casi en poder de los mozos, que, aunque haya muchos que siguen el valor de sus padres, no pueden tener la perfición que ellos, por faltalles la edad y aunque si algo estuvo determinado, es justo que nos regocijemos se haya descubierto.¹⁴

El resultado fue que Luis y Martín fueron condenados en España al destierro de Indias y a servir en Orán. El marqués tuvo que pagar 50 mil ducados de multa y 100 mil de préstamo al rey. Sus bienes en la Nueva España fueron secuestrados. En 1574 Felipe II se enterneció y les perdonó del servicio en Orán. Luis volvió a la Nueva España pero Martín aunque restituido de sus bienes nunca volvió a Nueva España. En Madrid murió en agosto de 1589. Los Ávila, los Quesada, los Oñate y los Victoria de entre 25 y 30 años también se levantaron por ver sus intereses disminuidos, cuando en ellos fincaban su porvenir y su situación forjada y heredada de sus padres y sufrieron todo el rigor de la ley. (Carta de Antonio Sotelo de Betanzos al rey, 9 de diciembre de 1567).¹⁵

¹³ *Ibid.*, p. 66-67.

¹⁴ *Ibid.*

¹⁵ *Ibid.*, p. 74-75.

Si estos fueron los conquistadores importantes, fijémonos en los modestos que son más abundantes, aunque sólo tomemos un par. Hernando de Santillán: sirvió 13 años en Nueva España con su persona, armas, caballo, perdió un hijo en la batalla. Tenía mujer e hijos y pedía en 1532 que lo tuvieran en cuenta para cuando se hiciera el repartimiento general de tierra.

1552 siguieron las solicitudes, Alonso Mata vecino y regidor de Puebla fue un hidalgo que llegó en 1520 a su costa, estuvo en la conquista, fue herido, pasó muchas hambres, gastó su patrimonio para vivir y todavía tenía hambre, se sentía viejo, no tenía dientes ni muelas. Le dieron una encomienda de 4 pueblos de indios, pero los gobernadores, con sus “pasiones y diferencias”, se los quitaron. El visitador le concedió 300 pesos de tepuzque y con ellos pagaba los gastos de tres meses del año porque no alcanzaba para más. Pedía mercedes vitalicias “*porque de mi y de mis servicios quede perpetua memoria*”.¹⁶ Viejo y todo, Alonso Mata, se acercaba todavía a la muerte preocupado de que de él quedara “perpetua memoria” en la posteridad. Sentía que sus sueños, y también sus ensueños, al igual que para todos los demás se habían convertido en una inalcanzable quimera que, después de toda su vida, desaparecía en el horizonte... porque España nunca supo tratar hombres y menos a los que algo le dieron.

III. LAS RUTAS DE NAVEGACIÓN QUE CULMINARON CON EL DESCUBRIMIENTO*

Las dos primeras etapas de navegación

Hombres, más dilectos que yo, se han ocupado en explicar el sentido de la historia de nuestros países y han ocurrido a la dicotomía que se obtiene, al contraponer la raíz indígena frente a la hispánica, y fijarse en los resultados que se obtuvieron después del trauma de la conquista. Otros optaron por ver en el reinado de los Reyes Católicos a los unificadores de España, que proyectaron la secuencia histórica castellana a América. Pero en general no han acometido el historiar al mundo hispánico, apoyándose en su propia variedad, para abrir horizontes más amplios y conceptos de diversidad nacional condicionantes de la vida hispánica medioeval que terminó en el continente americano. Hay que insistir más en que de esa historia medioeval partió el esfuerzo que incorporó América en la historia general cuando la historia hispánica era un compuesto de nacionalidades que acrisolaban, cada una en su forma, los conocimientos surgidos de la evolución medioeval. Con ello, resulta que un lapso importante de nuestra propia historia está relacionada con aquélla más que con la renacentista.

El mundo medioeval hispánico del siglo XV, con sus muchas particularidades específicas, casi al final de su propia reconquista estuvo condicionado por la lucha contra el infiel agresivo y sus reinos se lanzaron a la proyección continental hacia el descubrimiento, en los océanos Atlántico y Pacífico y también de América.

Ello fue posible gracias a la diversidad de las naciones hispánicas y a la múltiple forma de concebir su propia Reconquista, lo que estableció una dialéctica entre la costa y el interior.

*1988.

La defensa de la identidad cristiana, durante los ocho siglos de Reconquista, se distinguió por los acentos de organización interna diferentes dados a cada una de las naciones. De ello resultó la personalidad específica de Cataluña y Portugal, eminentemente volcada hacia el mar, y la de Castilla dirigida tierra adentro. Pueblos marinos y de tierra adentro acometieron la mayor empresa marina que fue la de América. Pero antes de América hay el precedente de dos imperios, el catalán en el Mediterráneo y el portugués africano y oriental que abrieron dos ciclos de gran navegación, increíbles para su tiempo. Estos dieron las bases y los conocimientos necesarios para la posterior navegación castellana, íntimamente relacionada con estos dos ciclos anteriores que facilitaron la herencia institucional en el primer caso, y también el conocimiento y la práctica de la navegación oceánica en el segundo. Sin ellos hubiera resultado imposible el intento castellano hacia las Indias. Todos sabemos, y no me detengo en ello, de las necesidades del comercio habidas en el Mediterráneo y del significado de la toma de Constantinopla por los turcos, que interrumpieron líneas de intercambio establecidas desde antiguo. Pero debo insistir en que las dos naciones marineras, la portuguesa y la catalana, se desarrollaron al combinar el interés comercial y político de su sociedad para sobrevivir. Con espíritu abierto y ecuménico aprovecharon de clásicos, árabes, judíos e ibéricos cuanto conocimiento tuvieron a la mano. También se preocuparon de emprender estudios básicos para el propósito, como sucedió en el monasterio de Poblet de Cataluña o en Mallorca con la cartografía, donde colaboraron judíos con cristianos y con árabes. En esa forma se llegó a un espíritu de tolerancia y compatibilidad que respetó a las demás naciones contra las que no se practicó el poder militar ni la imposición nacional, excepto en el caso anárquico de los catalanes en Constantinopla.

La tesis del descubrimiento

De esas experiencias, con esa manera de hacer, y con avidez por completar el conocimiento todavía parcial, se asimiló el nuevo saber sobre el mar y la tierra que, poco a poco, conformaron los lineamientos del próximo paso a seguir.

De hecho cuando ya se preparaba, a fin del siglo XV, el viaje que llevaría al descubrimiento de América, con la gran explosión

del intelecto humano evolutivo medioeval, todo lo que sucedería estaba en el aire y no era motivo para llamar la atención de quienes estaban inmersos en el ambiente de la tesis progresivamente formada. Contaban con todos los elementos, unos ofrecidos por Cataluña y otros por Portugal. Ellos eran la contribución de sus propios ciclos de navegación, desde la brújula hasta las naves. También estaban las incursiones en el mar tenebroso y el antecedente de la navegación hacia Madeira, las Azores, las Canarias y Cabo Verde que constituyeron, en conjunto, las prácticas necesarias para la navegación en alta mar. El resultado fue la anulación del mundo de las fantasías tenebrosas y también de los argumentos opuestos a la navegación de esos mares: pues las naves veleras, medioevales, toscamente construidas, hundieron en sus estelas las supersticiones fantásticas y aterradoras del pensamiento humano.

La tesis de la navegación hacia el oeste estaba en pie y sólo faltaba la penetración profunda del Atlántico para confirmarla. Ese fue el significado de las navegaciones de Colón y de Magallanes-Elcano, y también de Vasco de Gama, las dos primeras hacia occidente y la última en sentido opuesto pero con los mismos motivos y objetivos.

Estos viajes muestran una dialéctica de características especiales por la existencia de dos coronas peninsulares, una situada de cara al Mediterráneo y hacia el oriente y la otra al Atlántico y hacia occidente. Las dos eran marineras y comerciantes, apoyadas en la libre empresa y en la libertad de acción de sus hombres burgueses, precapitalistas, enfrentados con las naciones de la meseta, expansivas y guerreras, con profundo sentido nobiliario y con ligas insustituibles de dependencia hacia el rey y hacia los nobles. Éstos estaban preocupados por sus guerras internas genealógicas, que iban en busca del poder y todavía estaban alterados por la Reconquista islámica. Por ello utilizaron ganados y mestas para sobrevivir, sin preocuparse de manejar masas de hombres porque estos dependían de reyes, nobles, Iglesia y órdenes militares. Todo ello significó la pérdida de visión política a largo plazo, después de Alfonso X el Sabio, hasta llegar a los Reyes Católicos, como se demostró con las dificultades que opusieron a Colón en contra de su gran aventura.

La tercera etapa de navegación

Castilla representó la tercera etapa en la epopeya de la navegación de altura, diferenciándose de las naciones marineras actoras de las etapas anteriores, al constituirse en el eslabón que las engarzó. Castilla se desprendió de ellas y de sus relaciones ya tradicionales, para encaminar su corona a resultados diferentes.

La Castilla del siglo XV gravitó sobre Andalucía y de manera especial sobre la ciudad de Sevilla que se favoreció por razón del comercio atlántico y mediterráneo y por el tráfico del oro que abrió y enriqueció sus relaciones con los extranjeros, venecianos y genoveses. Este enriquecimiento comprende la costa, desde Cádiz a Huelva, y se entiende el entusiasmo posterior por la persona de Colón relacionado con el mar, en esa zona.

Los andaluces del siglo XV abrieron tres derroteros en su política estratégica. Primero navegaron a las Canarias para comerciar oro, esclavos y azúcar. Luego tomaron el camino del norte de África, donde se abría el comercio con los fuertes portugueses y finalmente se comunicaron con Génova y se relacionaron con el Mediterráneo occidental. Pero el interés declarado por el gran comercio de las especies no surgió en Andalucía. La relación principal de Sevilla, después de su reconquista, tuvo que ver con Génova y con Lisboa que era el puerto más avanzado para los genoveses en el Atlántico. En cambio, desde Sevilla se dictaba la política sobre el estrecho de Gibraltar durante el reino de Sancho IV y, a mitad del siglo XIV, estuvieron a punto de absorber el Mediterráneo occidental aprovechando las rivalidades de Pedro I de Portugal contra Pedro el Ceremonioso de Aragón. Sin embargo, cuando los nobles andaluces y castellanos ganaron la influencia en la flota andaluza, las ambiciones iniciales de los marineros locales recibieron un desastroso golpe, porque desde entonces Sevilla y Andalucía mirarían hacia el Atlántico, hacia las Canarias y hacia la política africana tanto de Portugal como de Castilla permeada de sentido religioso.

La afluencia de comercio en oro, esclavos y azúcar, aparte de otros productos necesarios a los puertos andaluces, constituyó el precedente del gran comercio organizado en un futuro con el continente americano, que desvió las líneas de aprovisionamiento de tan importantes elementos de la economía castellana. También sirvió para estimular a castellanos y portugueses

en sus descubrimientos de África, aprovechando los anteriores de los mallorquines que llegaron hasta Senegal. Desde entonces las islas Canarias tuvieron la importancia que mantendrían posteriormente en las navegaciones americanas, pues resultaron ser el punto de apoyo de las empresas navieras descubridoras y también de las comerciales: por ellas fluyó más tarde el oro africano que fue sustituido por el de América. Ambos metales, el de África y el de América emprenderían el desdichado derrotero hacia las arcas genovesas, primero, y después, hacia el extranjero. Ahí estuvo el error garrafal de la política castellana. La intensidad de flujo se acusó al aumentar las necesidades americanas que se cubrieron con el intercambio llevado a cabo con los enemigos de Castilla: ingleses, franceses y holandeses, quienes fueron los principales acreedores de la corona, de la Iglesia y de los nobles suntuarios castellanos. Así se inició desde época tan temprana como el siglo XV la tradición comercial por la que el oro saldría del país traspasando la península sin dejar huella.

Las sangrías de elementos de riqueza no fueron las únicas. Otras posteriores tuvieron lugar en la demografía a causa del mal manejo de las minorías confesionales. Fue un error, pues eran tan importantes para el tema religioso como para el económico y, sin duda, uno de los motivos para determinar la decadencia española en los siglos subsiguientes. Las agresiones demográficas y económicas tuvieron lugar entre 1480 y 1502 y todo por ir en busca de una mayor coherencia del Estado renacentista unitario. Curiosa manera de preparar la expansión de Castilla hacia el Nuevo Mundo que, de remate, volvería a sangrar la población.

Las derrotas de la navegación

Todos conocemos que el viaje se hacía desde España a América saliendo de Sevilla por Sanlúcar de Barrameda, atravesando la barra del río y emproando hacia las Canarias donde se detenía siempre, en la Gran Canaria, antes de emprender la peor y mayor parte de la travesía y de ahí, acompañados por corrientes y vientos, se llegaba a Santo Domingo. Se seguía hacia Pinos y Veracruz para volver a salir de Veracruz a la Habana, entrar por el canal de las Bahamas, subir hasta el paralelo 33 y por él atravesar el Océano hasta la isla Tercero desde donde, con muy poca des-

viación se entraba de nuevo en la Rábida cerrándose así el ciclo. Explicado de esta manera, el viaje es simple pero no pensamos ¿cómo se pudo concebir en la mente de Colón?

Ahora bien, la posibilidad de navegar hacia el oeste y de sobrepasar las islas Azores estaba en la mente desde la época de los romanos quienes hablaban de ello. El problema consistía en cuál sería la amplitud del océano, con vientos poco ciertos y en la dificultad de llevar el cargamento suficiente para alimentarse durante varios meses; además, los marineros conservaban el temor de enfrentarse a un oscuro y turbulento vacío en el norte del Atlántico y no se decidían a emprender la aventura. Los hombres educados admitían la posibilidad de la navegación hacia el oeste para llegar al oriente porque el mundo era redondo para ellos, aun cuando nadie lo hubiera comprobado físicamente.

Los hábitos, las costumbres y las supersticiones estaban opuestos porque en 1476 el hombre estaba hecho para la tierra, cuando Colón pidió ayuda económica y había decidido lanzarse a la aventura combinando una imaginación creativa, con la certeza obstinada que dirigió en contra de burócratas de altura en su lucha empecinada.

Al navegar bajo bandera portuguesa, en el otoño de 1476, a Islandia, Irlanda, las Azores y Lisboa adquirió experiencia y prestigio lo que, añadido a su matrimonio con Felipa Perestrello e Moñiz, le valió llegar a San Jorge de la Mina en la costa del África y a ser el comandante en alguno de esos viajes.

Así se había iniciado la carrera de marino de Colón, y contaba con los elementos necesarios. Sin embargo sus ambiciones fueron mayores y no desistiría hasta llegar al oriente que abriría un mundo donde alcanzaría un sinfín de islas y productos nuevos que constituirían una aportación, después de haberse interrumpido la comunicación a través de Constantinopla.

Para Colón resultaba difícil pensar en la ruta portuguesa por el sur de África para llegar a las Indias, y ofrecía una de menor esfuerzo y distancia navegando hacia el poniente. El problema era la distancia entre España y Japón o China para saber si el viaje era factible. Trescientos sesenta grados habían dicho los griegos que tenía la circunferencia de la tierra, pero ¿cuál era la distancia representada por cada grado? Ni Ptolomeo o Alfragán conocieron su valor y Colón todavía equivocó la lectura del segundo, que evaluaba en sesenta y seis millas náuticas cada grado, cuando

lo correcto son sesenta. Colón desestimó el tamaño del mundo en veinticinco por ciento. Todavía cometió otro error al decidir que desde Canarias hasta Japón había sólo sesenta y ocho grados los que, teniendo en cuenta el error anterior dieron una distancia entre Canarias y Japón de dos mil cuatrocientas millas cuando la correcta es de diez mil seiscientas. Los cálculos no fueron todos de Colón sino también de Paolo Toscanelli el médico florentino que se apoyó en estimaciones de Marco Polo. Datos verdaderos o errados sirvieron para presentarse ante Juan de Portugal, primero en 1484 y luego, a través de la Rábida, ante Isabel la Católica. Y mientras corrían las proposiciones y las discusiones y se dudaba de la ayuda que se le pudiera dar, las tres carabelas portuguesas de Bartolomé Díaz llegaron a Lisboa después de dar la vuelta al Cabo de Buena Esperanza y de haber recorrido una buena parte de la costa oriental africana, con lo que se había encontrado una ruta a la India. Después de ese viaje de 1488, Colón tuvo que insistir en España en espera de lo que sucediera y la comisión de Talavera volvió a contestar en contra en 1490, porque Colón se apoyaba en fundamentos débiles y el viaje a Asia requería de dos años, en caso de que los barcos lograran volver, pues el océano era mayor de lo pensado por Colón. A pesar de las críticas y de que en apariencia se resistían al viaje, los argumentos de la comisión eran reales, pues de no haber encontrado América, interpuesta, nunca hubiera podido cubrir las diez mil millas hasta el Japón.

Después de la caída de Granada y de las presiones de Juan Pérez, el prior de la Rábida, en 1491, por fin una nueva comisión recomendó intentar el proyecto colombino. A pesar de nuevos rechazos se lograron firmar las capitulaciones de Santa Fe en abril de 1492 y Colón llegó a América con su tres carabelas el 12 de octubre de ese año.

Dos viajes marítimos

Vamos ahora a hacer el viaje desde España a Veracruz acompañando a Alonso Ponce en 1584 y de Manila a Acapulco acompañando a Pedro Cubero que viajó en 1678:

El viaje desde España. Salida de Sanlúcar para Nueva España, en junio de 1584.

Todos los barcos debían viajar a una distancia máxima de una milla sin adelantarse ni retrasarse, manteniendo comunicación constante y viajando junto a su capitana, aún en caso de ataques. A la vanguardia, iba la nave capitana cuyo capitán general mandaba a todos, a la retaguardia iba la almiranta y entre ellas todas las naves que iban en disposición de batalla. De noche se prendían faroles de hierro que marcaban el derrotero que todas seguían.

Embarcarse no siempre fue placer. Fray Alonso Ponce visitador de las provincias franciscanas narró que saliendo el 12 de junio de 1584, para ir a la Nueva España, llegó tarde a puerto cuando zarpaba de Sanlúcar de Barrameda la nave Santa Catalina en que disponía del camarote de popa. Tuvo que navegar una legua en una embarcación chica para alcanzar y abordar su nave, surta en alta mar.

La chalupa era batida por las olas y en la mayoría de los casos llegaba llena de agua. Al abordar era zarandeada y golpeada contra el casco de la nave de tal manera que por la popa tenían que levantar a los pasajeros, amarrados con drizas, para embarcarlos junto con sus equipajes. La maniobra era peligrosa y los llevaba a bordo para esperar que se juntaran todas las naves del convoy.

Levantado fray Alonso a bordo tuvo que resistir, entonces, una tormenta en la que hubo que cambiar la forma en que estaban anclados, alargando las maromas reventadas por la mar gruesa, a pesar de tener el grueso de la pierna de un hombre. Se perdió el ancla y hubo que sustituirla por tres veces. Al no poder resistir la situación izaron velas para barloventear en un tramo de una legua. Cuando la luna se metió hubo que volver a echar la última ancla para evitar dar en los bajos como hizo la capitana.¹

El saldo de aquella noche, además de la pérdida de la capitana fue que muchas naves tuvieron que refugiarse en Cádiz y otras zozobraron frente a Sanlúcar, junto a tierra, salvándose así la gente y buena parte de la mercadería.

La Casa de Contratación tuvo que volver a organizar el convoy, avió una nueva capitana y otra almiranta y se volvió a proceder al embarque, y nuestro amigo el fraile repitió su hazaña en alta mar y con las mismas dificultades. Hubo que esperar la

¹ Carlos Bosch, *México frente al mar*, p. 91-92.

reunión de las naves y volvieron las de Cádiz para formar el convoy. Otra noche barloventeando, hasta que cesó la tormenta, y con buen tiempo se hicieron a la vela... Uno de los marineros fue aislado en una chalupa por padecer de un tumor, hasta que el pobre prefirió echarse al mar y ahogarse... Con otro temporal al poco tiempo, tuvieron que ponerse al través y con la calma la brisa los llevó a la Gran Canaria, donde entraron a las doce del mediodía del 1 de julio de 1584.

Como el viento era excesivo al zarpar de nuevo, se perdieron dos bajeles. Finalmente con los elementos sosegados avistaron el 4 de agosto la isla Deseada. El 14 entraron en Ocoa, en Santo Domingo y cuatro días pasaron en avituallarse de agua, carne, fruta y conservas.

Avistaron la Nueva España el 8 de septiembre al amanecer, pero la derrota se había colgado desde Cuba, y dieron frente a las Sierras de San Martín, 30 leguas al sur de San Juan de Ulúa. Poco a poco se acercaron a San Juan y esa noche estaban frente a Alvarado todavía a 14 leguas de su destino. Navegaron con poca vela parte de la noche, con vigías destinados a descubrir los bajos y los arrecifes. Mientras, el piloto y el maestre estaban pendientes de las medidas de profundidad que marcaban las sondas, hasta que, para las once de la noche las setenta brazadas se redujeron casi de golpe a treinta y cinco. De inmediato procedieron a soltar las velas de gavia para alejarse de la costa, cuando uno de los marinos gritó que los bajos estaban en proa. Con violencia se cortaron las amarras de anclas, una dio en el fondo, y se arriaron las velas y lograron detener la nave, a un cuerpo de nave del arrecife Cabezas. La nave que iba al lado no logró la maniobra, dio con el arrecife y se perdió. De ella se sacó una amarra y un ancla para asegurar mejor la de fray Alonso Ponce, aforrando los cables por dentro para que no se cortasen.

Las demás naves fueron ahuyentadas con un disparo de cañón y navegaron mar adentro poniéndose a salvo. Al amanecer se dieron cuenta del peligro, pues “los peñascos del fondo eran tan grandes y se veían tan claros que causaban horror”. Así hubo que esperar la brisa hasta la tarde del día 10 de septiembre y no lograron llegar a puerto. Corrieron las cinco leguas restantes antes del anochecer para enfrentarse con el canal de San Juan. Anclaron para esperar, todavía hubo una nueva turbonada y garrearon las anclas más de ocho leguas abajo del puerto. Al amanecer,

vuelta a navegar y, por fin, lograron alcanzar el 11 de septiembre el puerto, después de que el timón tocara tres veces en las peñas del canal del puerto.²

Pedro Cubero se refiere al viaje de 1678 de la siguiente manera:

Me embarqué en el galeón capitana de Filipinas, San Antonio de Padua. Venían por capitán general D. Felipe Montemayor y Prado, hijo del gobernador. Por sargento mayor Juan Ventura de nación catalán, por capitán y maestre Baltazar de Lerma, que fue compañero mío de camarote, por piloto un vizcaíno llamado Juan Ramos. Por contra maestre Francisco Rodríguez, que murió en la mitad del viaje, y otros muchos que venían en dicho galeón con puestos.

Salimos de Caviete el día de San Juan Bautista a veinte y cuatro de junio, a las cinco de la mañana, y desembocando por la estrecha canal de Marivelez, con próspero viaje, llegamos al puerto de Tycao esperando la Colla del Vendabal, a 15 de julio, desembocamos por San Bernardino, y aquel día dejándole por la popa caminó el galeón de diez a diez y ocho leguas.

[El 23 de octubre:] observamos el sol y nos hallamos en altura de treinta y cuatro grados dieciseis minutos. Este día nos entró a las once del día un furioso temporal por el sureste; mandó el piloto echar abajo los masteleros, las vergas mayores, aferrar todas las velas y que se pusiera a la jarcia del trinquete la boneta. A la una del día oscureció de tal manera y se entoldó el cielo, que parecía de noche. Calmó a poco que es la peor señal que puede haber. Al temporal, la agua de la mar estaba caliente. Todas las señales del furioso 'vagío' (tifón) deshecho que nos entró a las tres de la tarde; comenzó la tempestad tan furiosa, que todos los del galeón se confesaron conmigo, hasta el mismo piloto, y me dijo después de haberse confesado, a mi a solas, por no afligir a los demás de la nao: 'Señor padre, muchos mares he navegado; pero en mi vida he visto tal temporal y vagío deshecho.' En fin, entró tan horrible que yendo corriendo el galeón con la boneta, las olas entraban por medio del combés, de una y otra parte y algunas de ellas por la popa; con tal estrépito y ruido que cada ola que daba al costado de la nao parecía una pieza de artillería; la noche tan lóbrega y oscura que parecía un caos.

² *Ibid.*, p. 94. Cfr. Antonio de Ciudad Real, *Tratado curioso y docto de las grandezas de la Nueva España*, UNAM, vol. I, p. 4-11.

[El padre acosado para desconjurar la nave recomendó que:] hiciesen un acto de contricción de todo corazón... porque allí no había más remedio que el de Dios. Dos balances dió el galeón por la proa, en que se sumergió todo el árbol del bauprés, que llevó el agua la mitad del combés; comenzaron a gritar: Misericordia Señor Misericordia. Allí era el llanto, allí las lágrimas y sollozos. Duró el temporal ochenta horas y quedaron todos los de la nao atemorizados, que en muchos días andaban temblando como si fueran azogados... En este temporal, con la boneta de corre, anduvo la nao más de cincuenta leguas, camino de leste y lesnordeste.³

³José Miguel Quintana, "Un viaje de Filipinas a la Nueva España en el siglo XVII", en *Artes de México*, núm. 143, p. 41.

IV. SABIDURÍA Y ESFUERZO PARA LA CONQUISTA. CATALUÑA EN LA HISTORIA MUNDIAL

Introducción

Las tres carabelas salieron con aparente facilidad desde el puerto de Palos para una larga navegación dirigida hacia el oeste y con la esperanza de encontrar el derrotero a la tierra de las especias. Un almirante convencido de lo que hacía, empecinado y místico y a la vez creyente en la razón, iba a comprobar la tesis de los científicos medievales y los conocimientos de su tiempo. Lo acompañaron tripulaciones bizarras y también navegantes de su misma calidad como eran los hermanos Martín y Vicente Pinzón.

Un pueblito de pescadores diminuto, Palos de Moguer, que no contaba con el afecto de la reina Isabel la Católica, presenció cómo levaron anclas para zarpar las tres naves viajeras (Pinta, Niña y Santa María). Eran embarcaciones de buen porte, pero insignificantes ante la grandeza del océano y de la empresa que iban a intentar. Sin embargo, quienes presenciaron la escena en Palos nunca supieron que eran los testigos de uno de los más grandes sucesos llevados al cabo por la humanidad, que afectaría en todo lo imaginable. Esas embarcaciones iban en busca de las especias para surtirlas en los mercados de Europa. En cambio provocarían en España y luego en Europa una verdadera invasión de productos inesperados y desconocidos procedentes de los territorios que todavía no se imaginaban. Nunca se terminará de escribir sobre el cambio que entrañaba tan, aparentemente, sencillo viaje.

Sin duda, el viaje puede interpretarse de muchas maneras y aun se le ha dado un sentido peyorativo, unas veces por indigenismo, otras por puritanismo, otras todavía por cristianismo, pero no se puede negar que el viaje fue espectacular y trascendente en su época y en la nuestra, por eso seguimos hablando de él. Y podríamos decir que hay razones para ello porque, además

de constituir un importante capítulo de la desconocida historia de América, sin duda tuvo la virtud de descubrir un nuevo derrotero que, a la vez, tropezó con el continente incógnito, y abrió la mayor carrera para la navegación comercial y mundial futuras. Para la historia de España significaría, además, la aparición de un nuevo espacio sobre el que la monarquía castellana se lanzaría para afincar su imperio.

Cuando se trata de explicar el sentido de la historia de nuestros países tal como se nos aparecen, no sólo en la colonia, después de la conquista, sino también a partir de la Independencia, se piensa en la dicotomía que resulta al contraponer la raíz indígena frente a la hispánica para definir los resultados obtenidos después de la conquista. Otras veces se opta por entender el reinado de los Reyes Católicos como el de los unificadores y centralizadores de España y de la religión católica y se insiste en la unidad porque proyectaron la secuencia histórica castellana a América. Otros se fijan en la influencia de las tradiciones y de las instituciones medievales castellanas que se proyectaron hacia América.

Cualquiera de estos capítulos, en sí, insiste en la importancia que tuvo la salida de aquellas tres pequeñas naves al emprender su viaje desde Palos, un amanecer del 3 de agosto de 1492 para, sin saberlo, tocar tierras americanas el 12 de octubre del mismo año.

El mundo medieval hispánico

En general siempre se descuidó el análisis del mundo hispánico sobre todo del medieval que, apoyado en su propia diversidad abría, a pesar de los Reyes Católicos, los más amplios conceptos de diversidad nacional, los reinos diversos que condicionaron la vida hispánica del Medioevo, cuya existencia terminó en el continente americano.

De la historia del Medioevo partió el esfuerzo que incorporó el continente americano a la historia general y, debemos insistir en que la historia hispánica era un compuesto de nacionalidades que acrisolaban, cada una en su forma, los conocimientos surgidos de los esfuerzos y estudios medievales. Por eso resulta que un lapso importante de nuestra propia historia americana está relacionada con aquella más que con la renacentista.

Acto sencillo y modesto, ver zarpar una embarcación de su puerto, repetido muchísimas veces a lo largo de la historia, pero rara vez de tanta trascendencia y con tanta necesidad de un trasfondo de conocimientos de todo tipo por tratarse de océanos desconocidos y llenos de misterio.

Muchos problemas hubieron de resolver los hombres de saber contemporáneos y de épocas anteriores y poco lo tenemos presente. No se suele pensar en lo poco que estudiamos al respecto en este nuestro continente, pues se trata de una época anterior a la llegada de los europeos y tiene mayor atracción el pasado indígena por encontrarse ahí antes de la conquista, en vez del supuestamente lejano pasado del conquistador. Los hombres que viajaron con Colón, dice la leyenda, fueron presidiarios a quienes se daba una oportunidad de libertad, y no eran conscientes, por su incultura, de lo que verdaderamente sucedía. Tenían que romper con conceptos establecidos en cuanto a los mares, que terminaban en el abismo donde se podían perder. Creían en las mayores fantasías concebibles. Mal juzgaban la naturaleza de los peces y de los pájaros de tamaños descomunales que agredían a los barcos y también a sus tripulantes que desaparecían. Las propias olas se transformaban en las aguas hirvientes del mar Tenebroso y los navíos no podían navegar. Tales temores sufría la población más humilde al finalizar el siglo XIV y XV y no es fácil, aún hoy, razonar contra el producto de la imaginación y de la ignorancia. Fue obvio lo que pensaban, cuando la tripulación se levantó y pretendió regresar al punto de partida porque el navegar se prolongó. Muertos de miedo; ¡qué fuerza no tendrían esos temores que a todos contagiaron!

Otros, como siempre ocurre, no pensaron así. No eran los del pueblo sino los conocedores que heredaban el conocimiento medieval que mencionamos al principio y que con él se convirtieron en partícipes del avance de esa cultura, porque recogieron la clásica y la hicieron evolucionar planteando problemas y resolviendo otros.

El mundo árabe

El hecho fue que hubo fenómenos históricos y fenómenos geográficos entrelazados en aquel suceso. Entre los primeros la entrada de los árabes a territorio peninsular y entre los segun-

dos el fundamento de su formación geográfica. Esa geografía, a *grosso modo* formada por los dos triángulos dirigidos en sentido opuesto, el del Ebro en el nordeste con la salida al Mediterráneo y el del Guadalquivir con la salida al Atlántico en el suroeste y, como lazo de unión, entre ellos, la meseta castellana.

La época de maduración histórica de cada una de estas unidades también fue diferente y por ello tendrían un papel específico en la historia peninsular. Cada uno de esos compartimentos abrigaba pueblos diferentes, sentido histórico disímil y también destino dispar. Los confines montañosos, de cada una de estas unidades entre sí, las aísla y permiten difícil comunicación entre ellos. Por tanto la historia de España tendió a la formación de reinos naturales, separados, que caracterizaron la historia de la Edad Media española. España, tierra de paso, según como se penetrara en ella, sufrió múltiples invasiones que se enclaustraron en la Antigüedad en las diferentes zonas geográficas y, si lograron salir de ellas lo hicieron con grandes dificultades.

Como dijimos arriba, sin olvidar las dificultades y resistencias de carácter geográfico para la penetración, nos es fundamental la llegada de la invasión árabe en 711, a partir de la batalla de Guadalete, cuando se derrumbó el Estado visigodo y con él el intento anterior de unificación delineado por los romanos o por los propios visigodos. Con el destrozo comenzó el recorrido de los doce mil berberiscos de Tárík y poco después siguió Muza. España quedó reducida por los invasores durante años. Sólo escaparon grupos pequeños y diversos que resistieron en la zona montañosa septentrional. España fue organizada como una provincia dependiente del califato de Damasco y durante ese periodo, que fue de medio siglo, los árabes trataron de extenderse al sur de las Galias. Abderramán el Gafesquí fracasó a manos de Carlos Martel en Poitiers (732). Así se puso el punto final a la expansión árabe hacia la Europa occidental, lo que dio lugar a la organización del *Al Andalus*, donde con tolerancia convivieron las tres religiones (cristiana, musulmana y judía) y por ello se llegó a un grado de organización y de alta comodidad sin posible comparación en la Europa Occidental. Ello es apreciable al contemplar el desarrollo y la cultura de la ciudad de Córdoba.

La Reconquista se inició a continuación del fracaso moro en Poitiers y llenó la Península con una lucha a muerte por la vida, que duró buenos ocho siglos, hasta que el ejército de los Re-

yes Católicos tomó la ciudad de Granada en 1492, año en que también ocurrió el descubrimiento de América, y a la vez Castilla llevaba a cabo los nuevos esfuerzos de centralización y de unificación.

Hasta entonces el reino de Castilla no estaba preparado para lanzarse a aventuras mayores en el mundo y durante esos ocho siglos maduraría lentamente, por las complicaciones inherentes de la Reconquista, que avanzó a empujones, unas veces definitivos y otras temporales y, además, por la naturaleza de las contiendas con los reinos circunvecinos (Navarra, Aragón, Vascongadas, Galicia y Portugal).

Andalucía y los árabes

La Andalucía musulmana de ninguna manera fue la continuación de la cultura musulmana y judía de Oriente en España.

Resulta simbólico que los fanáticos almorávides y los almohades consideraran heréticos a los árabes andaluces y que los persiguieran hasta que muchos de ellos buscaron refugio en territorios extranjeros. Si bien muchos elementos llegaron de Oriente y son genuinamente árabes, sirios o hebreos, mucho es también lo andaluz que hay en Andalucía y de manera muy especial el espíritu, formado por un sustrato propio y anterior en que recayeron y se mezclaron todos los factores importados.

Bajo dominio musulmán, Andalucía produjo además una civilización espléndida como no la hubo en Europa durante la misma época, pues en sus grandes bibliotecas florecieron todas las ramas del saber. Los musulmanes introdujeron el cero en Europa, que aprendieron los árabes en sus relaciones con la India. Por su influencia se estudió la astronomía en el monasterio catalán de Ripoll. Las ciencias, las artes, y la literatura llegaron a muy altos niveles junto con la filosofía, que recogió el residuo de la griega, traída de Oriente que habría de penetrar en la Europa Medieval. Se buscó construir una filosofía conciliatoria de la razón y la fe, y se logró una *Aufklärung* judeo-musulmana-española, en realidad andaluza, al lograr la transformación de la cultura escolástica europea que preparó el Renacimiento en el orden filosófico.

Entre los filósofos tuvieron papel especialmente importante Abenmasarro, del siglo X; Avicena y Algazel, del siglo XI; Ben Tofail, del XII; Maimónides, del mismo siglo y sus continuado-

res judíos que llegaron hasta Abravanel (León Hebreo), judío-portugués de origen sevillano, que se refugió en Italia a fines del siglo XV, donde reanimó la academia neoplatónica italiana.¹

La escatología musulmana y judeo-andaluz repercutió en las visiones de Dante y, a partir del siglo XII, la filosofía de Averroes y de los judíos andaluces provocó una “iluminación” en la europea, que transformó la escolástica. Así el mundo andaluz contribuyó a que surgiera la gran filosofía cristiana española con el catalán Ramón Lull y el lulismo, haciendo perdurar el rastro del racionalismo y el espíritu de libertad del pensamiento andaluz hasta llegar a las grandes escuelas filosóficas europeas de la Edad Moderna. Este intento, por mucho que tuviera de musulmán y judío, llegó a alturas nunca alcanzadas en sus inicios orientales y se vio adicionado por un algo andaluz que no fue judío ni musulmán, y se asimiló por la cultura occidental.²

Es de notarse la filiación islámica de Lull cuando se leen con cuidado *Els cent noms de Déu*, *El Libre de les bèsties* o el *Blanquerna*, donde el propio Lull confiesa haber escrito el *Libre del amic e del amat* según el método utilizado por los sufíes indicando así una espléndida interdependencia cultural de las letras de los diferentes reinos hispánicos.³ Y todavía algunos teólogos cristianos como Raimundo Martín o Santo Tomás conocieron y utilizaron libros árabes pues la obra teológica de Algazel muestra, comparada con la *Summa* de Santo Tomás, asombrosas coincidencias al usar tesis características de escuelas teológicas musulmanas que exponen cierto parecido con el voluntarismo y el intelectualismo de la escolástica cristiana del siglo III.⁴

Alberto el Magno fue quien introdujo la ciencia árabe en la Escuela, pues, con su Enciclopedia filosófica, nos hace conocer tanto a los más importantes como a los menos notables escritores. Aunque unas veces los discute y otras los aprueba en sus tesis, concluye con admiración que los libros árabes de astronomía nada contienen de contrario a la fe católica, aunque tal cosa cre-

¹ Pedro Bosch Gimpera, *La España de todos*, pról. de Anselmo Carretero, Madrid, Seminarios y Ediciones, 1976, p. 169-170.

² *Ibid.*, p. 170.

³ Ángel González Palencia, *Moros y cristianos en la España medieval. Estudios históricos-literarios*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Instituto Antonio de Nebrija, 1945, p. 155-156

⁴ *Ibid.*, p. 56.

yeran quienes no los habían leído. Llegó incluso a escribir, a la manera de Averroes, los comentarios políticos de Aristóteles que el de Córdoba no había redactado.⁵

Los libros árabes influyeron en los de los autores escolásticos sin duda alguna.⁶

La unión de dos mundos

El siglo XIII marcó la síntesis de la escolástica que fundaron las filosofías griegas, árabes y el dogmatismo cristiano. La escolástica recibió el fondo del pensamiento a través de versiones árabes, especialmente las de Averroes con sus famosos *Comentarios*. Junto con las obras de Averroes, la escolástica conoció las obras de Avempace, Aventofail, Avicebrón y Maimónides además de algunos libros apócrifos de la ideología neoplatónica.⁷ De origen avicenista son algunas teorías escolásticas de tendencia agustiniana como la doctrina de la iluminación divina.

Matemática, astronomía y astrología fueron especialidades en las que los árabes lograron maravillosos avances, que atrajeron a los traductores de Toledo al manejo de sus escritos. Antes del siglo VII se hizo contacto con la matemática de los árabes en Cataluña y en los manuscritos de Ripoll de los siglos X y XI que muestran rastros de esa ciencia y registran la noticia del cuadrante con cursor que debió derivar de los manuscritos de Masallah.

El mejor tratado del astrolabio lo conocieron los cristianos por la traducción del llamado Anarituus Abnairizi.⁸ Más interés tiene para nosotros el nombre de Alfraganus cuyos elementos de astronomía perduraron desde el siglo XII al XVII en manuscritos y ediciones diversas. El de Albatenio cuyo estudio *De scientia stellarum* fue traducido por Roberto Retiners a principio del siglo XII y fue conocido por Alfonso X el Sabio, por Regiomontano, por Nicolás Cusano, por Copérnico y por Tycho Brahe. Otra obra contundente de astronomía fue la de Cheber Ben Aflah, el sevillano, cuyo trabajo se reeditó en Nüremberg en 1534 y la de Al-

⁵ *Ibid.*, p. 53-54

⁶ *Loc. cit.*

⁷ *Ibid.*, p. 52-53

⁸ *Ibid.*, p. 26.

petragio, el Petruchi, que se opuso a la concepción del mundo de Ptolomeo, que fue traducida por Miguel Scoto a principios del siglo XIII y al hebreo por Moisés Tibón. Finalmente apareció en latín en 1531.

Todos estos escritores forman la pléyade de árabes y judíos cuyas obras de astronomía, quizá fueron provocadas por el oculto deseo de conocer su porvenir para ajustar su vida a la influencia de las estrellas.

Las ciencias de la navegación

No menos importancia tuvo la geografía que la matemática y la filosofía. En ella despuntaron hombres muy ilustres como Aljacubi, Abenjordabeh, El Edrisi, Albufeda y Yacut. De entre ellos Albufeda superó a los antiguos porque planteó la esfericidad de la tierra y la posibilidad de viajar hacia occidente, dando la vuelta al mundo y ganando un día en el viaje y al revés, en la navegación en sentido inverso. Además, los sabios árabes se preocuparon por determinar con exactitud las longitudes y llegaron a medir un arco de meridiano en tiempos del califa Almamun. Por otra parte intentaron penetrar los misterios del Mar Tenebroso anticipando, en cierta forma, su navegación a la de Colón.

Los relatos de Edrisi (1100-1169?) sobre los marinos portugueses que viajaron al oeste, toparon con el Mar Tenebroso y huyeron hacia el sur, ocurriendo un sinfín de aventuras, son verdaderamente notables. Todo ello prueba que en los siglos XI y XII la navegación había logrado desarrollarse y que los árabes pudieron conocer las Canarias e incluso intentar un viaje a América. Pero, además, se encuentran en el vocabulario guanche palabras numéricas de forma árabe y beréber, lo que no se ha explicado. Aparte, es sabido que recorrieron los mares de la India y de la China así como el Extremo Oriente, donde se desarrollaron aventuras que luego aparecieron en la literatura (Simbad el Marino). Al llevar a cabo su intenso comercio con los puertos de Persia y de China se entiende que, muy pronto, pudieran utilizar la brújula, de ahí la llevaron a Siria y la dieron a conocer en los puertos del Mediterráneo donde se menciona la piedra imán desde 854 y en la obra de Al Masaduf, 923, donde se caracterizaron los puntos cardinales de acuerdo con la brújula. Esta apareció luego des-

crita con lujo de detalles por Baibac el Kabachki, 1242-1243, que comenta su empleo en el Mediterráneo.

El gran método experimental que influyó en la ciencia de Occidente dio resultados muy variados, puesto que unas veces lograron verdaderas aportaciones y otras, sólo instrumentos mecánicos, automáticos.

El esfuerzo fue determinante y el hecho es que los navegantes del final del siglo XV habían llegado a los lugares más apartados del Extremo Oriente basados en sus hombres de ciencia, que desde siglos atrás dominaron teorías clásicas, principalmente las de Ptolomeo, que tan comentado fue durante la Edad Media.

Aparecieron incluso familias de marinos como los Aben Machid que también contribuyeron con tratados náuticos sumando teoría y práctica de la navegación además de sintetizar la ciencia náutica de los últimos años del siglo XV. Aben Machid fue quien puso su conocimiento al servicio de Vasco da Gama llevándolo en 1489 desde Malindi a Calicut para que pudiera alcanzar el Extremo Oriente y sus instrucciones náuticas, que resultaron del viaje, se utilizaron por los navegantes portugueses del siglo XVI.

Resulta pues que la presión de tantos conocimientos, aparte de los descritos, que arrancaban del siglo VIII, provocó a principios del siglo XII la tarea de traducción y difusión cuando apenas se consolidaba la política de la Reconquista. Esas traducciones pusieron las ideas y los escritos árabes con sus conocimientos en manos de aquellos que se interesaron por el saber. El trabajo de los traductores fue de tanta importancia que a él se acoplaron un buen número de traductores extranjeros atraídos a Toledo, porque ahí se desempeñaba esa impresionante labor científica⁹ en la que, en su tiempo, participó Alfonso X el Sabio, autor de las Partidas, y que estableció una tradición imperial al soñar con ser emperador de un conjunto de reyes. Idea esta que Carlos V recogería, más tarde, y que serviría para la gran expansión castellana.

La búsqueda de la salida al mar

La diversidad hispánica forzó a concebir conductas específicas en la Reconquista, como ya apuntamos, pero además, estableció una dialéctica entre las costas y el interior. Era inevitable que la de-

⁹*Ibid.*, p. 50-51.

fensa de la identidad cristiana continuada durante ocho siglos, se distinguiera por acentos diferentes de organización interna que perduraron en cada una de las naciones. De esa manera explicamos, sin embargo del trasfondo diferente que ya existía, la personalidad específica de Cataluña y de Portugal, naciones eminentemente volcadas hacia el mar, mientras Castilla se dirigía hacia adentro. Los pueblos marinos emprenderían la gran empresa de la navegación de altura y finalmente entregarían a Castilla un legado de experiencia, instituciones y organización que el pueblo de tierra adentro aplicaría en la empresa americana.

Los imperios marinos, catalán primero y portugués después, facilitarían el conocimiento necesario para la formación del imperio marino castellano.

El catalán hizo su experiencia imperial en el Mediterráneo mientras que el portugués la hizo como continuación en África y en el Lejano Oriente. Fue esa gran navegación de altura la que proporcionó una experiencia directa, pendiente hasta entonces, para comprobar las tesis que se formaron en el Medievo. Todo estaba en el aire es cierto, como hemos dicho en otras ocasiones: la redondez de la tierra, la navegación posible hacia el oeste, pero nada se había comprobado excepto académicamente por el poder de inducción del ser humano.

Los imperios catalán mediterráneo y el portugués africano y oriental, abrieron dos ciclos de gran navegación, increíble para su tiempo, que dieron las bases y los conocimientos necesarios para la posterior navegación castellana, íntimamente relacionada con estos dos ciclos anteriores. Sin la existencia de esos dos ciclos anteriores hubiera resultado imposible la aventura americana castellana.

Todos sabemos de las necesidades del comercio mediterráneo que provocó la toma de Constantinopla por los almogávares catalanes y que se debió a que las líneas comerciales de las especias con el Lejano Oriente se habían interrumpido. Para establecer las fronteras nacionales de su territorio, Cataluña entró en un largo proceso y las extendió a través del mar hacia Mallorca con Jaime I y a Sicilia, para instalarse después en Nápoles y desde ahí partir hacia el oriente y navegar hasta Constantinopla en el verano de 1303. De hecho esa última expedición resultó de llevar la libre empresa al extremo. Contó con treinta y seis naves y seis

mil quinientos hombres, la mayoría de infantería, formada por los propios almogávares.

El Papa que había excomulgado a los catalanes por su conducta en el Oriente y por considerarlos “hijos de la perdición”, los absolvió pensando que representaban un muro de contención en contra de los turcos al haberse establecido en Oriente con permanencia. Pero la molición les hizo perder las características guerreras y los catalanes de oriente se hundieron en el vicio y en la indisciplina. Así depauperaron su personalidad y el dominio catalán entró en decadencia en Oriente.

Todavía se hicieron esfuerzos de recuperación en 1451 y se mantuvieron los títulos en uso en la corona hasta el siglo XVII. Sin embargo, los comerciantes del condado de Barcelona mantuvieron el comercio con Constantinopla hasta 1453, cuando la ciudad fue conquistada por Mohamed II.

Nace Cataluña

Cataluña cayó como potencia marítima al retirarse del oriente mediterráneo y ver los viajes de catalanes hacia la costa atlántica de África minimizados por los intentos colonizadores de los castellanos en la región.¹⁰ Todo esto ocurrió aparte de los graves problemas demográficos con que tuvo que enfrentarse en los siglos XIV y XV por las pestes y la consecuente despoblación.

La penetración y la extensión del imperio en el Mediterráneo pudo hacerse por la revolución comercial que tuvo lugar al haber podido adecuar, a tiempo, las bases económicas y políticas que dieron el apoyo necesario para ese suceso.

La mejoría económica agraria y la organización de la economía urbana y los éxitos militares ayudaron a divulgar la filosofía del obispo Abad Oliba, se estableció la paz y la tregua en el campo jurídico en el Sínodo de Toluges en el Rosellón. Surgieron los “usatges” que establecieron una forma de vivir y actuar en el condado. Los condes de Barcelona tuvieron que acostumbrarse a vivir tolerando diversas soberanías que respetaban la individualidad de los diferentes Estados, unidos por un sistema que

¹⁰ Carlos Bosch García, *Tres ciclos de navegación mundial se concentraron en América*, México, UNAM. Instituto de Investigaciones Históricas, 1985, p. 99-107.

permitiera a cada uno retener su autonomía completa. Así el sistema comunal catalán derivó, desde su entendimiento jurídico de un concepto de relaciones contractuales hacia un pluralismo político. Ahí estaban los conceptos contrapuestos de cómo organizar España que plantearon un sinfín de diferencias. El idealismo castellano frente al realismo mediterráneo terminó siendo el planteamiento histórico de estas naciones. Porque el establecimiento del sistema feudal en Cataluña coincidió con el principio de la economía monetaria y de ella resultó una mezcla de valores sociales, no conocidos en un feudalismo de tipo pleno. Pero, además, débese tener en cuenta que la población árabe se incorporó a la sociedad de los Estados pirenaicos después de la conquista del Ebro y lo mismo hicieron los esclavos.

Desde tiempo atrás los árabes representaron una contribución importante para la economía que se desarrolló. Los esclavos fueron motivo de mucho comercio y finalmente estuvieron los judíos que, a partir del siglo X, fueron uno de los grupos económicos más activos de Cataluña, Aragón y Navarra. Cuando los condados se convirtieron en hereditarios se constituyó definitivamente el régimen feudal catalán y se acentuaron los lineamientos más privativos.

Resueltas, en cierta forma, las directrices del comercio, la economía, la política y la sociedad, se emprendió una carrera cultural importante que llevaría Cataluña a niveles envidiables en otros lugares de la Península. A ese movimiento se debió el desarrollo del monasterio de Ripoll con su magnífica biblioteca y el fértil abadiazgo de Oliba, además de los movimientos poéticos que dieron lugar al desprendimiento de la lengua catalana del latín, que en el año 1000 intervenía en documentos religiosos.

La cultura catalana puso las bases de su conciencia en el siglo X y de manera ascendente se desarrolló en el siglo XI para llegar a una época de plenitud extendida desde el IX hasta el XIV. Entre el XI y el XII arraigaron la lengua, el germen literario y la paz interior. En el orden jurídico constituyó la señal del surgimiento cultural.

La economía, tanto agraria como urbana, se promovió con tendencia burguesa, que estableció la relación con Francia y con el Mediterráneo. Todo resultó de la política de sus condes, trazada en función de los medios económicos con que se contó, y de la tradición histórica catalana.

Por lo general los problemas jurídicos catalanes se habían resuelto con la ley visigótica, o el *Liber Judicum* pero pronto surgió la necesidad de lograr un código que recogiera las costumbres feudales. Éste apareció al principio del siglo XI cuando Ramón Berenguer I y su mujer Almodis, asistidos por una junta de magnates y juristas, promulgaron entre 1058 y 1069 los famosos *usatges*, mencionados con anterioridad, que fueron el primer código feudal conocido. Para Cataluña se promulgaron cuatro cuerpos diferentes de legislación: en 1058 los reglamentos de costumbres judiciales y feudales; de 1060 a 1062 la constitución política, estableciendo los deberes del príncipe y reglamentando la potestad legislativa, ejecutiva y judicial, el poder militar del conde y el dominio sobre los castillos, los caminos y los bienes de aprovechamiento comunal. Por ese instrumento se pusieron las naves bajo protección del príncipe de Barcelona y se estableció una ordenación política. Dos años después, según dijimos, se constituyó la paz y la tregua como resultantes de la asamblea presidida por el conde, pero apoyada en una institución eclesiástica para limitar las guerras privadas y salvaguardar ciertos bienes y personas. Esas asambleas fueron las que llevaron a las cortes cuando se aprovecharon para tratar temas de utilidad pública y asistieron representantes de las ciudades catalanas. Finalmente, en 1068 se estableció el derecho civil que fue el fundamento para la legislación catalana.¹¹

La revolución comercial

Por su parte el comercio se desarrolló de manera muy especial y ameritó el nombre de revolución comercial y el tráfico entre los países mediterráneos fue la causa para su prosperidad.

La revolución económica reconstruyó la unidad de esta zona del Mediterráneo basándose en una economía que renovaba la tradición al considerar a la ciudad como el centro de todas las actividades, rompiendo con la tradición feudal cuya economía estaba basada en el campo. Por otro lado el objeto de la revolución fue hacer dinero y el burgués, además de derivar lo necesario para su vida, satisfizo ciertas comodidades a partir de su

¹¹ Soldevila y Bosch. *op.cit.*, p. 128.

actividad comercial. Para convertir el burgo en ciudad hubo que concentrar capital.

La economía urbana creció, en consecuencia, como un cuerpo privilegiado que reclamó leyes favorables de exención de impuestos, reglamentación comercial, garantía de provisiones y proteccionismo. Característica de las ciudades fue un sistema corporativo y la razón de la corporación radicó en el origen humilde del mercado, pues el artesano tuvo que reunirse en el siglo XII para formar asociaciones que defendieran sus intereses y establecieran los estatutos que garantizaran su existencia como clase social, aparte del mundo feudal. De esas asociaciones surgieron los gremios de manera natural en la circunstancia histórica que los envolvía.

Los patricios, como oligarquía que regía, dieron el *momentum* a las empresas y debajo de ellos se agolpaba un mundo de gente, que se llamaron “hombres honrados”, que desempeñaba quehaceres diversos, artesanos, comerciantes, trabajadores y menestrales. Si la burguesía triunfó, se debió a que sabía montar su empresa como una forma de vida económica con un sentido realista que iba en busca de resultados tangibles. El primer impulso hacia el progreso tecnológico continuo surgió de esa burguesía que consideró la coexistencia como un medio para entender las cuestiones vitales, para la cual dar la palabra significaba un pacto de por vida.

El desarrollo de las ciudades y su economía, la existencia de la burguesía con un papel fundamental en las municipalidades, el enriquecimiento mediante el comercio de grupos no aristocráticos, la libre empresa que dio lugar a la construcción de naves y la creación de instituciones como los consulados y las constituciones de carácter democrático, fueron apoyos que hicieron posible la expansión con su filosofía política tolerante y respetuosa, hasta el punto de poderse combinar con las existentes en los puntos a que llegaban.

Por otra parte contaron con todos los instrumentos para la navegación de altura, tal como dijo Ramón Lull, los navegantes necesitaban para ir al mar *chartam, compassum, acum et stellam maris*. Vino también el timón de codastro, el mayor tonelaje de los navíos, surgido en las cruzadas y luego aplicado al comercio. La extensión de Cataluña en el Mediterráneo se hizo en función de las necesidades del comercio que reclamó la salida a Mallorca,

Sicilia, Cerdeña y el norte de África con expediciones completamente distintas a las terrestres.

Eso dio lugar a nuevos esfuerzos de organización y entre ellos estuvo el primer repartimiento en Mallorca el año de 1232, las reformas municipales de 1249, especialmente importantes en Barcelona, y en el siglo XIV apareció la administración pública. Todo se asentó sobre una sociedad y una economía activa organizada en gremios. Los catalanes llegaron a las costas del norte de África en el siglo XIV a Túnez y más tarde a Bugía y una de las ramas del comercio africano llegó hasta Orán. En el continente africano se relacionaron con el Sahara, el Sudán, el Chad y Uganda por medio de caravanas de camellos que fueron en busca de oro y esclavos y esos viajes se registraron en las cartas confeccionadas en la escuela de Mallorca. Las rutas terminaban en Túnez, en Bugía y en Tlemcén lo que explica los esfuerzos monopolizadores catalanes en esas ciudades. El cambio ejercido en la dirección del comercio del oro que tuvo lugar a mitad del siglo XV, después de que los portugueses establecieron sus negocios en Guinea, fue un recio golpe para la economía catalana.

A la mitad del siglo XIII las líneas comerciales catalanas se ampliaron en el Atlántico siguiendo a los genoveses y llegaron a Brujas que fue punto importante para establecer el contacto con la Liga Hanseática. Durante buena parte del siglo XIV, Brujas y Barcelona dominaron la estructura comercial atlántica, pero cuando Barcelona declinó, en ese siglo, Brujas también sufrió y la capital del norte del comercio europeo pasó a Amberes.

Paralelamente evolucionaron las naves y la Coca de Bayona, nave de cupo mayor y típica para uso en el Atlántico, se modificó hasta surgir la carabela, transporte en los grandes descubrimientos dos siglos después. Fueron las lonjas y los consulados de mar las instituciones que apoyaron los requerimientos terrestres de la gran red comercial. Los consulados eran tribunales que en la metrópoli dirimían los pleitos y los problemas de los marinos y su comercio. Por otra parte existían los cónsules que representaron al rey, primero en las naves y luego en el extranjero, y defendieron precios y mercaderes propios frente a los de la tierra.

Entre los resultados de la revolución comercial los hubo buenos y malos. En todo Occidente se acompañó por la extensión del derecho romano, lo que provocó una tendencia hacia la

monarquía autoritaria como fenómeno natural porque, al salir de la dispersión feudal, se buscó la forma de aglutinar fuerzas de gobierno. Con la marcha paralela de la revolución comercial y del derecho romano se fortaleció la monarquía autoritaria, cuyo desarrollo fue paralelo al precapitalismo. El resultado final fue la aparición, en el siglo XVI, de las monarquías autoritarias “por la gracia de Dios” acompañadas por el mercantilismo económico tan típico en ellas.

En los siglos XIV y XV arrancó la producción en grande. Con ese nuevo empujón al comercio se desarrollaron las rutas comerciales. La primera hacia el Rosellón y Provenza. La segunda fue la de las islas que unió Córcega, Cerdeña y Sicilia después de Jaime II y fue vital para la política de la Corona de Aragón. Por ella se movió la plata de Cerdeña y el trigo de Sicilia que fueron los productos vitales del intercambio. Los comerciantes de ese tráfico, con posición económica alta, se denominaron ciudadanos armadores o navieros y se distinguieron por ser inversionistas. La tercera ruta del comercio catalán fue la adriática, cuyos objetivos fueron Venecia y Ragusa. Una era importante en el comercio mediterráneo y la otra en el Adriático, al facilitar la llegada a los Balcanes y cerrar un circuito comercial con los productos llevados de Sicilia.

El desarrollo de las ciencias náuticas

Las mencionadas fueron las rutas más importantes, pero todavía quedaban las de “los Sultanes de Babilonia” y la de Siria, que fue un complemento de la de Egipto.

Al iniciarse los descubrimientos portugueses se apoyaron en las técnicas cartográficas mallorquinas adoptadas en la corte de Enrique el Navegante.

Ese comercio contó además con todos los instrumentos necesarios para la navegación, que habían evolucionado en los siglos anteriores y de mayor importancia fueron las cartas y los portulanos donde se registraron, además, todas las descripciones necesarias para entrar a puerto. A Portugal llegó desde la Escuela de Mallorca el estudio de la astronomía y las artes relacionadas con la navegación. De esa escuela salieron personajes que en 1391 se exiliaron y continuaron su arte en Portugal al servicio de la escuela náutica de Sagres, como sucedió con Yehuda Cresques.

La afluencia de comercio en oro, esclavos y azúcar, aparte de otros productos necesarios a los puertos andaluces, constituyó el precedente del gran comercio que se organizaría en un futuro con el continente americano, que desvió las líneas de aprovisionamiento de tan importantes elementos de la economía castellana. Pero también sirvió para estimular a castellanos y portugueses en sus descubrimientos de África, aprovechando los derroteros anteriores de los mallorquines que llegaron hasta el Senegal.

Enrique el Navegante no creía en las noticias inverosímiles que recogían sus marinos y acudió a las ciudades de levante en busca de maestros y cartas de navegación allí confeccionadas. Entre los primeros que fueron con él a Portugal se encontró el Maese Jacome a quien siguieron otros.

Además, el Navegante envió delegados a recoger cuanta publicación se encontrara, que pudiera ilustrar sus conocimientos, y en la biblioteca de Sagres se debió conocer el pergamino de la Real Cartuja de Val de Cristo, hecho en 1413, con la carta de Europa y Asia, que cubría hasta Guinea y los confines de Asia, donde se señalaba el Riu d'Or mencionado en el viaje de Ferrer en 1345. Noticias que repitió Bouchon en 1436 cuando hablaba del bajel mallorquín que se dirigía al reino de Vedamen. Además se juntaron allí, en Sagres, junto con los documentos, los libros y las noticias de las personas especializadas como ocurrió con Gabriel de Valseca cuya carta de 1439 registraba Europa, Asia y África y que fue utilizada por Américo Vespucio años más tarde. Este documento describía con la mayor minuciosidad las costas del Mediterráneo y del litoral africano desde Arcilla hasta el Río de Oro, y en el Atlántico mostraba islas con una nota que comentaba como fueron las islas encontradas por Diego Guulen, piloto del rey de Portugal en 1427. Valseca fue discípulo del "judío de las brújulas", Joan Boxiler, hombre de gran fama.

Los reyes castellanos hicieron lo mismo que los portugueses al ir en busca de quienes podían ayudar a aprender la náutica y construir las naves necesarias. Fueron varios los reyes de Castilla que se interesaron en la forma de las armadas que se utilizaban y reunieron naves de todas partes de la Península y también de Italia y las destinaron a las conquistas de Sevilla, Cádiz, Cartagena y Algeciras, donde fracasó la armada castellana.

Sin embargo, hay que insistir en la importancia que tuvo el descubrimiento y la navegación de los portugueses alrededor del

Cabo de las Tormentas, también llamado de Buena Esperanza, que tuvo lugar en 1478 y constituyó el gran punto de partida para los portugueses que, en consecuencia, declararon la famosa “época do sigilo nacional para os descubrimentos” con el fin de mantener en silencio sus hazañas. Ese viaje tuvo la importancia de obligar a nuevas revisiones del arte de navegar, por encontrarse que la brújula no obedecía en el hemisferio sur para establecer las latitudes astronómicas de las naves en el mar. Además se mostró la necesidad de naves más resistentes que veloces, lo que avisaba de la desaparición de la carabela. Juan II de Portugal tuvo que enfrentarse con esos problemas y para ello nombró una junta formada por maese Rodrigo y José Judeo, dos médicos astrólogos, además de Martín Behaim, matemático, que debían ver la forma de enseñar a los navegantes la manera de determinar un punto sobre las cartas.

Avances en tecnología de navegación

Para conocer el mar era necesario conocer el cielo y de ahí la controversia acerca de tratados castellanos (desde Alfonso X), alemanes e ingleses en Portugal.

Aunque los portugueses habían logrado simplificar el astrolabio árabe, del que hicieron un instrumento que resolvió sus problemas, y pudieron calcular la hora durante la noche, no lograron saber la declinación del sol. Los matemáticos, de la junta nombrada por Juan II, tuvieron que facilitar unas tablas de declinación y enseñar el uso de los instrumentos simplificados a los marinos. Quien en realidad resolvió el problema fue Abraham Zacuto, profesor de la Universidad de Salamanca, que pocos años después pasó de España a Portugal.

La importancia de la presencia de Martín Behaim consiste en que, al regresar a su patria, dejó como resultado de su presencia en Nüremberg un globo geográfico, confeccionado según los datos de su ciencia, con el resultado de que prácticamente aparecía la geografía moderna, claro que excluyendo el continente americano. En cambio recogió, sobre la tradición de los antiguos, además de las tradiciones de Marco Polo, sus propias adiciones y las de los navegantes portugueses. Había establecido así la geografía universal, tal como la concebían los hombres de 1492, y en ella aparecían las Azores, las Canarias, y las islas de Cabo Verde.

Además, por el lado de Asia se mostraba un archipiélago de cinco islas mayores: Cipango, Candin, Java Mayor, Java Menor y Anguana. Al lado de Java Menor estaba otra muy extensa llamada Ceilán.

De hecho, cuando ya se preparaba, a fin del siglo XV, el viaje que llevaría al descubrimiento de América, como la gran explosión del intelecto humano evolutivo medieval, todo lo que sucedería, como dijimos, estaba en el aire y no llamaba la atención de quienes estaban inmersos en el ambiente de la tesis progresivamente formada.

Unos elementos fueron ofrecidos por Cataluña y los otros por Portugal como contribución de sus propios ciclos de navegación, desde las brújulas hasta las naves o los portulanos, pero también las incursiones en el Mar Tenebroso y el antecedente de la navegación hacia Madeira, las Azores, las Canarias y Cabo Verde, que constituyeron un conjunto de prácticas necesarias para la navegación en alta mar, cuyo resultado fue anular el mundo de las fantasías tenebrosas y también los argumentos contrarios a la navegación de esos mares. Pues las naves veleras, medievales, toscamente construidas, hundieron en sus estelas las supersticiones fantásticas y aterradoras del pensamiento humano.

Se inicia el avance sobre el Atlántico

La penetración del Atlántico era necesaria para confirmar la tesis de la navegación hacia el oeste que fue la tarea de Castilla y de los viajes de Colón y de Magallanes-Elcano, mientras que los portugueses demostraron la posibilidad de la circunnavegación de África alrededor del Cabo de Buena Esperanza, después de recorrer su costa occidental para alcanzar la oriental y atravesar el Océano Índico para penetrar hacia el oriente y llegar hasta las Filipinas. Maravillosas tareas...

De esa manera, los dos primeros derroteros se dirigieron hacia América por el occidente y el tercero hacia el oriente. El esfuerzo combinado significó demostrar la posibilidad de circunnavegar el globo terráqueo en ambas direcciones y con ello se confirmó la inteligencia y el conocimiento teórico medieval.

Desde entonces las islas Canarias tuvieron la importancia que mantendrían posteriormente en las navegaciones americanas, pues resultaron ser el punto de apoyo de las empresas navie-

ras descubridoras y también de las comerciales: por ellas fluyó el oro africano que fue sustituido por el de América. Ambos metales, el de África y el de América emprenderían el desdichado derrotero hacia las arcas genovesas primero, y después, hacia el extranjero. Ahí estuvo el error garrafal de la política castellana. La intensidad de su flujo se acusó al aumentar las necesidades americanas que se cubrieron con el intercambio llevado a cabo con los enemigos de Castilla: ingleses, franceses y holandeses, quienes fueron los principales acreedores de la corona, de la Iglesia y de los nobles suntuarios castellanos. Así se inició, desde época tan temprana como el siglo XV, una tradición comercial por la que el caudal saldría del país traspasando la Península sin dejar huella.

La crisis político-demográfica

Las sangrías de elementos de riqueza no fueron las únicas sino que deben acompañarse de las posteriores que tuvieron lugar en la demografía a causa del mal manejo de las minorías confesionales. Otro error, pues eran tan importantes para el tema religioso como para el económico y, sin duda, uno de los motivos para determinar la decadencia española en los siglos subsiguientes. Resulta paradójico que mientras Castilla se proyectaba al Nuevo Mundo para ir en busca de gente desconocida, coincidiera la salida de sus carabelas destinadas a América con los transportes que sacaban de España los ciento cincuenta mil emigrados judíos que emprendían el éxodo hacia los tan combatidos países de oriente a los que ayudarían con sus recursos. Poco después, otros cincuenta mil tuvieron que refugiarse en Cataluña y en Mallorca. De esa manera se perdió una buena parte de la comunidad constructiva del país haciéndose, de paso, una contribución innecesaria a los enemigos de la fe que trataban de defender.

La religiosidad agresiva todavía no quedó ahí, sino que continuó en contra de los conversos al dar un segundo golpe a la economía y a la demografía. Todavía siguió la persecución de los moriscos en 1502 y otras trescientas mil almas abandonaron el reino. Y todo por ir en busca de una mayor coherencia del Estado renacentista unitario. Curiosa manera de preparar la expansión de Castilla al Nuevo Mundo que, de remate, volvería a sangrar la población.

Palabras finales: nuevos derroteros

En efecto, aquellas tres naves salidas de Palos en 1492 llegaron a tierra y resultó ser América en vez del Lejano Oriente agregando, además, un nuevo continente al mundo entonces conocido.

Lo que ocurrió después tiene que contar con la existencia de este enorme esfuerzo de la cultura humana que posibilitó el descubrimiento de nuevos derroteros, fundamentales para la humanidad toda, que posibilitaron el desarrollo de la historia americana con una seria contribución de conocimientos, que sería utilizada por todos los navegantes subsiguientes del mundo.

V. HOMBRES DE MAR Y HOMBRES DE TIERRA EN LA HISTORIA DE MÉXICO

Los estudios de historia de México han llegado al punto de tener que meditar si se han aprovechado a fondo los materiales que están a mano. Si las conclusiones derivadas de ellos nos permiten elaborar un conocimiento satisfactorio, aun cuando no sea total de nuestro país.

Pocos historiadores, entre los que se ocupan de la historia nacional, se inclinan a estudiar su historia externa. La temática que ofrece la historia de las costas nacionales, utilizadas para establecer el contacto con el mundo, debe discutir la postura que el mexicano ha asumido frente a su propio mar.

Sin embargo, la información derivada de las crónicas de la conquista muestra la íntima relación mantenida con las costas al principio de la colonia, pero esa relación no ha sido aprovechada por los investigadores.

Contar o no con las costas y el mar, imprime de por sí un carácter específico a la vida nacional que hace posible medir el valor de la actuación total del país.

Por un lado, la historia marítima interesa como tema pero sólo como un fenómeno local que surge por necesidad en las zonas periféricas costeras nacionales. Por el otro, en el interior del país, falta conciencia de que existe una costa de doce mil kilómetros de longitud y que tiene un significado. Pocos reparan en que desde el interior se proyectó y se proyectan, se produjo y se producen las políticas y las normas que afectan al ámbito total del territorio novohispano y nacional y que en ellos se incluyen las costas.

Que hay interacción entre lo que sucede en las costas y la historia general de la nación es indudable. Pero los temas relacionados con ellas y con el mar se señalan solamente de paso en la bibliografía histórica, porque los ignoran al montar los lineamientos generales que han sostenido la política nacional. Tal pa-

rece que la historia de las costas escapa a la historia mexicana. ¿No se dan cuenta los historiadores de que México no podría existir tal cual es, si se prescindiera del mar?

Tener presente la interacción histórica con el mar cambia la interpretación de la historia de la conquista y de la colonia mexicanas, porque aparecen como el producto de una visión mayor, consistente en un mundo formado por imperios marítimos, cuyo objetivo fundamental se dirigía hacia otra parte y satisfacía otros intereses. Ese concepto, por sí solo, genera tal amplitud de pensamiento histórico que puede obligar a revisar la división de la historia nacional que hacemos causada por los puntos de vista políticos internos. De ella resulta la periodicidad tradicional de nuestra historia: prehispánica, colonial, independiente y nacional. Si se incluye el estudio complementario y se evalúan las costas, las naves y los marinos que a ellas llegaron y que de ellas partieron, debe pensarse en otra forma de dividir la historia de México y quizá pueda también resultar que esto sea válido para todo el continente americano.

No podemos dudar de que las costas provocaron la historia interna de nuestros países y luego reflejaron la historia del interior, que ellas mismas ayudaron a crear, y todavía se convirtieron en las zonas-contacto de nuestro interior con la historia general. En el siglo XIX las costas fueron eso, la zona de fricción con el resto del mundo, y la presión ejercida por la historia externa fue, en parte, responsable de que la historia nacional sufriera procesos de asimilación y de alineamiento de nuestros países llegando a provocar periodos de ruina que, en gran medida, pueden ser atribuidos a la falta de realismo con que se enfocaron las cuestiones de mar. Los resultados finales de esos procesos en nuestras historias, moderna y contemporánea, se traducen en México en la falta de una tradición marinera y en una infinidad de consecuencias que se observan tanto en la historia como en el carácter mismo de los mexicanos.

La historia nos dice cómo el descubrimiento del continente americano por los españoles se debió al largo proceso de la búsqueda de las especias, al avance de los métodos de navegación, a la adecuación paulatina de las naves mediterráneas para la navegación de altura. En suma a que hubo marinos capaces de perder en sus estelas las tierras europeas y de dirigir sus proas y sus velas en busca del mundo de las especierías. En ese derrotero se interpuso América.

Desde el Caribe, impulsados por el motivo primordial, tuvieron lugar las exploraciones que llevaron a Tierra Firme. Les llegaron las noticias sobre los nuevos reinos y las riquezas que prometían y también los compromisos de conciencia ante pueblos gentiles que los llevaron a plantear la necesidad de la conquista del territorio mexicano, encabezada por Hernán Cortés.

Ahí se deformó y detuvo el proyecto marino inicial que no se abandonó. De hecho, aquel primer proyecto de los españoles y de los portugueses hubo de adaptarse a la nueva situación del mundo planteada por la existencia del continente americano. Para amoldarse a ella se requirió un tipo de hombre adecuado que llevara las nuevas empresas a buen fin.

La brecha se abrió por la dialéctica histórica entre el hombre de mar y el hombre de tierra iniciada en España entre Cristóbal Colón y los Reyes Católicos, que no comprendían la mentalidad del marino y su juego continuo con el mar. La discusión llegó también al continente americano y tomó brío cuando se diferenciaron las funciones de los marinos y de los soldados sobre todo cuando al exaltar al conquistador devaluaron al marino.

Si se comparan los caracteres del marino y del conquistador en esta empresa, resultan dos tipos de hombre con valores muy distintos. Los marinos fueron los responsables de hacer los viajes y de mantener las comunicaciones en apoyo de la colonia. Para ello tuvieron que moverse en un elemento incierto y de zozobra, como lo es el mar desconocido, que requiere de tolerancia, de habilidad y de liberalidad, características muy especiales necesarias a quienes a los quehaceres navales se dedican. A esta mentalidad se contrapuso la del hombre de tierra, cuya vida se desarrolla en un ambiente sólido, duro, cierto, en un ámbito donde pudieron imponerse las instituciones, los reglamentos, la esclavitud, la religión, etcétera.

En el siglo XVI, la contraposición de estas dos actitudes y la preponderancia lograda por los hombres de tierra sobre los marinos, explica que no pudieran prolongar su tipo especial de quehacer marino para dedicarse a la conquista de las tierras.

La historia de lo sucedido en América es básicamente el resultado del quehacer y de la mentalidad de los conquistadores: los marinos quedaron limitados a mantener el nexo entre Europa y América, pero también a extenderlo hacia el mundo asiático para continuar el interrumpido proyecto español original. El divorcio,

y a la vez la unión entre marinos y conquistadores en la erección de las colonias españolas del mundo americano resultó en que, por un lado se continuara la conquista y la colonización como especialidad y responsabilidad de hombres de tierra; y que, por otro se establecieran los derroteros necesarios para la llegada a Oriente, y aún para la circunnavegación del globo, empresas que la corona toleró al principio y luego impulsó, por comprobar que podían ayudar a extender las posibilidades de la colonización. La dinámica humana de estas dos hazañas se encuentra en la base de la historia general moderna. Vale decir que poco se ha insistido en ello.

El periodo que podríamos llamar de establecimiento de la historia novohispana es de confusión entre el proyecto marino y el terrestre. A pesar de haberse dividido los quehaceres, los últimos se impusieron con sus intereses. Fue en persecución de su propio anhelo, como los hombres de tierra ayudaron al propósito del proyecto marino yendo en busca del Pacífico a través de las tierras americanas, y cooperaron así a lanzar de nuevo las naves al océano Pacífico recién descubierto. Así, a la par que ampliaron el territorio de su conquista, abrieron la posibilidad de navegación en el nuevo océano desde México hacia el lejano Oriente, en realidad Occidente.

Si en un principio los marinos ayudaron a los hombres de tierra a que llevaran su conquista a cabo en América, éstos a su vez, con sus expediciones y exploraciones, posibilitaron que los marinos continuaran su proyecto marítimo desde México. La colonia americana fue así convertida en el pontón del puente formado por la gran línea de navegación que unió a España con el Oriente apoyado en México.

Los puntos de contacto y de penetración fueron los primeros que se determinaron en las costas mexicanas orientales. A ellos se acarrearon los hombres de tierra que procedieron desde su concentración en la Veracruz a la penetración del interior, incitados por las noticias llegadas de la Meseta. El puerto quedó desde entonces ligado a la isla de Cuba, convertida en el centro de la navegación del Caribe y a su vez unida con España. Esos nexos no se interrumpieron ni con la detrucción de las naves de Cortés.

Huestes y pertrechos, órdenes políticas e intrigas se dirigieron hacia México (Tenochtitlan) para determinar poco a poco su política. Todo fue llevado por las naves hacia Veracruz. A través de Veracruz y a pesar de los problemas de seguridad que pre-

sentaba el puerto llegó también la concepción colonial, con su política militar, administrativa y religiosa. Las naves llevaron a los puertos el nuevo modo de la vida colonial que se impondría en el interior del país por los hombres de tierra.

El gran proyecto marino tuvo que detenerse mientras se asentaba la nueva empresa terrestre, representada por el descubrimiento y la conquista de las tierras americanas con que no se había contado.

Esa interrupción y la espectacularidad de la conquista, justifica el que políticos, cronistas e historiadores se detuvieran a contemplar el espectáculo hacia el que dirigieron la totalidad de su interés. Por ello entendieron que el paso hacia el Pacífico era un producto de la historia propia de Nueva España en lugar de concebirlo como parte integrante y correspondiente al gran proyecto marino inicial que a todos trajo al continente americano, pero que se dirigía en busca del continente asiático.

El nuevo contexto obtenido obligó a sistematizar la navegación pues la de altura requirió niveles superiores de organización, de acuerdo con su importancia; de ella dependía la totalidad de la vida colonial, gracias a ella pudieron cristalizar la conquista de la Nueva España, su colonización y más tarde la exploración y conquista del Pacífico. Surgieron, en consecuencia, los reglamentos jurídicos, las aduanas y las estructuras administrativas se impusieron, incluso, a la libertad del marino respecto a la forma en que debía navegar. Todo ello era el resultado de la mentalidad de la gente de tierra, que concebía la actuación en el mar como una proyección de la manera de moverse los ejércitos terrestres.

Los marinos fueron responsables, perfeccionaron las derrotas para adecuarlas a los vientos, a las corrientes marinas y a las estaciones del año. Buscaron en el Atlántico la forma de salir del ámbito tropical para alcanzar los 38 grados y los 40 de latitud norte y facilitar el viaje de retorno. En efecto, navegar el canal de las Bahamas y proceder hacia el norte, en vez de al este, permitió cerrar el ciclo de ida y vuelta, desde entonces rutinario. La colonia y sus hombres de empresa terrestre quedaron así ligados a la metrópoli, ésta convertida en empresa terrestre que se entusiasmaba por los nuevos hallazgos marinos, que empujaba al descubrimiento para ir a la conquista de otras tierras y construía naves nuevas que repitieran la experiencia.

Los hombres de la conquista americana respondieron en pocos años y con creces, a los anhelos de la corona y pronto llegaron al mar y explotaron las costas del poniente continental. Las distancias y la lentitud de las expediciones terrestres volvieron a imponer la necesidad de los marinos. Sus esfuerzos ya habían perforado el continente hacia el Pacífico por el estrecho de Magallanes (Fernando Magallanes, Juan Sebastián Elcano, García Jofre de Loayza).

Los esfuerzos de Andrés Urdaneta por lograr el tornaviaje de las Filipinas y la exploración marítima de la costa mexicana, tuvieron por objeto corregir ese largo, peligroso y cansado derrotero hacia la especiería y completaba el gran proyecto colombino, que fue llegar a esa especiería.

Aplicar en el Pacífico la solución obtenida en el Atlántico, esto es, navegar hacia el norte para elevar el derrotero de vuelta, requirió de una visión global sobre la larga línea que, lanzada desde la Rábida llegaría a las Filipinas. Para lograrla se necesitaba de las observaciones climáticas y oceánicas, en gran parte brindadas por las exploraciones de la costa mexicana hacia las Californias y luego hacia el norte a las costas que hoy son de los Estados Unidos. Esa visión general del viaje, interrumpido en México, y su posible continuación que formaría la segunda parte del puente marino apoyado en nuestro país, fue precisamente la aportación del fraile marinerero Andrés Urdaneta.

Los viajes en el Pacífico tuvieron un doble sentido: los unos fueron en el siglo XVI en busca del derrotero de las especias, entre ellos el de Urdaneta, pero otros trataron de encontrar el paso entre uno y otro océano en el septentrión. Si este propósito nunca se consiguió, en cambio, los muchos esfuerzos abortados brindaron un cúmulo de conocimientos sobre la costa occidental que, a partir de Cortés, continuaron aumentándose durante la colonia. Para ello contribuyeron las autoridades coloniales y también los individuos particulares.

El simple recorrido de esos viajes confirma lo que venimos planteando. El ansia por el saber distinguió sin duda a todos los viajeros aunque los intentos terrestres para comercializar la colonización de Baja California (Santotis y Vizcaíno) fracasaron con terquedad. Además de los dos mencionados, deben tenerse en cuenta los nombres de Álvaro Saavedra Cerón, Diego Hurtado de Mendoza, Hernando Grijalva, Diego de Becerra, Fortún

Jiménez, Hernán Cortés, Francisco Ulloa, Hernando de Alarcón, Juan Rodríguez Cabrillo y Bartolomé Ferrer. Entre todos decantaron los elementos valiosos que al final del siglo XVI habrían de lograr que la imagen occidental del continente americano se plasmara en las cartas. Entre todos ofrecieron el conocimiento necesario para poder dibujar los portulanos que debían apoyar la navegación, ya iniciada hacia el Oriente por Ruy López Villalobos, Andrés de Urdaneta y Miguel López de Legazpi. Esos viajes costeros también fueron las bases necesarias para facilitar la segunda etapa de la colonización de Baja California, que culminó con la posterior fundación de Loreto por el jesuita Salvatierra en 1700.

Creo poder afirmar que en el siglo XVI los marinos hicieron una contribución sólida e importante para el descubrimiento, extensión y mantenimiento del imperio español en América y también en el Oriente, pues el quehacer marítimo de ese siglo culminó con el establecimiento del segundo ciclo regular de comercio y navegación mantenido varios siglos por los galeones de Manila. No se puede decir que lo hecho en el Atlántico fuera malo y lo del Pacífico todo bueno. Se trató de un solo proyecto hecho, comenzado y terminado por los hombres de mar que lo tomaron del saber de la Edad Media a través de Cristóbal Colón.

Sin embargo, ese quehacer marino sufrió considerablemente al quedar el manejo de las colonias en manos de la gente de tierra, conquistadores, funcionarios y colonos que fueron los encargados de su desarrollo en todos los aspectos. Este fue el motivo para que no quedara una verdadera tradición marinera y un contacto constante con el mar. El resultado final es que México sea un país sin verdadera conciencia de la existencia de sus propios mares y de las oportunidades que ellos encierran para definir la vida moderna de la nación, comunicándola y relacionándola con el consorcio de las naciones mundiales. Doce mil kilómetros de la costa extendidos entre el paralelo 32 y el 16 del hemisferio norte tienen todavía que ser motivo de los mayores esfuerzos de la nación para lograr las empresas de desarrollo, que requieren la experiencia de los viejos y del vigor de la juventud, para poderse enfrentar al porvenir con espíritu de aventura, de firmeza de carácter, liberalidad, tolerancia e iniciativa en el elemento marino que es la fuerza natural más aterradora pero la de más sobrecogedora belleza.

VI. LAS RUTAS DE COMUNICACIÓN MEXICANA Y SU DEPENDENCIA DE LA NAVEGACIÓN DE ALTURA RENACENTISTA

El Renacimiento invirtió las líneas de comunicación antes dirigidas hacia el este a través del Mediterráneo, para llevarlas hacia el oeste con el fin de ir en busca de los nuevos elementos de economía, con características hegemónicas, y ello debe presentarse como un capítulo importantísimo de la historia de la humanidad en la que se incluye la de México. A todo ello ayudó la nueva técnica reformadora de la navegación y los necesarios instrumentos para el propósito. Sin olvidar la fuerte tendencia hacia la centralización gubernamental y administrativa, debe insistirse en el cambio que tuvo lugar en el carácter del hombre de la época, que facilitó la entrada de España en la gran aventura para llevarla hacia los nuevos derroteros marinos, cuyo destino se fijó en un objetivo incierto situado al oeste, que podría alcanzarse con sólo navegar el océano Atlántico.

El quehacer era para marinos, con mentalidad específica y diversa a la de la gente de tierra. El viaje al oeste fue, pues, una empresa de mar que rompió las costumbres terrícolas de los reyes católicos quienes, apoyados en Castilla, contaban con la experiencia de la expansión terrestre heredada de la Reconquista, que culminó con la toma de Granada. Ahí surgió el carácter del español convertido en hombre obstinado, para quien su propia vida era trascendente y se destinaba a cumplir una misión. En la conquista de las islas Canarias se empeño por descubrir, luego en poblar y todavía en dirigir los destinos y las almas, sin importarle la propia vida y tampoco su muerte. Fueron los marinos quienes dieron con el inesperado continente americano. Cuando establecieron la comunicación con él, los reyes y los conquistadores acentuaron el sentido trascendente que explica la absoluta necesidad de la conquista, de la colonización y de la evangelización del territorio. Estas actividades se convirtieron así en los símbolos de

la trascendencia vital y de la misión que cada uno debía cumplir. En esas colonias, conquistadas por hombres de tierra, no podían encontrarse otras características que la rigidez, la disciplina, los reglamentos y la intolerancia que formaron con la mayor dureza, para indios y conquistadores, el patrimonio de tierra que, al ser entregado, integraría la nación mexicana después de correr los siglos.

La verdadera finalidad de la navegación de altura no fue descubrir América y menos, colonizarla. Lo ocurrido desvirtuó el proyecto inicial renacentista concebido para montar una gran organización comercial y destinado al quehacer de los marinos. A la mentalidad terrestre se contrapuso paralela la del marino, de cualidades opuestas porque se sabe cuán inútil resulta luchar contra el mar. La mayor tolerancia, la entereza y la individualidad son los ingredientes necesarios para alcanzar el destino. Así de incierto fue el de quienes se perdieron con él o fueron apresados por los bajos, o embarrancados en las exploraciones de California.

Característica de navegantes resulta saberse amoldar a la necesidad de subsistir en un elemento tan extraño como lo es el mar, donde todo deja de regir y se obtiene la sensación del infinito y de la inmensidad sin definiciones.

Trasciende pues que, separadas las dos formas de mentalidad, la de los marineros no es la apropiada para la conquista ni para la evangelización, por la naturaleza de su carácter que los imposibilita para depender de costumbres y de instituciones rígidas.

Esos hombres, en realidad, pasaron de largo sin interesarse en la Nueva España, para prolongar su aventura marítima hacia el oeste. Así dejaron la conquista y la colonización en manos adecuadas de los terrícolas sin que ello significara incompatibilidad de los dos tipos humanos o que lo fueran sus actividades, porque sin las unas no hubo lugar para las otras.

Vemos además cómo, llegadas las naves a la Nueva España por las necesidades de la conquista terrestre, tuvieron que aparecer en el lago de Texcoco para sumarse a las huestes y contribuir a la rendición de la capital. Caída Tenochtitlan la relación entre los grupos, marino y terrestre fue invertida porque el marino ayudó al conquistador con anterioridad y el conquistador lo ayudaría en adelante al efectuar las expediciones necesarias de descubrimiento para, después de atravesar el continente ameri-

cano, poner a los marinos frente al mar donde continuarían su camino hacia el oeste.

Los hombres de mar, generalmente olvidados, fueron en ese periodo parte instrumental de los ejércitos o del comercio, pero su labor fue necesaria en el proceso de los descubrimientos futuros y en el acarreo de abastecimientos, sin olvidar el significado que tuviera el traslado de hombres y mujeres del viejo continente al nuevo.

Desde el descubrimiento de la Nueva España se observa a los marinos explorando las costas, o formando armadas para desarrollar la doble misión de transportar huestes militares y de estudiar la geografía, pero también tuvieron que ver en mantener la comunicación con la metrópoli llevando la noticia de los nuevos conocimientos y de los sucesos que tenían lugar.

Esa actividad inicial, formalizada poco a poco adquirió tintes oficiales al acarrear las órdenes reales, las opiniones del Consejo de Indias o las intrigas y rencillas del obispo de Burgos y de otros. En ocasiones, fueron conducto de problemas humanos y de envidias, como sucedió al llegar las fuerzas de Diego Velásquez capitaneadas por Narváez, para enfrentarse a Cortés. La marina también apoyó la expedición terrestre hacia el Pánuco y hacia Centroamérica por la costa del Golfo. En la primera ocasión se trató de limitar jurisdicciones mientras en la segunda se buscó el paso hacia el Pacífico. La función de las naves en la expedición a las Hibueras y Honduras fue indiscutible: primero acarreraron comida y pertrechos y luego regresaron a Cortés de manera expedita y constituyeron un instrumento de ayuda indirecta para sofocar el levantamiento de la ciudad de México en contra del adelantado.

Cuando la conquista encontró su cauce se apoyó en las rutas establecidas por los navíos mientras lo sucedido en las costas expresaba decisiones reales y órdenes metropolitanas, que movieron a los nuevos funcionarios jurídicos y políticos. Así por ejemplo cuando Cortés regresó de España con el título de marqués del Valle, vino encargado de explorar el mar del Sur y de ello resultaron los viajes de Saavedra Cerón, Hurtado de Mendoza, Becerra, del propio Cortés y de Ulloa; que se llevaron a cabo con navíos construidos en tierras americanas, con técnica y mano de obra española, con ayuda indígena y materiales básicamente locales. Más adelante se continuó el esfuerzo por las autoridades reales

que resultó en las expediciones de Hernando de Alarcón y de Pedro de Alvarado, que hubiera sido definitiva de no interponerse los problemas políticos, internos, terrestres que la impidieron. Al ser seguida por Villalobos, éste la hizo fracasar.

La abundancia de los expedicionarios y los propósitos de las expediciones parecen indicar el regreso al plan original renacentista interrumpido, temporalmente, por la aparición de los intereses terrestres de los conquistadores en la Nueva España. Las expediciones marinas locales acometieron el trabajo preparatorio de los conocimientos previos a las nuevas aventuras que dirigían las naves al lejano oeste, hasta entonces comunicado con los droteros inadecuados, por su magnitud y sus peligros.

El conocimiento se recabó en la zona noroeste de la Nueva España que dió lugar a graves confusiones geográficas al convertir California en una isla e insistir en la existencia del paso marítimo transcontinental del norte. Aquellos territorios no fueron asimilados hasta que las expediciones tradicionales de tierra pudieron moverse en el área, usando los conocimientos facilitados por la exploración de las rutas marinas.

La posesión de la tierra siempre se derivó de los hombres de montaña cuyas características brotan hasta en las quejas causadas por el hambre de quienes formaron parte de las huestes. Si bien se pescaba en Veracruz y se establecían sobre playas y puertos del país, comentaban cómo los indios comían mariscos recolectados alrededor, sus vituallas revelaban sin embargo las dietas montañosas basadas en torno a la carne de puerco y los expedicionarios caían enfermos por sus excesos cuando la conseguían. Resulta también la inhabilidad de los conquistadores para sobrevivir en ambientes marinos, como sucedió en los casos de naufragio. Puede recordarse el caso del licenciado Zuazo en los bajos de las Víboras, después de haber perdido los cerdos que acarrecaba en la nave junto con las provisiones de matalotaje. Tuvieron que ser los indios, traídos de Cuba, quienes se ingeniaron para hacer fuego, sacar agua y “trastornar” tortugas para comer sus huevos, que, además gustaron al licenciado. Pero a pesar de reconocerse lo valioso de esos recursos, el gusto de los conquistadores se inclinó definitivamente hacia la alimentación de tipo terrestre que también caracteriza el gusto de la nación mexicana.

Por otra parte, al regresar de las Hibueras, Cortés y sus acompañantes prefirieron dormir en la dureza de la arena por

no pernoctar un sólo día más en las embarcaciones, a pesar de los insectos que abundan en la zona. Incluso optaron por caminar leguas para llegar a Veracruz, en vez de acortar el viaje al hacerlo por mar.

Desde la ciudad de Veracruz se prolongaron los itinerarios marinos con los terrestres americanos propiamente dichos, con la ayuda de los indígenas. Un buen número de esos caminos se siguieron para descubrir, conquistar o simplemente puntualizar el mapa del continente. La primera expedición, importante para nosotros, tuvo lugar en 1524 capitaneada por Cristóbal de Olid, por orden de Cortés, para dirigirse a las Hibueras en busca de minas y del paso que llevara a la banda del Sur para poder partir hacia las Especierías.

Las costas de Veracruz y las de Tehuantepec se convirtieron así en punto de proyección expedicionaria para lanzar el imperio español hacia el Lejano Oriente, como se pretendió hacer con anterioridad mediante las expediciones colombinas y, la Nueva España fue el lugar adecuado para construir barcos y organizar expediciones marítimas destinadas a explorar el mar del Sur.

La expedición de Olid abrió el camino hacia el sur cuando unió Veracruz, Cuba y Puerto Caballos y se fundó Triunfo de la Cruz. Sobre esa expedición fue por tierra la de Cortés a las Hibueras hasta alcanzar el Golfo Dulce, Puerto Cortés, Trujillo y Puerto Caballos y se dio lugar a la penetración en Guatemala hacia Naco y Nicaragua.

El regreso de Cortés siguió el derrotero marítimo hacia la Habana y Medellín, frente a Sacrificios. Pero en la época de la conquista, el momento más importante de la exploración marina resultó de las capitulaciones, dadas a Cortés en España, que ordenaron descubrir islas y otras tierras y enviar armadas al Mar del Sur. Para ello se construyeron navíos en Tehuantepec, en Zacatula y en Acapulco. En consecuencia se originaron expediciones en el Pacífico a partir de las costas, y los sucesos se desencadenaron. A los tres años de la expedición de las Hibueras, en 1527, Álvaro de Saavedra Cerón hizo la primera salida con cuatro navíos de Zacatula con destino a la Especiería; con el piloto Loayza salió de Zihuatanejo.

La lucha por cumplir con la orden real fue continua. A los cinco años, 1532, Diego Hurtado de Mendoza salió de Acapulco con dos navíos construidos por Cortés en Tehuantepec, para bus-

car al extraviado Loayza, pero también las islas ricas en perlas. En Tehuantepec iniciaron el viaje y Grijalba descubrió Santo Tomás mientras que Ortuño Jiménez el piloto mayor, a pesar de un motín y después de depositar en Jalisco a los que en él intervinieron, descubrió Santa Cruz (La Paz) donde se hablaba de la existencia de perlas y pereció a manos de los indios. Cortés al saber de las perlas que se decía había en La Paz viajó en 1536 desde Tehuantepec, con tres naves, para llegar a su destino en el primer viaje de las mismas, que tuvo lugar en el mes de mayo de 1536. Al salir de vuelta, sobrevinieron los temporales y del desastre una embarcación pudo aportar en La Paz. Con ella Cortés recuperó las otras y exploró el golfo de California para volver a Acapulco, dejando a Francisco de Ulloa para que bojara la costa de la península a partir de Natividad en mil quinientos treinta y tantos. Éste tardó siete meses en su cometido y de regreso a Jalisco uno de los soldados le dio muerte.

Las expediciones como se observa resultaron un fracaso para los hombres de tierra, pero facilitaron los conocimientos que, más tarde, serían el apoyo necesario para la navegación del Pacífico.

A los pocos años de esos viajes, Cortés se retiró de la Nueva España para ir a Castilla y no volvió.

Las autoridades cambiaron y también lo hizo la política novohispana, pero la preocupación por explorar y averiguar quedó en pie y el virrey Antonio de Mendoza envió a Francisco Vázquez de Coronado en busca de las Siete Ciudades de Cíbola, acompañado de Oñate, a quien se adelantó Fray Marcos de Niza. Por intercesión de Fray Marcos se organizó la salida de tres navíos en apoyo de la expedición terrestre. En ellas salieron Hernando de Alarcón, Marcos Ruiz y un capitán Maldonado.

Sin embargo, la expedición de mayor importancia fue planeada desde Guatemala por Pedro de Alvarado en 1537 o 38. Se concibió de fuerza inusitada al componerse de 12 naves construidas en Acajutla a gran costo –por acarrear los materiales necesarios desde Veracruz– para reunir las en Purificación de la costa jalisciense. A punto de zarpar de Navidad, cuando los adelantados fueron a despedir las naves surgieron problemas terrenos ajenos a la expedición y Alvarado salió hacia Nochistlán, muriendo en el viaje por la caída de su caballo.

El virrey Mendoza trató de llevarla a cabo, reduciéndola a tres navíos mandados por su pariente Villalobos, que logró llegar a las islas portuguesas, donde fue apresado.

Si estos movimientos se dirigieron hacia el norte y a lo largo de la costa mexicana, también se formó el itinerario opuesto para resolver la comunicación intercontinental entre la Nueva España y el Perú, los dos virreinos de mayor importancia en la costa del Pacífico.

De antemano, el Pacífico se navegó a partir de Panamá y ese istmo representó la ruta lógica para evitar la circunnavegación de Sudamérica.

Mover mercancías a través de Panamá y hacerlas navegar hasta Perú dependió, a partir de 1530, de una mayor mano de obra que se relacionó con el movimiento de esclavos llevados desde Nicaragua. Así se propició el desarrollo de las rutas marinas, con participación de las autoridades coloniales y también de los conquistadores. Para 1534 se contaba con una veintena de carabelas involucradas en el quehacer, algunas construidas en el istmo y la mayoría en Nicaragua destinadas a ese tráfico. Los barcos nicaragüenses fueron importados por su función, aún más que los de Cortés construidos en Zacatula; y Panamá se convirtió en el centro de los navegantes de altura entre Perú y la Nueva España.

El viaje se hacía en 1540 desde Realejo, en Nicaragua, hacia Panamá, llevando provisiones y mercancías, mientras otra línea navegaba en ruta directa hasta Perú.

El último derrotero heredaba el que se piensa existió en 1531, destinado a llevar caballos y mercancías desde México. El nexo con Perú se mantuvo de manera regular pues los pobladores de las ciudades de la Nueva España alimentaron desde 1533 a 1536 la población peruana, atraídos por las mejores oportunidades de adquirir encomiendas en aquella tierra, y hubo de llegarse al extremo de prohibir la salida de hombres y de caballos que, desde México, salieron con ese destino. Pero el mandato real fue desobedecido y el tráfico continuó hasta acabarse las encomiendas del Perú.

El comercio iniciado por Cortés en 1536, recién llegado de California, al llamado de Pizarro, abrió con dos naves el primer recorrido directo entre los puntos. Tres viajes se hicieron a los mercados panameño y peruano llevando los productos de

las haciendas cortesianas para fortalecer el intercambio comercial, pero el fracaso económico terminó con un buen intento, que dejó establecida la ruta directa con el Perú: misma que desde 1539 fue objeto usual de la navegación. Entre 1550 y 1585 buen número de naves pertenecientes a ambas colonias mantuvieron la ruta abierta, al recorrerla en ambos sentidos, después de zarpar de Huatulco.

Los fracasos económicos de Cortés ahuyentaron las inversiones de los poderes novohispanos en ese comercio. Más tarde, se interesaron en la nueva línea comercial con las Filipinas que convirtió a la Nueva España en el punto principal para el manejo de los artículos chinos.

Pero esos movimientos locales dependían de la concepción mayor establecida por la navegación de altura que venía desde España. Existen diarios de viajeros que coinciden en lo molesto y difícil del viaje rodeado de peligros de todo tipo. Debe recordarse lo incómodo y arriesgado de barcos relativamente pequeños que alojaban hombres, animales y mercaderías, en muchas ocasiones perseguidos por piratas que contribuían a la zozobra de los pasajeros y a la incomodidad.

Pero, a fuerza de estudio y observación se había logrado establecer los derroteros marinos eficaces para poder navegar amoldándose a las necesidades de los climas, de las corrientes marinas y también a las de los vientos predominantes, necesarios para el transporte a vela.

El viaje de salida, desde España hacia América, tenía en cuenta esos factores, y por ello se hacía desde abril a mayo, para llegar al destino antes de agosto cuando comenzaban los famosos nortes.

Desde Sanlúcar se ocupaban 8 días en bajar por el río hasta atravesar la barra y llegar a las islas Canarias. De allí se emprendía el tramo primordial del crucero atravesando el Atlántico en, aproximadamente, 25 días hasta alcanzar la isla Descada o la Dominicana. Durante 20 días se navegaba a la vista de Puerto Rico y de la Española, surcando después entre Cuba y Jamaica para llegar al Cabo San Antón al oeste de Cuba. En verano, desde mayo a septiembre, se pasaba por dentro o por fuera, en invierno, más metida la derrota en altura para llegar a Veracruz. El itinerario descrito está inspirado sin duda en el viaje de Colón que, con pequeños ajustes, quedó establecido como el derrotero

definitivo para todo lo que desde la vieja España salía para la nueva.

De vuelta, no resultaba posible recorrer el mismo camino. Los vientos eran contrarios y los barcos hubieran tenido que hacer un sin fin de bordadas en esas latitudes. Los navíos, pertenecientes a la flota, se reunían así en la Habana, partían juntos y trataban de llegar a España antes del invierno. Desde la Habana se seguía por el canal de Bahama hasta el Golfo del Norte, o mar del Sargazo, ocupando en ello 20 días. Desde allí navegaban la ruta de verano a una latitud de 38 o 39 grados para llegar a las Azores. En invierno optaban por el derrotero más bajo y luego subían a los 39 grados de latitud para llegar a la isla Santa María de las Azores y alcanzaban después los 40 de latitud para tocar la Tercera desde donde se seguía en pie de guerra, por el peligro de piratas, hasta llegar a Sanlúcar después de 15 o 30 días de marear.

En ambos puertos extremos, y a veces en alta mar, sometían a inspección el cargamento, los pasajeros y aun las propias naves, con verdadero alarde de burocracia: residencias, cuentas, interrogatorios eran el principio de las dificultades continuas, que debían sobrepasar de manera rutinaria.

Las flotas, una vez establecidas, se utilizarían hasta la segunda mitad del siglo XVI y al entrar en el siglo XVII su régimen cambió para ser sustituido por el de los galeones que resultaba más económico y productivo en la carrera de Indias. Los derroteros, de ida y vuelta a América, cerraron el ciclo de navegación de altura, de mayor importancia para la humanidad por conectar Europa y América y sostener relación total entre los dos continentes durante varios siglos. Sin embargo, el itinerario moría en el continente americano y estaba destinado a continuarse en el Pacífico para proporcionar el corolario del proyecto renacentista, al producir el segundo gran ciclo de navegación de altura, que lo enlazaría con Asia a través de América.

Igual que al plantearse el primer ciclo, el del Atlántico, hubo de resolverse buena cantidad de problemas técnicos y de navegación, hubo que enfrentar otros tantos al plantear la posibilidad de navegar en el Pacífico, pues se necesitaba dar lugar a los acontecimientos de la conquista, y hubo que propiciar esfuerzos continuados que duraron una buena mitad del siglo: se tuvo que llegar con la exploración de la Nueva España hasta el Mar del Sur; en sus costas hubo que poder construir los navíos, en el número su-

ficiente; hubo que descubrir y explorar la costa occidental de la Nueva España; y hubo que proyectar los ramales terrestres existentes antes de navegarse hacia las Filipinas. Todas las tareas, duras y penosas, exigieron caracteres fuertes, tanto a los hombres de mar como a los de tierra pues ambos se complementaron en la tarea.

Cada intento y cada viaje fue de trascendencia para crear el gran ciclo total de navegación y no pudo resolverse ese gran proyecto hasta que los itinerarios terrestres facilitaron los movimientos entre Veracruz y Acapulco, unidos por recuas de animales, que mantuvieron la continuidad del tránsito horizontal en cumplimiento del objetivo principal del viaje de Colón.

El proceso fue largo y tomó forma paulatinamente. Cortés se lanzó excitado por esos proyectos, desde la quinta carta de relación, fechada el 3 de septiembre de 1526, cuando hablaba de lo que se podría hacer en esa magna empresa de explorar el Mar del Sur y llegar a las Especierías. Pero, detrás de sus ilusiones operaba la política imperial de la corte española, que concebía una Nueva España proyectada hacia el Pacífico y formulaba un nuevo aparato marino apoyado en el ya existente del océano Atlántico.

Por su parte y con el mismo propósito, la corona combinó otros esfuerzos, como el representado por la expedición en que fray García Loayza partió al salir de la Coruña con destino a las Especierías. La expedición se perdió en el estrecho de Magallanes y de ella se desprendió Loayza que, después de llegar maltrecho a Acapulco, salió con Álvaro Saavedra Cerón el 28 de mayo de 1527 en el viaje ya descrito a las islas de Maluco, partiendo de Zacatula.

Los navíos de Saavedra fueron revisados, capitanes y oficiales nombrados; se establecieron reglas de conducta para la tripulación y se prohibió el juego de dados y naipes; ninguna mujer se permitía a bordo porque "suelen ser muy dañosas semejantes compañías". Se dieron instrucciones de navegación para que las naves siguieran a su capitana, y zarparon con preocupaciones y encargos nada fáciles de cumplir.

La corona ordenaba buscar a fray García Loayza de cuya llegada no sabía, y a Sebastián Caboto quienes, supuestamente, estaban perdidos. También Fernando de Magallanes rezagado en Tidori con su nave capitana *La Trinidad* llena de mercancías y artillerías. Había que averiguar si los anteriores navegantes dic-

ron con nuevas tierras o islas. Había que llegar a Cibú y saber lo sucedido con el piloto Juan Serrano y otros, y si estaban vivos rescatarlos. Como sabían que en la isla del Maluco existía una fortaleza portuguesa, construida en los límites del territorio de la corona, trataría de tomarla o convecer a su alcaide para que se retirara. Si Loayza y Caboto no aparecían habría que acercarse a los naturales, contratar un comercio de rescate con ellos y averiguar lo necesario con relación al tráfico de especias y drogas, además de cuanto se refería a las plantas que las producían y llevarlas a la Nueva España si fuera posible acompañadas de un esclavo que las entendiera y cuidara.

De regreso, por si hubiera sido poco, se aportaría en todas las islas para tomar posesión de ellas en nombre de la corona. En un futuro contarían con los refuerzos navales de varios navíos que estaban en proceso de construcción en las playas de Tehuantepec y eran susceptibles de ser usados para ese propósito. El viaje terminaría en Aguacatán en Colima o Mazatlán y los barcos permanecerían sin descargar hasta que se diera orden de hacerlo.

En esa forma optimista se estructuraba el proyecto de expansión, para las rutas del Pacífico, que establecía una cabeza de playa a gran distancia y apoyada en la Nueva España, que ofrecía una construcción naval incipiente, de acuerdo con los lineamientos de la política real, que convertía a las tierras mexicanas en el punto de partida de los descubrimientos y las conquistas subsiguientes.

Ceñido a los mismos proyectos, Cortés dió sus instrucciones a Diego Hurtado de Mendoza. Saldría de Acapulco donde dos naves estaban aprestadas para llevar a cabo el siguiente derrotero: engolfarse al sur de Acapulco viajando 8 o 10 leguas, de ahí seguir la costa con rumbo al noroeste sin perderla de vista y observando el mar mañana y tarde, por si se encontraran otras tierras; y, si se avistaran asentar el rumbo hacia ellas para verlas y descubrirlas. El motivo del viaje parece no haber sido otro que lograr la información necesaria sobre la tierra y la gente. También se pedía que con minuciosidad se analizara la naturaleza de la población, sus posibilidades de navegar y que dieran todas las noticias importantes de las tierras descubiertas. De no encontrarse con algo especial deberían navegar entre la tierra firme y las islas encontradas para complementar sus noticias y levantando así los

mapas debidos que señalaran los puertos, las entradas y las cordilleras.

Si al llegar a la altura de Zihuatanejo no hubiera visto nuevas tierras, navegaría otras veinte leguas y tomaría rumbo oeste para surcar mar adentro por otras 12 ó 15 leguas, distanciado unas diez de las costas y, recorridas esas veinte leguas, tomaría el rumbo oeste para surcar mar adentro por otras quince o doce de manera que, al llegar a la altura donde Nuño de Guzmán había estado en la costa, doblara la punta de las sierras y desembarcara para tomar posesión y explorar en un trecho de 100 a 150 leguas, haciendo notas de cuanto viere y supiere para dar noticia, al regreso, de la calidad de la gente y de la tierra.

Mientras las instrucciones de Saavedra lo lanzaron en su viaje al occidente a través del océano Pacífico, las de Hurtado de Mendoza lo obligaron a reconocer la costa mexicana hacia el norte. Las dos fueron proyecciones necesarias para la exploración, pero la dirección general del viaje de altura pareció bifurcar el derrotero establecido de este a oeste, que traía desde España y ambas proyecciones fueron necesarias para que cuajara poco a poco la navegación de altura hacia el oriente.

Aunque el viaje de Saavedra terminó en tragedia, pues murió al intentar el tornaviaje, su segundo navío descubrió Manzanillo, que se llamó Santiago.

En el viaje de Diego Hurtado de Mendoza, que zarpó el 30 de marzo de 1532, se encontró las islas Marías (Magdalenas entonces), llegó a Sinaloa y, después del motín naufragó frente a puerto Navidad. Pero la nave ocupada por Hurtado logró llegar al Golfo de California y al entrar en Tamazula lo mataron de un flechazo. A pesar del fracaso y de la desaparición total de la expedición, en ella se dieron pasos importantes para el conocimiento de la costa mexicana.

Otra fase importante hubo en el año siguiente de 1533 cuando Hernando de Grijalba reconoció el norte y descubrió las islas de Santo Tomás (Socorro) y la de San Benedicto de las Revillagigedo, para volver a Santiago mientras su segunda nave, la "Concepción", en donde iba Fortún Jiménez, perdió su capitán asesinado por éste, y llegó a la costa de Jalisco donde embarrancó.

Contratiempos, naufragios, arrojo, asesinatos, de todo hubo para explorar la costa occidental de la Nueva España y sólo sabemos de capitanes y pilotos, sin tener noticias de los marineros que

participaron en ello, dando sus vidas a cambio de conocimientos básicos y necesarios, no siempre apreciados en lo debido.

La salida de Cortés esperanzado en lograr además del saber académico, tan encargado por la corona, muestra el deseo de lograr resultados materiales. Con ese motivo partió de Chiametla el 18 de abril de 1535, para ir a la isla del Cardón (península de Baja California) donde fundó Santa Cruz (La Paz) y recorrió las costas sin decaer por la pobreza de las tierras, para continuar durante un año la exploración. Al tratar de reponer sus víveres sobrevinieron los naufragios y tuvo que navegar, en persona, su último navío de regreso.

El hecho es que habían reunido los conocimientos fundamentales y de nuevo se insistió en el anhelo quimérico de resolver el paso hacia el oriente. Tocó esa vez a Francisco Ulloa y a Fernando de Grijalba salir de Acapulco hacia el Perú para, desde allí, dirigir sus proas a las Molucas en otro intento de lograr el derrotero adecuado desde la Nueva España. A pesar de que no resultó, en 1539 volvió Ulloa a recorrer las costas internas y externas de Baja California y llegó hasta la isla de Cedros. Ulloa se perdió pero uno de sus barcos informó en 1540 que la Península no era una isla. Ello se confirmó por las declaraciones de Francisco Alarcón, quien dijo cómo, al llegar al extremo del Golfo de California, había navegado el río Colorado.

Con el trabajo de exploración la geografía se había enriquecido incluso sobre la misteriosa California, pero no se llegó a verdaderas conclusiones definitivas en la época, como tampoco se hizo en la expedición de Juan Rodríguez Cabrillo que alcanzó el Cabo Mendocino (1542-1543). Sin embargo, las noticias fueron suficientes para que Hernando de Alarcón y su piloto Domingo del Castillo levantaran la carta de las costas de la Nueva España en el Mar del Sur.

El gran momento para las rutas marítimas del Pacífico fue el año de 1564, cuando se disponía del conocimiento básico para la costa novohispana y con mayor o menor firmeza se poseían sus territorios. Hombres de mar y hombres de tierra habían trabajado en común, para conformar las circunstancias necesarias, antes de lanzar las rutas a través del Pacífico. Apoyado en el puerto de Navidad, salió el 21 de noviembre de 1564 Miguel López Legazpi en compañía de fray Andrés de Urdaneta, sin saber cómo lograrían la hazaña, que Felipe II ordenó al virrey, en

1559, que desde la Nueva España se encontrara la ruta de la Especiería.

Los esforzados marineros llegaron, en efecto, a las islas de Poniente (Las Filipinas) el 13 de febrero de 1565, y la importancia del suceso se desprende del comentario de uno de los tripulantes que escribió como “ello es cosa grande y de mucha importancia y los de México estan muy ufanos con su descubrimiento que tienen entendido serán ellos el corazón del mundo”.

La llegada a las Filipinas a partir del puerto de Navidad representaba sólo la mitad del cometido. Era sencilla, si se considera que otros navegantes lo hicieron con anterioridad. Pocos lograron en cambio regresar y, si lo hicieron, ello fue por caminos inconvenientes. La ruta escogida para el regreso, después de dejar a Legazpi ocupado en poblar Cebú, fue lo que resolvió y cerró el ciclo de la navegación de altura en el Pacífico.

El fraile salió en la nave San Pedro el 1 de junio de 1565 empuñando una carta marítima, con el derrotero por él propuesto, que se fue consultando en el viaje. Su itinerario se basó en la experiencia habida de los marinos que viajaban en el Atlántico, porque el problema se resolvió de manera parecida: navegó cruzando el archipiélago de las Filipinas con singladura noroeste hasta llegar a los 34 grados de latitud norte; descubrió la isla Descada el 3 de septiembre de 1565 a los 34 grados 45 minutos, para tomar el rumbo del este a esa altura y llegar a la costa de California el 26 de septiembre, desde donde costó hacia Acapulco. Los navegantes pudieron hacer la descripción de la costa californiana que tan útil sería para quienes le siguieron. Los escorbutos y las muertes atacaron en esa zona hasta el punto de que habiendo rebasado el puerto de Navidad, llegaron a Acapulco con la tripulación y los pasajeros mermados de tal manera que Urdaneta, en persona, hubo de fondear su nave.

Ese viaje histórico, que se llamó el tornaviaje, resolvió el problema del Pacífico por medio de una travesía relativamente rápida y fácil, que no requirió de los meses que las naves precedentes perdieron en hacer bordadas, pues se aprovecharon los alisios para navegar desde Acapulco hacia el sudeste y desde 20 grados 3 minutos, con viento en popa, se surcó hacia el noreste desde el cabo del Espíritu Santo para alcanzar los 30 grados y salir de la zona tropical donde con el viento inverso, en popa también

ayudado por la corriente de Kuro Sivo cruzó hasta Cabo Mendocino en California.

Puesta en el mapa, la solución dada por Urdaneta en el Pacífico casi coincide al compararla con la dada en el Atlántico porque, allí también se logró el tornaviaje saliendo de la zona tropical.

El mapa de Urdaneta fijó el itinerario seguido, en adelante, por todas las naves coloniales que marcaron esos confines. Gracias a él navegaron y viajaron las naves de la China y se abrió el comercio con las Filipinas una vez fundada Manila: incluso, concurrió en esa ciudad el comercio chino y se estableció el recorrido desde Asia a América, en el Pacífico, ligado por el itinerario terrestre (de Acapulco a México, o Puebla, hacia Veracruz) con España.

Debe insistirse en que el viaje de Urdaneta abrió el verdadero derrotero marino entre Asia y América, y a la vez ello significó la apertura del nuevo capítulo del comercio marino mundial tan trascendente en los siglos siguientes.

Todavía se confirmó la importancia del derrotero, en plena época de navegación a vapor, al abrirse el canal de Panamá que constituyó el complemento necesario para la navegación moderna en derredor del globo. En esa forma se mantuvo en pie el proyecto inicial, convertido en realidad por el fraile, desde la mitad del siglo XVI hasta la fecha. El pensamiento renacentista provocó, en una y otra forma, la necesidad de los demás itinerarios que se llevaron a cabo dentro del continente y quedaron envueltos en ese proyecto mayor.

No hay que olvidar tampoco cómo hasta que la independencia mexicana interrumpió el tráfico, la historia de nuestro país estuvo involucrada en la mayor línea de intercambio que jamás existió. Fue la aparición del canal de Panamá la circunstancia tajante que finalmente sacó a México de esa línea de comunicación.

Al salir de ella la nación quedó aislada para depender en adelante de las comunicaciones norte-sur, que no tuvieron la misma importancia de las que se trazaron de este a oeste, y le imprimieron características latinoamericanas.

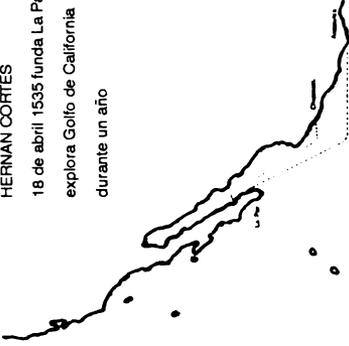
La historia posterior a la Independencia denota ese aislamiento de la historia mexicana que se encontró fuera de los derroteros generales fundamentales en el desarrollo de la civilización. Cabe observar cómo los sucesos importantes y trágicos

de nuestra historia ocurrieron en cuanto se forzó la llegada de esas líneas horizontales de comunicación.

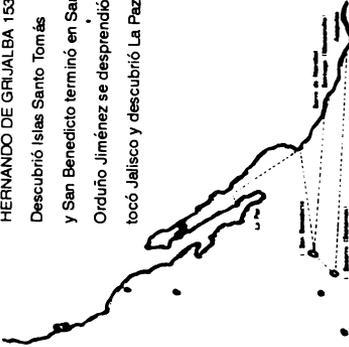
En el caso de la invasión norteamericana, que vino de norte a sur, se encubrió el movimiento de este a oeste de los Estados Unidos. Esa unión a los derroteros horizontales trajo también la invasión francesa y el Imperio y al final del siglo XIX el impacto del positivismo.

MAPA UNO

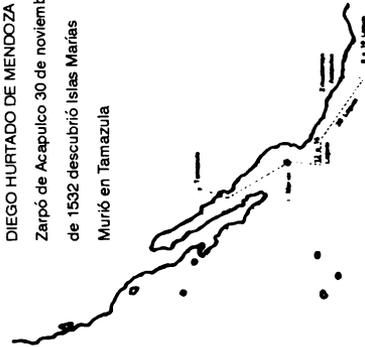
HERNAN CORTÉS
18 de abril 1535 funda La Paz
explora Golfo de California
durante un año



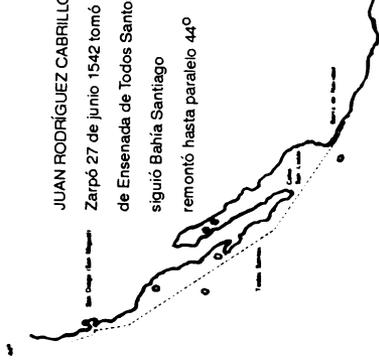
HERNANDO DE GRIJALBA 1533
Descubrió Islas Santo Tomás
y San Benedicto terminó en Santiago
Orduño Jiménez se desprendió
tocó Jalisco y descubrió La Paz



DIEGO HURTADO DE MENDOZA
Zarpó de Acapulco 30 de noviembre
de 1532 descubrió Islas Mariás
Murió en Tamazula

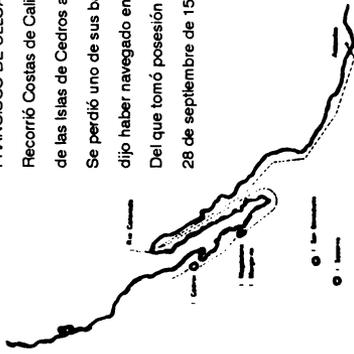


JUAN RODRÍGUEZ CABRILLO
Zarpó 27 de junio 1542 tomó posesión
de Ensenada de Todos Santos
siguió Bahía Santiago
remontó hasta paralelo 44°

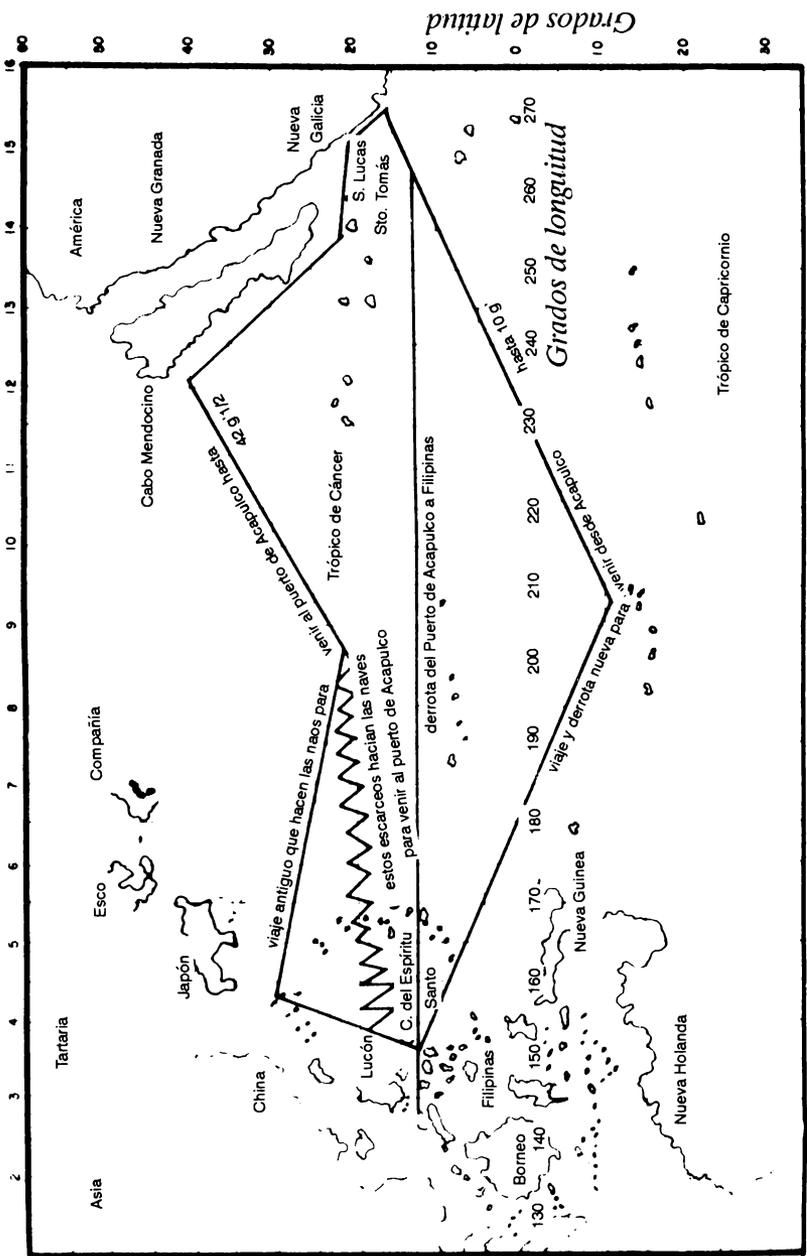


**LA EXPLORACION
DE LAS COSTAS
OCCIDENTALES
HASTA 1542**

FRANCISCO DE ULLOA 1539
Recorrió Costas de California después
de las Islas de Cedros abril 1540.
Se perdió uno de sus barcos
dijo haber navegado en el Río Colorado.
Del que tomó posesión el
28 de septiembre de 1539



TORNAVIAJE DE FRAY ANDRES DE URDANETA



Dibujó. Lic. Enrique Zapata Zapata

Bibliografía

Almazán, Marco, "El Galeón de Manila", en *Artes de México*, núm. 143, 1971.

Bonilla, Juan de Dios, *Historia marítima de México*, México, Litorales, 1963.

Borah, Woodrow, *Comercio y navegación entre México y Perú en el siglo XVI*, México, Instituto Mexicano de Comercio Exterior, 1963.

Castro y Bravo, Federico de, *Las naos españolas en la carrera de Indias*, Madrid, Voluntad, 1927, Serie A.

Ciudad Real, Antonio de, *Tratado curioso y docto de las grandezas de la Nueva España*, México, UNAM. Instituto de Investigaciones Históricas, 1976.

Cortés, Hernán, *Cartas de Relación* (Historia primitiva de Indias), 2 vols.

_____ *Cartas y Documentos*, introd. Mario Hernández Sánchez Barba, México, Porrúa, 1963.

Cuevas, Mariano, *Monje y Marino*, México, Galatea, 1943.

Díaz del Castillo, Bernal, *Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España*, México, Espasa Calpe, 3 vols.

Garabana, Antonio Francisco, "El comercio de Oriente en la provincia mexicana", en *Artes de México*, núm. 143, 1971.

Gardiner, C. Harvey, *Naval Power in the Conquest of Mexico*, Austin, University of Texas Press, 1956.

León Portilla, Miguel, "Viajes a California de Francisco Ortega", en *Estudios de Historia Novohispana*, vol. III, México, UNAM. Instituto de Investigaciones Históricas, 1970.

Mathes, W. Michael, "Datos biográficos sobre el almirante de las Californias Isidro Atondo y Antillón", en *Estudios de Historia Novohispana*, vol. IX, México, UNAM. Instituto de Investigaciones Históricas, 1971.

Martínez del Río de Redo, Marita, "La piratería en el Pacífico", en *Artes de México*, núm. 143, 1971.

Obregón, Gonzalo, "El aspecto artístico del comercio con Filipinas", en *Artes de México*, núm. 143, 1971.

Parry, J. H., *El imperio español en ultramar*, Madrid, Aguilar, 1970.

Quintana, José Miguel, "Un viaje de las Filipinas a la Nueva España en el siglo XVII", en *Artes de México*, núm. 143, 1971.

Velázquez Chávez, Ma. del Carmen, “La navegación transpacífica”, en *Historia Mexicana*, México, El Colegio de México, núm. 70.

Grabados

- [1] La exploración de las costas occidentales hasta 1542.
- [2] Tornaviaje de fray Andrés de Urdaneta.

VII. ESTAMPAS Y TRIBULACIONES DE LA MEDICINA EN LA COLONIA*

No es nuevo decir que el Renacimiento fue un fenómeno determinante en la vida de la humanidad. Fue la mezcla de factores residuales de la Edad Media combinados con las novedades obtenidas en el Renacimiento, la que libró al hombre del misticismo y lo lanzó hacia las nuevas aventuras del conocimiento. Sucedió, sin duda trascendental, tras la caída de Constantinopla fue el descubrimiento del mundo americano y del Lejano Oriente. En escasos cincuenta años se aportaron conocimientos obtenidos en dos océanos y en dos continentes. Estos hechos enlazaron el final del siglo XVI con casi la primera mitad del siglo XVII. Todo fue el resultado de la nueva ciencia y del arrastre de conocimientos, ya esbozados en el quince, que afloraron en el siglo XVI: la nueva cosmografía, las nuevas matemáticas, la nueva geografía y la revolucionaria concepción del globo terráqueo, la revisión de la filosofía, la teología y el sentido de la vida del hombre. Ello, junto con la adaptación de las naves, el compás, la medición del tiempo, la latitud y la longitud fueron aportes determinantes. Pero lograron la revaluación de la vida terrenal y sacarla de su función limitada, al paso hacia la eternidad y envuelta en la mística expectativa, que constituyó a nuestra manera de ver la mayor aportación que la mente y la razón humanas renacentistas aportaron a la humanidad. En ese cambio, que fue el nuevo sentido de la vida, se apoyó desde el conocimiento del cosmos al del individuo y su nueva forma de vivir.

La revaluación del individuo y la acentuación de lo terrenal, mediante el análisis racional y positivo como instrumento, fueron los fundamentos del conocimiento nuevo característico del mundo moderno y contemporáneo pues se hizo el paso del teocentrismo al antropocentrismo.

* Leído en la Sociedad de Historia de la Medicina, 1º de noviembre de 1983.

Sin embargo, el conocimiento naciente tendría que luchar para abrirse paso frente al agonizante del mundo medieval cuyos residuos trascendentes, espirituales y místicos, encontraban el apoyo de las masas ignorantes aterrorizadas ante la naturaleza y las calamidades, que sólo se explicaban en el mundo de los espíritus sobrenaturales, no contra los que la mente aventurera, y a veces oportunista, lanzaba procedimientos mágicos como únicos medios de defensa.

De hecho continuó la enseñanza de la astrología en las universidades, aunque fuera de manera teórica, y las supersticiones estaban vivas en el camino paralelo al del conocimiento experimental, no pocas veces condenado por los tribunales que sacrificaron a los mejores intelectuales por herejes y atrevidos irreverentes. Y pudo más la creencia mágica con sus procedimientos, que el hecho del descubrimiento de la circulación de la sangre, fenómeno no comprensible por quienes aceptaban la magia, porque resultaba más imaginativa la angustia y el pavor de lo desconocido que el conocimiento del hecho positivo y racional.

La astrología y la alquimia resolverían los problemas a la mayor parte de la sociedad desde mucho antes del Renacimiento, y la espera hasta imponer el conocimiento renacentista sería larga, pues el vulgo, cuya mente era aventurera e ignorante, sólo contaba con el escape de la magia. Para resolver sus problemas ante los fenómenos naturales no podía admitir conocimientos especializados y todavía limitados. Por eso la fuerza del vulgo continuó imponiendo la astrología y las brujas se perseguían todavía en los siglos XVII y XVIII, aunque continuaran después los magos y los encantadores, apoyados en la credulidad infinita de los pueblos primitivos e incultos.

A la larga, la medicina estricta apoyada en la ciencia experimental, como las demás ciencias positivas, se colocaría a la cabeza pero hubo de continuar durante mucho tiempo en las universidades el traslape de la astrología teórica con la crítica experimental.

El mundo medieval, agonizante, se manifestaba así en las curas de la magia simpática mientras chocaba con el mundo moderno nacido de la crítica experimental que iba en busca de las causas de las enfermedades.

Los historiadores sabemos bien que no hay cortes absolutos en cuestiones humanas y así se explica que perdurara la filosofía

escolástica que desde los púlpitos lanzó diatribas constantes en contra de los creadores del nuevo conocimiento. Por ello los tribunales condenaron a los más eminentes intelectuales por herejes, y si esto se logró no fue así con el proceso de evolución de las ideas, ya establecidas, que continuaron su proceso de maduración irremediable. Ello hubiera sido equivalente a tratar de destruir el ritmo de la naturaleza con el que se fascinaron los renacentistas.

Dentro de este marco, y como parte de él, la medicina de Occidente, desde la época prodigiosa de los griegos, enfocó el problema de la enfermedad dentro de un marco conceptual en el que se dio primacía al intelecto. La Edad Media centrada en la religión pareció, por un momento, abandonar el enfoque racionalista para abismarse apasionadamente en el misticismo. Pero el Renacimiento al recuperar la antigüedad clásica reencajó la función de la razón en un lugar prominente. En la historia del pensamiento humano, el Renacimiento representa la transformación de la concepción mágica y del sometimiento a lo espiritual, trascendente, hacia la concepción racional experimental y positiva de la vida y de los hechos.

La medicina de los conquistadores, que vinieron a América y a la Nueva España, vino sobrecargada por el profundo sentido de religiosidad como dice Gonzalo Aguirre Beltrán, pero su orientación básica fue renacentista, porque limitó el campo de acción a la llamada esfera de lo natural, al mundo de la realidad objetiva, dejando el trato de lo preternatural a la clerecía especializada en la realidad subjetiva.¹

Todos sabemos, y no es novedad, que el proceso colonial es un proceso de mestizaje iniciado, apenas, comenzada la conquista. Con el trauma que ésta supuso para el hombre mezclado, en aumento numérico constante dentro del desarrollo poblacional, se encontró a medio camino entre las dos culturas, la una relativamente rezagada a la otra que si en un principio entrechocaron, también se adaptaron. La necesidad de adaptación fue conflictiva para ese hombre y, en la medicina, el fenómeno se expresó en la contraposición de la medicina áulica con la popular o sea: la nativa indígena y la negra. De ello resultó la construcción de un sistema coherente de ideas, y prácticas curativas, preventivas y

¹*Medicina y magia*, p. 225.

destructivas, que se definen como medicina mestiza. En ella supieron encontrar lugar para lo racional y lo irracional. La dualidad explicó de manera alternativa y opuesta, los efectos de los fenómenos sin sentirse contradicción de tipo alguno.

Vienen a colación, aunque no tenga que ver con la medicina, lo sucedido en Chiapas y presenciado por mi padre en compañía de otros colegas, cuando los llevaron a visitar unos ídolos en una cueva. Los antropólogos, con intención, preguntaron para qué servía el ídolo que allí se encontraba y la respuesta fue que si no llovía le pedían a Cristo que mandara el agua para la cosecha, en la iglesia, pero si el tal Cristo no lo hacía, entonces presentaban sus ofrendas en la cueva y el agua llegaba. He ahí la dualidad de dos elementos enfrentados y perfectamente compatibles debido al mestizaje y a su dualidad.

La medicina mestiza se enriqueció al correr de la colonia con aportaciones indias, negras y españolas. Aguirre Beltrán registra en 1652 la aceptación del uso de los huesos en esa medicina basada en concepciones africanas. En 1661, la introducción del chamanismo aborígen en la etiología y en la terapéutica de la enfermedad. En 1693, la apropiación de complejos adivinatorios como el dedazo, la ordalía y las varas mágicas. En 1696, la apropiación de las drogas alucinógenas indígenas. En 1725 se adoptó la terapia sustentada en la ingestión de palabras mágicas sagradas, escritas en latín; en 1810 se absorbió y reinterpretó un persistente conjunto de ideas y prácticas comunes a la brujería y a la hechicería españolas.² Claro resulta, pues, que haya una evolución en la medicina mestiza.

No fue una batalla en términos de igualdad la de esta medicina mestiza con la medicina racional, cuyo escaso desarrollo determinó su pobre eficacia en el tratamiento de las dolencias al igual que en la prevención de las endemias y epidemias ante las que fue impotente. Debe insistirse, que ciencia y magia son los polos entre la razón y la emoción, entre cuyos límites es difícil establecer el lugar correcto de las fronteras entre la esfera racional y la irracionalidad de la actividad humana.³ Todas las épocas y todos los pueblos participaron de la creencia y de la constante referencia a lo misterioso y lo sobrenatural, a las fuerzas mági-

²*Ibid.*, p. 225-227.

³*Ibid.*

cas, cuyo poder mantuvo la fe inconmovible. Curaciones milagrosas y curaciones mágicas siempre estuvieron en la práctica y obedecen a la necesidad de lograr esa evasión directa o indirecta, capaz de poner en movimiento y de auspiciar las prácticas mágicas relacionadas con calamidades sociales. Así tuvieron lugar sugerencias poderosas, tanto personales como sociales, que no pocas veces provocaron disturbios mentales de naturaleza individual y también colectiva. Frente a las calamidades meteorológicas, epidémicas o guerreras floreció con fuerza la necesidad de la evasión y fueron los magos y curanderos milagrosos, los soñadores y los visionarios, con supuestos poderes sobrenaturales quienes se convirtieron en caudillos de esas aventuras, siempre y cuando pudieran comunicar la esperanza y la fe en el éxito que, de otro modo, no sobrepasaría el ámbito de la quimera. Cuando la fe resultó suficiente, sobrevinieron tentativas antiéticas y antisociales que se alincaron con fuerzas malignas y se dio lugar a la magia diabólica y al pacto con el demonio, que cobró un número infinito de nombres y formas para agredir el orden constituido y destruir los individuos, las familias, los clanes, las razas, las clases sociales enfrentadas al nuevo programa. De ahí la idea de raza y la discriminación social.

Para las sociedades primitivas era pues principio vital el alma y podía ser material e inmaterial a la vez, visible y a veces identificable con objetos, otras veces fugaz, oculta e invisible y podía, como principio vital, existir al mismo tiempo en el individuo en una planta o en un animal. La bipresencia, o la multipresencia, o su total presencia suponía la posibilidad y aún la certeza de su propia supervivencia, que garantizaba la continuidad de la vida. De hecho el principio vital y el alma todo lo determinaba y podía actuar o condicionar a otros, hasta que abandonaba el cuerpo para buscar otra sede siempre próxima al muerto. Todas las prácticas mágicas tendieron a buscar la presencia de esta alma que casi siempre se identifica con ciertos órganos o materiales. En forma similar el hombre no es consciente hasta no liberarse del grupo en que vive cuando ese mundo mágico desaparece y cuando se obtiene la actividad crítica y del "yo", que examina la realidad de los hechos tal como lo hizo la nueva forma del conocimiento en el Renacimiento.

Los teólogos de la Edad Media usaron la dialéctica de Sócrates y de Aristóteles para defender la fe católica y, más tarde, los

escolásticos buscaron la forma de ordenar las cuestiones filosóficas usando el método analítico. De ese ordenamiento surgió la proposición, la refutación de las objeciones del adversario y finalmente concluyeron demostrando así sus principales argumentos y manteniendo la unidad de la verdad, pues la verdad de orden superior no se podía contradecir jamás, con otra verdad y de ahí el conflicto: si una afirmación de la Iglesia era verdad revelada no podía afirmarse lo contrario con otra verdad. Por ello el escolasticismo hubo de recurrir a la teoría de la materia y la forma para explicar los cuerpos. Su materia prima era un algo misterioso que apenas se distinguía de la nada, principio real, pero puramente pasivo e indeterminado de suyo, capaz sin embargo de recibir las sucesivas determinaciones de infinito número de formas. La forma substancia era, por el contrario, un principio esencialmente activo que daba “ser” concreto a la materia, principio intrínseco que distingue esencialmente a los seres y es causa eficiente de todas sus operaciones.

Esta fue la filosofía para el futuro estudiante de medicina en la colonia novohispana, como se declaró en el siglo XVII por las constituciones palafoxianas, que apenas comenzó a cambiar con las infiltraciones de la nueva filosofía de Descartes a la Nueva España en el siglo XVIII.⁴

Las posturas de las formas antagónicas del conocimiento resultan claras y también la forma de su aplicación. Por un lado, estaban las versiones y las formas mágicas y por el otro las áulicas de la Real y Pontificia Universidad de la Nueva España, fundada en 1551, que tuvo cátedra de medicina en 1580, cuando Juan de la Fuente la inauguró. Con anterioridad se registraron otros médicos en la Nueva España como fue el caso de Farfán y de otros.

El intento de organización en serio, de los estudios de medicina en el suelo americano vino por la pragmática de Felipe III en 1610, cuando se puso en pie la cátedra de prima, la de vísperas, la de anatomía y cirugía. Finalmente, la enseñanza de la cirugía se integró de manera especial en la Real Escuela de Cirugía de la Nueva España en 1768.⁵

⁴Fernández del Castillo, *La facultad de Medicina*, p. 24-25.

⁵Francisco Guerra, *Estudio crítico y bibliográfico de la medicina colonial hispanoamericana*, tesis, México, 1963, p. 123-124.

Sin pretender hacer el estudio de la evolución histórica de la cirugía en cadáveres humanos que pasó por muchas vicisitudes, a pesar de que la anatomía se enseñaba públicamente en Zaragoza por el año de 1488 y de que esa enseñanza se intensificara en universidades italianas en el siglo XVI, el punto importante para nuestro propósito, por significar la transición entre el conocimiento medieval y el renacentista, es la obra del famoso Vesalius: *De humani corpori fabrica*, impresa en 1543, porque planteó el conflicto entre los hechos descubiertos y los textos tradicionales, a los que se aferraban todavía con tenacidad, buscando el modo de concordar la verdad en vez de estudiar con serenidad el hecho observado. Esa era la situación del conocimiento cuando se fundó la primera cátedra de anatomía y cirugía en la Pontificia Universidad el 4 de noviembre de 1619. Los estudiantes de medicina se vieron obligados a llevar un curso de prima, otro de vísperas y otro de anatomía y cirugía.⁶

Los estatutos establecidos por Juan de Palafox y Mendoza en 1645 hablaron ya de la necesidad que había de hacer una disección humana cada cuatro meses en el Hospital Real de la Ciudad al que todos tenían que asistir, tanto estudiantes como catedráticos.⁷

Pero resulta de interés mayor observar que desde 1570 los estudios estaban organizados de acuerdo con los cánones de la época y se insistió en la necesidad de seguir las lecturas siguientes:

Para primer año: *De elementis temperamentis*, lo más necesario del libro *De humoribus*, lo más necesario y algo de anatomía y lo que conviniera de *Facultativo nationis* y lo mismo de *Pulsibus et Urina*.

En segundo año: *De differentia februm* y del arte curativa *Ad glauconem sanguine missione*.

En tercero: *Aforismos* de Hipócrates, lo conveniente, y *Quos et quando oporteat purgari*, así como el libro nono de *Razis ad almanzorem*.

En cuarto año se resolvió leyendo *De crissibus et de dial decretoris* y algunos libros del *Metodo medendi* de Galeno.⁸

⁶Fernández del Castillo, *op. cit.*, p. 27-29.

⁷*Ibid.*, p. 30.

⁸*Ibid.*, p. 98.

Es de sospecharse que los doctores catedráticos, a veces, no cumplieron y desde 1570 se establecieron las visitas a las cátedras para inquirir la situación real existente en las clases y el avance y cumplimiento de las lecturas, así como la intensidad y duración de las mismas, si había disciplina y si los estudiantes no hablaban entre sí de otras cosas, mientras asistían a las conferencias y todavía se exigía que, al terminar, el catedrático se quedara ante la puerta para atender a las preguntas de sus alumnos.

A pesar de la necesidad de esta vigilancia, y de las fallas humanas, los estudios debieron ser, sin duda, suficientes pues en 1685 se publicó en México el primer texto de anatomía: *Principia medicinae epitome, et totibus humani corporis fabrica* por el doctor Diego Osorio y Peralta.⁹

En esa forma, arraigado en el Renacimiento podemos considerar que se abre también un futuro para la nueva forma del conocimiento médico enfrentado con el conocimiento tradicional. No deja de impresionar que, muy pronto, hubiera respuesta por parte de la corona en cuanto a la necesidad de ocuparse del problema de salud y resulta que en la *Recopilación de leyes de los reinos de las Indias mandadas imprimir y publicar por la Majestad Católica del rey Carlos II nuestro señor*, en Madrid por Juan Paredes en el año de 1681 encontramos con persistencia la marca de esa preocupación:

Porque se debe cuidar mucho de los enfermos y darles sus medicinas, aves y dietas: tendrá el vecdor particular cuenta y cuidado de ellos visitándoles y pasando para esto de una nao a otra haciéndolas repartir y las demás cosas necesarias a su salud con parecer del médico cirujano de la armada, y cuando se diera ración de enfermo, se le ha de quitar la que tenía de sano, conforme se ordena. (*Recop.* ley 28, libro IX, título XVI)

Así se atendían los problemas de salud desde que se embarcaba y también en Tierra Firme, donde en el siglo XVI hubo serias pestes de viruela, sarampión, sífilis, tifo, paperas y otras muchas cosas; vemos a los frailes como Juan Bautista, guardián del convento de San Antonio de Texcoco, estableciendo un hospital durante dos meses para que acudieran los indios enfermos, que

⁹*Ibid.*, p. 35.

curaban con la ayuda de barberos que los sangraban y luego tomaban las pociones. Pero tanto aristócratas como frailes franciscanos recorrieron, además en esas ocasiones, las ciudades para cuidar y alimentar a los dolientes.¹⁰

Sin remedio los hospitales tuvieron que generalizarse y desde la conquista hasta el año de 1582 pueden contarse 82 instituciones de ese tipo. De ellas otros autores como Josefina Muriel se han ocupado y no insistiré aquí, unos eran reales y otros misionales. Si el Hospital real de México pasó a ser real después de haber sido fundado por Zumárraga “en vista de la necesidad, para acoger los pobres enfermos y llegados de el mal de las bubas”, (*Recop.* ley 10), un año más tarde, en 1541, se legisló que en todos los pueblos de indios y de españoles de las provincias y jurisdicción de los virreyes se fundaran hospitales para curar a los pobres enfermos y ejercitar la caridad cristiana (*Recop.* L.1, lib.I, tit.IV).

Al extenderse la conquista se generalizó el problema por aparecer nuevas ciudades y villas, que daban lugar a nuevas poblaciones y por ello la misma preocupación se volvió a tener en 1573, ordenando que en todas ellas se pusieran hospitales para pobres y enfermos de enfermedades no contagiosas, junto a las iglesias y que fueran claustros de ellas esas instituciones. En cambio, otros tenían que fundarse aparte para quienes tenían enfermedades contagiosas en “lugares levantados, y partes que ningún viento dañoso, pasando por los hospitales vaya a herir en las poblaciones” (*Recop.* L.2, lib.I, tit.III).

Así inauguraron hospitales como el de San Lázaro y el de San Hipólito unos dependiendo de la real hacienda y otros de la Iglesia, que sufragaron tanto las medicinas como las dietas necesarias desde el siglo XVI, y colaboraron las donaciones de los encomenderos e incluso se previó la ropa, con la puntilliosidad característica de la legislación de Indias, para los hermanos del hospital que iban en las flotas. Se les debían dar 3 camisas, 2 pares de calzones, dos jubones, 2 pares de medias, otros zapatos, una túnica, un hábito y otras cosas necesarias previendo que no se queden en Indias. Pero también se sometía a los hospitales a los martirios de la contabilidad que debía aplicarlos el virrey, incluyendo al Hospital Real de los Indios que era de patronazgo real. Y se explica, pues los hospitales no pagaban derechos de

¹⁰Fernando Ocaranza, *Historia de la medicina de México*, p. 85-86.

ningún tipo, ni sello, ni registro “para que no vaya en menoscabo de la hospitalidad”.

De la misma forma se estableció en 1652 la legislación para la administración de hospitales (*Recop.* L.5, lib.I, tit.IV) donde se establecieron 30 apartados que tendieron a asegurar su función con lo necesario y no más para dar el servicio completo en favor de la “cura y limpieza de los pobres” y en ese cuidado entraban los obispos, los arzobispos, virreyes, oficiales reales y cuanta gente fuera necesaria, aun cuando se cuidó de cubrir también las necesidades espirituales de los enfermos y se deslindó la función proselitista de los eclesiásticos de la estrictamente hospitalaria. Ésta debía practicarse por vocación y con rigor se le imponía la fuerza de las autoridades eclesiásticas y de las seculares para que no desviarán su camino y tendieran a establecer conventos o a hacer negocios de los hospitales.

Volviendo a la medicina académica ésta se basaba en la teoría humoral en la que descansaba la fisiología y la clínica casi hasta el siglo XVIII. Los médicos tenían que ser maestros en el arte porque la medicina estaba en asociación con el pensamiento filosófico preponderante. Es por ello que el doctor de la Fuente, de larga experiencia antes de llegar a la Nueva España, se vió obligado a obtener ese grado a fin de continuar su cátedra.¹¹ Nadie podía titularse médico, cirujano, o boticario, o doctor, o maestro, o bachiller sin examinarse y graduarse en las universidades aprobadas para el propósito de acuerdo con la ley de 1535 (*Recop.* L. 5, lib.V, tit.VI). Los tribunales se formarían para los exámenes secretos con 16 sinodales, a partir de 1551, compuestos de catedráticos y doctores y si faltaban se suplían con los miembros más antiguos en la universidad y sólo ellos estarían presentes en el momento de la votación secreta, del razonamiento y de la conferencia del rector (*Recop.* L.18 y 20, lib.I, tit.XXII). Cuatro doctores del claustro, de los más antiguos, argumentarían y la votación se depositaría en jarras de plata levantándose, en persona, cada uno de ellos para mantener el secreto absoluto. Desde 1551 las leyes con acuciosidad extraordinaria establecían la finalidad de la enseñanza, por supuesto católica, pues si las cátedras no insistían en la limpieza de la Serenísima Virgen María en su concepción, perdían los maestros su puesto y los estudiantes sus cursos cuando no de-

¹¹Fernández del Castillo, *La Facultad...*, p. 21

nunciaban la omisión (*Recop.* L. 44, lib.I, tit.XXII). Los colegiados pagaban la propina completa para su examen, excepto cuando durante dos años hubieran disfrutado de alguna beca y, si ese privilegio tuvieron, de todas maneras no estaban exentos de cubrir los gastos por cena y comida en su valor total (*Recop.* L.25, lib.I, tit.XXII). La finalidad de la enseñanza médica era social al considerarse que había que conservar la salud de los vasallos del rey y para ello debía enseñar y curar y esa era la razón de la fundación de las cátedas de medicina y fisiología en las universidades, pero también se atendía a la práctica del comercio de plantas y yerbas o semillas que conducían a la salud del cuerpo humano. La función de los protomédicos fue precisamente la vigilancia de la práctica de sí y de la actuación de sus colegas: “se enterarán en su destino de todos los médicos cirujanos, herbolarios españoles e indios y de otras personas curiosas en cada facultad”. Resultado de su estudio fueron los tratados de botánica conocidos en la Nueva España porque además de describir y administrar las yerbas a los enfermos cuidaban de anotar donde se producían las plantas y cómo se conseguían y mandaban a España todas aquellas que fueran desconocidas.

Para ese propósito los protomédicos ejercían en una jurisdicción de cinco leguas alrededor del lugar de su residencia procurando escribir en lo posible la historia natural de la zona (*Recop.* L.1, lib.V, tit.VI). Pero también dependía del protomédico examinar, aprobar y conceder licencias de práctica a los médicos, cirujanos, boticarios, barberos y algebristas y a todos los que practicaban la medicina y la cirugía que, en persona debían ser aprobados y examinados por él (*Recop.* L.6, lib.V, tit.II). De hecho estas comisiones hicieron de los protomédicos unos verdaderos caciques de la medicina.

Los grados eran recibidos en la iglesia mayor de la ciudad y los entregaba el maestrescuela en nombre del rey. Para ello era menester que a las cinco de la tarde se presentara el candidato como, humildemente, lo hizo un tal Juan de Cárdenas, cursante de la Facultad de Artes, acompañado de mucha gente y subdisciplina del catedrático de la universidad en la Facultad de Artes. Allí el bedel lo presentó a sus tres jurados con toda pompa mientras éstos permanecían sentados vestidos de sus insignias togales a la par que Cárdenas en muestra de humildad, característica ante la autoridad, permanecía destocado.

Le hicieron nueve preguntas que él negaba o afirmaba hasta que los jurados quedaron satisfechos después de hora y media y acabaron por considerar que el grado de bachiller era merecido.

En el mismo día el mismísimo bedel, que lo atendió al llegar, lo conduciría ante el maestro catedrático que también lo esperaba en la cátedra, de toga, y el candidato le pidió en latín que se le diera el grado. El del púlpito le contestaba hacerlo por suficiencia y le dio la licencia y la facultad de exponer ex-cátedra por primera vez. Cárdenas usó de esa licencia, subió a la cátedra y expuso su lección en latín para ser aceptado, por suficiencia, en la Facultad de Artes.

Si estos esfuerzos se hacían para llegar a ser bachiller en artes mayores había que hacerlos por parte de quienes pretendían ser doctores. Éstos comenzaban por jurar, ante el misal, y tanto de palabra como por escrito que la Virgen María Madre de Dios y Señora Nuestra fue concebida sin pecado original en el primer instante de su "ser". Difícil verdad absoluta a ser manejada por el científico que, no obstante, se estampaba en el título que se entregaría y, de no hacerse esa afirmación automáticamente se anulaba el grado obtenido en el examen aparte de hacerse objeto de la multa de 100 ducados que se liquidaban a la Universidad, a más de la privación de oficio al Secretario que no denunciara la falta del juramento al rector (*Recop.* L.15, lib.I, tit.XXII).

Pero además en los grados doctorales de cualquier facultad el doctor más viejo de ella tenía que dar el vejamen al alumno y de ello no podía excusarse nadie sin graves razones. Si el rector lo creía necesario se revisaba el vejamen antes de darse en público y quien usara otros argumentos de los contenidos en la tesis presentada perdería la mitad de la propina (*Recop.* L.17, lib.I, tit.XXII).

Los protomédicos con su calidad de autoridades máximas en el campo sin duda complicaron las cosas a los médicos que estaban en sus manos y a partir de 1585 sus nombramientos se hacían casi anualmente y durante el siglo XVI hubo 13 de estos caciques jurídicos e intelectuales que fueron nombrados para desempeñar el puesto en la Nueva España. Por lo general su gracia especial fue la de provocar controversias y oponerse a las reformas de la enseñanza y a los nuevos rumbos que tomaran las organizaciones médicas con el fin de mantener su propia preminencia sobre todo al considerarse que por ley (*Recop.* L. 3, lib.5, tit.VI), los

catedráticos de prima de medicina tenían que ser protomédicos. Y todavía los catedráticos tenían que estar a mano y, para ello, las leyes ordenaron que se les diera posada cercana a la Universidad, por sus dineros. Esto es que la pagaban de acuerdo con la tasa de la renta del lugar (*Recop.* L. 47, lib.I, tit.XXII).

Con todos estos cuidados puede decirse que la organización de la enseñanza estaba en pie cuando en 1597, para favorecer a la Universidad, a los estudios generales de la ciudad de México y para que los naturales se graduaran se concedieron 3000 pesos de renta, mismos que se retrasaron hasta el punto de que la Universidad tuvo que perseguir a las autoridades para que se los entregaran (*Recop.* L. 36, lib.I, tit.XXII).

Las cátedras eran cubiertas por oposición a medida que vacaban y los nombramientos se concedían por tiempo limitado a pesar de la penuria del personal académico que era patente (*Recop.* L.38, lib.I, tit.XXII), y más exámenes habían cuando a alguien se le ocurría ser protomédico residente en las Indias pues entonces por fuerza tenían que soportar, además del examen de médico cirujano, la visita de boticas y todo lo que se considerara de su ministerio, “y las autoridades harán que se cumpla” (*Recop.* L.2, lib.V, tit.VI).

Como puede verse el esfuerzo para ser médico académico era muy considerable y los obstáculos abundaban en el camino y todavía quedaba el vejamen que posiblemente sólo indicaba el principio de las difíciles cuitas del graduado en su vida futura como profesional.

No podemos resistir la tentación de leer unos cuantos párrafos de la tesis y del vejamen del bachiller Ignacio Javier de temas presentados en la *Pro Regia Academia Médica de México* el día 20 de enero de 1742.

Después de haberse sostenido con gran seriedad la tesis que presentó, de la que los párrafos a continuación son muestra hubo de sufrir el vejamen.

Mas todavía consideramos a la convulsión –dice la tesis– como de ningún modo superable por las fuerzas del enfermo, diremos, con Hipócrates, que ésta y el sínglito son malos; pues así se deduce del aforismo 24 sección 1: las evacuaciones deben ser apreciadas por su gran número etc. Donde advertir que después de una gran evacuación las fuerzas del enfermo decaen, razón por la cual los enfermos no la pueden tolerar sino que casi se mueren.

Una prolongadísima discusión sobre el asunto llegó a concluir:

Bien, suficientemente sopesadas estas cosas traídas a colación, aunque con rudo entendimiento, es lícito deducir, de las mismas entrañas del texto sorteado, la siguiente conclusión y defenderla: Siendo la abundancia y la inanición, efectos funestos y como los mismos resultan de la purga excesiva, de allí que la convulsión y el sínglito provenientes de tal evacuación sean denunciados por Hipócrates como de mala naturaleza. Gloria y honor a Dios único.¹²

Pero siguió el vejamen, y con leer un pedazo del primer párrafo se da uno cuenta de por dónde iban las cosas:

Aunque siempre el fin [dice] ha sido quien ciñe a una obra la corona, a la de esta tarde ha de ser la corona la que ponga fin: que una función, donde han sido los lucimientos infinitos, sólo puede tener término ciñéndose el círculo sin fin de una corona. Mas yo no se porqué siendo el fin el blanco en que derechamente ponen todas las cosas los ojos, desde el punto que los abren rasgando los párpados de su nada, ninguna lo puede ver; pues lo propio es tenerlo que acabarse (Ovidio, *De arte amandi: tendimus huc omnes metam properamus ad unam*) y al paso que todas caminan para allá tan presurosas que perecen por llegar, y llegan sólo cuando perecen (Boecio: *repetunt propios quaque recessus reddituque suo singula gaudent*) temen todas el fin como la propia muerte, ¿siendo tantos sus pesares como los pasos que dan? Quizá porque es el fin un claro espejo que da en rostro con las verdades y pone cara a cara los defectos, y siempre han sido mal vistas las claridades; quizá porque es una misteriosa piedra de toque que hacer aparecer las verdaderas caras de las obras, quitando las máscaras del disimulo (*Poeta quidam: exitus acta probat*) y a ninguno le parece bien que anden en pareceres sus acciones.

Este tipo de discurso se prolongó durante 22 páginas impresas salpicadas de no breves pedazos de poesía confeccionada por el autor y de ellas una sirvió para cerrar la larga oración:

¹²Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas, núm. 13, p. 76.

Ya con esto conseguí
mostrarme esclavo rendido;
más si el papel no ha servido,
yo por lo menos serví
Ya también gusto le di
a quien mi afecto aprisiona,
y mi voz sólo pregona
del papel en el confín
que si corona da el fin
aquí da fin la corona.¹³

Y así mismo lo hacemos nosotros, agradecidos por su paciencia pues si de las medicinas fuéramos a hablar, volveríamos a empezar.

VIII. LA DEFENSA DE LA NUEVA ESPAÑA EN EL CARIBE

La tranquilidad de la Nueva España fue breve después de su establecimiento. Otras naciones europeas, que no participaron en el reparto del Continente Americano, se lanzaron por su cuenta en pos de los productos locales que completaban las necesidades de la economía europea. Pero además hubo problemas políticos, surgidos de la Reforma y de la Contrarreforma, que lanzaron a los piratas franceses primero, e ingleses después, en un enfrentamiento político y económico contra las posesiones y la navegación española. La rivalidad naviera y colonial fue el resultado del periodo de guerras y de luchas que tuvo lugar en Europa y que buscó lograr un equilibrio, mediante posiciones o participaciones, en el exterior de sus propios límites.

Puertos, comercio y líneas de navegación fueron así, pasto de esas rivalidades que dejaron huellas indelebles en las costas del nuevo continente sobre todo en las del mar Caribe, que llevaron la peor parte.

España respondió buscando una mayor seguridad a los viajes de las naves, objetivo de la piratería del siglo XVI, y se montó un instrumento naviero jurídico y burocrático.

Aunque las naciones rivales trataron de llegar al Lejano Oriente desde 1540, ello no se logró hasta 1578 cuando Drake lo hizo en el *Golden Hind* con el famoso viaje de tres años. Entre tanto, se había comprometido la defensa territorial de la Nueva España por la entrada de Hawkins en 1568. Mientras los ingleses prefirieron atacar las líneas de alta mar, los franceses prefirieron el ataque de las costas mexicanas que iniciaron en 1571.

También fueron en busca, los ingleses, de materias primas para su industria como lo prueban las penetraciones que llevaron a cabo en la isla del Carmen y en la laguna de Términos.

Holanda no tardó en aparecer como la tercera potencia marítima en las aguas americanas. Van Noort, con su ataque al

puerto de Valparaíso y a las Filipinas, se inauguró en el Pacífico. Con el ataque a Campeche, al año siguiente, continuó la hazaña, y en 1600 Joris Van Spielbergen irrumpió contra San Diego de Acapulco. Los ataques fueron sintomáticos hasta que unidos y organizados, por las rivalidades europeas, se aliaron los ingleses y los holandeses para bloquear las Filipinas a medida que los franceses asolaban el resto del Pacífico.

Los “privateers” en el siglo XVII y en función del enriquecimiento favorecieron a sí mismos y a sus coronas, sin que éstas tuvieran responsabilidad aparente en el asunto.

Pero el apresamiento del galéon *Covadonga* en Filipinas, por Anson en 1743, representó, de hecho, la pérdida del monopolio en la navegación española en el océano Pacífico.

España no quedó inactiva ante la constante ofensiva de las naciones de Europa y de los “privateers”, pero la reacción fue tardía. Se necesitaron dos graves incursiones en Tabasco y Campeche lanzadas con diferencia de dos años para que se lograra formalizar con la toma de Jamaica en 1655, lugar del apoyo caribeño, la oposición contra los piratas. Años después, en 1683 Lorencillo atacó Veracruz pero volvió sobre sus pasos, otra vez en Veracruz y en Campeche en 1685. Un ejemplo de lo improbable de la tarea de perseguir piratas se encuentra en la expedición dirigida contra ellos por el marino Alonso de Eraso.

La defensa en Tierra Firme partió del puerto *sine qua non* que era Veracruz. Después de fundado hubo de encontrarle nuevos acomodos para que rindiera los frutos esperados. La Villa Rica de la Veracruz tuvo que ir a la Antigua y de ahí a las Ventas de Buitrón. A la par, la isla de San Juan de Ulúa se transformó y, partiendo de la torre con un muelle de argollas de 1554, donde se albergaban naves, se hicieron serios cambios requeridos por los ataques de los piratas y por las tormentas. De ello resultó en 1584 el término de la primera torre, todavía inconclusa, y la construcción de otra en el extremo opuesto de la muralla.

La readaptación de la defensa y la construcción de otras nuevas ocurrió en el siglo XVII teniendo en cuenta los nuevos sistemas defensivos que instalaron ingenieros flamencos. Luego vinieron los franceses con más novedades en el siglo XVIII hasta que se terminó con las innovaciones de Vauban que revolucionaron el arte militar.

La situación internacional nunca dejó de presionar en los problemas coloniales del imperio español que empezó a declinar en 1640 bajo el reinado de Felipe IV, cuando las guerras en contra de Flandes, Alemania, Italia y Francia en que, aun cuando hubo victorias como en el sitio de Breda 1624 o en Nördlingen 1640 el resultado general fue verdaderamente desastroso. Los propios esfuerzos españoles para mantener y defender el imperio a toda costa pueden ser razón de la decadencia general del país, pues la pérdida de la armonía de España con Inglaterra causó el ataque de la flota inglesa de Carlos I en contra de Cádiz en 1624, la intervención de Francia en 1635 y su alianza con holandeses, suizos, italianos y protestantes alemanes; la ocupación del Rosellón y la Cerdeña, aparte del ataque a Cataluña y, finalmente, la batalla de Rocroi en 1643, hechos todos ellos definitivos para determinar la caída imperial. La paz de Westfalia firmada en 1648 dio la victoria a los protestantes en Alemania y Francia obtuvo el primer lugar, antes ocupado por España, entre los estados europeos. Pero todavía en el tratado con Holanda, firmado el mismo año en Münster, España reconoció la posesión de las colonias conquistadas en Asia a Holanda. En 1658 Inglaterra contribuyó con Francia a la derrota española, en la batalla naval de las Dunas y sus naves se apoderaron de Jamaica. No era de extrañar que, al final del siglo XVII, la corona española prefiriera construir un castillo, en serio en San Juan de Ulúa, de acuerdo con los proyectos de Marco Lucio, en vez de limitarse a los remiendos más o menos extensos, propuestos por el castellano Castejón.

Pero esas defensas, la historia lo demuestra, fueron poco útiles por fallar el planteamiento de la defensa en su base, al no reparar en que los piratas y todos los enemigos que pudieran llegar, eran fuerzas marinas y que sus ataques comenzaban con un desembarco. Operación que nadie haría frente a un castillo. Contra esas naves y desembarcos el imperio opuso castillos que resultaban ser defensas terrestres junto al mar, destinadas a resistir un ejército, lo que no era precisamente característico de los piratas. La iniciativa privada pudo haber resuelto el problema, pero a ella nunca se acudió.

Los problemas españoles no habían terminado, y durarían mucho tiempo. Al acercarse el final del siglo XVII vino el delicado tema de la sucesión española, por la muerte del rey Carlos II en noviembre de 1700 sin herederos a quien dejar la corona.

Esa herencia fue de suma importancia para las potencias marítimas de Europa y en especial para Francia y Austria.

Francia e Inglaterra trataron de repartir el imperio de la corona española y desataron luchas diplomáticas de mucha intensidad que precedieron a la guerra. El difícil asunto se resolvió con los tratados de Utrecht en 1713 y con los de Rastadt firmados en 1714 por Francia y España y por las potencias marítimas. De acuerdo con lo estipulado, Francia cedía a Inglaterra Acadia, Terranova y otros territorios en Norteamérica, mientras Luis XIV conservó todas sus conquistas, además se reconocía a su nieto Felipe V (de Anjou) como rey de España. España tuvo que conceder la permanencia de Gibraltar en manos inglesas. Pero también se adicionaron Menorca y ventajas comerciales en América Latina. A Austria entregó España sus provincias en los Países Bajos y las posesiones italianas. A Holanda le concedió ventajas comerciales en el Pacífico. La consecuencia de las concesiones y del cambio de dinastía, de los Habsburgo a los Borbones con la llegada de Felipe V a España, fue que se reorganizara el imperio y que se insistiera, también, en la defensa de la Nueva España y del Caribe, pues se desconfiaba de los tratados y de las promesas establecidas y se temía tanto de los ingleses como de los holandeses.

La incertidumbre política y la lógica desorganización en semejante cambio explica que los soldados del castillo de San Juan, la mayor defensa de la Nueva España, se sublevaran en 1715 por haber recibido pagos irregulares durante los últimos años (llegaron a sacar a sus autoridades del fuerte).

Ante las circunstancias, el gobernador de Veracruz, Benavides trató de fortificar los desfiladeros hacia la capital y planeó en 1739 la forma de cerrar el puerto mediante una cadena, además de preparar barcos con lastre para hundirlos a la entrada del puerto veracruzano en caso de peligro. Aunque el puerto vivió en pie de guerra durante 1742, el ataque sobrevino por Acapulco.

Por los compromisos dinásticos franceses, España de nuevo en 1763 se vio envuelta en la guerra y volvieron los preparativos cuando se fortificaron Antón Lizardo, Alvarado, la Antigua, Tlapopan y Tampico.

Con este trasfondo sobrevino el estudio del conde de Aranda que, como asesor supremo de la corona en fortificaciones, mandó suspender en 1768 los proyectos y trabajos de fortificación

costera para construir el castillo de Perote y concebir el proyecto de tres millones de pesos para su fábrica, de acuerdo con una maqueta fechada en 1786, a pesar de las protestas del virrey Bucareli. Resulta a la vista de tanta complicación, de lógica perfecta, la intranquilidad continua por las costas y puertos de la Nueva España.

A la par que se atribulaban por Veracruz, que era parte de un sistema de defensa en 1747 se restablecieron de manera permanente ciento setenta y cuatro hombres en el fuerte de la isla del Carmen y años más tarde, en 1756, Gaspar de Courselle concibió nuevos planos para reformar la fortaleza, obra que se autorizó en 1759. También en 1756 se hicieron los planos para la reforma de Bacalar.

La tarea del siglo XVIII en la defensa de la Nueva España fue continua. Intervinieron ingenieros como Ponce y Santisteban que intentaron proporcionar al puerto de Veracruz murallas y baluartes que más tarde fueron invalidados por los dictámenes de Aranda quien prefería mantener las ciudades abiertas para no convertirlas en reductos de enemigos que se encerrarán en ellas. Por ello, al terminar el siglo XVIII, Veracruz sólo tuvo un simulacro de muralla.

Por otra parte el islote de San Juan, sede permanente de un castillo iniciado con la torre y luego el muro de argollas para el amarre de los buques, fue motivo de diversos proyectos de los ingenieros Antonelli y Marco Lucio, finalmente adquirió la estructura de castillo, después de las mejoras del ingeniero alemán Jaime Franck en 1792, a pesar de las críticas que le hizo su propio sobrestante Manuel José Cárdenas.

De hecho el concepto de defensa había cambiado durante el siglo XVIII y culminó con la intervención del cuerpo técnico de ingenieros militares, de nueva fundación, que concibió reformar castillos y fuertes en función de un plan general de defensa de la Nueva España. Esas fueron las tareas de Antonio Ricardos, Miguel del Corral, del propio conde de Aranda, de Martín Cermeño y del conde O'Riley.

Se concibieron tres líneas de defensa marítima pero sus actividades fueron en realidad terrestres: la del Seno mexicano, la de Yucatán y la del Pacífico, pero a la vez se cambió el concepto de defensas rígidas por el de las defensas elásticas y la línea del Seno mexicano se apoyó en la construcción del nuevo castillo de

San Carlos de Perote, construido en el reinado de Carlos III en respuesta a la concepción estratégica de la época. Según el conde de Aranda las fortificaciones amuralladas de Veracruz eran inútiles por no poderse defender y lo mismo resultaba en el castillo de San Juan de Ulúa, que a pesar de su perfeccionamiento técnico, no podían resistir un bloqueo prolongado por no contar con marina de aprovisionamiento que comunicara con el puerto. Pero tampoco había un punto de suministro cercano o inmediato. Por lo tanto, las defensas debían situarse en el interior, a tres jornadas de la costa, donde comenzaba la zona montañosa. Ese nuevo tipo de fortificaciones, con la de San Carlos de Perote, representaba la existencia de un buen almacén de vituallas y era un lugar para la reorganización de los ejércitos que desde la costa podían apoyarse en él. La situación de San Carlos también serviría para restar la fuerza del enemigo porque le obligaba a combatir lejos de la costa y de su punto de aprovisionamiento y desembarco.

En el Golfo de México se intentó establecer baterías costeras con el fin de articular sus fuegos con los del puerto, de manera que se integrara una primera línea de defensa cuya retaguardia estaría en San Carlos de Perote. De todas maneras, San Juan de Ulúa formaba el núcleo principal de la fortificación pero su apoyo era Perote, en vista de que su función podía resultar definitiva.

La segunda línea de defensa costera era la de la península yucateca que, por sus costas bajas, ricas y extensas, fue motivo de ataque por bucaneros, que exploraron las selvas del interior apoyados, a mitad del siglo XVII en el establecimiento británico de Jamaica. Su núcleo principal era Campeche que rivalizaba con Veracruz por la cantidad de ataques sufridos y por la intensidad de los mismos. Fue dotado de un recinto amurallado con baluartes. Con lenta ejecución logró cerrarse la planta exagonal, fortificada a comienzos del siglo XVII. La fortificación fue objeto de cooperación popular e institucional, pero no gubernamental. El puerto floreció a causa del tráfico maderero y por poseer los astilleros. Alrededor de esta plaza y con motivo de los cambios técnicos del siglo XVIII se erigieron otros reductos y baterías costeras que la articulaban con la defensa del resto de la costa.

La defensa de Yucatán, además de la de Campeche contaba con otras fortalezas, las de la isla del Carmen y la de San Felipe de Bacalar. La primera, fue un fuerte de estacas que, cuando se trató de convertirlo en fortaleza de fábrica al final del siglo XVIII,

había perdido el motivo de su existencia porque desaparecieron los peligros de la penetración inglesa en el área.

El fuerte de San Felipe de Bacalar, la segunda fortaleza que aún existe, fue construido de fábrica desde un principio por el mariscal Figuroa. A pesar de ello y de estar instalado en lugar estratégico, nunca sirvió para evitar la penetración de los ingleses por su mínimo tamaño y por la eximia población militar que albergaba. Por último, la ciudad de Mérida tuvo una ciudadela cuyo finalidad principal era defender a la población española de los ataques indígenas. Para el propósito esa ciudadela se situó en el gran convento de San Francisco. Su puerto, Sisal, contó con un pequeño reducto utilizado más tarde para establecer el faro.

Aparte, estaba la línea del Pacífico que, en el tramo mexicano apoyaba su defensa en el castillo de San Diego desde el principio del siglo XVII. La fábrica primitiva se destruyó en un terremoto y se volvió a levantar en el último cuarto de siglo XVIII. De hecho ese castillo fue el centinela de la corona para vigilar el comercio que allí se entrecruzaba, pues las condiciones marítimas generales dificultaron sobremanera el acercamiento de los navegantes que a vela intentaron el asalto.

Los esfuerzos de defensa hechos en la Nueva España no correspondieron al interés por ella misma. Ellos fueron parte de construcciones mayores que se llevaron a cabo para formar una maquinaria defensiva superior que comprendía todo el Caribe y Sudamérica. Pero todo ello resultó de poco efecto si se piensa que se construyeron en realidad defensas terrestres junto al mar, en vez de establecer fuerzas marinas para luchar en contra de las flotas en el mar y en batallas marítimas.

La utilización de las defensas fue poco menos que inútil para los fines que se proponían, pues no constituyeron el apoyo de una política agresiva en el mar que probablemente hubiera resuelto muchos problemas de las colonias y de la política real, sino que se limitaron a ser instrumentos pasivos que en pocas ocasiones fueron de utilidad.

IX. TRANSICIÓN EN LA HISTORIA GENERAL DE AMÉRICA

Desde hace años varias instituciones atacaron la posibilidad y también prepararon el camino, dejándonos la preocupación de la Historia general de América. Ésta se ha visto limitada por una visión histórica nacional preñada de temas y formas de ver convenientes a la política y se ha ofuscado el devenir histórico americano. Todavía, los estudiosos hacen verdaderos esfuerzos para lograr una visión de conjunto. Las historias generales, existentes, han conseguido establecer capítulos poco satisfactorios de carácter general y siempre recaen en las historias nacionales, carentes del esfuerzo sintético necesario.

El historiador se confunde con la cantidad de material que existe y por ello, al no lograr la síntesis, regresa a la historia nacional, cuyas necesidades y propósitos son diferentes. Se construye alrededor de las necesidades locales que buscan una secuencia de figuras destacadas en torno a las cuales se forman espirales históricas para explicar los hechos más importantes de las mismas.

Germán Arciniegas, el historiador colombiano, en su obra: *Este pueblo de América* nos da un ejemplo de lo que venimos diciendo:

Si fuera posible trasladar a un gobelino la pintura que suele hacerse del siglo XIX en América, el asunto no sólo nos ofrecería dificultades sino que resultaría sobremanera hermoso. Adelante, rompiendo la centuria, descollarían los héroes: Bolívar, San Martín, Sucre, Artigas, Morelos, O'Higgins, caballeros en corceles nerviosos, rutilantes de gloria bajo frondas de laurel. Luego, como siguiéndoles los pasos, avanzarían los caudillos y los dictadores. Los caudillos fueron esas vigorosas figuras locales, arbitrarias y rudas, que llenaron los escenarios de la vida americana hasta el borde del siglo XX, reventando coraje y haciendo patria a su manera. Los dictadores eran déspotas, herederos del absolutismo. Ahí veríamos a Rosas y a Por-

firio Díaz, al doctor Francia y a Guzmán Blanco, a Melgarejo, a García Moreno. Héroes y caudillos: he aquí la síntesis.

Fuera de esto, nada. Detrás de los capitanes de la independencia, una polvareda dorada que cubría la marcha de las caballerías. Detrás de los caudillos, el rumor de la barbarie que levantaban a su paso las montoneras. Detrás de los dictadores, el silencio del miedo.¹

Así analiza Arciniegas la historia con su crítica aguda y se amolda a lo que venimos diciendo. Después queda ¿el silencio del miedo, como único resorte detrás de los dictadores? Si como hacen los políticos, pensamos que después de la Independencia, o con la Independencia, se anuló la Colonia porque se rompió con ella, entonces Hispanoamérica quedó desheredada y hubo que “hacer” su historia y resolver conceptos y explicar realidades. Así obligaron a la historia general a buscar en la historia nacional lo que pudiera servir de coagulante, pero ello no se logró en la historia general.

Si avanzamos en nuestro análisis nos preguntaremos si aquello que se “hizo” en la historia de América fue lo que se debía hacer para explicar nuestro continente facilitando una plataforma de conocimientos que sirvieran como punto de partida. El propio Arciniegas se pregunta también:

El siglo XIX, ¿fue todo eso y nada más que eso? ¿Fueron los héroes esos personajes sobrenaturales de que habla la Historia?

...Detrás del gobelino, ¿qué había? Para saberlo sería necesario desarticular las figuras de los protagonistas. Aventurarse a golpear en el bronce de los libertadores y en el barro de los dictadores para oír la voz del metal y de la tierra que les dieron vida. ²

Esas preguntas y muchas otras dudas justifican cualquier esfuerzo que hagamos para acercarnos a la historia de América. No podemos desconocer la inclinación natural de los historiadores al buscar materiales inéditos y aparecer con la aportación de novedades pero descuidan que también es una aportación la forma de interpretar. Aun cuando las historias nacionales están

¹México. FCE, 1945, p. 117.

²*Ibid.*, p. 117.

bastante completas, sin duda todavía muestran huecos que deben llenarse. Pero los historiadores prefieren seguir insistiendo en temas prácticamente agotados, que profundizan sin cansancio, pero que son intrascendentes. Seguir estudiando y puntualizando datos sobre Santa Anna, o Bolívar, o San Martín, o Juárez, o Hidalgo lleva a la deformación de la historia porque sólo logran agrandar esos personajes que agigantan hasta el infinito negándoles incluso una posible humanidad, que sería una de sus mejores características. Sus figuras en cambio se acrecentan a tamaños casi insoportables. Pero no resuelven, en cambio, aquellas lagunas que, posiblemente, serían de gran trascendencia.

Las dos versiones de la historia de Hispanoamérica

Pero sigue la pregunta en pie ¿qué pasa con lo que hay detrás de ellos? Lo mismo sucede con la Colonia y la llegada de la Independencia donde se va en busca de la versión populista local de la historia sin sentir, casi, cómo se tuerce el sentido histórico americano. Ambos fenómenos históricos, Colonia e Independencia, son motivo de conveniencias políticas, y se ha buscado una tesis aceptable para lo político, lo populista y lo demagógico local.

Para unos, la historia colonial se presenta como un periodo obscurantista donde lo trascendente fue la imposición, la explotación de la población indígena y de sus recursos, la superposición de la población extranjera a la de los naturales sin otro objetivo que el enriquecimiento a costas del trabajo ajeno y todo ocurrió en beneficio de una metrópoli ávida de riqueza y preocupada de América por ocuparse en otros problemas. En consecuencia se destruyeron las civilizaciones americanas y se interrumpió, sin prejuicio, su evolución para, con fuerza humana, formar la plataforma proveedora de mano de obra sirviente y aun esclava, que por escrúpulos de conciencia, se sustituyó importando los esclavos negros africanos que explotaron las minas.

La Colonia, pues, representó un hiato en la evolución americana y, después de los 300 años de persistencia, con la Independencia América logró recuperar aquellas civilizaciones cuya evolución se interrumpió con los extranjeros. El siglo XIX se convertiría en un siglo regenerador de las antiguas civilizaciones americanas e iría en busca del indigenismo.

El siglo XIX no fue un ente abstracto, en él hubieron hombres indígenas depauperados, que no representaban las antiguas civilizaciones americanas ni correspondían a las magníficas ruinas, que todavía existen. Además hubo otros hombres desarrollados durante la detestada Colonia, unos eran los propios extranjeros peninsulares, que ahí estaban todavía, y los otros sus hijos criollos nacidos en el continente, y además había mestizos y todas las castas y mezclas concebibles físicas y sociales ocurridas entre españoles, indios, negros, y aun orientales que de una u otra forma, a querer o no, vivieron dentro de la cultura occidental, aun cuando antropológicamente no pertenecieran a ella.

El dilema del siglo XIX fue precisamente ése, quien pertenece a qué y porqué. Ello provocó la confusión del siglo XIX con el entrecrozar de los unos con los otros para alcanzar posiciones económicas y políticas dentro de la sociedad.

Por el otro lado tenemos la versión inversa que considera a las civilizaciones indígenas en decadencia. Por ello la llegada de la Conquista y de la Colonia las redimió al encauzar a los indios en una corriente social de tipo europeo que los obligó a vivir dentro de los cánones de una sociedad productiva que los salvó de la destrucción por medio de la evangelización. El acento se puso esta vez en la raíz hispánica y en el paternalismo hacia el mundo indígena.

La Independencia, fenómeno criollo

Cuando surgió el enfrentamiento de la población criolla con la corona, por el abuso económico y político de los gobernantes españoles, sobrevino la Independencia. Parecía ser la única forma viable para que los criollos, nacidos en la tierra, pudieran hacerse del mando nacional y favorecer sus intereses. Por eso se comprende que fueran monárquicos (el “viva Fernando VII” de México), católicos (el “viva la Virgen de Guadalupe” estandarte nacional) también en México y, finalmente, “viva la Independencia”, que suponía el manejo directo y local de la política por los criollos.

Lograda la Independencia del gobierno español, opuesto al desarrollo criollo se enfrentaron a la necesidad de proteger sus bienes de propiedad latifundista y rural y al no disponer de la fuerza necesaria asimilaron la de los militares insurgentes,

con quienes se aliaron estableciendo, incluso, lazos de familia. Así surgieron los caudillos que con poder económico emprendieron la lucha para dominar la política, y si tenían el dominio de la política lo harían para alcanzar el económico. De hecho, unos y otros pertenecieron a la misma bóveda social a cuya disposición permanecía el pueblo. Fue por esto que el movimiento de la Independencia no produjo una revolución social. Simplemente continuó el *statu quo* social sin gobernantes metropolitanos. El problema era cuál de los señores criollos pudientes, manejaría el poder político para imponerse a los demás.

La transición

Así se abrió el periodo de transición de colonia a nación, sin que hubiera un verdadero sentido nacional excepto en una expresión de forma. Lo entendemos como un periodo de superposición donde perdura una cuña del periodo colonial decreciente en intensidad, mientras otra nace superpuesta en sentido creciente y este periodo, desde que empieza a decrecer la cuña colonial hasta que se desarrolla la nacional, sería el que produciría los gérmenes nacionales formales.

Observamos también que sobre la infraestructura del periodo histórico prehispánico, interrumpido, se estableció la superestructura colonial ajena al periodo anterior que, aunque se preocupara por él, no pudo hacerlo y se identificó propiamente al mantenerse, los cánones medievales primero, y luego los del modernismo centralista hispánico de 1542, con leyes nuevas inadecuadas para asimilar y alentar la vida de las diferentes naciones, tanto indígenas como hispánicas, que se habían mezclado. Peor resultó el periodo para asimilar a sus propios hijos mestizos o criollos o las mezclas de las castas rechazadas que naturalmente existieron. Todas ellas constituyeron grupos culturales o naciones diversas no reconocidas en su personalidad o valía. La corona no estimó durante la Colonia la personalidad específica de los criollos esparcidos por toda América, ni de los mestizos también ocupantes de todo el continente y menos de los indígenas, de los negros o de los orientales, radicados en terrenos precisos que habían habitado desde siempre al comenzar el siglo XIX. Todos ellos estaban disociados y enfrentados por razón de tributos autoritarios impuestos a las castas y aún peor por el manejo centra-

lizado y molesto de la libertad de los habitantes de la Colonia por los privilegios aristocratizantes que existían.

El problema de la identidad

Ese fue el dilema al abandonar la supraestructura colonial, quién era qué y qué era quién, ese fue el problema social que, además de la lucha por el poder mancha la historia americana del siglo XIX. Otros autores la atribuyen a la falta de identidad americana que, al imponer la necesidad de ir en busca de un ser propio, trata de desechar la imitación del ser cultural europeo occidental, introducido en el territorio por el periodo colonial. Partir en busca de esa identidad, que desechaba la cultura occidental de América resultó una tarea ardua. A la vez se negaba el propio ser colonial (con su herencia católica, mística, realista, centralista) y querían investir a América de un mundo indígena, sostenido por la cultura que la Conquista interrumpió y que en algunos lugares había decaído antes de la misma. Sus verdaderos representantes en el siglo XIX eran los propios sirvientes, quienes no pudieron levantarse para lograr una revolución social, que aprovechara los movimientos independentistas de sus amos, criollos y mestizos. Al efectuarse la Independencia en los virreinos coloniales americanos, el fenómeno estuvo condicionado posiblemente, porque en América hispana la Colonia fue una prolongación de la monarquía y del Estado español donde la metrópoli era representada en todos los aspectos.

Esto puede explicar el por qué en los Estados Unidos de América, donde no se representó al Estado inglés surgió la nación sajona con formas políticas republicanas, federales y democráticas, verdaderas y sinceras. En cambio, los países latinoamericanos dirigidos por criollos tendieron a formar repúblicas por ser la única y quizá última solución de la Independencia, pues no quedaba otro remedio. Además fueron centralizantes y con tendencia demasiado marcada hacia las dictaduras, a pesar de ser supuestamente federales.

Las características sobrevivientes en el siglo XIX

El siglo XIX revela con claridad cómo sobrevivieron los dos troncos constitutivos de la población americana, o dicho de otra ma-

nera el indigenismo y el hispanismo colonial, ambos en metamorfosis independiente con extensión nacional y con toda clase de complicaciones. Podemos de nuevo interpretar nuestro siglo desde el punto de vista conservador, que prolonga las características de la Colonia en el tiempo como la evolución natural del régimen colonial.

La interpretación del punto de vista liberal trata de introducir reformas buscadas en el extranjero, como en el caso de las influencias federales provenientes de los Estados Unidos, de los liberales españoles o de la masonería norteamericana. No puede escapar a ningún investigador serio que la existencia de los partidos políticos opuestos del siglo, los llamados liberales y conservadores, no se debe a ideologías filosóficas, sino a posturas políticas determinadas por características señoriales, que alimentaron posturas caudillescas y aun dictatoriales.

El acecho internacional en el principio del siglo XIX

Hispanoamérica tiene que aceptar la importancia que tienen los logros obtenidos en el siglo XIX.

El estudio del siglo es fundamental, porque los países extracontinentales y los propios Estados Unidos alcanzaron niveles muy altos en la vida de Occidente. Debido a la revolución industrial algunas de las naciones europeas se convirtieron en capitalistas, productoras, inversionistas y comerciantes y adoptaron una política externa agresiva que complementara y favoreciera su economía y, dentro de esa economía, se encasilló a las naciones de nuestra América.

Hispanoamérica representó un papel de importancia porque el continente ofrecía naciones de posibles consumidores que, a la vez eran proveedoras de materias primas y tenían necesidades económicas que harían posible las inversiones y los empréstitos típicos del recién inaugurado capitalismo. Se entiende, entonces, que ahí comenzaran las deudas externas de nuestros países, y el interés de Gran Bretaña, por ejemplo, de mantener la Independencia de nuestras naciones y que buscara facilitar, gustosa, la puesta en marcha de las minas azolvadas durante las luchas de Independencia. También se comprende que los Estados Unidos, al no conseguir declaraciones no intervencionistas de los europeos con respecto a Latinoamérica, se enfrentaran con los ingle-

ses, como sucedió en la tercera década del siglo con la Doctrina Monroe. La pugna inglesa por la hegemonía en la política mexicana usó armas efectivas surgidas de las nuevas modalidades del siglo y resultantes de la economía industrial.

Los Estados Unidos recurrieron a los viejos instrumentos típicos de su atrasada economía agrícola y, aunque no pudieron competir con los ingleses terminaron conquistando tierra, la mitad del territorio mexicano.

Ese fue el producto del choque y de la crisis entre Inglaterra y los Estados Unidos para quien México fue el campo de batalla. De la lucha desventajosa que describimos partió la política de los Estados Unidos hacia el exterior. Como era lógico, en una nación de economía agrícola, las fronteras fueron la preocupación y a la vez una necesidad primordial, pues representaron su historia y fueron el resultado de su marcha famosa hacia el oeste, con el Destino Manifiesto a cuestas como base filosófica y alentadora. La transcontinentalidad, que apareció en las discusiones entre Adams y Onís sobre la primera frontera internacional al norte de México, delineó la primera entre los Estados Unidos y América Latina en 1819 contraponiendo los dos mundos del continente.

Aunque el mundo sajón, con su Destino Manifiesto, previó la necesidad de llegar al mar por la costa del Pacífico, reafirmó la existencia de la línea que lo separaba del mundo latino.

Esa fue la división más seria de "América" que dio cuerpo a las dos grandes unidades culturales que hoy conocemos.

Lo que resultó

Muchos son los calificativos que se dan a la historia latinoamericana del siglo XIX, pero también hubo muchos logros. Quizá se comprenda esto al pensar que, al término de la Independencia, las naciones tenían que reconstruir cuanto derrumbaron durante la etapa destructiva de la misma. Se había roto con el gobierno colonial y no se podía dar marcha atrás, también se rompió con la solución monárquica y hubo que aceptar la solución republicana, se sintiera o no. Paso importante éste, como consecuencia de la destrucción, pues todas las naciones serían repúblicas y los proyectos monárquicos, con raíz extranjera o nacional, habrían fracasado o fracasarían.

Esta uniformidad continental de la temática no siempre ocurría, ni ocurriría en el futuro. Quienes al ir en busca de la modernidad abogaron por la república la encontraron en ese momento, y los tradicionalistas conservadores se convirtieron en republicanos conservadores porque no tenían otra opción. América vivió uno de sus momentos determinantes porque ahí tenía, a la vez, su punto de partida. Si las circunstancias hubieran sido otras, las historias nacionales se hubieran enlazado en ese momento que era el indicado para pensar en grande y las naciones hubieran tenido objetivos concretos qué perseguir, dentro de una línea de conducta republicana.

Lo malo fueron los residuos de la sociedad colonial que perduraron en la sociedad independiente. En cada uno de los países quedaron en pie oligarquías aristocratizantes, que no fueron afectadas por las guerras de Independencia. En algunos casos ellas mismas manejaron las juntas gubernativas condicionando el futuro nacional. En otros dirigieron las políticas nacionales. Al discutir con las audiencias participaron de los grupos guerreros y movieron a la lucha sus peonadas que les dieron la fuerza. Ellos fueron los republicanos conservadores que nada tenían que ganar con el liberalismo y veían en la república conservadora y centralizada la evolución natural de la Colonia a través de las guerras independentistas. También fueron ellos quienes pensaron en la posibilidad de establecer monarquías nacionales y tuvieron que admitir el fracaso de esa forma de gobierno. Sin embargo, de ninguna manera aceptaron que ello significara el término de sus funciones de mando y menos de sus anhelos.

Otro elemento social participó en las oligarquías con fuerza. Estos fueron los profesionales y comerciantes que reflejaron la auténtica modernidad y se apoyaron en la filosofía de la época: el libre comercio y la libertad política. Eran los extremistas de América que acentuaron la libertad concordando incluso con los regímenes federales si fuera necesario. Estos grupos, aunque con menor fortaleza tradicional económica y agrícola, representaron el poder económico más moderno y se enfrentaron con la vieja oligarquía en la famosa discusión: federalismo contra centralismo. También, por menos poderosos y seguros de sí mismos, estaban dispuestos políticamente a recibir influencias extrañas pensando que consolidarían su postura dentro de sus países y que podrían situarse dentro de la alta política de los mismos.

Estos grupos quedaron convertidos en el campo fértil donde germinarían las logias masónicas o en el que encontraron eco las naciones europeas. El cuadro se complicó cuando Inglaterra y los Estados Unidos buscaron en nuestros países influencia política y económica.

La tercera oligarquía importante fue la militar, que las naciones heredaron de la Colonia o de los hombres fuertes surgidos en la insurgencia, pues todos usaron el poder militar para reclamar el político. Se abrieron camino los militares hacia los puestos de preponderancia por variados conductos. Quizá se encuentre ahí el origen de las famosas asonadas americanas de las que el siglo XIX fue tan abundante.

Fácil resulta entender que este periodo fue la expresión de los esfuerzos llevados a cabo por los miembros de las oligarquías para alcanzar el poder.

Por debajo estaba el pueblo formando una masa que hervía al agolparse, con servilismo, por obedecer al señor de quien dependía o que le podía pagar por su servicio. En América el pueblo del siglo XIX no fue el exponente de la soberanía nacional. Al contrario, era aplastado y manejado por las oligarquías que lo hacían participar en luchas muy distantes de su interés, a las que asistía por obligación de vasallaje con alguno de los miembros de la oligarquía.

Sin embargo, la oligarquía, criolla y mestiza, no escapaba a los problemas de personalidad, o de identidad como dicen, al igual que tampoco escapaban los componentes del pueblo humilde. Estos problemas de identidad, sociales y familiares, fueron provocados por la continua mezcolanza de las castas, generalmente intencionada por causas variadas, pero en la mayoría de los casos por los tributos o la libertad. Todos esos problemas marcaron la manera de ser y el carácter del individuo americano debido a la incertidumbre y la falta de seguridad social y personal que ello significaba. Lo peor del caso fue que entre las clases sirvientes del siglo XIX se encontraron todas las llamadas castas representadas por la población indígena pero además la negra y la china con todas las mezclas posibles. En postura intermedia entre esta capa sirviente y la oligarquía estaba el grupo mestizo alto, más cercano a la oligarquía blanca criolla, mientras la parte baja del grupo mestizo se identificaría con las castas.

Con esta gama social al buscar seguridad los historiadores y los políticos del siglo XIX, fueron en busca de raíces indígenas para satisfacer un espectro de población muy amplio, pues interesaría a la población baja del continente americano pero quedaría aparte la población mestiza cercana a la criolla y la criolla misma. Así fue la postura de los grupos liberales.

Si en vez de ir en busca de la raíz indígena se iba en busca de la raíz hispánica entonces se satisfacía al grupo criollo y mestizo alto y se dejaba en el desamparo al grupo indígena y a las castas. Ante esas posturas extremas y opuestas se entiende la postura de Vasconcelos³ que pone el acento en la raza cósmica y resuelve el problema con el mestizaje.

Pero aún así no se resuelve el problema de la manera de ser del individuo y del problema social que efectivamente existe. El mal estriba en el constante mirar atrás, hacia el pasado en vez de aceptar una situación, de hecho, que nadie puede cambiar, y tomar el camino a seguir hacia adelante. No deja de ser cierto, que el indio no es ya indio puro como se pretende, pues aún el más puro vive dentro de una cultura mestiza y, si es educado, occidental. El criollo tampoco es hispánico ni occidental puro porque su cultura está infiltrada, desde el idioma hasta las costumbres y los gustos, por lo que existe de la cultura indígena local. En esa forma se atendería el problema de la integración de la sociedad latinoamericana y se rompería con la ya tediosa clasificación de las poblaciones americanas y con la segregación. También debe entenderse que el problema no radica en el color de la piel ni en la condición social, sino en la educación que se adquiere o que no se tiene y ello también supone un problema económico, bien sea del individuo o del Estado. Las castas más bajas son forzosamente las menos educadas y entre ellas se encuentran casualmente los individuos de mayor coloración. Sin embargo el siglo XIX logró ver la pérdida de muchas de estas tradiciones y se contempla el caso de Benito Juárez, que alcanzó la presidencia de la nación por su inteligencia y preparación, a pesar de su calidad indígena.

Todas las situaciones descritas son capitales para el entendimiento de la historia americana, pero resultan difíciles de entender cuando nos ceñimos a los lineamientos de la historia local na-

³José Vasconcelos. *Ulises Criollo*.

cional. Hay muchos factores característicos de todo el continente que no se pueden subrayar y destacar desde la historia local. Sólo cuando logramos sintetizar hasta el punto de perder los nombres de los personajes y prescindir de los puntos de vista nacionalistas se puede lograr alcanzar una visión continental que nos brinda un mejor entendimiento de lo que realmente es América.

LA NACIÓN

X. LA VISIÓN DEL CONJUNTO LATINOAMERICANO EN EL SIGLO XIX

Desde hace años me preocupo por ir en busca de una versión unitaria sobre la historia del siglo XIX. Creo que es en ese siglo cuando el problema se acusa de manera especial, porque la explosión de la independencia dispersa los hechos históricos de lo que en la Colonia todavía era manejable, desde el punto de vista general.

Cundieron, por la dificultad de captar tan vasta historia, las interpretaciones locales, que se desarrollan en espiral y en derredor de las figuras más fuertes de nuestras naciones. Si bien los trabajos monográficos aclaran y afinan los derroteros confusos, la síntesis histórica de los fenómenos continentales ha de marcar los lineamientos de la tarea general, aun cuando siga supeditada a las variantes propuestas por la aparición de los trabajos específicos.

Cualquier esfuerzo en el sentido propuesto será subjetivo y se limitará a un intento de comprender, posiblemente perecedero, según se encamine el conocimiento más profundo.

Con estas limitaciones hemos trabajado hacia lo que podrá ser el punto de partida sometido a revisión futura, de quienes por este tema se interesen.

Somos asimismo conscientes de que la visión sufrirá cambios desde otros ángulos continentales, por intereses o acentos que se deben asimilar para lograr el planteamiento nuevo. Pero creemos encontrar elementos de aporte a la visión conjunta, a pesar de la heterogeneidad que envuelve el continente en todos sus aspectos y de que, en su derredor, se cierna el espectáculo de los países extracontinentales que van en busca de economías complementarias para su propio desarrollo. Latinoamérica se encaja en este marco general en el que se observa el desarrollo del imperialismo económico occidental. El cerco en derredor de nuestros países se agrava al sumarse el imperialismo de los Es-

tados Unidos que en la primera mitad del siglo se manifestó por la extensión de su imperio terrestre continental. En la segunda mitad, después de su guerra de secesión, ese imperio americano se transformó en capitalista y adecuó sus métodos para unirse a la presión económica y política ejercida por los ingleses en Latinoamérica desde el principio del siglo.

Ambos se apoyaron al fin en el pensamiento positivista que fue la expresión y la racionalización filosófica del fenómeno y los latinoamericanos tuvieron que amoldarse a esas fórmulas que afectaron la vida del continente a pesar de las resistencias que opusieron.

Los imperialismos, de Europa y de los Estados Unidos, revolotearon en torno al mundo hispanoamericano hasta que Inglaterra se desplazó hacia el Lejano Oriente y cedió el campo a los Estados Unidos. Estos lo ocuparon con manifestaciones agresivas desde el punto de vista económico y político en la segunda mitad del siglo XIX, apoyándose en la política y en la diplomacia a su servicio. Las manifestaciones norteamericanas tomaron así forma en intervenciones de diferente naturaleza (la política en el reconocimiento de Porfirio Díaz, las intromisiones en la guerra del Pacífico, la de Cuba y el resto de las que tuvieron lugar en el Caribe o las de Centroamérica). El ejército norteamericano, convertido en policía, buscó la manera de garantizar la paz y el orden positivista, necesario para que rindiera el esfuerzo del comercio de manufacturas y la producción de materias primas.

En ese marco histórico se desarrolló la historia latinoamericana y el movimiento de independencia tuvo la característica de convertirse en una independencia administrativa, que defendió intereses de los señores que supieron adaptar la modernidad para justificar sus propias conciencias. El único país que hizo la independencia sin escrúpulos, a través de una violenta revolución social, fue Haití.

Por detrás de los problemas estrictamente americanos estuvieron los específicamente españoles derivados de la entrada de las fuerzas napoleónicas y de la salidad de los reyes, que obligaron a definir la naturaleza de la soberanía. Municipios y juntas gubernamentales se definieron como representantes de la soberanía popular. El mismo criterio se aplicó a América y las juntas hispanoamericanas se erigieron en igual capacidad que las españolas para defender sus reales en bien del rey: Viva Fer-

nando VII, la Virgen de Guadalupe y muera el mal gobierno, parece ser el grito continental del regalismo. Mientras, el pensamiento evolucionó hasta aceptar la independencia total administrativa.

La falta de visión de los Borbones obligó a resolver la forma política yendo en busca de monarquías propias como la solución más cercana. Su logro fue imposible y se aceptó la república en su forma menos traumática, centralista y conservadora, que fue defendida por los tradicionalistas.

Las repúblicas llegadas así, por concesión de los tradicionalistas conservadores, fueron enfrentadas por las fuerzas de la modernidad y esa lucha causó el vaivén político, que alternó en el poder a conservadores y liberales, dando como resultado una secuencia de constituciones y golpes de estado cuyos representantes no fueron graves oponentes ideológicos pues surgían de los mismos "señores" e iban en busca de la hegemonía del poder.

El único país que pareció diferir, en el periodo, fue México, donde la monarquía efímera tuvo éxito. Aquí se representó el recorrido completo pero al enfrentar el imperio a la soberanía popular, con la disolución del congreso, el país tuvo que volver atrás para reencauzar su evolución destruyendo ese peldaño como lo hicieron las demás naciones latinoamericanas e ir en busca de la república.

Las luchas entre el fidelismo y el modernismo aparecen también en el Cono Sur. Si la capital abogó acentuadamente por el libre comercio y la independencia económica, otras localidades se refugiaron en el fidelismo y Uruguay, tanto como Paraguay y el Alto Perú escaparon a la hegemonía bonaerense. En cambio las campañas de San Martín a Chile y Perú, que respondieron a razones estratégicas de seguridad, alcanzaron el éxito.

La desaparición de la corona en el continente dio lugar a preocupaciones generales de seguridad continental que se manifestaron en la intención de montar una organización federativa continental, que garantizara los resultados obtenidos en las victorias. Se habló de la necesidad romántica de unidad, pero quienes la defendieron como el propio San Martín y también Bolívar, presenciaron la entrada de la confusión causada por la estampida de los señores hacia el poder, que puso en entredicho tanto la unidad como la seguridad del continente. Los buenos deseos de San Martín, de Bolívar y también del Congreso de Pa-

namá carecieron de fundamento y se limitaron a delinear una postura romántica. El continente aparece dividido y enfrentadas las dos posiciones políticas: el tradicionalismo-conservadurismo, que se esfuerza en hacer perdurar la estructura colonial como un estado continuo y el liberalismo partidario de cambios, producto de sus análisis en cuanto a que la Colonia y sus residuos, de toda naturaleza, debían rechazarse pues eran la causa de los males padecidos. Pero al ir en busca de soluciones, que eran ajenas, y mirar hacia Inglaterra, Francia o los Estados Unidos con la ilusión de forzarlas y adaptarlas a una realidad americana tuvieron que abrir, en cierta forma, las compuertas del continente a ideas económicas y filosóficas que desencadenaron escisiones sociales en las clases señoriales de manera que enfrentaron unas veces a los grupos rurales y otras, en cambio, les manejaron. La mezcla bizarra de señores, militares, llaneros y gauchos, presentes en el proceso, se convierte en otra característica de la época. Venezuela resolvió el problema al estabilizar su república con la guerra a muerte, para ponerla en manos de los señores representantes de la sociedad agrícola. La reflexión del exilio facilitó la contribución romántica de Bolívar, exponente del pensamiento americano, plasmado en su Carta de Jamaica. En el resto del continente los señores terminaron por formar la oligarquía y dieron lugar a la aparición de los partidos tradicionales liberales y conservadores que caracterizaron la postindependencia. En ellos y a través de ellos, armaron sus políticas que se reflejaron en las presiones sobre los gobernantes que respondieron a sus deseos. Pero esas políticas no representaron un verdadero enfrentamiento de contenido ideológico, sino que fueron exponentes de una lucha de los señores por la hegemonía y por el poder en sí.

De toda Latinoamérica discrepó Chile al lograr, en época temprana, una reacción de las clases señoriales, no sin vicisitudes, facilitó el parlamentarismo para dar un salto en la evolución y resultar en lo que, en México, por ejemplo, se logró en el último tercio del siglo dentro de un orden conservador.

Puede observarse cómo, en términos generales, por debajo de los desarrollos latinoamericanos de la postindependencia, hay una generalización de la influencia de los señores coloniales que constituyen la oligarquía. Pero también resulta imposible abandonar esa influencia por no encontrarse otros grupos sociales en postura de manejar el poder. Los demás dependen de ellos for-

mando grupos sociales verticales en vez de clases sociales horizontales con intereses comunes. Esas clases verticales fueron, y en parte siguen siendo, instrumento de la fuerza política de los señores convertidos en industriales o en políticos sin abandonar su fuerza agrícola y de ahí la persistencia de la oligarquía, relativamente disfrazada, todavía existente en nuestros días.

Los señores representan así el elemento determinante de la política y del poder económico latinoamericano y los consideramos como la primera América, pues los demás están en función de ellos. Los compromisos crecientes de esa oligarquía, a partir de la segunda mitad del siglo, fueron los que alteraron el cuadro cuando trataron de incorporarse a las corrientes del capital con sus haciendas, su preeminencia política y su fuerza de trabajo. Pero hay que insistir en que se acoplaron al capitalismo exterior y que fueron los representantes de esos intereses en nuestros países. Por ello Latinoamérica no pudo presenciar fenómenos como la revolución industrial o la guerra civil de los Estados Unidos que alentaron el desarrollo integral del capitalismo. Nuestros "señores" fueron "ricos" en función de los "ricos" de fuera y de ahí el neocolonialismo. A estos señores, a fuer de entendimiento, los llamamos la *primera América* y el grupo formado por quienes no dependieron ni de la una ni de la otra, que fueron de profesión libre, los indicamos como la *tercera América*. Estos son los que piensan o razonan y critican los procedimientos y los resultados obtenidos por la primera América, y no tienen otro recurso que enfrentarse con ella y marginarse a producir y ajustar la filosofía justificante para, perdiendo su propio sentido político, hacerse partícipes de la primera América.

La historia latinoamericana, insistimos, resulta de la interacción de esas tres Américas y creemos que el fenómeno es válido para todo el continente.

Cuando en la segunda mitad del siglo XIX se acentúa el progreso económico, y el mundo externo exige nuevas materias primas y más mercados, busca y consigue la alianza lógica con la primera América que puede resolver sus problemas en parte. Pero esa alianza, al hacerla participar del progreso, desnaturaliza la primera América en sus funciones y transforma su cultura, su política y su economía en la única manera posible, que es extranjerizándola, para conseguir el ajuste con ese modo, que es ajeno al latinoamericano. Para ello pone a la disposición lo único que

tiene: sus tierras, sus materias primas y el trabajo necesario para explotar, que no es capital, pues éste viene de fuera. Es ahí donde compromete a la segunda América, que en cierta forma le pertenece, a vivir empeñada dentro de una paz necesaria para el buen desarrollo de lo que la época da en llamar el “progreso”. Para ello se encuentran los justificativos en el pensamiento del positivismo a cuyo lema hay que quitar la palabra “libertad” que comprometería el nexo existente entre la primera y la segunda América. Son los intelectuales de la tercera América los que, al facilitar con la nueva filosofía la razón de ser de la primera, tienen que participar de la misma pues de lo contrario se enfrentaban con ella y, al hacerlo, se marginaban. Aparecen así los intelectuales comprometidos con el régimen y enriquecidos por él y los no comprometidos marginados, empobrecidos, que iban en busca de reacciones nacionalistas o socialistas tratando de hacer reaccionar, con un concepto integral y diferente de pueblo, a la segunda América trabajadora. Por ello, se nota la preocupación intensa por la educación y la formación de los planes educativos generalizados, enfrentados a los oligárquicos ofrecidos tradicionalmente por la primera América. Llaman la atención los continuos esfuerzos educativos en un mundo tan intensamente ignorante durante la segunda mitad del siglo, y ello se debe a la necesidad de hacer reaccionar el cuerpo inerme de la segunda América acostumbrada a la obediencia hacia su señor del que, verticalmente, seguía dependiendo.

Fue la combinación de las simientes renovadoras de la Reforma mexicana de mitad del siglo, subyacentes en los años que le siguieron, y el impacto de su ideología con cronología diversa en el resto de Latinoamérica y la expansión producida por el largo régimen paternalista, con las sucesivas reelecciones que lo enquistaron, lo que produjo la insatisfacción que acentuó la falta de una libertad generalizada, limitada sólo a la de enriquecerse. Todo junto movió la tercera América hacia la protesta, coordinada por la influencia de movimientos sociales externos que dieron lugar a los movimientos obreros de final de siglo. Desde la “Nuestra América” de Martí, a la concepción del nuevo hombre de Vasconcelos o del Ateneo había solamente un paso que, al darse, hizo crisis en la Revolución mexicana de 1910, o en levantamientos posteriores de otros países latinoamericanos bien entrado el siglo XX. Cuando no aparecieron esos cambios, obser-

vamos que se debió a la ascendencia, todavía prolongada, de la primera América y de su sostenida alianza con el exterior, además a la timidez de la crítica ejercida por la tercera América; en algunos casos, también a la excesiva protesta que marginó o exterminó a sus miembros. Los regímenes porfirístico-paternalistas, administradores de la libertad y jueces de la madurez de los pueblos para ejercerla, sólo retrasaron la evolución y empeoraron el contexto de los países en que se desarrollaron. Ellos detuvieron el proceso y los de la tercera América no tuvieron la fuerza necesaria para arrancar la segunda América de las manos de la primera, para hacerla consciente y convertirla en dinámica e interesada por el derrotero político de sus propias naciones y también de sí misma.

Ese fenómeno en cierta forma será el distintivo del siglo XX bien entrado, y ello es motivo de la atonía de la historia latinoamericana con relación a la historia general occidental.

El continente latinoamericano estamos convencidos de que tiene lineamientos históricos generales y que éstos son los que nos dan el conocimiento útil para el acercamiento entre naciones. Los fenómenos que hemos delineado muestran esos trazos comunes de los sucesos que tienen lugar en la vida de nuestro continente. Sin duda, es tarea muy ardua encontrarlos y sobre todo localizar aquéllos que puedan tener un carácter definitivo. Los que hemos encontrado, volvemos a insistir, están sujetos a revisión, pero creemos que son un principio y que por lo menos, al que escribe, explican fenómenos, antes confusos y aislados de nuestra historia, que le hacen comprender con mejor visión la época que transita.

Sin duda, han sido necesarias en este estudio las historias nacionales. De ellas se ha desprendido el razonar, el sintetizar y el interpretar, pero en ninguna forma son ellas suficientes de no logarse encajarlas dentro del contexto continental y éste, a su vez, en el contexto de la historia universal.

Entendemos que la disparidad de los pueblos y de las naciones latinoamericanas tienden a trozar la historia y que, además, se siente el deseo subyacente de la originalidad nacional y de la brillantez en la historia de los pueblos específicos. Buena parte de ello habrá que menguar para darle la proporción debida, pero no en detrimento de la importancia de los personajes o de los grandes sucesos históricos. Todos ellos, estamos convencidos, co-

brarán una nueva trascendencia continental que posiblemente no está concebida todavía y ello resultará en bien de la concepción de la naturaleza del continente entero. Hidalgo y Morelos, San Martín, O'Higgins, Bolívar y Santander o los próceres de las naciones centroamericanas emprendieron todos juntos, cada uno en su forma, un movimiento general libertador de todo el continente que no se opaca, ni se desluce, por verse desde uno u otro ángulo y tanto en la historia de la nación de cada uno de ellos, como en la historia general continental tendrá el mismo resplandor, pero contribuirán a una mayor y más auténtica visión de sus propios hechos. Aun las discrepancias entre Bolívar y San Martín podrán concebirse como la diferente forma de enfrentar el mismo problema y como la búsqueda, al igual que puede ocurrirnos hoy en día, de la mejor solución matizada por caracteres y realidades diversas que, a la postre, escogería el continente entero. La decisión final no estuvo en manos de ellos, ya que tuvieron que presenciar lo que posiblemente no hubieran deseado ver, a juzgar por lo expuesto en la Carta de Jamaica del propio Bolívar.

Si nuestro esfuerzo ha de servir de algo, nos daremos por satisfechos, pero debemos estar avisados de que acercar pueblos requiere hacerlos conscientes de esa necesidad. Para ello se precisa que las naciones componentes de Latinoamérica tomen en serio la manera de generalizar las cátedras y las enseñanzas sobre nosotros mismos, que hasta la fecha no han tenido la intensidad esperada. Pero, además es necesario estudiar los problemas desde puntos de vista interdisciplinarios. Literatura, sociología, filosofía, estadística, economía y también folklore, son complementos necesarios para concebir el buen análisis de la historia. Nos enfrentamos a países extracontinentales conscientes de su pasado y del de sus vecinos, y aun de lo ocurrido en los nuestros, mientras los contemplamos de manera impávida y todavía sin explicárnosla, a pesar de que sufrimos las consecuencias que no podemos evitar. De nuevo hay que plantearse el problema de la conciencia latinoamericana con toda su amplitud, para desprender de la misma nuestra historia y nuestro ser, dentro del más alto sentido de la cultura continental.

XI. LATINOAMÉRICA POR QUÉ*

Latinoamérica se busca a sí misma. Difícil resulta lograr ese encuentro por no haber aún una identidad definida y porque ésta se rebela contra lo que verdaderamente es, sin reconocer que, al negar lo suyo, se pierde y busca refugio en otras realidades que, esas sí, no le pertenecen, aunque llegue a tomarlas como suyas. Es, por desgracia, la experiencia habitual en el siglo en que vivimos.

Latinoamérica tiene que aprender esta experiencia para aceptar lo que es y quedarse con ello pues, de otra forma la identidad, esa identidad que busca, imaginativa y sofisticada en la acepción original del término, no puede encontrarse. La verdad es que Latinoamérica no acepta esa realidad porque se empeña en encontrar definiciones firmes detrás de las que pretende cubrirse, sin caer en la cuenta de que esas definiciones están fallas también. Se habla de la necesidad de establecer la conciencia de esa identidad, pero nos preguntamos: ¿de qué nos sirve ser conscientes de una identidad incierta? Por eso es que en Latinoamérica nada cambia y que la inercia nos continúa empujando hacia la deriva, a una deriva sin sentido.

Quizá sea de considerarse que con la Independencia hubo trastornos sociales, y que éstos no fueron “lo suficientemente profundos como para romper el tejido y la textura social de las colonias. No surgió casi ninguna discrepancia estructural para distinguir la era nueva de la época colonial recién pasada. Las actitudes básicas hacia la vida y la comunidad, la concepción tradicional del mundo, los sistemas de creencias y los modos de manejar la economía permanecieron casi inmutados... y los grupos dominantes de su propio seno no experimentaron sino un simple cambio de guardia”.¹

* *Cuadernos Americanos*, Nueva época, 1991, núm. 25, Vol. I, p. 22-40.

¹ Fals Borda, *Las revoluciones inconclusas en América Latina*, p. 17-20.

El hecho fue que el patrimonio cultural formado durante la colonia resultó resistente en extremo al cambio, por su propio sistema de valores señoriales. Por ello el concepto de la igualdad reclamado en Nueva Granada consistía en que pudieran alcanzar el poder político tanto los blancos aristócratas como los criollos locales, lo que equivalía a reclamar una igualdad entre iguales y poco más.²

¿Cómo es posible pensar que una colonia de trescientos años pueda ser arrinconada por los habitantes del continente y negarse su herencia? Y ¿cómo es posible que los doscientos años de independencia tampoco hayan servido para lograr gran cosa? Al considerarse esas dos preguntas resulta irónica la interpretación de la historia que se escribe y que trata de tomar periodos completos para convertirlos en foco de crítica, pero sin análisis ni comprensión. El hecho fue, que ni con doscientos años de independencia se ha logrado salir de muchas cosas, que no viene al caso mencionar.

Después de regir durante doscientos años los destinos de nuestras naciones aún nos vemos sometidos a los colonialismos ahora sajones, para el caso es igual o acaso peor, y contra ello se siguen levantando los mismos argumentos que se usaron al principio del siglo XIX para lograr la Independencia: los monopolios, los mercados, las materias primas, los impuestos, las libertades económicas, los endeudamientos, la explotación. Cantos ya conocidos, y nadie cae en que esos argumentos ya no sirven porque las cosas han cambiado y tal parece que no se nota.

El hecho es que Latinoamérica vive en su pasado porque busca sus raíces profundas en él con objeto de partir de ellas para ir en pos de soluciones a sus problemas actuales. Mas para la vida actual resulta de importancia relativa el querer averiguar cuáles son las raíces; de no entrar en el análisis del porqué no hay un presente sano, social, económico o cultural donde afincarse para ir de ahí en adelante apoyados con fuerza, proyectar, y digo proyectar el futuro en función del pasado y del presente. Esto significa hacerlo con todo lo que hay en Latinoamérica, sin desperdicio de hombres ni recelos. Hasta el momento no se ha sabido vivir ni el presente ni el futuro porque se desperdician los pasados y se buscan las raíces autóctonas precisas. Nadie nota que

² *Ibid.*

esa búsqueda se convierte en un impedimento para el desarrollo, porque distrae y confunde la verdadera preocupación según la cual Latinoamérica es y existe de otra forma que la concebida con anterioridad, y por ello hay que tomarla tal cual es, en conjunto, para partir de ahí en adelante.

El esfuerzo de los reformadores del siglo XIX, para lograr la asimilación de nuestros pueblos a un mundo movido por otros resortes, fue poco menos que vano. La situación benefició al mundo de los pensadores que, poco a poco, encontraron el camino aun cuando no lograron la divulgación de sus conocimientos y tampoco participaron, como intelectuales en la actuación política o lograron ejercer la presión necesaria para que sus ideas alcanzaran a ponerse en práctica.

Así los pensadores del siglo XIX y también del XX tuvieron que convertirse en políticos, lo que ocurre hasta la fecha, y al hacerlo, propiamente dejaron de ser intelectuales.

Bolívar, por ejemplo, mezcló las personalidades del filósofo con la del político y la del militar; y tantos otros hicieron lo mismo hasta el punto de que muchos, como el Libertador, adoptaron la ideología soñadora de los reformadores iberos y pretendieron reunir los esfuerzos de todos los pueblos y hombres de América para encauzarlos hacia la meta común. Así imaginaban ir en busca de una cultura en la que el humanismo de sus mejores creadores prevaleciera sobre el egoísmo individualista que todo invalidaba.³

Mas para establecer la cultura nacional de los latinoamericanos se necesitaba de una filosofía con características nacionales; pero también americanas según esbozó Juan Bautista Alberdi. Sin embargo el hiato evolutivo duraría tanto como la civilización lograra imponerse a la barbarie.⁴

La expresión de la modernidad preocupó a los pensadores que insistieron en la búsqueda de una identidad americana íntimamente relacionada con el concepto de solidaridad de los pueblos. Así lo hicieron Bolívar, Varela y Agustín Caballero, etc. Posturas que resultaron difíciles de mantener, aun para un personaje como Bolívar en el propio Congreso de Panamá.

³ Zea, *América en la historia*, p. 275.

⁴ Zea, *La filosofía americana*, p. 234.

Quiérase o no, al correr del siglo se tuvo que salir del aislamiento para incorporarse a las corrientes, a las modas y a las técnicas del mundo externo. No cabe detener la tentación de pensar que todavía estamos tratando de hacer lo mismo.

La tendencia e impulso hacia la modernidad se inició con la llegada del vapor a Colombia y fue el primer ejemplo de lo que podría suceder a fines del siglo XIX. En 1823 el alemán Juan Bernardo Elbers atrajo la atención de la élite gobernante para resolver el problema del transporte en el río Magdalena tecnificándolo. Pero además de comprar el primer barco a vapor en 1824, construyó un aserradero en Barranquilla. Perfecto ejemplo éste de lo que apuntamos arriba: aquí se alió el capital extranjero con los políticos nacionales para hacer un cambio importante en el país y no cabe pensar que el producto de la inversión y de la concesión quedara exclusivamente en Colombia.

A nadie se le ocurrió que el comienzo del uso del vapor y la apertura de las relaciones diplomáticas, acompañadas de la firma de tratados con Estados Unidos y con Europa, iniciaban la nueva presión externa que, sin cesar, se ejercería sobre la confusa América Latina, enfrentada con graves problemas en su política y en su sociedad, además de que no lograba aclarar su personalidad.

Resulta imposible para los latinoamericanos pensantes participar de la cultura occidental sin perder su propia y supuesta originalidad y sin caer en una inadecuada subordinación cultural.

La rotura de los lazos americanos con Europa se debió a una rebelión contra el tutelaje, no contra la cultura; por ello resultaba dudosa la capacidad latinoamericana para reincorporarse a la cultura occidental sin caer en la dependencia.

Esa búsqueda de originalidad en la participación del latinoamericano en la cultura occidental, quería evitar que América Latina fuera la fuente proveedora de materias primas transformables por la mano de la ciencia europea en su propio bien, como sucedió con la ya citada concesión a Juan Elbers en Colombia.

Los grandes pensadores latinoamericanos quisieron establecer un fondo común de verdades para el continente que, de alguna manera, se acercó a esa forma de ver. Plantearon el problema de la realidad americana, de la libertad democrática y de la necesidad de la educación relacionada con los conocimientos

materiales y el análisis científico. Por eso el pensamiento positivista obtuvo el más claro sentido, pues a las nuevas realidades no podía responderse con argumentos de teología y de dogma. Si existía la aristocracia de que venimos hablando y era la que mandaba, a ella también entraron los militares nuevos, los nuevos hacendados, y también se enfrentaron o se unieron entre sí.

No hubo remedio, el positivismo tenía que llegar como la filosofía de la nueva economía y del nuevo orden universal establecido por Occidente. Así lo reconocieron Sarmiento, Alberdi, Lastarria, Mora y otros al encontrarse con esa nueva filosofía. Ellos mismos sostuvieron los principios del positivismo. Sin embargo, las actividades filosóficas, al mezclarse con las políticas, se caracterizaron por ser peligrosas, de tal manera que, al tener lugar la “Guerra Grande” en Argentina, después de que fueron derrocados los unitarios quienes formaron la Asociación de Mayo, Alberdi, Echeverría y Sarmiento tuvieron que refugiarse en Montevideo donde se pusieron a escribir y algunos de ellos conspiraron para derrocar al dictador Rosas en 1852 en la batalla de Caseros.

Los pensadores hicieron recorridos muy largos en su evolución y el deseo inicial de que América originara, como Europa, un conjunto de culturas nacionales resultó en el logro de una literatura afrancesada, sajonizada, o germanizada y de una filosofía que hizo del positivismo francés o inglés o del pragmatismo norteamericano un instrumento del nuevo orden mental que suponían daría lugar al nuevo tipo de hombre latinoamericano.⁵

Sin embargo cuántos elementos, diversos en apariencia y extraños a América Latina, tuvieron que intervenir para este logro tan discutible. Resulta que la realidad del mundo moderno en la que América tenía que participar, a gusto o a disgusto, representaba la nueva realidad latinoamericana a la que había que conformarse de todas maneras.

Quien conozca el continente no podrá dudar de la necesidad de reformarlo en el sentido adecuado y de vigorizarlo revaluando todos sus recursos tanto humanos como físicos, que son suficientes y hasta sobrantes, para lograr el resurgimiento. Pero hay que formar el espíritu imprescindible y pues necesario, de trabajo y de colaboración, que se ha perdido en el camino, y que es lo que

⁵*Ibid.*, p. 23.

podrá levantar a Nuestra América. Así se hizo en otros países y con ese esfuerzo surgieron las grandes potencias continentales mundiales, cuyo éxito se debió al trabajo asiduo y a haber aceptado una responsabilidad bien organizada dentro del conjunto. Pero esas cualidades son deslucidas para los latinoamericanos quienes, además, las desprecian. Sólo el buen manejo de todos los habitantes garantizaría el logro de los niveles de perfección superior alcanzados en otros países.

Como bien expresa Leopoldo Zea en su *América en la Historia*: Aunque los latinoamericanos

aman la comunidad, y al mismo tiempo son parte principal de ella, hasta el grado de sentir que pueden prescindir de todos los demás. Este sentido es de arrogancia y ella impide la solidaridad y el orden de esos pueblos. En una tierra donde todos son barones no es posible llegar a un acuerdo colectivo duradero de no ser que sea por medios de una fuerza exterior respetable y temida.⁶

Lo cual le recuerda la arrogancia del soldado de los viejos tercios que se consideraba igual al rey, salvo “dineros menos”.

Y sigue Zea:

por ello iberos o latinoamericanos desprecian toda ocupación que no represente el engrandecimiento de su personalidad, independiente de su situación material. La materia, lo material, no podía ser sino el instrumento al servicio de fines más altos de servicio de las acciones que la trasciende... Apoyar la grandeza del individuo, pura y simplemente en la riqueza material implicaba rebasar esa grandeza.

Además Zea todavía puntualiza la idiosincrasia latinoamericana al decir que nuestros pueblos consideran la obediencia como una virtud suprema entre todas, porque se convierte en “ciega” y se transforma en el único principio políticamente fuerte. En igual forma es peculiar en nuestros pueblos la voluntad de mandar y la disposición de cumplir órdenes.⁷

⁶p. 277.

⁷*Ibid.*, p. 231.

Tremendas verdades éstas que, sin decirlo, nos explican el por qué de la democracia fracasada en nuestros pueblos, donde se mantiene el refrán de “eres amigo o de lo contrario mi enemigo”, sin dar lugar a matices ni a medias tintas de clase alguna.

La falla de la democracia latinoamericana esta implícita en los dos párrafos de Zea que acabamos de citar, pues lo que falta en Iberoamérica es precisamente el respeto al individuo y a sus opiniones, como parte de los principios inherentes de los derechos del hombre y por esa misma razón surgen los abusos contra el individuo practicados por la justicia, o por la policía, o por las fuerzas de choque políticas, pues todos se consideran barones y mandones. Al no existir esos respetos se convierten quienes no piensan, como uno, en enemigos. Si se suma a esa situación la existencia del poder en uno de los dos extremos, nos vemos precipitados o impelidos fatalmente hacia las dictaduras, los presidencialismos, los caudillismos o los señoríos, según el momento histórico y las coyunturas existentes. Y esto sucede a pesar de que en Latinoamérica no se habla más que en contra de las dictaduras, que nunca logran desaparecer más que temporal y ficticiamente.

Pero la fuerza del poder en América Latina es decisiva y por demás complicada, porque se da una mezcla del señorío tradicional junto con nuevos elementos que se fueron formando durante el siglo XIX, provocados por ocurrencias de la evolución general de la historia mundial. Y también por la entrada de los intereses externos que al principio se apoyan en inversiones económicas y luego forman una retícula de influencias cada vez más complicadas. Con ella se protegen los beneficios hasta el punto de llegar, en caso necesario, a la intervención interna y directa en las naciones. En ella se alían los pseudocapitalistas nacionales y los señores, con los verdaderos capitalistas, éstos extranjeros, que los convierten en accionistas unas veces y otras en funcionarios de sus propias compañías internacionales y a sus naciones en colonias de sí mismas. Planteado así el problema no escapan a la vista y a la imaginación, la red de intereses y presiones que se entrecruzan en cada una de nuestras naciones. Esas redes han venido a sustituir los burdos esfuerzos que antaño se hicieron por parte de los Estados Unidos, Francia, Austria, Inglaterra y España para sojuzgar a los países latinoamericanos de una u otra manera. Al avanzar el siglo pasado y sobre todo el presente,

cada vez son más raras las invasiones y el amago de los ejércitos. De hecho ya no tienen sentido ni propósito. Pero en su lugar contemplamos el movimiento de los capitales de inversión o de préstamo, que penetran con facilidad en la economía, en la sociedad y en la cultura de nuestros países. Esas fuerzas de poder, ya irremediables, condicionan la política nacional y la subordinan hasta donde les es posible. Por ello detienen y paralizan el mundo latinoamericano para convertirlo cada vez en más dependiente, pues se trata de asimilar esas economías o de regirlas y dirigiirlas en todo lo posible.

Nadie se opone a que se piense en las raíces para entender nuestros mestizajes y la realidad afortunada de su existencia. Pero no se puede prescindir de reconocer el valor y el peso de cada uno de los ingredientes primarios que intervinieron en nuestra formación inicial, y debe recordarse la existencia de mezclas múltiples con inmigrantes posteriores que forman parte, al igual que los primeros y a pesar de las leyes, de la humanidad que se encuentra en nuestras naciones porque, quiérase o no, esa realidad resulta imposible de cambiar y, de acuerdo con ella, hay que lanzar la vista y mirar hacia adelante para señalar el camino a seguirse en la dirección debida.

El mestizaje o el criollismo no son problema, y menos la razón para las dificultades latinoamericanas enfrentadas. Éstas se deben a la existencia de una economía mal repartida y en manos de los grupos prepotentes que producen resentimientos nacionales en todas las naciones de Latinoamérica. A la vez que se produjeron esos resentimientos, los latinoamericanos no aceptaron con humildad la postura de cada uno de ellos en la sociedad pues la de cada uno, por humilde que fuera, tiene y ha tenido un valor de contribución al conjunto de la sociedad formada por todos ellos. Con sólo aceptar la importancia que cada uno tiene como individuo y su aportación en la sociedad quedarían a salvo las discriminaciones contra ciertos individuos o grupos de ellos, y los oficios manuales o intelectuales se regenerarían como actividades importantes del trabajo a desarrollarse por la nación.

Los autores siguen dando vueltas al asunto y no logran romper el círculo, porque no dejan de mirar hacia atrás para atribuir a los demás los males que analizan en vez de culpar a su propia época o a ellos mismos. Así resulta que unos culpan a la Colonia, otros al periodo indígena y otros al nacional, tomando los

periodos enteros, para evitar poner su propia época en tela de juicio y hacerse responsables de lo que viven. Esa falta de sinceridad consigo mismos, como punto de partida, imposibilita sin duda entrever el quehacer y la dirección en que se debe partir para actuar.

Mucho se ha luchado en los países latinoamericanos para lograr establecer esa dirección axial, y en sus inicios los propios libertadores actuaron de acuerdo con el espíritu que España les había impuesto.⁸

De hecho la sociedad señorial y su propia organización social y económica sobrevivieron sobrepasando al periodo de la guerrilla y a la guerra misma. Pero a la vez se trató de declarar a Bolívar regente de por vida, en Bogotá, mientras llegaba un rey. Su autoritarismo fue evidente hasta el punto de que tuvo que desconfiar de grupos como el de los estudiantes que lo rechazaron en las jornadas del 25 de septiembre de 1828 y, además, se esforzó en mantener conceptos de obediencia y de disciplina colonial, al notar que se había enseñado ciencias políticas, provocadoras de máximas opuestas a la tranquilidad de los pueblos. Unos y otros contribuyeron a mantener la tendencia aristocrática como sostuvo el partidario de las repúblicas, mariscal Sucre, al declarar al general Juan José Flores “Príncipe Tarquí” por su conducta heroica en la batalla de Ayacucho.

Estos hombres actuaron así porque su herencia cultural y social se los imponía. Tenían un sistema de valores señoriales y una noción colonial de la autoridad.⁹

Ese señorío envolvió el proceso de la independencia y también permeó el siglo XIX para prolongarse en el siglo XX, caracterizándose por la conciencia del señorío y de la aristocracia conservadora, dado que todavía no habían penetrado esos grupos en las esferas ejecutivas de la política. En ello coincide José Luis Romero que resume el periodo de 1820 a 1850 como el de los prolongados conflictos que provocaron las cruentas guerras civiles en que los señores aristócratas y los militares llevaron la batuta tratando de imponer su principio de obediencia. Pero a la vez se vislumbra la fuerza de la sociedad criolla y la aparición de nuevos grupos que provocaron un desborde de los marcos que “hasta entonces ordenaba[n] la sociedad”.

⁸ Zea, *El pensamiento latinoamericano*, p. 57.

⁹ Fals Borda, *op. cit.*, p. 286-287.

La necesidad de ir en busca de otras opciones más adecuadas a la nueva situación es la que obligó a los pensadores a su revisión y a salir en busca de la realidad del americano para inyectarla en las esferas políticas.

El proyecto vital de los pueblos americanos pareció haberse perdido junto con su misión política y así Buenos Aires, en su carácter de ciudad, representó el espíritu de la modernidad, cuya lucha encarnó en contra del campo que representaba el mundo colonial-medieval, que lo hacía sentirse cercano a Europa. Sarmiento afirmó sin rubor que Buenos Aires creyó ser la continuación de Europa y que, aunque no llegó a confesarse francesa y nortamericana de espíritu y tendencia, negó su origen y tradición españoles. Al otro extremo del continente, en México, Mora sostuvo que en nada mostraban más empeño los mexicanos que en renunciar a lo español, porque la independencia era imposible de no sacudirse el yugo político y destruir los usos y las costumbres de una antigua metrópoli.¹⁰

Ahí es donde se siente el problema: sacudirse lo español, resulta al parecer bien fácil: sólo había que decidirse y dar el paso; pero había que llenar el hueco. Pues bien, o no hubo tiempo o faltó capacidad pensante para poder moldear ese relleno. El caso de Bolívar fue extremo y el resultado aterrador, desde que dejó el poder en 1820 y hasta 1898: sesenta levantamientos militares, diez constituciones, seis presidentes asesinados. Conservadores o liberales, como términos, no representaban una realidad política y social, sino que sólo indicaban la existencia de facciones aspirantes al poder. En muchos aspectos la historia del Perú fue parecida y, por cincuenta años después de 1821 se sucedieron las revoluciones a la par que los caudillos: cuarenta revoluciones, quince constituciones.¹¹

Tampoco quedó corta la historia mexicana del siglo XIX. Pero la obtención del poder político llevó también a la movilidad social y hacia el señorío por parte del nuevo patriciado de la época, que fue provocador de la anarquía a pesar de que algunos grupos lograron lucidez intelectual.¹²

¹⁰ Zca, *El pensamiento latinoamericano*, p. 277.

¹¹ Pierre Chaunu, *Historia de América Latina*, p. 102.

¹² José Luis Romero, *Latinoamérica, las ciudades y las ideas*, p. 174. C. Bosch García, *Latinoamérica*, p. 288-289.

La realidad era que el mundo señorial se enfrentaba con aquella parte del mundo criollo que pugnaba por asimilarse en alguna forma mediante una disputa constante en las ciudades, mientras el criollismo campestre se mostró contrario a todas las ideologías, aunque se inclinó por formas tradicionales de vivir y pensar y era antiurbano; pero tuvo que amoldarse a la nueva economía del mundo mercantilista al que se lanzó, primero con violencia y luego con el propósito de adueñarse de las ciudades. Aun cuando se defendieron, los hábitos vernáculos se volvieron ciudadanos no importa quién mandara, así fuera Páez o Rosas. Pero detrás de todo, continuaron y perduraron los criollos en el tiempo y lo hicieron con los debidos ajustes hasta la época presente, como señores patriarcas de vidas y haciendas, quienes desde los palacios construidos en el siglo pasado, enclavados en las ciudades, manejaron las tierras y la gente al igual, *mutatis mutandis*, que hacen hoy en día los “señores” de industria o los “señores” políticos. Apoyados en esa masa ingente se enfrentaron a quienes manejaban la política y les posibilitaron su acceso al mundo económico por medio de la legislación. Por eso se lanzaron contra el poder político moviendo peonadas que adquirieron personalidad y se adiestraron para constituir el mundo de la plebe armada, dirigido por señores, que a veces se despegaba y producía el bandidaje para representar a la sociedad establecida y a la sociedad rebelde en sus enfrentamientos, sin ideología ni principios fuera del imperativo de salirse de la hacienda para ir en busca de una libertad salvaje, para alcanzar riqueza fácil, con la cual remedar a sus propios señores.

Ese fue el resultado del enfrentamiento de los señores del poder económico con los del poder político que auspiciaron la guerra civil, la anarquía y la explosión social de la plebe rural, de la que salió el hombre de a caballo argentino, peruano, venezolano, chileno o mexicano de Veracruz, Morelos o Guerrero, mientras que otra parte de esos mismos hombres siguió trabajando en los centros rurales sometida a los mismos señores hacendados o mineros.¹³

Estos enfrentamientos caracterizaron el periodo que va desde 1820 a 1850, en fechas absolutas, y las tropas rurales que entraban en las ciudades produjeron el temor y se enfrentaron contra

¹³ José Luís Romero, *op.cit.*, p. 86, 177, 181, 183-184. Bosch, *op.cit.*, p. 191-193.

cualquier acomodado o contra cualquier centro económico susceptible de rapiña.

No se escapa a nadie que de todos los tonos, en todo el continente, entraron los pensadores para condicionar ideológicamente con sus ideas las políticas nacionales. A pesar de que sus tendencias variaron, todos coincidieron en que para que las ideas pesaran tenían que participar en la esfera ejecutiva de la política del país. Así los unos llegaron a ser dictadores, otros sólo a generales que tomaron parte en campañas, otros entraron en discusiones parlamentarias o en los gabinetes. Pero todos llegaron a influir en la historia de sus países y deben ser clasificados entre los políticos más que entre los intelectuales, pues como tales se desnaturalizaron para lograr su propósito, al igual que hacen inclusive hoy en día.

A medida que avanzó el siglo, si bien se robusteció el papel de los pensadores en la política nacional y algunos condicionaron el pensamiento, otros pagaron con la cárcel, el exilio e incluso con la vida.

Las situaciones que se plantearon abrieron opciones y surgieron intereses y ambiciones personales con opiniones radicales sobre cuestiones básicas. Las líneas políticas elaboradas correspondieron de alguna manera a ideologías y terminaron siendo tendencias que en su contexto forzaron la adhesión o el rechazo.¹⁴

Por eso mismo, América Latina vivió y vive en sus doscientos años de independencia con la mano tendida para recibir ayuda del extranjero, al que a la misma vez detesta y no deja de vituperar, porque está convencida de que al dar ayuda se ofende la soberanía nacional. En consecuencia se alude sin recato a la bota del capital que la patea y oprime, porque viene de afuera, sin darse cuenta de que la bota interna hace lo mismo. Cierto es, sin embargo, que nunca se supo formar ese capital que la hubiera salvado y cuando alguna vez pudo formarlo sus dueños lo sacaron del país en medio de discursos e invocaciones patrióticas falaces. En esa forma esos dueños prepotentes exteriorizaron la desconfianza hacia los detentores del poder político que representaban los gobiernos de sus propias naciones. En el siglo XIX las naciones tuvieron que contemplar cómo llegaron y se invertían los capitales extranjeros en sus suelos sin poder oponer el parangón

¹⁴Bosch, *op. cit.*, p. 294-295.

de los capitales propios y permitiendo que sus naciones recibieran sólo los latigazos de un capitalismo externo convertidos en la fuerza motora de nuestras propias naciones; ferrocarriles, minas, iluminación, comunicaciones, empresas, exportaciones, comercios, materias primas agrícolas y también mineras; hay tela dónde cortar y con la cual exhibir los argumentos suficientes.

Asalta la duda de cuál es el significado del tan defendido nacionalismo y habría que poner en duda así mismo si estos prepotentes sienten verdaderamente ese nacionalismo que exigen a los demás, o si se consideran muy por encima de él, por encontrarse fuera de los problemas nacionales o calibrarlos según la relación que ellos tienen con sus dividendos.

El problema viene de muy atrás, pues cuando se luchó contra la ortodoxia hispana se trató de romper con los hábitos y las costumbres establecidas que se consideraban hostiles y limitativas de cualquier reforma y los latinoamericanos se enfrentaron con los hábitos y las costumbres; mas lucharon también contra el espíritu de cuerpo, difundido en la sociedad a la que debilitaban de manera notable, si no es que llegaron a destruir el espíritu nacional. Incluso se llegó a la incapacidad para entender en el sentido moderno lo nacional. A los mexicanos les fue imposible sobreponer a sus intereses particulares los nacionales y por ello se destruyó el espíritu público. Con esa actitud se pervirtieron los principios de moral pública, porque crearon obligaciones que no debían existir, desconociendo en muchos casos a toda la sociedad humana. Con todo esto ya tuvo que enfrentarse la generación de la independencia.¹⁵ ¿Vendría al caso pensar con Ortega que cuando los pueblos pierden el proyecto vital de la misión política entran en apatía?

Al igual que la juventud culpa a sus progenitores de sus fallas, que les son propias, nuestro siglo, el XX, culpa a sus antecesores de los propios errores y de su falta de conocimiento. Cuántos se preguntan hoy cuál será el futuro de nuestras naciones y se consuelan respondiendo que se trata de una crisis mundial y general de la que no se puede escapar y por ello no se hacen responsables. ¡Puede escaparse!, pero con otras premisas y sobre todo acudiendo a la necesidad de llenar funciones y aceptar la responsabilidad de las mismas, sin excusas ni subterfugios. Pero

¹⁵ Zea, *El pensamiento...*, p. 110.

¿se acepta esta verdad? Resulta más fácil enajenarse y atribuir el problema a otras cosas y hacerse a un lado para dejar pasar... a ver qué pasa, o para situar el dinero en el extranjero y esperar su rendimiento pues al fin allá está seguro. Todos, todos hemos escuchado estos razonamientos, pero por lo general no nos atrevemos a contestarlos.

¿Dónde quedan la historia, la filosofía y las ideas ante semejantes realidades...? Temática y pensamiento de intelectuales, en el fondo sin o con poca consecuencia, pues al no aplicarse sus verdades en ninguna forma, se convierten en frases huecas, en estricta razón de lucimiento y oropel de engolados, lo que tiene poca utilidad. Ahí quedan sin considerarse, y sobre la mesa, realidades apremiantes y sin respuesta o que deben responderse de otra manera como nos enseña la historia verdadera; la que da pie a pasados, a presentes y a futuros por apoyarse en el pasado para entender la razón existente que permita enmendar un acacer que se pueda razonar. El mundo anterior nos sirve en estos casos para eso, para dar pie a que razonemos y a que analicemos lo que estamos viviendo, y para que podamos cambiar situaciones porque la historia así, bien entendida, nos ayudará a mostrar los puntos de error a discutirse. Y no nos formarán versiones oficiales con fines políticos impuestos por los gobiernos, quienes han torcido la historia continental para llevarla a la ficción, cuyo objeto se limitó a mantener en pie constante una mínima *élite política* en cada uno de nuestros países que, por ir en busca de los mismos fines, se identificaron entre ellas. Estos son en el fondo los supervivientes del señorío que, siguiendo los personajes en el cuadro del gobelino que Germán Arciniegas pinta en su magnífico estudio *Este pueblo de América*, son distintos y perfilados pero están seguidos de la gran polvareda que levantan sus seguidores sin faz, los cuales forman el pueblo, los otros... por decirlo así, sus hombres, de los cuales se usa y se abusa. Terminamos ya con la versión cabaleresca y caudillesca de nuestras historias, las que discurren a lo largo del siglo pasado; pero todavía está en pie la del señorío enmascarado de nacionalismo. Mismo que no representa otra cosa que una formalidad externa, vacía y sin contenido, que se levanta como escudo impotente en contra de los lanzazos económicos mundiales y que exagera el espíritu y tuerce la visión de las clases medias y bajas de la sociedad.

Ese ha sido el resultado de lo sucedido durante el pasado siglo y en el actual. En muchos casos se encuentra que el nacionalismo rebasa el contenido de las definiciones rutinarias y en otros se queda corto, pero además no se ha tenido en cuenta la variedad de naciones existentes con su propio nacionalismo, que están contenidas en cada una de las naciones latinoamericanas modernas y resultan muy difíciles de unificar.

Aunque filosóficamente parezca imposible sostener que una nación contiene naciones, hay que considerar que las naciones indígenas, presentes en todas las naciones latinoamericanas constituidas, son auténticamente naciones; pero también son unidades nacionales cada uno de los diferentes tipos étnicos que se les superpusieron para formar las dichas nacionalidades modernas latinoamericanas. Así pues, además de considerar las naciones indígenas autóctonas, hay que fijarse en los grupos de inmigrantes, desde los conquistadores hispanos en adelante y los formados por africanos, orientales, europeos diversos y además en todas las mezclas resultantes, que se asentaron en nuestros países con diferente densidad según las zonas geográficas que se analicen. Todos juntos, en cada una de las naciones modernas latinoamericanas, tienen un común denominador que los distingue unos de otros como pertenecientes a las diversas unidades políticas.

En esas poblaciones, tan diversas, consiste la riqueza de nuestro continente que, bien manejada y, sobre todo sin enfrentar solapadamente a unos grupos con los otros, puede ser capaz de producir resultados satisfactorios. Por desgracia las políticas nacionales, con sus intereses específicos, no han sabido hacer uso de esas diversidades. También se inclinaron a no reconocer la existencia de sus nacionalidades dentro de los territorios de cada una de ellas. La finalidad fue producir una unidad centralizada que, al serlo, caía en manos de los políticos en turno y de esa manera se tendía hacia un poder absoluto. Por eso resulta falso concebir apelativos como los "Estados Unidos" de lo que sea, pues no responden a una realidad dado que sus componentes no reciben la representación y el respeto que pertenece a cada uno de ellos. Y menos aún están representados en los mecanismos de gobierno. ¿Dónde están los ministros representantes de los intereses de los indígenas como constituyentes de sus propias naciones? ¿Y de los mestizos? ¿Y de los mulatos? ¿Y los relativamente recién llegados que, aunque no hayan nacido en el país trabajan por él? ¿Y

de los criollos? Cada una de estas poblaciones tiene idiosincrasia particular y no es posible amalgamarlas, como se hace habitualmente dentro de un partido mayoritario común donde todas las personalidades y todos los matices se diluyen para formar un nuevo instrumento de presión gubernamental. Y cuando así resulta, entonces, los gobiernos no pueden ser *realmente representativos* y, si no lo son, porque todos los ministros pertenecen a la misma tendencia política que el propio presidente, entonces entramos forzosamente en los gobiernos personalistas. Tampoco es de ignorarse el por qué nuestros pueblos se sustraen de la política y no participan de los problemas o de los intereses nacionales. Su idiosincrasia nacional llega a contar con los ingredientes del nacionalismo tal como lo describimos arriba, y tiene lenguas diferentes de la lengua común oficial, y aun cultura distinta, atrasada o no, como sucede en los casos de las naciones indígenas, pero cultura. Les atañen los mismos problemas de un gobierno central al que no conocen, y que no respeta su personalidad como lo merecen para relacionarlos con los problemas nacionales generales, en cambio provocan así el desdén absoluto hacia esos problemas que no son de su interés directo. No les importan, porque una es la situación que tienen sobre su tierra y otra la relación que pueden tener con un gobierno central, contrario por lo general a los principios de la política que los ha regido desde tiempo inmemorial. Ser más maya, o más otomí, o más europeo significa pertenecer más a las naciones étnicas y por tanto más a las naciones americanas y al continente. En cambio, la tendencia general de diluir esas personalidades para hacer una masa homogénea de ciudadanos resulta imposible y la experiencia lo ha demostrado ya a estas alturas. O damos la representación y con ella la responsabilidad de la vida propia o seguiremos todos perdiendo la batalla en el sentido de que nunca lograremos una identificación, una identidad como reclaman los pensadores, y esa identidad será otra de la que significa la nación puramente, porque esos términos son vacíos y dudamos que pertenezcan a las nacionalidades componentes de la nación. Sólo con esos respetos estrictos se logrará la integridad nacional, que es el problema fundamental de nuestras naciones modernas, porque no pueden aglutinar a toda la población en defensa de un interés común. “Y es que por debajo de cualquier tendencia se escondía [y se esconde] el afán del dominio personal, el caudillaje, el manejo

de quienes trabajan, los fanatismos y los absolutismos. Porque el dominio político era [y es] el camino de los *no señores* para convertirse en *señores*".¹⁶

Los enfrentamientos que venimos describiendo, situados entre 1820 y 1850, caracterizaron ese periodo; pero además, en épocas recientes han surgido cuando menos se ha esperado en todo el continente. Se repitieron las entradas de las tropas rurales a las ciudades, que así fueron amenazadas de ser convertidas en botín por las hordas de gente de campo enfrentadas a cualquier hombre acomodado o a cualquier centro económico que constituyera buena rapiña. En ese contexto la política se apoyó en la fuerza y muchos civiles entraron en la vida militar pensando encontrar el peldaño que les impulsaría hacia el poder político. Está el ejemplo de Manuel Belgrano, típico intelectual; Mariano Moreno que gobernaba en nombre de Fernando VII en Río de la Plata; José Gaspar Rodríguez de Francia destinado a la carrera eclesiástica que fue dictador de Paraguay durante 29 años; Miguel Ramos Arizpe, nuestro liberal federal que peleó contra Iturbide por su republicanismo federal; Fray Servando Teresa de Mier, conservador y centralista que terminó en San Juan de Ulúa y que en el Congreso de octubre de 1824 expresó: "mi país murió el día que se aceptó el acta constitutiva. Hoy contemplamos su funeral".¹⁷ Pero además, están Lucas Alamán, el ingeniero de minas que participó en el gobierno de Guadalupe Victoria, y otros.

Los intelectuales, en todos los confines del continente y de diferentes tendencias, participaron para dirigir la política nacional. Pero todos coincidieron en que para imponer sus ideas tenían que entrar en la esfera ejecutiva del país. Así llegaron, según el caso, a ser dictadores, generales, presidentes, y entraron en campañas parlamentarias o militares e influyeron en las historias nacionales; pero, llegados a esas situaciones, hay que calificarlos de políticos y no de intelectuales, pues como tales se desnaturalizaron para convertirse en responsables de promover ideologías justificantes de las formas de gobierno impuestas. Con ellas las dictaduras se sintieron tranquilas y apoyadas.

¹⁶C. Bosch, *Latinoamérica*, p. 285.

¹⁷Hubert Herring, *Evolución histórica de América Latina*, vol. I, p. 337-338.

También surgieron opciones en las luchas facciosas, e intereses y ambiciones personales con opiniones radicales sobre cuestiones básicas. Se elaboraron ciertas líneas políticas que, si a la larga fijaron política, de momento dejaron adivinar un complejo y multiforme contexto, a veces casi inexplicable, que forzaba a la adhesión o al rechazo.

En cambio, desde el punto de vista social, más parece que se retrocedió en el camino avanzado con anterioridad. Las generaciones sucesivas constituyeron verdaderas aristocracias, que cuidaban de sus orígenes idealizados con celo, y lo hicieron a fuerza de poder y fortuna heredada, además de que establecieron alianzas de todo tipo entre ellas. Así se formaron verdaderos linajes coloniales. Este nuevo grupo de señores disminuyó seriamente el rechazo del pasado colonial y se opuso con fuerza a los sentimientos igualitarios de los de abajo, que intentaban reivindicar los privilegios de sus antepasados. De las filas aristocráticas surgieron muchos de los políticos conservadores y de las autoridades eclesiásticas y militares.¹⁸

A la par, quienes enfrentaron los problemas de la producción buscaron las nuevas técnicas y los instrumentos necesarios para saciar las demandas del comercio en auge. Comenzó así el nuevo lenguaje económico y técnico que permeó nuestros países y que alteró el ritmo de la evolución de nuestras naciones al rebasar la primera mitad del siglo XIX.

Debajo estaban los que pudieron construir las clases medias, que, al no poder entrar en contacto con los señores, lograron aprovechar las transformaciones del positivismo y se mantuvieron con influencia económica efectiva desde los puestos administrativos y también políticos, donde concentraban la economía que, con mayor exigencia, excitaba al comercio extranjero.

En este punto fue donde los capitalistas extranjeros se sintieron atraídos y crearon abundantes núcleos importantes de población y además se unieron al sector criollo por coincidir en intereses. Fueron grupos medios, instalados en la administración y capaces de negociar en la política y en la economía, los que instrumentaron el poder necesario para favorecer sus planes y proyectos. Los banqueros y comerciantes poderosos inspiraron y también subvencionaron movimientos revolucionarios para im-

¹⁸ José Luis Romero, *op.cit.*, p. 204.

poner sus puntos de vista o modificar situaciones. Hicieron coincidir con ellos a quienes se acercaban al poder, y esa pugna burguesa se acabó. A pesar de ser republicanos, por su fuerza económica y política se presentaron con el boato y el lujo de la mejor y más poderosa aristocracia. De ellos surgieron juristas y poetas, asesores de gobierno y gestores de extranjeros que fueron los intermediarios de los empréstitos y de las concesiones. Cultos y educados, vieron nacer en sus filas pintores, escritores y gente de cultura. Estos linajes fueron los que, empujados por el mercantilismo, brillaron en la sociedad que conservó las tradiciones criollas hasta casi el final del siglo; pero también lo siguieron haciendo hasta la fecha y hoy los encontramos en sociedades para la protección de los patrimonios artísticos y ecológicos de las naciones.

Resulta bien claro, a nuestro parecer, cómo la temática latinoamericana, que formó la complicada maraña histórica y social del siglo XIX, llegó hasta nuestros días sin cambios verdaderamente perceptibles. En todo caso el mayor cambio puede consistir en el engrandecimiento y el crecimiento de los problemas, pero éstos son los mismos. Contestaciones absolutas para provocar los cambios no han surgido. Siempre hubo una imposibilidad, representada por el lastre de las tradiciones sociales y políticas propias, que no consintió replantear esas situaciones claramente equivocadas, como las nacionalidades no reconocidas dentro del federalismo, o la de los capitalistas que gritan en favor del nacionalismo y están aliados al capitalismo externo, o las de no asimilarse a la cultura occidental cuando ya lo están, o la de la igualdad cuando consta que reina la prepotencia, aun frente a la ley.

Y es que se ha partido de grandes fantasías o ilusiones quiméricas, cuya irrealidad no se ha querido aceptar ni reconocer. Por ello hemos caminado en planos completamente distintos a la realidad que vivimos. Esos esquemas románticos, hasta cierto punto, para ciertas cosas: las leyes perfectas, que no se respetan, a veces se practican y siempre se invocan. Las constituciones proyectadas hacia la idealización, que muy poco han respondido a las necesidades reales de la vida misma de nuestras naciones. La de pueblos que se mencionan pero que no se respetan. Las culturas existentes, pero que no son reconocidas. Y la de las reconocidas, enraizadas más allá de los mares, que de hecho no aceptamos. Las identidades ficticias y sectarias.

En fin... No es de historiadores trazar proyecciones de la política hacia el futuro; pero les corresponde, en cambio, analizar y profundizar en las ocurrencias históricas, para facilitar a los políticos hacer esa proyección, apoyados en un análisis de la historia que no es quehacer de aficionados, como generalmente se piensa, sino de profesionales. Porque sólo de esa manera se puede evitar la improvisación que ha sido otro de los problemas latinoamericanos.

Para salir de la quimera; la imperturbable frialdad de la historia ante los sucesos y el rigor del análisis son el primer paso que nos facilitará recoger lo que nos queda, *todo lo que nos queda*, que es mucho, para poder reconstruir, sin reserva ni suspicacia, y asentar nuevas premisas que encarrilen los esfuerzos para salir de los callejones sin salida, en los que hemos vivido sin remisión.

¿POR QUÉ LATINOAMÉRICA?, seguiremos preguntándonos en el futuro.

XII. LO QUE NOS DEJÓ BOLÍVAR *

El hombre

Nos manejamos con una personalidad difícil por complicada y controvertida; y a nadie se escapa. Más difícil, todavía por la abundancia de escritos y trabajos que sobre ella se han hecho.

Procedente de una familia colonial clásica y huérfano primero de padre y luego de madre, pasa por manos de varios tutores con el resultado de que en 1825 comentara:

No he dejado de ser educado como un niño, de distinción, puede ser en América bajo el poder español... no es cierto que mi educación fue descuidada puesto que mi madre y mis tutores hicieron cuanto era posible porque yo aprendiese; me buscaron maestros de primer orden en mi país.

Robinson fue mi maestro de primeras letras; de bellas letras y geografía, nuestro famoso Bello, se puso una academia de matemáticas, sólo para mí, por el padre Andújar... me mandaron a Europa a continuar mis matemáticas en la Academia de San Fernando y aprendía los idiomas extranjeros con maestros selectos en Madrid; todo bajo la dirección del sabio marqués de Uztariz, en cuya casa vivía. Todavía muy niño, quizá sin poder aprender se me dieron lecciones de esgrima, de baile y de equitación... No aprendí ni la filosofía de Aristóteles, ni los códigos del crimen y del error; pero puede ser que M. de Millien no haya estudiado tanto como yo a Locke, Condillac, Buffon, D'Alembert, Helvetius, Montesquieu, Mably, Filangieri, Lalande, Rousseau, Voltaire, Rollin, Berthot y todos los clásicos de la Antigüedad, así como filósofos, historiadores, oradores y poetas,

* Conferencia José Gaos, Fac. de Filosofía y Letras, UNAM, 1985.

y todos los clásicos modernos de España, Francia, Italia y gran parte de los ingleses...¹

Aunque Bolívar exagerara, puede uno darse bien cuenta de por dónde fue su educación: la del señor colonial por un lado y la del rebelde por el otro.

También parece importante que en cierto momento muriera la esposa de Bolívar y que éste se desarraigara de su residencia en San Mateo; que compartiera la vida agitada de París y del Londres de la época y que tuviera que ver con la “Sociedad Patriótica” para poder acoplarse, en Venezuela, a la historia de su patria, tomando parte en la campaña de Valencia dirigida por el Marqués del Toro. Era comandante de la plaza de Puerto Cabello cuando Miranda capituló y Bolívar ayudó a detenerlo.

Preferencias políticas, ideal y realidad

Luego vino su manifiesto de Cartagena donde habló a la razón y al sentimiento, con estilo rápido y directo, cortando claro, de tal manera que ello lo reveló como analista al diseccionar las razones de la caída de la primera república, mostrándose partidario del sistema federal; porque garantizaba la felicidad humana y social, aunque considerara el sistema inadecuado para los intereses de los Estados nacientes, debido a la incapacidad del pueblo latinoamericano para desenvolverse mediante ese procedimiento de gobierno que, a su entender, aparejaba debilidad porque las provincias no contaban con la fuerza adecuada. Sugería, en vez, un sistema de gobierno paternalista para el tiempo de guerra que prevalecía porque se convertiría en un gobierno centralizado y unitario.

Con estos conceptos Bolívar se encaminó al poder aparte de que planteara la necesidad de la campaña venezolana para liberar a su tierra de los españoles.

Siguieron las campañas militares con mayores o menores éxitos después de la declaración de la *guerra a muerte* y de haberse levantado Boves causando la salida de los caraqueños de la capital, Bolívar fue a Oriente como jefe nominal de una nación en

¹ Simón Bolívar, *Escritos Políticos*, selección e introducción de Graciela Soriano, Madrid, Alianza ed., 1975, p. 19.

proceso de disolverse. Ante la imposibilidad de lograr un acuerdo con los jefes reunidos en el oriente, salió hacia Cartagena para informar al Congreso de la Nueva Granada y tratar de reanudar la lucha. En Nueva Granada el horizonte no fue favorable, con todo y los honores; optó por salir a Jamaica en mayo de 1815 pues aumentaba la presión del General Murillo que sometió, de momento al orden, a la Confederación de la Nueva Granada.

Desposeídos de sus pertenencias y de su comodidad, pero no sin preocupaciones políticas ni de pensamiento, como sucede en todos los casos de exilio, sufrieron privaciones los refugiados en Jamaica, incluso hambres, pero con la dignidad de los verdaderos señores que eran.

En ese momento se yergue un Bolívar de personalidad renovada producto de sus agrias experiencias al verse, además, desprovisto de fortuna y del campo propio de acción. Ahí surgió el intelectual capaz de desarrollar la labor inicial y necesaria, de pensamiento y reflexión, típica de todas las revoluciones. Tenía que esforzarse en adaptar el pensamiento liberal, surgido en otras tierras a las necesidades locales. Todo se hizo en la quietud del exilio y se convirtió en el gran pensador político de esa época latinoamericana.

El resultado fue que se adelantara a sus contemporáneos en mucho, por su gran visión y por sus cualidades analíticas tanto de la historia como de la política. Esa labor, menos espectacular que sus batallas militares, es sin embargo responsable de una semilla trascendente en la historia continental, no sólo en la de Venezuela. Quizá, en estricto análisis esas fueron las verdaderas contribuciones de Bolívar a nuestro continente y están muy por encima de las militares, según nuestro parecer.

El documento político básico de su pensamiento se dirigió al duque de Manchester en la famosa carta fechada en Jamaica el 6 de diciembre de 1815.

La Carta de Jamaica. Subjetivismo

A parte de cuanto se ha escrito y dicho, pocos se han detenido a pensar que en ciertos momentos de la historia se producen hombres especiales que por circunstancias particulares son capaces de sintetizar períodos históricos y logran una comprensión excepcional de los sucesos. Al contemplar hacia atrás tenemos que

llegar a concluir que esos hombres, que en esa forma comprenden a sus semejantes, encarnan la historia misma y que de ellos fue Bolívar.

La carta analiza la realidad americana, *su realidad*, y se apoya para ello en *su* historia lanzándola a disquisiciones sobre el futuro del continente y las reacciones que se producirían en sus habitantes; pero también razona sobre la conducta que los dirigentes habrían de mantener ante esas poblaciones.

Deben destacarse conceptos que denotan el esfuerzo de la reflexión y de la compensación que logró Bolívar acerca de las sociedades americanas. Por ello su inducción fue vigente en épocas tardías y es válida todavía.

Mayor es el mérito si consideramos que, al manejar el periodo de su propia vida, carecía de la perspectiva del tiempo que es fundamental y necesaria para que un historiador pueda *ver* la realidad con serenidad y conciencia.

El Mundo americano, America sui generis

El continente suponía un pequeño género humano poseedor de un mundo aparte, cercado por mares, donde la cultura americana *sui generis* debía comprenderse por sí misma, postura opuesta a quienes la concebían como un mal trasplante o una mala réplica del mundo occidental. Al concebir América en una forma dinámica se convierte ésta en responsable de su presente y de su futuro, que no puede confiar a manos ajenas sometiéndose al colonialismo, que en tiempo de Bolívar apenas iniciaba su crisis.

De acuerdo con esos conceptos modelaba el ser americano. En los usos de la sociedad civil americana aparecía un nuevo compuesto con elementos de América y de África, en vez de una simple resultante desprendida de Europa y de su cultura. Sin embargo su personalidad como señor resurge al arrancar de una sociedad civil basada en el derecho castellano para justificar el derecho a la revolución. A pesar del modernismo no pudo evitar el análisis del abolengo señorial de América y de éste desprendió sus derechos que, al no verse apoyados por la Real Hacienda, justificaron el señorío sobre la tierra. Todavía favoreció así a los señores naturales del país y originarios de España, y al entrar la vida de la colonia al regalismo y al centralizarse el

gobierno, sobrevino el despojo de los naturales, que eran esos señores, de la autoridad que les daban *sus* leyes.

Justificada la revolución de esta forma, la independencia asumía la tarea de la corona española y Bolívar hablaba de la necesidad de formar gobiernos paternos que se contrapusieran al despotismo y a la guerra, a la vez que impidieran la anarquía demagógica o las tiranías monocráticas.

El análisis de los sucesos

A pesar de que confiesa adolecer de falta de “documentos y libros”, y de tener conocimientos limitados “de un país tan inmenso, variado y desconocido, como el Nuevo Mundo”, emprende el análisis firme de los sucesos que tenían lugar al tiempo que escribía. Hablaba de cómo el estado “belicoso del Río de la Plata ha purgado su territorio y conducido sus armas vencedoras al Alto Perú, conmoviendo a Arequipa e inquietando a los realistas de Lima”. “El reino de Chile... está lidiando contra los enemigos que pretenden dominarlo, pero en vano”. El virreinato del Perú... “es sin duda el más sumiso y al que más sacrificios se le han arrancado por la causa del rey [y]... es indudable que, ni está tranquila [la población], ni es capaz de oponerse al torrente que amanaza a la más grande de sus provincias”. “La Nueva Granada obedece a un gobierno general, exceptuando el reino de Quito, que con la mayor dificultad contiene sus enemigos por ser fuertemente adicto a la causa de la patria, y las provincias de Panamá y Santa Marta que sufren, sin dolor, la tiranía de sus señores”. Informa de las campañas de Morillo que espera caiga al atacar Cartagena. “En cuanto a la heroica y desdichada Venezuela, sus acontecimientos han sido tan rápidos, y sus devastaciones tales, que casi la han reducido a una absoluta indigencia y a una soledad espantosa no obstante que era uno de los más bellos países de cuantos hacían el orgullo de América. Sus tiranos gobiernan a un desierto...” “En la Nueva España... la insurrección... ha agitado a casi todas las provincias... Allí la lucha se mantiene a fuerza de sacrificios humanos y de todas las especies... A pesar de todo, los mejicanos serán libres porque han abrazado el partido de la patria, con la resolución de vengar a sus antepasados y seguirlos al sepulcro”.

Y luego se pregunta sobre los destinos de Puerto Rico y Cuba, que los españoles poseen con mayor tranquilidad por estar aislados de los independentes.²

La gran causa y el desengaño, ¿qué son los americanos?

Y confiesa las ilusiones iniciales americanas: “esperábamos con razón que todas las naciones cultas se apresurarían a auxiliarnos, para que adquiriésemos un bien cuyas ventajas son recíprocas a entrambos hemisferios...” Y parece sin razón el que “no sólo los europeos, pero hasta nuestros hermanos del norte se han mantenido inmóviles espectadores de esta contienda, que por su esencia es la más justa...”³

Ante este cuadro general, y frente al desengaño de recibir ayuda de Europa y de los Estados Unidos, Bolívar considera “más difícil presentir la suerte futura del Nuevo Mundo, establecer principios sobre su política, y casi profetizar la naturaleza del gobierno que llegará a adoptar”, pero hace el esfuerzo intelectual supremo de inducir lo que puede ocurrir en el continente:

Yo considero el estado actual de América como cuando desplomado el Imperio romano cada desmembración formó un sistema político, conforme a sus intereses y situación o siguiendo la ambición particular de algunos jefes, familias o corporaciones... aquellos miembros dispersos volvían a restablecer sus antiguas naciones con las alteraciones que exigían las cosas o los sucesos.

Mas nosotros [dice esforzándose en definir la identidad americana]... apenas conservamos vestigios de lo que en otro tiempo fue y... por otra parte no somos indios ni europeos sino una especie media entre los legítimos propietarios del país y los usurpadores españoles.⁴

Los americanos son americanos por nacimiento pero el derecho europeo les permite disputar el país a los invasores para mantenerse en él. Bolívar, partiendo de la pasividad americana y de la falta de conciencia política hasta el punto de que América

² Simón Bolívar, *op.cit.*, p. 63-64.

³ *Ibid.*, p. 66-67.

⁴ *Ibid.*, p. 69.

estaba privada de libertad y también de la tiranía activa y dominante, deduce que los americanos se encuentran en una “especie de infancia permanente con respecto a las transacciones públicas”. En consecuencia estaban imposibilitados de regirse por desconocer las actividades de la tiranía activa.

Los ve reducidos a siervos para el trabajo o a simples consumidores restringidos a ciertos límites, pues las actividades normales de la relación comercial estaban limitadas de tal manera que los americanos estaban ausentes del universo en cuanto a gobierno, política, administración, justicia y demás quehaceres relacionados.

La independencia sobrevino sin encontrarse América preparada y los americanos han subido de repente, sin los conocimientos ni la práctica necesaria para presentar al mundo un estado organizado con regularidad.⁵

Por falta de un gobierno justo, legítimo y liberal sobrevino el caos de la revolución y se buscaron autoridades capaces de fundar un gobierno constitucional, digno del siglo y adecuado.

De las juntas populares fueron a los reglamentos para convocar congresos que produjeran cambios importantes, pero los acontecimientos, afirma, han probado cómo “las instituciones, perfectamente representativas, no son adecuadas al carácter, costumbres y luces actuales”, y aduce el caso de Venezuela como “un ejemplo claro de la ineficiencia de la forma democrática y federal para nosotros nacientes Estados” y teme que los sistemas populares vendrán a ser la ruina de América.

La inducción y lo que puede suceder

En síntesis, piensa Bolívar que los mexicanos intentarán establecer la república representativa con poder ejecutivo de grandes atribuciones en el desempeño de sus tareas que, si opera con acierto de forma natural, conservaría su autoridad vitalicia. Pero si lo hiciere mal, entonces, ese mismo individuo se disolvería en una asamblea, en la que si el partido preponderante fuera militar, o aristocrático, resultaría en una monarquía constitucional que degeneraría en absoluta.

⁵*Ibid.*, p. 22-23.

Para los Estados desde Panamá hasta Guatemala concibe una posible asociación. Porque entre los dos mares, con el tiempo, podría instalarse el emporio del universo allí y sus canales abrirían los lazos comerciales de los tres continentes: Europa, América y Asia.

La Nueva Granada se uniría a Venezuela si los neogranadinos aceptaran formar una república central con capital en Maracaibo y el conjunto se llamaría Colombia. En ella se imitaría el sistema inglés con un poder ejecutivo electivo, a lo sumo vitalicio, y nunca hereditario si se deseaba que perdurara la república. Cámara legislativa hereditaria moderadora del pueblo y del gobierno, y un cuerpo legislativo elegido sin más restricciones que las de la Cámara baja inglesa. Por su parte considera que si la Nueva Granada no admitiera reconocer un gobierno central por sus tendencias federales aparentes, y si lograra establecer ese tipo de Estado por sí sola, tendría los suficientes recursos naturales para persistir.

Buenos Aires, Chile y Perú parece que podrían resolverse en la forma siguiente: Buenos Aires con un gobierno central en el que los militares tendrían primacía debido a las guerras internas y externas que sufrirían. Pero degenerarían, necesariamente, en una oligarquía o autocracia con restricciones y no puede preverse la denominación política que asumirían.

Para Chile previó república, que sería de larga duración, por el espíritu de libertad que caracterizaba a sus habitantes y consideraba que ese país podría ser libre definitivamente.

En cambio Perú era, por naturaleza, contrario a la justicia y a la libertad por la existencia en él del oro y de la esclavitud, ingredientes que consideraba perturbadores.

Las provincias americanas, en general, lidiaban por emanciparse y al fin lo harían para convertirse en repúblicas, unas federales y otras centrales. Surgirían monarquías inevitablemente en las grandes secciones que serían infelices y se autodestruirían en la revolución que se vivía o en las que fueran a sobrevenir, con toda certeza.

La unión romántica

Pero, para Bolívar, una gran monarquía no resultaría fácil de consolidar y una gran república sería imposible. Sin embargo hay

insistencia en la idea de una gran nación que no deja de parecer romántica y grandiosa: con origen, lengua y religión comunes para confederar los estados que la formen. Pero los climas y las situaciones diversas, además de los intereses opuestos y los caracteres diferentes de las partes la harían imposible.

Considerar el istmo de Panamá como un centro importante resultaba incitante para esperar la posibilidad de instalar un congreso de los representantes de las repúblicas, de los reinos y de los imperios dónde tratar y discutir sobre los altos intereses de la paz y de la guerra con las naciones de otras partes del mundo. Ello podría ser el símbolo de la regeneración americana que, para completarse, sólo exigía el ideal de la Unión.

Pero la división americana, existente, no era de extrañarse pues las guerras civiles generaban la existencia de conservadores y reformadores de los que los primeros contaban con mayor número por su sumisión a las autoridades establecidas; pero los segundos, en cambio, siendo de menor cantidad “cuentan con más vehemencia e ilustración. La masa física se equilibra con la fuerza moral y la contienda se prolonga siendo sus resultados muy inciertos. Por fortuna, entre nosotros, la masa ha seguido a la inteligencia”.⁶

La realidad

Y concluye la Carta de Jamaica al expresar en su síntesis final:

...Lo que puede ponernos en actitud de expulsar a los españoles y de fundar un gobierno libre es la unión, ciertamente; mas esta unión no nos vendrá por prodigios divinos sino por efectos sensibles y esfuerzos bien dirigidos. La América está encontrada entre sí, porque se halla abandonada de todas las naciones; aislada en medio del universo sin relaciones diplomáticas ni auxilios militares, y combatida por la España que posee más elementos para la guerra que cuantos nosotros, furtivamente podemos adquirir.

Cuando los sucesos no están asegurados, cuando el Estado es débil y cuando las empresas son remotas, todos los hombres vacilan, las opiniones se dividen, las pasiones las agitan y los enemigos las animan para triunfar por este fácil medio. Luego que seamos fuertes,

⁶ *Ibid.*, p. 83.

bajo los auspicios de una nación liberal que nos preste su protección, se nos verá de acuerdo cultivar a las virtudes y los talentos que conducen a la gloria; entonces seguiremos la marcha majestuosa hacia las grandes prosperidades a que está destinada la América meridional; entonces las ciencias y las artes, que nacieron en oriente y han ilustrado la Europa, volarán a Colombia libre, que las convidará con su asilo.

Tales son, señor, las observaciones y pensamientos que tengo el honor de someter a Ud. para que los rectifique o deseche, según su mérito, suplicándole se persuada que me he atrevido a exponerlos, más por no ser descortés que porque me crea capaz de ilustrar a Ud. en la materia. Soy de Ud... Bolívar.

Lo que sucedió

Debe tenerse en mente que durante el siglo XIX los países extracontinentales, después de sobrepasar la revolución industrial cambiaron su concepto de riqueza convirtiéndose en los representantes del capitalismo, del comercio, la inversión y la producción. Su política externa, así como toda la del mundo occidental que acabó en lo mismo, consistió en buscar economías complementarias dentro de las cuales encajaron los países latinoamericanos; que tuvieron que aceptar su papel de consumidores de manufacturas y a la vez productores de materias primas. De ahí que la Gran Bretaña favoreciera la independencia de Latinoamérica, el desarrollo de la misma y también las inversiones.

Al imperialismo económico occidental que comenzó a envolver a los países latinoamericanos desde el principio del siglo, se sumó el de los Estados Unidos, que se manifestó en la primera mitad del siglo por la extensión de su imperio terrestre y en la segunda mitad, después de la revolución industrial, se tradujo en imperio capitalista, igual que el inglés, para sumarse a la presión inglesa ejercida sobre América Latina.

Los dos imperialismos, enfrentados entre sí y con retraso cronológico histórico en el caso del norteamericano que tuvo que esperar su guerra de Secesión, revolotearon en torno al mundo hispanoamericano hasta que Inglaterra, al desplazarse hacia el Lejano Oriente, dejó el vacío que llenaron los Estados Unidos, con sus manifestaciones agresivas desde el punto de vista

económico, apoyadas por la política y por la diplomacia a su servicio.

Bajo todas estas presiones superiores, en mucho, a las posibilidades de nuestros países, la independencia constituyó sólo un cambio administrativo, porque los señores latinoamericanos no admitieron un cambio social abierto y quedaron en sus sociedades en la misma postura que ocuparon durante la Colonia. La libertad adquirida se ciñó a las clases oligárquicas expresándose, sobre todo, en el librecambismo, y sus pueblos continuaron dependientes de sus señores. En consecuencia las repúblicas tuvieron que plantearse con métodos centralistas para erigir un Estado lo más cercano posible al existente antes de la independencia. El pensamiento de fray Servando Teresa de Mier y su evolución desde la postura colonialista hasta adaptarse a la independencia, tipifica el fenómeno de que hablamos.

El movimiento de independencia se caracterizó por defender intereses de señores, que adaptaron y forzaron la modernidad para justificarse ante sus propias conciencias. Tanto en Buenos Aires como en el Alto Perú se produjo este fenómeno. El único país que de su independencia logró su independencia social fue Haití que, a través de su violenta revolución, consiguió la llegada de los más humildes de su población colonial al poder, los negros esclavos.

Por detrás de todos los problemas estrictamente americanos se acumularon también otros españoles porque después de la invasión napoleónica hubo que definir en España si el rey o el pueblo representaban la soberanía.

Municipios y junta de gobierno se decidieron como representantes populares, pero el mismo criterio no se aplicó al reconocimiento de la soberanía americana y las juntas de Hispanoamérica se erigieron en igual capacidad que las españolas con el desconocimiento español, América buscó la forma de construir monarquías propias, lo cual era el resultado lógico de la evolución política. Como su logro fue imposible, hubo que aceptar la república en la forma más cercana que fue la centralista y ésta fue defendida por todos los tradicionalistas americanos.

Así establecidas las repúblicas, por concesión, hubo que enfrentar las fuerzas del tradicionalismo con la modernidad y esa lucha fue la causante de sucesivas constituciones y golpes de estado, sobre todo en la primera mitad del siglo.

El único lugar que logró en el continente instaurar una monarquía advenediza fue México y su fracaso se debió al haber enfrentado con ella la soberanía “popular” representada por el congreso. Se tuvo que volver atrás y, a partir del propio congreso, abrir el capítulo de la república constitucional en la misma forma que en los demás lugares.

En la Argentina hubo indecisión en la independencia por la falta de unidad, resultante de la antipatía que sufría la capital en las provincias y, si Buenos Aires abogó por una independencia económica y comercial, las demás ciudades se refugiaron en el fidelismo, y Paraguay, tanto como Uruguay, se perdieron para Buenos Aires. El esfuerzo bonaerense para extender su autoridad hacia el interior fracasó y así se perdió también el Alto Perú, en el primer embate de la independencia. Posteriormente fue inevitable la campaña de San Martín para que se pensara en el cambio peruano.

Campañas extraordinarias las de San Martín, que lograron la independencia de Chile y Perú, necesarias para la Argentina desde un punto de vista estratégico y de seguridad, teniéndose en cuenta la crisis que sufría la corona española por la presencia de las fuerzas napoleónicas en su territorio. La desaparición de la realeza como tal en el continente americano dio lugar a preocupaciones generales de seguridad continental, que se manifestaron en las intenciones de montar una organización federativa del continente que garantizara los resultados obtenidos en las victorias. Se habló ampliamente sobre la necesidad de unidad, pero quienes la defendieron, como el propio Bolívar y San Martín presenciaron la entrada de la anarquía resultante de la falta de madurez que puso en entredicho tanto la unidad como la seguridad del continente. En esta forma, los buenos deseos de los dos y también de otros, incluyendo los del Congreso de Panamá o el de Tacubaya carecieron de fundamento y se limitaron a una postura romántica.

En el periodo romántico se nota la escisión entre el tradicionalismo que se esfuerza porque perduren las estructuras coloniales con un estrato continuo y, por el otro lado, aquellos que fueron partidarios de cambios que basaron su análisis en que la colonia había sido la responsable de todos los males y, en consecuencia, rechazaron su herencia colonial. Estos fueron los que miraron hacia Inglaterra o hacia Estados Unidos y que admi-

tieron la entrada de las ideas ajenas de origen europeo, básicamente francés, inglés y español, tratando de forzarlas para que respondieran a realidades americanas. Hay que aducir los ejemplos de Chile en el periodo de O'Higgins y de Venezuela durante la república fallida de 1810 a 1812 donde se entrelazaron economía y filosofía, condicionando las situaciones y aun llegando a la guerra a muerte en Venezuela, después de desencadenar escisiones sociales, económicas y filosóficas en la capa de los señores que los enfrentaron con las poblaciones rurales que provocaron, al enfrentarse con el gobierno colonial, el decreto de guerra a muerte de Bolívar.

La mezcla bizarra de señores militares y llaneros que fueron utilizados de uno y otro lado en Venezuela, con indiferencia de ideas, se convierte en otra de las características de esos movimientos. Y al estabilizarse la república, después de la batalla del Juncal, se dejó el poder en manos de los señores venezolanos representantes de la sociedad agricultora y la reflexión del exilio facilitó la aparición de la Carta de Jamaica.

Los señores del resto del continente, al igual que en México, formaron la oligarquía y dieron lugar a la aparición de los partidos de derecha (tradicionalistas) y conservadores que se opusieron a los liberales y moderados con raíces en una supuesta clase media, de preferencia abogados que aspiraban a ser señores.

En ellos y a través de ellos, armaron sus políticas, que se reflejaron en las presiones sobre los gobernantes que respondieron a sus deseos.

El período postindependiente fue así de enfrentamiento de los señores de los diferentes bandos, si bien hubo coyunturas que favorecieron la formación de bases para la reforma jurídica, como sucedió en el periodo de Guerrero y de Gómez Farías en México. Expresado por la confrontación centralismo-federalismo, los argentinos reproducían el problema y el centralismo, apoyado por situaciones económicas, logró continuar hasta el año 1852 cuando, al caer Rosas, se creó el paréntesis de continuidad de la evolución colonial.

Chile en cambio logró, no sin vicisitudes y en época muy temprana, una reacción de las clases señoriales que facilitaron un parlamentarismo dentro de un orden básicamente conservador.

Hay que observar cómo, por debajo de los procedimientos políticos latinoamericanos que surgieron después de la indepen-

dencia, hay una generalización del señorío colonial y, también, cómo es imposible abandonarlo debido a que no se encuentran otros grupos sociales en postura de manejar el poder. El caso de Bolivia sirve como ejemplo extremo que prolonga ese señorío.

El hecho fue que, a través de la independencia, los señores quedaron en pie y que los criollos con riqueza mercantilista y educación se convirtieron también en los señores de las ciudades criollas, que hicieron la revolución política porque los nuevos patricios criollos, aparecidos en los burgos, participaron de la política al representar grupos letrados que inyectaron preocupaciones sobre el ser americano haciéndose así mercedores de la ira de los caudillos.

Las preocupaciones y las dudas sobre el ser americano se enfrentaron con las tradiciones de mando y de obediencia y, a pesar de tener que luchar contra la ortodoxia hispana, los tradicionalistas hispanoamericanos terminaron destruyendo el sentido nacional, resultando así que se fuera en busca de grupos más reducidos de tipo regional. A querer o no, ello favoreció al hombre fuerte que no encontraba otra resistencia que la proveniente de sus propios pares. De ahí que el pensamiento se limitara a ser estrictamente intelectual y quedara limitado al ámbito del ejercicio literario, aunque de ahí partió la conciencia que se necesitaba, de una solidaridad latinoamericana (Varela, Bolívar y Caballero) para que se pudiera encontrar una identidad continental verdadera que permitiera la vida, en el continente, de las tendencias generales que se marcaban también en el resto del mundo.

Se explica porque las primeras generaciones liberales del siglo XIX prefirieron cortar con el pasado propio y, al no poderse explicar, se enfrentaron con todo lo que no lograron asimilar del mundo moderno. Pero en ellos resurgió su propia naturaleza y fueron a la tiranía, a la española o a la ilustrada (Rosas, Portales, García Moreno, Francia, Rivadavia, Santa Anna).

Los románticos, por su parte, también hicieron sentir su poder al intentar enseñar a sus pueblos a ser libres (Bolívar, O'Higgins, Iturbide, Rivadavia, Francia) y tuvieron que colaborar con sus señores y con los viejos intereses coloniales que imposibilitaron el logro de cambios en la estructura social (los Almeyda en Colombia, Sucre). Por esto la conciencia del señorío siguió en pie a pesar de los esfuerzos que hicieron los pensadores contemporáneos para cambiarla y ello se comprueba tanto por la

historia como por la sociología, pues los ideólogos no estuvieron todavía en las esferas ejecutivas del poder.

Los sociólogos vislumbran la aparición de nuevos grupos en la sociedad criolla, que negaban la herencia cristiana y buscaban conciencia y originalidad. El mundo señorial peleaba con el mundo criollo en las urbes que fueron los centros de agitación, pues los criollos pugnaron por asimilarse al mundo de los señores a través de la economía (Páez, Rosas). En consecuencia, se enfrentaron los señores de poder económico con los de poder político y ambos utilizaron las peonadas, que se adiestraron enfrentándose una sociedad establecida con otra rebelde. De 1820 a 1850 se observa en la historia latinoamericana a esas dos clases luchando por el poder absoluto y usando, para ello, grupos indefinidos de población rural que cargaban, en su nombre, en contra de las ciudades (Belgrano, Moreno, Francia, Ramos Arizpe, Mier, Alamán).

Cuando las ideologías representativas que debían regir a la sociedad cristalizaron se formaron las posturas:

1. De conservación de intereses establecidos en que el pueblo era representado por las capas superiores, "gente decente":
2. los que rompieron con esos intereses y eran de tendencias liberales que entendían al pueblo de manera democrática representativa, igualitaria, y todavía la
3. personalista y caudillesca resultante de la independencia.

Esos grupos iniciales se subdividieron en infinidad de tonalidades y mezclas que incluyeron hasta los civilistas y los militaristas.

Conclusión

El análisis del periodo reditúa una serie de consecuencias en el balance que se logra al comparar lo dicho por Bolívar y lo ocurrido. Habría que decir que lo predicho en su Carta de Jamaica se llevó a cabo hasta el punto de poderse prescindir de sus opiniones políticas personales, pues cuanto dijo ocurrió, en términos generales.

Apuntó a la necesidad de los regímenes paternalistas, por ver en ellos la ventaja de que se convirtieran en centralistas y en unitarios porque lograban mayor fuerza y no se salió de ellos en el futuro.

Había que entender América y su cultura por sí misma porque era individual y diferente a cualquier experiencia; de ahí que, incluso la nomenclatura con que nos entendemos, tenga sentidos diferentes al aplicarse a nuestro continente y que tengamos que hacer explicaciones infinitas al utilizar términos europeos como liberalismo, conservadurismo, positivismo, romanticismo, centralismo, poder, burguesía, clase social, etc., cuyo contenido se matiza sin dificultad en un contexto europeo, del que salieron.

Para justificar la independencia, Bolívar tuvo que acudir al análisis de la sociedad civil, colonial, justificante del señorío al que pertenecía con todo su grupo, que perduró en la historia del siglo XIX y también en la del XX pues sin él no podríamos entender la personalidad actual de muchos de nuestros políticos, industriales, ganaderos y demás que, de hecho, representan un señorío modificado.

Se quejó el insurgente por el desengaño causado por la falta de ayuda que nunca llegó del exterior en auxilio de la independencia, porque las tierras americanas fueron consideradas complementarias de las economías y de las políticas de otras naciones haciendo una realidad del temor bolivariano, esto es, el colonialismo y la dependencia.

El pueblo como tal, en el sentido europeo o norteamericano, siguió sin existir y continuó manejado en beneficio de los propios señores de quienes dependía. Hasta el punto de que cuando Bolívar trató de definir la identidad de América no consideraba que se tratara de indios ni de españoles, sino de los “intermedios”, como modernamente se ha dicho. Y, por años después de la independencia, quedó en pie, entre otras cosas, el derecho español como símbolo de un mestizaje obvio.

Por todo lo expuesto, al entrar las potencias en el teje maneje americano destinaron el “pueblo” a siervos de trabajo y a los demás, incluyendo a los señores, a ser los consumidores condicionados y dependientes de la invasión comercial y económica.

Estos factores sobrepuestos al hecho de que no se pudiera presentar al mundo un Estado, organizado con regularidad, llevó al caos político porque no se logró un gobierno verdaderamente constitucional; las monarquías en grande, o en pequeño, no se mantuvieron en pie y los proyectos de unión latinoamericana fracasaron, limitándose a visiones románticas.

Aunque se prefirieran las repúblicas de régimen federal, la fuerza del centralismo fue mayor y se produjeron un sinnúmero de unidades centralistas que dividieron las unidades coloniales, más grandes, hasta el fin, degenerando en sus pedazos las oligarquías, las democracias y las denominaciones políticas siempre vacías e inciertas. De tal manera que, por la diferente naturaleza, cada una de las partes se convirtió en ajena de las otras.

Sin duda fue importante el istmo de Panamá con su vista a los dos océanos pero ello fue para beneficio de la navegación y la política externa y no para la de América Latina.

De ese modo, América no logró cumplir los anhelos románticos de Bolívar, quedó aislada y enfrentada entre sí, y el latinoamericano continuó careciendo de seguridad y no llegó a ser fuerte como se esperaba, así cuando le llegaron “las virtudes y pensamientos” tuvo que amañarlos y forzarlos en vez de asimilarlos y aplicarlos.

El presagio fatal de Bolívar para la historia de América fue atinado en una parte muy grande y muchas de sus predicciones siguen en pie.

XIII. EL CONFLICTO DEL SIGLO XIX CON LOS ESTADOS UNIDOS

Las relaciones de México con los Estados Unidos pueden considerarse propiamente abiertas cuando se proclamó la Independencia de México, si bien hubo unos cuantos años en que los contactos no oficializados fueron en busca de ayuda para los diferentes grupos, encontrados, que extendieron las luchas entre tradicionalistas y sublevados. De hecho fue en el imperio de Iturbide cuando se intentó establecer relaciones estables, no aceptadas por los Estados Unidos (Zozaya), que sólo sirvieron de aviso en cuanto a que los problemas serían difíciles de tratar y de que la nación se enfrentaría con un destino complejo, pues aparecían características de expansionismo en la historia interna de Estados Unidos.

Con aplomo puritano, de acento religioso, se había hablado del Destino Manifiesto de la población sajona y, aún antes de oficializarse la relación con la primera república, se hablaría también de la Doctrina Monroe.

Por otra parte, sobre México recaía el acuerdo del primer tratado de fronteras (Adams-Onís, 1819), que obligó a un ajuste de territorios efectuado entre España y los Estados Unidos, para limitar la extensión nacional mexicana a confines convenidos por necesidades del momento y por coyunturas políticas y económicas.

Al circundar las tierras nacionales en su lindero norte se recurrió a concebir una frontera de acuerdo con el principio de transterritorialidad, favorecedor para los Estados Unidos, que habrían de definir su historia expansiva durante buena parte del siglo XIX.

Ese principio junto con la expansión futura, enfrentó a los Estados Unidos con Inglaterra en una carrera dispar que tuvo lugar sobre territorio mexicano, pero que marcó dos caminos aparentemente sin relación: fueron adoptándose en el caso de Inglate-

rra, en función de los medios modernos surgidos de la revolución industrial, y la habilitaron para manejar un concepto económico de imperio; mientras, los Estados Unidos sin revolución industrial manejaron el concepto viejo de la posesión de la tierra y su ocupación. En esa carrera México perdió territorio primero al ajustarse la frontera entre los Estados Unidos y España en 1819, y luego en consecuencia de los acontecimientos resultantes de su contacto directo con el vecino, en el tratado de Guadalupe-Hidalgo, después de la guerra de 1847.

Supondríase, una vez decidida la frontera entre el mundo sajón y el latinoamericano en México, al firmarse el tratado de 1819, que esta debió ser definitiva. Sin embargo, el cambio de régimen, provocado por la Independencia, puso el tratado en discusión, al haber cambiado una de las partes y al escudarse en el deseo de respetar la soberanía de la nueva nación mexicana. Así se desató la discusión subsiguiente, plasmada en las instrucciones del primer embajador (Poinsett) que exigía cambios profundos en la línea fronteriza. Esos cambios, aunque fueron rechazados, dejaron secuelas y permitieron mayores ajustes (Butler), que aparecieron al discutirse el tratado de Guadalupe-Hidalgo, después de la guerra.

Puede considerarse que el asunto del delineamiento fronterizo fue un tema diario de preocupación, durante todo el siglo, por los matices intrincados que presentó y que se relacionaron con problemas que incluyeron desde el humano que toda frontera presenta en mayor o menor grado (trasterrados, movimientos de los indígenas, abigeos, los delitos comunes que son de esperarse, entretnejidos con los temas anteriores), hasta el comercio que en ocasiones derivó hacia el contrabando o el abigeato, los intentos de mayores adquisiciones de terreno, justificados unas veces mediante el caos resultante de los problemas anteriores que ninguna de las dos partes pudo dominar, y otras adquisiciones de tierras respondían a la necesidad política de extender el esclavismo y resolver el problema interno general causado por la existencia de la zona esclava, pero, en cambio, en otras ocasiones iba simplemente en busca de la expansión territorial especulativa. Los tratados de extradición estuvieron firmemente ligados con el abigeato. Finalmente, todavía resta hacer mención de los problemas surgidos de las intervenciones políticas, que se esforzaron en condicionar la evolución interna mexicana, para ir en busca de

la partida de formas políticas, necesitándose reforzar los grupos liberales nacionales, como ocurrió con la regularización de las logias masónicas yorkinas (Poinsett) y con la creación de un acopio de material para reclamación (unas justas y otras injustas a la vez que muchas confusas, Butler) que, con el tiempo, terminaron en la creación de las comisiones internacionales de reclamaciones que hundieron al país en la seria deuda externa, que sirvió para disimular el motivo real (expansión territorial) de la guerra de 1847.

Con todo ello se combinaron los motivos de los asentamientos humanos que aparecieron a medida que los territorios mexicanos se acercaban a los contornos de la oleada de población americana que avanzaba en su implacable marcha hacia el oeste, compuesta tanto por indígenas como por anglosajones blancos acompañados de sus propias instituciones. En esta forma las autorizaciones de poblar concedidas por la Colonia a favor de Austin y confirmadas dos veces, tanto por el Primer Imperio como por la República, para permitir el establecimiento de sus colonias, fueron pensadas para proteger el área en vez de facilitar el arraigo de las poblaciones sajonas al sur de la línea divisoria.

Desde esa fecha temprana, los Estados Unidos aplicaban sus experiencias históricas internas, comprobadas por su carácter expansionista, como efectivas, pues habían facilitado el crecimiento físico de sus colonias iniciales, todavía en movimiento. El avance se acompañaba del espíritu de competencia, convertido en verdadero instinto resultante del carácter individual, y todo ello llevó a la anexión de Texas.

Al sobrevenir la guerra se dijo, por boca de Polk, que había la posibilidad de ocupar la totalidad de la República Mexicana, si la contienda se prolongaba, con todas sus consecuencias previas al tratado; hicieron fracasar ese proyecto, por haberse enfrentado a la soberanía de la nación mexicana, pues los Estados Unidos deseaban afianzar sus conquistas y retener puertos, ciudades, pueblos y provincias en su poder y también lo que en adelante se conquistara. California y Nuevo México se retendrían si el Congreso así lo decidía y allí se establecerían gobiernos civiles; a cambio dispondrían indemnizaciones o pagarían por una ocupación prolongada, pues por otra parte no deseaban la desaparición total de México como país independiente. Presidente, vicepresidente, secretario de Estado, tesorero y muchos de los

oficiales del ejército y de la marina americana, estuvieron de acuerdo con esa actitud; si bien las discusiones fueron violentas en el Congreso para lograr decidir, al fin, intentar que el gobierno mexicano sancionara el arreglo y que éste no se apoyara de manera exclusiva en el derecho de conquista. El tratado de Guadalupe-Hidalgo logró firmarse a pesar de los desacuerdos estadounidenses y por el empeño del comisionado Trist (24 de enero de 1848), al establecer dos puntos que parecen cruciales para describir la línea divisoria; el río Bravo al este y la inclusión de San Diego al oeste en territorio de los Estados Unidos, mientras el resto de la frontera recorrería el paralelo 32.

La existencia del tratado planteó de inmediato la problemática que se arrastraría a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX. En ella se observarían los cambios condicionados por la naturaleza de los conflictos, a las normas generales provocadas por el ambiente en que se desarrollaron y por el impacto de sucesos internos y externos, condicionantes de la propia historia de los Estados Unidos. Pensamos en los cambios habidos por la existencia de la guerra civil norteamericana, la entrada de los franceses y de Maximiliano a México o la entrada de la nueva industria y de las comunicaciones, que abrieron capítulos de importancia dentro de la problemática bilateral, que requirieron de cambios profundos en la naturaleza de los Estados Unidos, para llegar hasta el punto de reorganizar la economía y adecuar la política externa a las nuevas necesidades surgidas.

En esa forma, si los intentos de adquisición de territorio fueron continuos ellos no formaron, en adelante, parte de la política troncal estadounidense por haberse puesto en marcha la revolución industrial que hizo cambiar la característica de ser un imperio de posesión de tierra y conquista para convertirse en otro de proyección económica y mercados que facilitarían obtener y extraer materias primas y colocar productos manufacturados.

Al concluir el periodo con los cambios internos, provocados por la Reforma en México y con la entrada de los franceses y la llegada del imperio maximilianista, todo se combinó con los sucesos norteamericanos y resultó en la política de no intervención de los unionistas a pesar de las simpatías que tenían hacia los juaristas. Sin embargo, no se pudo evitar el comercio y el traspaso de la frontera por los conservadores mexicanos nortños y su relación con los grupos esclavistas. Pero además provocó la

aparición de trasterrados (Juárez), que desde uno y otro lado de la frontera activaron los sucesos políticos con energía.

Volviendo atrás el término de la guerra de 1847 dejó como residuo los problemas causados por la devolución de las aduanas que fueron manejadas por el ejército de ocupación, problemas de contabilidad relacionados con los derechos de importación y exportación, y de las mercancías que no saldrían del país como sucedió con cantidades de tabaco.

Además de las modalidades de los pagos referentes a los quince millones destinados a compensar las tierras obtenidas por los Estados Unidos, estaban las cantidades que de ella se descontarían para absorber las reclamaciones de ciudadanos norteamericanos.

Aparte de lo delicado del mecanismo del tratado y de las dificultades que hubo para marcar sobre el territorio la nueva línea fronteriza, hubo el problema humano de los mexicanos residentes en los territorios traspasados al norte, en función al cambio de la frontera. Aunque oficialmente estuvieron protegidos por el tratado, tanto en sus personas como en sus bienes, pronto constataron las dificultades que plantearía su vida diaria de trasterrados. Incautaciones, desarraigos, imposiciones y aun crímenes serían la consecuencia del tratado para esos habitantes, en su mayoría pastores, agricultores o mineros de pocas pollendas, cuya ignorancia y bajo nivel cultural no permitiría que aprovecharan la salida de acudir a los tribunales locales, única defensa a su alcance. En ellos los pleitos podrían prolongarse, sin embargo, de treinta a cuarenta años antes de obtener resultados, casi siempre negativos al ponerse en duda sus títulos de propiedad.

Pero además de los mexicanos residentes, los conflictos sobrevinieron también por los abigarrados hombres de frontera que trasgredían la línea para dedicarse al abigeato.

Todavía hay que adicionar los casos relativos a los filibusteros organizados dentro de los Estados Unidos, unas veces incitados por las peticiones de ayuda de los residentes gubernamentales mexicanos (Álvarez, Comonfort), que, olvidando su función prefirieron proyectar la manera de formar repúblicas en México (Sierra Madre, o la salida de Jean Napoleón Zerman y de Samuel L. Dennison a California o la pretendida República del coronel Walker).

Todos ellos, en cierta forma, fueron vistos con lenidad por las autoridades norteamericanas después de convenirse en el tratado de la Mesilla, primera gran modificación a la línea fronteriza aparentemente conectada con la traza del ferrocarril trascontinental, que denota un principio de cambio en el objetivo internacional político de los Estados Unidos. Éste comenzó por la búsqueda de soluciones al transporte moderno, que se combinaron con la discusión de los derechos de paso adquiridos a la concesión de Garay. Pero también se complicó con otro de los grandes temas, propiamente fronterizos, representado por el cambio del curso de los ríos que delineaban la frontera.

A pesar de todo, el imperialismo territorial estuvo en pie, todavía en 1857, después de haberse hecho demostraciones impositivas ante el gobierno mexicano relativas a las reclamaciones.

Entre los meses de enero y abril de 1855, se insistió en la necesidad de invadir el país para imponer la paz con el pretexto del choque constante entre los representantes americanos y las autoridades mexicanas. Gadsden se indignaba porque México no reconocía las reclamaciones causadas por las entradas de tribus indígenas al territorio estadounidense y aconsejaba que se suspendieran los pagos pendientes por la compra de la Mesilla, para ofrecer ese dinero a los caudillos levantados, en contra del dictador mexicano con el fin de que los liberales tomaran el poder y ajustaran favorablemente las diferencias pendientes con su nación. Llegó Forsyth al poder y la situación empeoró con el crecimiento de los anhelos imperialistas. Se dijo que los Estados Unidos no tenían designios siniestros sobre México (23 de octubre de 1856), y solicitaron el arreglo de las discusiones de tema burocrático, pero se pedía, además, la indemnización justa de las reclamaciones de todos los ciudadanos norteamericanos. A la par se dio un paso de mayor importancia al pretender disponer de 12 millones para colocar el área de Tehuantepec bajo su protectorado y facilitar así los problemas que pudieran surgir con la construcción de los ferrocarriles. El arreglo equivaldría a la cesión de ese territorio. Se especulaba también con la posibilidad de invertir cuantiosos fondos para que Comonfort se sostuviera en el gobierno, y éste los compensaría ofreciendo territorio. Si muchas de estas especulaciones no tomaron cuerpo, ellas son reveladoras de la inmensa presión que había en el país y de las dificultades enfrentadas por quienes dirigían la relación entre las dos nacio-

nes. Se oponía a México una nueva ideología descaradamente expansionista sobre la que giraban los demás problemas de la relación (tanto el fronterizo como el económico, o el humano) envueltos todos en situaciones precarias para México que, sin duda, fueron aprovechadas hasta la última posibilidad; mientras, por el lado mexicano se deseaba mantener la soberanía nacional maltrata, en el tratado de 1848 y en el de 1853 que no lograron prever las secuelas futuras dejando de nuevo al descubierto la problemática pendiente sobre la que regresarían, en breve, los embates.

La Reforma mexicana tuvo un planteamiento de espíritu renacentista, en el sentido de que visualizó la necesidad de romper con los sistemas y los moldes anteriores, obedientes a otras circunstancias históricas, para ir en busca de fórmulas abiertas y puestas al día, que permitieron enfrentar aquellas realidades que no se entendieron en los regímenes anteriores. Esa modernización llevó a los programas de asentamiento y de modernización estatal dentro de la técnica del tiempo, que caracterizó la gestión de Juárez y de ahí partió la tendencia hacia una política de mayor legalismo internacional que, poco a poco, llevó hacia el reconocimiento de la igualdad jurídica y de madurez obtenida por México en el resto del mundo; por los mismos senderos caminaría Porfirio Díaz y el primer paso sintomático fue fortalecer el puesto y significado del secretario de Relaciones del país.

Por su parte, los Estados Unidos se encontraban en el punto en que florecían los resultados de su revolución industrial que exigieron el nuevo concepto de imperio económico sustituto, del imperio expansivo territorial alimentado por la conquista. Aunque la temática de este último se hiciera sentir todavía en la segunda mitad del siglo con un sentido diferente, deben considerarse factores económicos y extranjeros como determinantes. La tesis principal norteamericana fue la de imponer su economía en lugar de agrandar el territorio y así se escapaba a la complejidad del manejo, administración y organización de los territorios conquistados, difícil experiencia obtenida en la expansión territorial interna anterior de los propios Estados Unidos. Hubo necesidad de esfuerzos internos, específicos, de unión entre vencidos y vencedores de la guerra civil. Unión complicada por su relación con la dualidad conservadora liberal (o imperial y republicana), que ennegrecía el horizonte mexicano y por la relación conserva-

dora que se hacía encima de la frontera entre conservadores mexicanos y confederados. Los Estados Unidos se inclinaron por la solución de los liberales mexicanos y por la no intervención, aparente, en el conflicto; pero hubo preferencia de la Unión hacia el régimen republicano legal.

El resultado de la preferencia se obtuvo, sin embargo, después de los anteriores embates del ministro Forsyth, intentando la firma de nuevos tratados de préstamos de los cuales una parte serviría para garantizar las reclamaciones americanas pendientes, se aumentaría el comercio promovido por un subsidio que se daría a la marina mercante estadounidense, se desviaría el comercio mexicano con Inglaterra hacia su país, se permitiría libertad completa en el intercambio de productos a lo largo de la frontera, lo que de hecho equivalía a establecer una zona libre de mar a mar y, finalmente, se establecería una comisión arbitral mixta que resolviera en dos años las reclamaciones por depredaciones de los indios habidas desde 1848 hasta 1853.

De tal forma era evidente la intención de Forsyth, que el presidente Pierce no se atrevió a presentar los proyectos de tratados ante el Senado de 1857, pues imaginó la oposición que harían los norteños, al considerar que significaban un dominio sobre la vida mexicana. Por su parte, en México se opinaba que los tratados terminarían con otra cesión de territorio. De mayor fundamento fueron las objeciones del siguiente presidente Buchanan, cuando se opuso a ofrecer un dinero que no estaba a su alcance y a la adquisición de un monopolio comercial, que Inglaterra podría imitar, saliendo perjudicados al final de cuenta los Estados Unidos.

En 1858 se habló del destino expansivo de la raza nórdica y se presionó a Comonfort (Sam Houston propuso, el 16 de febrero de 1858, la posibilidad de establecer un protectorado incluyendo a México y Centroamérica).

Por el lado de la relación liberal con la Unión se seguía hacia nuevos caminos: José María Mata gestionaba el reconocimiento del gobierno de Juárez y pedía el retiro del ministro Forsyth, considerando que la legitimidad del gobierno juarista era un argumento en contra del gobierno conservador mexicano, surgido de un pronunciamiento militar inclinado hacia Europa.

El cambio de ministro y la llegada de McLane a Veracruz representó todavía un intento de expansión en el que hubo un serio riesgo. El ministro americano, al recoger ideas y sugerencias an-

teriores, propuso discutir un nuevo tratado de comercio y límites que fuera satisfactorio y para ello ofreció 10 millones si le daban el territorio de Baja California y los derechos de tránsito, reservándose, a la vez, dos millones de pago para cubrir las reclamaciones pendientes.

Aun cuando el gobierno liberal estuvo bien dispuesto a la relación, Ocampo no aceptó tratar sobre la venta de Baja California. Después de especular presionando con el posible reconocimiento de Miramón, el 5 de abril, hubo de ceder en ajustar lo pendiente dentro de un espíritu de lealtad y amistad. El tema de las conversaciones fue, sin duda, Baja California y los derechos de tránsito pensándose que, con el paso de los transportes, Sonora se americanizaría a la larga. La situación precaria de los liberales envolvía todo y, por la necesidad que tenían de ayuda efectiva, llegaron a proponer que se establecería un protectorado estilo francés o inglés, que MacLane hubiera aceptado sólo después de la entrega de la Península de Baja California. Incluso se pensó en hacer dos tratados y, finalmente, se habló de tránsito, haciéndose a un lado la intervención armada en favor de los liberales (abril y junio de 1859). Pero en julio las necesidades de ayuda arreciaron. México intentó un nuevo préstamo a cambio de una garantía de bienes de la Iglesia y, si bien hubo escrúpulos, se permitió el envío de armas por tierra y por mar desde los Estados Unidos. Con esto se logró que los estados norteros mexicanos se conservaran al lado del liberalismo. Los Estados Unidos no deseaban ahogar a la nación mexicana y en consecuencia se estuvo a punto de permitir organizar al filibustero Carbajal una expedición con el consentimiento de Santos Degollado y formada con gente norteamericana que vendría en ayuda del gobierno a los puertos del Golfo.

Para el 23 de diciembre, a través del tratado MacLane-Ocampo hubo que ceder servidumbres, aun cuando se soslayara el escollo de Baja California. Se cedió el derecho de tránsito por Tehuantepec comprometido junto con la igualdad de tarifas y derechos aplicables a productos de ambos países que se trasladaran por aquella ruta: se aceptó la entrada de fuerzas norteamericanas en protección de los intereses norteamericanos; el derecho de paso en el camino de Nogales a Guaymas y el uso del mismo por compañías particulares; la perpetuidad en el derecho de vía a través del territorio mexicano desde Camargo y Matamoros,

en Tamaulipas, o desde el Río Bravo a Mazatlán; la entrada de productos con derechos módicos en extremo y aun exenciones de pagos en algunos productos; la abolición de préstamos forzosos para los americanos residentes; la libertad religiosa y, finalmente, el pago de cuatro millones a México por estas concesiones, de los cuales dos se retendrían para las reclamaciones.

Al fracaso de las discusiones senatoriales y de las rectificaciones hechas al tratado contribuyeron más las circunstancias históricas que los hombres, pero, dentro de ellas, el destino siguió los lineamientos de la política y resulta lógico que, dentro de la no intervención, después del reconocimiento del gobierno juarista, se buscaran fórmulas de naturaleza diversa para proporcionarle ayuda: con intervenciones marítimas que interrumpieron la llegada de armamentos a los conservadores mexicanos o con permisos para que se armaran buques de corso en ayuda de la causa liberal, actividad ésta que duró hasta 1867.

Pero al estallar la guerra civil el 12 de abril de 1861 y cuando intervinieron las naciones europeas se acentuaron las diferencias de los grupos americano y mexicano que fueron en busca de ventajas: bien por vías del comercio de la frontera, bien por buscar ayuda para las diferentes facciones políticas de ambos países, o por colaborar al fracaso de alguna de ellas. Los rumores de invasiones fueron continuos a la par que permanecía el comercio legal e ilegal a través de la frontera.

En términos generales, el grupo de los confederados, de continuo contempló la posibilidad de una mayor extensión territorial hacia el sur para extender la esclavitud y fortalecerse. Mientras, el unionista se preocupó, en los términos de la Doctrina Monroe, al decretarse la moratoria de los pagos mexicanos en el extranjero, y trató de robustecer los lazos comerciales con México, aunque ello fuera opacado por la realidad de la propia guerra civil que tenía lugar. Así fue hasta tomar la postura definitiva de desconocer al imperio y contribuir, en cierta manera, a la decisión de Napolcón III de retirar sus fuerzas de territorio mexicano. Ello causó la caída definitiva del grupo conservador imperialista, y favoreció al fin, de manera determinante, la continuidad liberal del gobierno mexicano. Por su parte, Juárez tuvo conciencia del significado de la confederación, cuyos políticos fueron los expansionistas de los periodos anteriores y cuya consolidación hubiera insistido en la política de ampliación territorial.

Terminada la guerra civil americana y encauzado el régimen constitucional mexicano entraron en operación los nuevos factores económicos que determinaron la política externa estadounidense. Su diferente sentido salió a flote cuando Seward observó cómo había decrecido el interés por la posesión de tierra y se sustituía por la importancia que se daba a la economía, prediciendo a la vez que, en treinta años, los Estados Unidos podrían absorber México por la inmigración y por el aumento de intercambio comercial.

En ese sentido no se ha estudiado suficientemente el significado de la penetración de pastores protestantes en México pues, habiendo comenzado ésta en 1864, la misión del reverendo H. Chauncey Riley estaba en la capital y mantenía bien informada de sus actividades a la legación americana. Pronto hubo dificultades provocadas por sus choques con el pueblo y con las autoridades locales, sobre todo a partir del asesinato de J. L. Stephens, preludio de muchos problemas futuros. A pesar de todo, en 1873, seis ministros fueron presentados al gobierno mexicano por el plenipotenciario Nelson, y su misión consistía en luchar con inteligencia contra el fanatismo, basándose en la libertad religiosa garantizada por la Constitución de México. Las cuestiones no se hicieron esperar al cuajar la protesta por homicidios, en los que se confundía con los pastores a ciudadanos norteamericanos, y se produjeron requerimientos de castigo ejemplares para sus autores. En 1875 las misiones estaban esparcidas por diez estados de la República, aun a pesar de los homicidios y los ataques en su contra y se pedían garantías, pues con todas ellas, estaban conectados los ciudadanos americanos, incluyendo a Foster, el nuevo plenipotenciario.

La presencia del protestantismo denota un esfuerzo por contraponer un credo afín y básico para construir los lineamientos de la economía: el tipo de civilización y la mentalidad norteamericana como opuestas a la mentalidad católica. Configuraron, así, una de las formas complementarias de la penetración, que dada en el campo de la intimidad del ser, tenía el objeto de cambiar la mentalidad mexicana. Ésta, como se observa, oponía una resistencia continua, trágicamente patentizada en los constantes asesinatos de los ministros y también de simples creyentes, como fue el caso de Atzala el 23 de abril de 1876 donde mataron a 27 de ellos, logrando escapar en la matanza los pastores.

El cambio de la actitud política de los Estados Unidos se vio acompañado por el cambio de poder en México, resultante de que Porfirio Díaz capitalizara su participación en las luchas contra la continuidad de Juárez y de Lerdo. Su presidencia provisional, de noviembre de 1876, resultó de un movimiento militar victorioso, convertido en constitucional después de que se hicieron elecciones generales, reformándose la Constitución para evitar la reelección de 1877. Ahí comenzó su labor metódica que, a pesar de los principios que lo llevaron al poder, se prolongó hasta 1911 incluyendo un breve hiato durante el que cedió la presidencia a su compadre Manuel González. El resultado del cambio fue que, en la política internacional, se emprendiera un derrotero objetivo para canalizar los problemas en formas diversas, una vez que se pudo salir del tema de su reconocimiento que se complicó con la inseguridad de la frontera que, en diversas formas, matizó el periodo. Por un lado Díaz supeditó sus relaciones con los Estados Unidos a un previo e incondicional reconocimiento a su gobierno y, por el otro, el secretario de Estado condicionó el reconocimiento a la solución inmediata de la situación de inseguridad de la frontera. A pesar de que el gobierno mexicano mandara refuerzos al norte, y de que se mostrara buena voluntad con la disposición de otorgar concesiones a ciudadanos americanos, el ministro Foster informó desfavorablemente sobre la situación mexicana y sostuvo que ésta no facilitaba los intereses de su nación. Como el gobierno norteamericano apoyó la postura de Foster su actitud fue definitiva y hubo protestas populares en virtud de que se dañaba a los intereses de los inversionistas americanos. Las conferencias, en forcejeo, entre los representantes de los dos países se reflejaron en el informe anual del presidente Hayes, donde claramente se expuso que los Estados Unidos siempre habían reconocido gobiernos *de facto* en México y que en esa ocasión se negaban a hacerlo para facilitar el arreglo de la situación fronteriza.

Mientras tanto seguían las expediciones, y entre ellas se señaló la persecución en territorio estadounidense contra los opositores de Díaz. Todavía en enero de 1878 Foster requería a Vallarta que los delitos de mexicanos en los Estados Unidos fueran juzgados por tribunales federales para que no quedaran impunes.

Con la intención de romper el *impasse* producido por las dos posturas divergentes en relación a su reconocimiento, Díaz anunció su desco de liquidar el primer abono de la deuda mexicana a los Estados Unidos, que se vencía el 31 de enero de 1877, para cumplir con el laudo del Tribunal Mixto Internacional de 1868. Se consideraba que el Congreso americano estudiaba la forma de concentrar en el Estado el pago a todos los reclamantes americanos para, después, exigir el dinero directamente a México y también porque acabando de entrar Hayes al poder, Mariscal insistía en la conveniencia de hacer la liquidación a Washington. Para ello, Díaz reunió ciudadanos de buena posición, en palacio y pidió un préstamo de 500 mil pesos de los cuales 300 mil utilizaría en liquidar el abono.

Con este paso Porfirio Díaz tomó la delantera al provocar una situación difícil al gobierno americano, cuyo secretario hizo ver al ministro Foster cómo, tratándose de un gobierno que no reconocía, no podrían recibir el pago. Pero le aconsejaba discreción pues podría ser que cualquier comentario resultara inoportuno pues no comprendía el interés de Díaz en repudiar contratos oficiales firmados por su antecesor con los inversionistas. Obvio era que el reconocimiento se consideraba como una palanca para forzarlos. Foster visitó a Vallarta para dilucidar si la administración mexicana entendía que aceptar el pago llevaría el reconocimiento implícito y, al averiguar que se interpretaba como un acto de la nación mexicana no relacionado con el reconocimiento, Foster se mostró partidario de retener el reconocimiento, considerando que éste dependía de otros factores. Fue esa actitud la que determinó la política a llevarse.

El pago fue enviado por conducto de José María Mata el 21 de enero de 1877 y la situación entre los dos países continuó como estaba, pues no hubo reconocimiento del gobierno de Díaz y, además, se produjo una invasión contra lipanes y apaches que incursionó dieciocho kilómetros dentro de los límites mexicanos. La relación entre las dos naciones se había convertido en política.

Los periódicos americanos insistieron en el supuesto de que México cumpliría con el pago y pedían establecer un protectorado que se excusaría por la situación fronteriza. A la par, el gobierno ponía condiciones para el reconocimiento, utilizándolo como un arma en contra de México y Foster obedecía re-

teniéndolo hasta que hubiera mayor estabilidad en el país, advirtiéndole que se darían órdenes para perseguir a los delincuentes atravesando la línea fronteriza hasta donde fuera necesario. Por otro lado Vallarta respondía consintiendo que los jefes militares fronterizos hicieran los entendimientos necesarios para el propósito en cuanto llegara el reconocimiento.

Como era de esperarse, se levantó en diferentes esferas la presión contraria de quienes habían perdido sus concesiones (Plump y su grupo) mientras que, por otra parte, no fue menor la fuerza de quienes abogaron por el reconocimiento, habiendo obtenido, en trato directo, los favores de Porfirio Díaz con respecto a las inversiones mineras, ferrocarrileras e industriales que pretendieron (John B. Frisbie) haciendo a un lado la relación entre gobiernos.

La ventaja de la postura de los inversionistas contrastaba de manera detonante con la intransigencia y la violencia adoptada en el manejo de la relación por el ministro Foster y su gobierno, que usaron el reconocimiento *de jure* como el señuelo que facilitarían la apertura de las discusiones que llevarán a tratados sobre los temas candentes todavía no resueltos.

Presión inútil contra la cancillería mexicana que no negociaría mientras quedara en pie la amenaza representada por las órdenes enviadas al general Ord para que traspasara la frontera con el ejército cuando fuera necesario. Ese era el único tema que México estaría dispuesto a discutir antes del reconocimiento y, contra lo esperado, se consideró que las órdenes americanas de posible invasión justificaban movimientos recíprocos, aplicados para perseguir una partida de lerdistas revolucionarios internados en los Estados Unidos. Las conversaciones violentas cundieron entre Foster y Vallarta del 20 al 30 de junio y si bien comentaron los problemas pendientes, las propuestas norteamericanas no obtuvieron resoluciones, a pesar de las amenazas reiteradas de que el reconocimiento se retendría. Foster pidió, incluso, que sus conversaciones se transmitieran al presidente Díaz, quien permaneció impertérrito. En septiembre Foster tuvo que aceptar el fracaso ante su gobierno, porque México se negaba a tratar cualquier tema que no fuera la frontera.

Las acometidas de Foster se repitieron invocando sus instrucciones precisas en el sentido de no reconocer, pero todo quedó igual.

Foster erró al no reconocer mientras disponía de poderes discrecionales; Vallarta por no haber requerido el reconocimiento a cambio del pago de la deuda.

De hecho, los dos errores fueron responsables de permitir una situación difícil envuelta, a fin de 1877, en intereses políticos que provocaron el distanciamiento de ambos gobiernos. En el mes de octubre de 1877, al volverse a invadir el territorio mexicano, se hizo evidente esta actitud cuando el gobierno de Washington se negó a recibir a Mata quien residió en esa capital hasta el mes de octubre de ese año.

La tensión y el distanciamiento moderaron la irascibilidad de Foster, quien pidió ir a Washington a informar de la verdadera situación mexicana, pues temía haber contribuido a formar un concepto erróneo sobre el gobierno de Díaz, pero se le negó el permiso mientras el Congreso americano, extrañado de la situación, la estudió basándose en los informes rendidos por el Departamento de Guerra. Pidió al secretario Evarts que declarara ante el comité especial de relaciones y luego se llamó también a Foster y a Shafer para que expusieran sus razones. En esa forma se puso en entredicho la postura de Foster. Además se le criticó por permitir semejante relación con México, perjudicial de manera obvia a los inversionistas americanos que perdieron sus oportunidades, a pesar de las ofertas reiteradas de permitir concesiones que hacía el gobierno mexicano.

Sin embargo, Foster insistió en su postura, al indicar, todavía en octubre de 1877, que su gobierno no cambiaría de parecer por concesiones hechas a particulares y amonestó a quienes abogaban por el reconocimiento, como era el caso de John B. Frisbie.

En este punto resulta claro cómo Díaz al enfrentar al gobierno americano con rigidez absoluta, logró llamar la atención del Congreso estadounidense hasta el punto de provocar una escisión de opiniones entre lo que había sido la postura del gobierno y la del Congreso. Con ello dividió las fuerzas internas, tarea a la que ayudaron agentes secretos (C. E. Letcher y el inglés Pritchard) que desenmascararon las maniobras de Hayes en contra de un gobierno sólido como el de Díaz.

La escisión fue abierta y el orgullo de los funcionarios de gobierno se vio en entredicho de tal manera que cuando Foster volvió a los Estados Unidos en enero de 1878 todavía trató de salvar en el Congreso la imagen de su gobierno y pidió que no

se le forzara a conceder el reconocimiento pues se produciría un antagonismo abierto entre los poderes, además de significar una censura a la política interna de los Estados Unidos que reforzaría a México.

Pero las declaraciones del diplomático sólo demostraron, ante el Congreso, que la política de Hayes fue equivocada y se admitió que con el retraso se había perjudicado y detenido el comercio que México estaba dispuesto a fomentar. Los inversionistas ferrocarrileros deseaban empalmar las vías mexicanas con los Estados Unidos y unir la zona poblada de México con ellos, pues los ferrocarriles texanos operaban en rojo y México poscía un mercado no renunciabile, con aparente paz y orden constitucional, mientras que por inhabilidad no se había logrado regularizar la situación de la frontera.

Otros coincidieron, y Foster estuvo de acuerdo entonces en la necesidad de apoyar una situación benefícosa que se desprendría del reconocimiento de Díaz.

Los estorbos opuestos a ese paso resultaron de las presiones ejercidas sobre la frontera, combinándose con las órdenes de Ord (junio de 1877) que reaparecían el 31 de enero de 1878, apoyadas por un resabio de expansionismo, al pensarse que una crisis con México facilitaría la adquisición de más territorio.

Mientras se investigaba la política mexicana de Hayes, Díaz pagó el segundo abono de la deuda de reclamaciones el 30 de enero de 1878. Aunque el regreso de Foster a México significó el reconocimiento del gobierno de Díaz, no había desaparecido del todo la desconfianza, y el comité de asuntos internacionales del Congreso no retiraría las órdenes, dadas al general Ord, hasta que se aceptara un acuerdo que protegiera vidas y propiedades americanas en la frontera. Pero, con cautela, no autorizó el envío de una mayor fuerza militar a la zona, como se había solicitado y se insistió en la necesidad de hacer una política más inteligente que permitiera abrir mercados, en vista del desarrollo rápido de la industria y del comercio. Foster fue encargado de volver a presionar para resolver los problemas pendientes. En contrapartida se nombró plenipotenciario de México a Zamacona después de sus tres años de residente, como miembro de la comisión mixta de reclamaciones en Washington. Continuó en México el resentimiento en contra de las órdenes de Ord, y Díaz insistió *sine qua non* en que se revocaran antes de negociar cualquier tema pen-

diente, pues se había aceptado unilateralmente que se traspasara la frontera hacia el sur, mientras Foster se oponía con todo vigor a que el paso se hiciera también hacia el norte, como proponía Vallarta.

Por fin, en junio de 1878 el Ejecutivo americano pidió a su Congreso el permiso para revocar las órdenes, en vista de las reparaciones que se gestionaban en Washington por las invasiones sufridas y por la demanda que se hacía de que no se recurriera de nuevo a ese procedimiento.

Los propios militares norteamericanos (Ord, Sherman y Sheridan) expresaron a su presidente, que el número de indios que se movían era relativamente pequeño y que se debía ir hacia un entendimiento pues, de lo contrario, habría que modificar la postura norteamericana de manera radical. Sin embargo, las invasiones siguieron en junio y julio hacia el sur, mientras Apolon Arreolo lo hacía hacia el norte y los estados de Chihuahua y Tamaulipas dictaban leyes para reprimir el abigeato.

Díaz había continuado su labor para cambiar la opinión pública de los Estados Unidos y su enviado Zamacona participaba activamente en ello al acudir a reuniones públicas y privadas hablando favorablemente de la situación de México y criticando las órdenes de Ord por atentatorias a la soberanía nacional. Terminó esta campaña con sus visitas a Chicago, Pittsburgh, Milwaukee, St. Louis y Cincinnati donde trató las posibilidades del comercio y de las inversiones de capital en la República, dirigiéndose siempre a industriales y hombres de empresa.

Con ello había provocado la petición de informes a Foster suscrita por parte del presidente de la Asociación de Manufactureros del Noroeste, Carlisle Mason, solicitando un análisis sobre posibles inversiones en México que, de nuevo, fueron consideradas desfavorables por el diplomático. Pero los industriales no quedaron satisfechos y en enero de 1879 viajaron a México donde obtuvieron una impresión positiva que provocó acusaciones contra Foster, responsable de retrasar la visita de los industriales por sus informes negativos.

Un nuevo tema de soberanía surgió en concordancia con el espíritu de empresa, cuando el presidente Hayes, el 10 de octubre de 1879, declaró la intención de asumir dominio sobre Cayo Arenas, isla situada frente a la Península de Yucatán, de lo que derivó el tema de las islas nacionales circundantes de la República,

que en el futuro serían motivo de discusión. De momento no se dio importancia a la declaración del presidente americano que iba en busca de un monopolio de la explotación de guano, industria nueva iniciada en 1878.

Pero el año siguiente, 1880, tuvo lugar el cambio de rigor en la Presidencia de ambos países. Por un lado, en el verano Díaz hizo triunfar en la Presidencia a su candidato y colaborador el general Manuel González quien, al modificar la constitución el primero de diciembre, abrió el camino para la reelección de Díaz cuatro años después y, por el otro, obtuvo la Presidencia James A. Garfield, partidario de proteger el gran capital, una vez terminada la crisis provocada por la guerra civil. Su propósito era allanar el camino para la conquista de los mercados del continente americano. Al ser asesinado, su sustituto Chester Alan Arthur mantuvo la misma política.

Manuel González durante sus cuatro años de poder intentó emplear una política de normalidad y de buscar la forma de resolver los problemas con los Estados Unidos por canales diplomáticos, sin permitir que alcanzaran puntos críticos. Ello coincidió con que Blaine enviara instrucciones al ministro Morgan para que disipara los temores de expansionismo en vista de que la paz era de interés primordial para el intercambio comercial de su país. Esta nueva postura venía tomando forma desde antes, como vimos, y en esta ocasión se oficializaba.

Desde el 24 de febrero de 1880 se revocaron las órdenes de Ord, abriendo así la posibilidad de emprender negociaciones amistosas, refrendadas al alejarse a Foster, por medio de una misión en Rusia, de toda influencia sobre México en el mes de marzo de 1880.

El cambio de funcionarios fue, así, de fundamento para apoyar en el Departamento de Estado los nuevos procedimientos en el trato de los problemas mexicanos. El gobierno no apoyó a sus ciudadanos el 29 de junio de 1882, cuando los norteamericanos fueron detenidos por autoridades mexicanas en El Cayo, donde se establecieron sin autorización y se les decía que no podían comprobar que la isla estuviera abandonada. La declaración en sí representaba un no acostumbrado respeto a la soberanía mexicana. De hecho actuaba la nueva política económica, anunciada por Blaine con toda claridad seis meses atrás, dirigida a promover la paz para el comercio y a celebrar un

congreso de todos los estados del continente en Washington para ese propósito.

A pesar de todo, la ilusión expansionista de los particulares no había muerto. En 1883 nueve inversionistas, capitalistas, oficiales del ejército y la marina, y ferrocarrileros se reunieron en Nueva York con el objeto de proyectar la independencia de Chihuahua y su anexión a los Estados Unidos. La postura gubernamental se había alejado de semejantes proyectos y se hizo patente cuando el gobierno contestó que la anexión sólo podría hacerse con el consentimiento mexicano, que no se había dado, y si por el contrario se intentaba por vías de guerra, ésta era imposible entre las dos naciones.

Por otra parte, los abonos mexicanos por las reclamaciones aprobadas en el arbitraje de 1868, se liquidaron con puntualidad y México estudiaba la forma de consolidar la deuda exterior con países financieros como Inglaterra, con los que no había relación desde la época de Maximiliano.

El cambio de mandatarios tuvo lugar en 1884 en las dos naciones de nuevo. El progreso y lo moderno fueron las directrices que abrirían los nuevos caminos para Díaz caracterizados por ferrocarriles, canales de riego, plantaciones agrícolas, centros industriales, obras portuarias, hoteles, hospitales, bancos y casas de comercio. Fue la época en que las concesiones se multiplicaron para aparecer como el instrumento normativo del desarrollo nacional. Los Estados Unidos insistieron en la firma de un nuevo tratado comercial que incluyera los puntos de reciprocidad, todavía discutidos en su aplicación, entre los que se pedía, de manera muy específica, la posible abolición de la zona libre de comercio a lo largo de la frontera; el acuerdo sobre los derechos y los deberes de funcionarios consulares; la protección de ciudadanos; el refuerzo del tratado de extradición y la solución para la frontera cambiante por los movimientos del Río Bravo. Incluso, se prorrogó temporalmente el acuerdo para el traspaso mutuo de la frontera el 31 de octubre de 1884 en un intento de solucionar ese asunto tan delicado, cuya solución tenía que resolver los problemas de la soberanía terrestre que junto con el arreglo de las cuestiones de la soberanía marítima resolverían los puntos relativos al respecto de la soberanía total de la nación.

Esta última discusión de la soberanía nacional, la marítima, se abrió en consecuencia de que, por decreto, los Estados Unidos

declararon norteamericanas las islas, consideradas como abandonadas, entre ellas las islas Arcas, y al mismo tiempo se daba la propiedad del guano a Pascal Quinan para su explotación. En la lista de islas que estaban, para esos efectos, a la disposición de los Estados Unidos, aparecieron también las islas Triángulos y los islotes Pérez, Chica, Pájaros y el grupo de Alacranes en la sonda de Campeche, produciendo la protesta de México el 17 de septiembre de 1894. La polémica fue intensa y terminó el 21 de noviembre de 1894. En esa forma se configuraba la nueva actitud mexicana de tratar por la diplomacia los asuntos de esta naturaleza. Pero no se admitió discusión al tratarse de la justicia, de no ser que los tribunales locales la hubieran negado. Por su parte los Estados Unidos respetaban los laudos adversos a los intereses americanos como sucedió con los fallos contra los buques complicados en asuntos de contrabando. El presidente Cleveland confirmó su postura al anunciar que los ciudadanos no serían protegidos para eludir las consecuencias de sus violaciones a las leyes de otros pueblos y que debían quedar sometidos a los tribunales correspondientes, porque ello era un principio internacional reconocido, lo que no significaba que descuidaran la aplicación de los procedimientos, o que se protestara, como ocurrió en 21 de agosto de 1886, en contra del contrato firmado en México con la compañía transatlántica española, que contrariaba los intereses de "Alexander and Sons" porque trataba de promover un monopolio en el comercio de México.

La década de los ochenta fue de importancia especial para el planteamiento del problema del traspaso de la frontera por los grupos indígenas y merodeadores pues se le dio una dimensión diferente a la mantenida hasta la fecha. Inútil resultaba el afianzamiento del poder porfiriano que se hacía sentir en la frontera y todas sus provincias para evitar el problema incluyendo sus campañas en contra de los ya mermados indígenas mayos y yaquis o su remisión al interior de la República, o la firma de acuerdos con jefes y caciques, o las extradiciones de mexicanos que faltaron en los Estados Unidos y fueron juzgados y sentenciados a muerte en México (Ceferino Ávalos).

Los ataques masivos continuaron sobre Sonora por parte de indios escapados de las reservaciones de Arizona, a pesar de que se autorizó al teniente Morey para que los persiguiera en territorio mexicano hasta la Sierra Candelaria.

Todo ello dio como resultado nuevos avenimientos de los gobiernos sobre el problema, planteándose la necesidad de una colaboración más estrecha por parte de ambos poderes (29 de junio de 1882) y pidiéndose que se desarmara a los indios de las reservaciones a la vez que no se les comprara el botín resultante de sus expediciones (1883).

Incluso se lanzó una campaña contra los apaches y los chirahuas en Sonora en el mismo año.

Para 1890 hubo que resolver la prórroga de los acuerdos de traspaso fronterizo para los ejércitos, pues los apaches continuaban merodeando. Pero el rigor de Díaz se hizo sentir con mayor fuerza en 1905, ante la reaparición de los ataques yaquis a Sonora, cuando respondió con mano de hierro procediendo a fusilar a quienes se encontraran con armas en la mano o hubieran asesinado. Los demás fueron desplazados a Yucatán.

El complemento de la energía porfiriana fue que, en mayo de 1907, los Estados Unidos suspendieran la venta de armas y ahí terminó el problema de los ataques fronterizos y del traspaso de los "cherifes" en busca de malcantes.

El ambiente de paz que se iba creando favoreció, como era de esperarse, al comercio, pero también al desarrollo de las inversiones de capital extranjero que fueron en aumento y que se relacionaron con los transportes, la minería, las extracciones de materias primas, las colonizaciones, los deslindes. Temas todos ellos que por la limitación de estas páginas no podemos desarrollar pero que, sin embargo, asientan las bases para la futura actuación de las compañías transnacionales en el país.

Después de la crisis y de que la economía americana se recuperó, llegó a la presidencia McKinley (1896), que intervino en la guerra de Cuba y lanzó a los Estados Unidos de manera abierta sobre el Pacífico. Los Estados Unidos obtuvieron así horizontes más amplios y mayores perspectivas, pero ya se había logrado un equilibrio básico en las relaciones con México.

Desde 1890 puede observarse cómo desaparecieron o disminuyeron los temas vitales de la sobrevivencia, soberanía o guerra que fueron sustituidos por temas doctrinales surgidos de casos particulares y cómo la administración porfiriana se esmeró en sostener los principios internacionales reconocidos, que los Estados Unidos aceptaron en adelante en su trato con México.

De hecho la energía expresada por Díaz al principio de su régimen y el cambio efectuado en los procedimientos de la relación, llevado a cabo por Manuel González, pusieron a Díaz en postura de imponer a los políticos de los Estados Unidos los nuevos procedimientos del diálogo, si bien en ello ayudó el peso y las necesidades pacíficas de la nueva política económica estadounidense, que impuso la paz como ingrediente inevitable de la relación.

El siglo XIX estuvo lleno de dificultades y de circunstancias adversas producidas por determinantes históricas relacionadas, en su mayoría, con el desequilibrio de dos poderes vecinos y con la convicción puritana de un supuesto tutelaje apoyado en el Destino Manifiesto favorecido por las grandes extensiones de frontera, casi despobladas. Ellas fueron un señuelo para la extensión de territorio y para el expansionismo que se apoyó en instrumentos de presión como fueron las reclamaciones hasta la guerra de 1847 y que luego hundieron al país en su endeudamiento que se perpetuaría durante el siglo. Este provocaría intervenciones europeas como secuela de la Reforma que intentó la reorganización nacional sobre bases contemporáneas, modernas. La aparición de la guerra civil norteamericana duplicó la relación entre las dos naciones al hacerse, permeada de expansionismo, por parte de los confederados con los conservadores mexicanos de tendencia europeizante y por los liberales con los unionistas, preocupados por la invasión europea contraria a la Doctrina Monroe. Aunque la relación entre los grupos liberales perduró en vista de las victorias de Juárez y de la Unión, la política enérgica y terca de Foster y su gobierno, al defender intereses de los inversionistas pendientes de las concesiones ofrecidas por Lerdo, encontró la relación con Porfirio Díaz. Éste recurrió a métodos políticos para salvar el conducto del gobierno y presionar al Congreso americano entendiéndose directamente con los inversionistas. De hecho, después del largo recorrido del siglo, las relaciones entraron en un periodo de mayor respeto en cuanto al trato y a los procedimientos, si bien debe hacerse notar que la centuria entera fue de contienda y de presiones violentas llegando, en algunos momentos, a plantearse una relación incluso peligrosa para el país.

De importancia especial resulta observar el cambio del matiz territorial de imperio por el matiz económico que tuvo lugar en torno a la guerra civil norteamericana y a la Reforma en México.

Ese imperio económico que caracterizó la política de las relaciones diplomáticas, (acentuando la defensa del capital como se observó en la rigidez de Foster, aun cuando, en el tramo normal, se hiciera poco más tarde hincapié en la necesidad de mantener la paz para posibilitar el desarrollo del comercio) se convertiría en la tónica de la política externa estadounidense del siglo XX, usando el conjunto de los demás temas como instrumentos en su favor.*

* Gómez-Robledo Verduzco Alonso, Coord. e Introd. *Relaciones México-Estados Unidos. Una visión Interdisciplinaria*, UNAM, Coordinación de Humanidades, 1981, p. 17-42.

XIV. PRELIMINARES POLÍTICOS AL PRIMER TRATADO DE COMERCIO ENTRE MÉXICO Y ESPAÑA

El rompimiento de relaciones diplomáticas entre México y España cuando se declaró la Independencia es importante desde el punto de vista económico considerando que España, como país mercantilista en su intercambio con las colonias, era la única proveedora de América.

Hacia el final del siglo XVIII y principios del XIX, cuando el poderío político y marítimo de España había decaído, estas medidas de aislamiento de la Colonia no resultaban ya tan efectivas, pues constantemente había incursiones de naves extranjeras piratas que desembarcaban sus mercancías en las costas de Iberoamérica y contrabandistas que hacían su comercio a través de las fronteras del norte de México. En una ocasión tuvo España que firmar un tratado por el que autorizaba a una nave extranjera para que desembarcara anualmente el contenido de sus bodegas en el puerto de la Guaira.

Al llegar la Independencia, otros países se lanzaron a las colonias españolas para tomar la alternativa comercial y desatar una competencia muy vigorosa en ellas.¹ No hay duda de que las colonias cobraron vigor y adquirieron una personalidad con su independencia, pero tanto lo uno como lo otro fueron factores nacientes, y gracias a esto fue más fácil para los países extranjeros establecer la influencia comercial que buscaban. Nos parece exagerada, sin embargo la opinión del presidente James Monroe

¹ Carlos Bosch García, "Las primeras negociaciones comerciales entre México y Francia"; "Discusiones previas al primer tratado de comercio entre México y Estados Unidos: 1822-1838" y "El primer tratado comercial anglo-mexicano: intereses económicos y políticos", en *El Trimestre Económico*, vol. XII, núm 4 (enero-marzo de 1946), p. 696-716; vol. XIII, núm. 2 (julio-septiembre de 1946), p. 329-345, y vol. XIII, núm. 3 (octubre-diciembre de 1946), p. 495-552.

cuando decía que “en ninguna parte de la América del Sur ha producido España impresión alguna sobre las colonias”.²

El 22 de enero de 1823, como resultado de un trienio liberal que hubo en España, llegaron a México, enviados por las Cortes, tres comisionados: Juan Ramón de Osés, Santiago Irrisarri y Blas de Osés. El viaje tenía por objeto exponer al gobierno independiente de México que las Cortes habían discutido el problema americano y que habían resuelto terminar el asunto por medio de una comunicación franca y amistosa entre los dos gobiernos. Los comisionados venían para oír, admitir y transmitir a España las proposiciones que se hicieran en México sobre tan importante tema, e incluso para celebrar tratados provisionales de comercio, con el fin de que no se interrumpieran las negociaciones mercantiles mientras llegaba la conciliación definitiva entre los dos gobiernos.³

El gobierno de México se mostró favorable para entablar las conversaciones y esperaba que la guerra cesaría en cuanto se reconociera la independencia del Imperio Mexicano y la legitimidad de su emperador, pues estos reconocimientos estrecharían la alianza de amistad que existía entre las dos naciones.⁴ Fueron nombrados los comisionados mexicanos, que en un periodo muy corto de tiempo variaron varias veces. Las negociaciones girarían alrededor del reconocimiento de la independencia absoluta de México y la forma de gobierno adoptada y establecida.⁵

Estas negociaciones se interrumpieron durante dos meses en que México sufrió grandes cambios de política interior. Se constituyó el Congreso e Iturbide fue nombrado emperador; tanto la administración como las instituciones del país sufrieron una conmoción enorme. A raíz de todos estos cambios apareció como comisionado mexicano el general Guadalupe Victoria. Se reem-

²William Manning, *Correspondencia diplomática de los Estados Unidos*, Buenos Aires, Lib. y ed. La Facultad, 1930. “Mensaje al Congreso de los Estados Unidos”, 15 de noviembre de 1820, vol. I, p. 166.

³Nota de los comisionados enviados por España al gobierno de México, San Juan de Ulúa, 21 de enero de 1823. Secretaría de Relaciones Exteriores, *La diplomacia mexicana*, México, Tip. Artística, 1910-1913, vol. I, p. 169.

⁴Resolución del Consejo de Estado Mexicano, México, 26 de enero de 1823. *La diplomacia mexicana*, vol. I, p. 171-172.

⁵Minuta de instrucción a los comisionados, México, 31 de enero de 1822. *La diplomacia mexicana*, vol. I, p. 187. Comunicación a los comisionados, 1º de febrero de 1822. *Ibid.*, vol. I, p. 189.

prendieron las negociaciones el 20 de abril.⁶ Los comisionados se reunirían en Jalapa y una vez convenido el reconocimiento de la independencia debían proponer a España la firma de un tratado de comercio favoreciendo México a España en todo lo posible para que ésta, recíprocamente, enviara cuanto fuera necesario para las labores del campo y la minería. Otro tema a tratar, según las instrucciones mexicanas, era el de la cesión a México del castillo de San Juan de Ulúa, ya que se consideraba como parte del territorio mexicano. Elaborado el tratado, y mientras lo ratificaban ambos gobiernos, los comisionados firmarían otro provisional con el objeto de que no se interrumpiera el comercio, y, sobre todo, para que el castillo de San Juan de Ulúa no interviniera en los buques que entraban y salían del puerto de Veracruz, cobrándoles aduanas.⁷

En las reuniones que se sostuvieron en Jalapa se mostraron los mutuos sentimientos de paz, alianza y fraternidad que los animaban y se planteó el problema del reconocimiento de la independencia de México. Los comisionados españoles contestaron que su gobierno no podía dar mejor prueba que la estancia de sus representantes en el país del que estaba dispuesto a reconocer la independencia, la integridad del territorio y la libertad del continente americano, siempre y cuando se le ofrecieran las condiciones y garantías convenientes. Ellos estaban autorizados a admitir las proposiciones que surgieran y a remitirlas a España para su examen. Después se discutió la posibilidad del tratado de comercio y los españoles se mostraron dispuestos a celebrar y concluir convenios provisionales especiales de comercio en las condiciones que se estipulasen como útiles para ambos países, a fin de no interrumpir las negociaciones mercantiles mientras se lograba la deseada conciliación por medio del intercambio franco y amistoso de ambos gobiernos.⁸

Los mexicanos, en cambio, pidieron que este tratado provisional fuera específicamente de paz, fraternidad y comercio para servir como preliminar a otro general y estable, que compren-

⁶Nota de los comisionados españoles al general Guadalupe Victoria, San Juan de Ulúa, 20 de abril de 1823. *La diplomacia mexicana*, vol. I, p. 279.

⁷Instrucciones para el comisionado, general Victoria, 14 de mayo de 1823. *Ibid.*, vol. I, p. 285-286.

⁸Copias certificadas de la segunda y la quinta sesión celebradas entre los comisionados, Jalapa, 18 de junio, 1823. *La diplomacia mexicana*, vol. I, p. 305-308.

diera todas las relaciones políticas e intereses respectivos de ambos países; se debía fijar que la entrada de producciones naturales del suelo que fueran conducidas por el pabellón mexicano o por el español gozarían de una tercera parte de rebaja en los derechos que adeudasen iguales frutos y efectos de las demás naciones extranjeras, exceptuando el tabaco en rama o labrado, cuya importación se prohibía terminantemente. Lo mismo debía otorgar el gobierno español en sus puertos. Los pabellones mexicano y español serían respetados en alta mar por los buques mercantes y de guerra. El gobernador del castillo de San Juan de Ulúa no intervendría en el comercio entre España y México ni cobraría ninguna clase de derechos, así como tampoco tendría permiso para que se desembarcasen cargamentos en el castillo a título de almacenaje o depósito. Además, los gobiernos, el español en España y el mexicano en México, deberían garantizar las propiedades particulares. También se incluía en este proyecto una cláusula para regularizar el servicio postal.⁹ Las negociaciones se interrumpieron cuando el gobernador del castillo de San Juan, brigadier Francisco Lemaur, se precipitó contra la isla de Sacrificios. Ese momento, en que los comisionados españoles se encontraban buscando lazos entre los dos países, fue el más inconveniente para este paso, ya que mostraba con él intenciones verdaderamente hostiles y contradicciones a los principios expuestos por los comisionados. Victoria planteó la disyuntiva de que o bien el gobernador se retirase de la isla y las gestiones diplomáticas continuaran o los comisionados abandonarían territorio mexicano.¹⁰ Entraron en discusiones inconvenientes sobre los motivos que había tenido el gobernador para tomar la isla de Sacrificios, hecho que éste justificaba diciendo que México nunca había considerado esa isla como suya. En cuanto al contrabando que se atribuía al castillo, respondía el gobernador que lo llevaban a cabo ciudadanos mexicanos.¹¹ También se acusó a la guarnición del castillo de que cuando el bote resguardo de Veracruz

⁹ Minuta del ministro Alamán e instrucciones, México, 1º de agosto de 1823. *La diplomacia mexicana*, vol. I, p. 313-318.

¹⁰ Minuta del ministro Alamán, México, 8 de agosto de 1823. *La diplomacia mexicana*, vol. I, p. 322.

¹¹ Minuta del general Victoria y comunicación de los comisionados contestando al gobernador de San Juan sobre las reclamaciones que se le han hecho, Jalapa, 28 de agosto de 1823. *La diplomacia mexicana*, vol. I, p. 335-338.

trataba de inspeccionar los buques que descargaban en el castillo, sin pagar aduana ni derecho de tonelaje, el gobernador lo impedía amenazándolo.¹²

Estas dificultades con el castillo produjeron la ruptura de las negociaciones. Los comisionados comenzaron a oponer dificultades; no se conformaron con que el gobierno mexicano hubiese aceptado las decisiones de la comisión, sino que alegaron estar forzados por sus credenciales a comunicar a España las proposiciones que les había hecho México, pues consideraban que el tratado provisional era apenas un detalle secundario.¹³ México se mantuvo pidiendo el reconocimiento de su independencia como condición imprescindible para las negociaciones, hizo hincapié en la facultad que tenía de constituirse en la forma gubernativa que le conviniera y pidió que se le entregara el castillo de San Juan. Sin estas bases previas no admitiría conversación alguna, pues también consideraba el tratado provisional como un compás de espera que haría posible la resolución de los asuntos en forma permanente.¹⁴

La tirantez entre el gobernador Lemaury y México fue en aumento hasta que el primero avisó que se disponía a tomar Sacrificios por la fuerza, porque, según él Veracruz estaba haciendo preparativos para anticipársele. Victoria se mostró irreductible e hizo de la isla de Sacrificios una cuestión de honor. No fue posible arreglo alguno y en 25 de septiembre, sin previo aviso, el castillo de San Juan de Ulúa abrió el fuego de sus baterías sobre la plaza de Veracruz. Esta acción de guerra declarada causó la entrega de los pasaportes a los comisionados de España, que salieron del país.¹⁵

Europa no se enteró de estas gestiones, pero en cambio el embajador inglés en Madrid informaba a su gobierno que, aunque se carecía de declaración oficial que hiciera luz sobre la posición adoptada en Madrid en este pleito, corrían rumores sobre la for-

¹²Contestación del general Victoria a las explicaciones del gobernador Lemaury, Jalapa, 26 de agosto de 1823. *La diplomacia mexicana*, vol. I, p. 33-340.

¹³Nota de los comisionados españoles al general Guadalupe Victoria, Jalapa, s.f. *La diplomacia mexicana*, vol. I, p. 347-353.

¹⁴Minuta del ministro Alamán al general Victoria, México, 10 de septiembre de 1823. *La diplomacia mexicana*, vol. I, p. 351-352.

¹⁵Guadalupe Victoria al ministro, Jalapa, 26 de septiembre de 1823. *La diplomacia mexicana*, vol. I, p. 372.

mación de una “Comisión de Sudamérica”. En ella tomarían parte todos los hombres adinerados en calidad de accionistas con grandes privilegios comerciales y las minas de América serían concedidas como garantía de los privilegios cuando se consumara la reconquista de las colonias. Las compañías se ocuparían de esta operación militar, aunque la guerra se haría en nombre del rey de España.

Según el embajador inglés, este proyecto fue el favorito del gobierno español en la misma época en que salían los comisionados de las Cortes del territorio mexicano.¹⁶

Existe un documento sin fecha que se debe tener en cuenta, pues parece como si hubiera habido un intento de reconciliación con España. Según este documento, se debía presentar un enviado de México ante la corona de España. No es posible saber si este documento corresponde a la misma época en que España envió los comisionados de las Cortes o si se refiere a épocas posteriores en que se enviaron agentes a todos los países europeos. El enviado debía viajar incógnito sin más comitiva que un secretario, aparentando hacer diligencias particulares con una licencia de su gobierno que se extendería por dos años de duración. Este viajero se dirigiría a Bayona, desde donde remitiría cartas de presentación para residentes en Madrid por correo ordinario. Los destinatarios darían a conocer la opinión general que se tenía sobre México, su independencia y su forma de gobierno; además, hablarían de posibles relaciones. Averiguarían también si España se resentía por la emancipación de México y en qué forma se le podría compeler a que se hiciera el reconocimiento de su independencia. Si como resultado de estas encuestas podía preverse que no se sufriría ningún desaire, el comisionado se trasladaría a Madrid utilizando un pasaporte especial; pero en caso contrario, permanecería en Bayona y se pondría en comunicación con los ministros españoles.

En el primer caso, hablaría de la buena disposición del gobierno de México y propondría que se consideraran intercambiables las nacionalidades de los súbditos. Con relación a los aranceles, México y España se considerarían como una sola nación

¹⁶ Informe de Sir William à Court a George Canning (núm. 138), Madrid, 8 de noviembre de 1823. C. K. Webster, *Britain and the Independence of Latin America: 1812-1830*, Londres, The Ibero-American Institute of Great Britain, Oxford University Press, 1938, vol. II, p. 405.

y no se haría más que facilitar el comercio. En caso de guerra, España y México se ayudarían en todo exceptuando la prestación de fuerzas militares. Para todo ello, como es natural, se debía exigir, antes que nada, el reconocimiento de la independencia y de la soberanía de la nación mexicana.

En caso de que no hubiera reconocimiento o contestación dentro de un plazo señalado, se debería interpretar como un rompimiento entre las dos naciones y la conducta del enviado tendría que ajustarse a otras reglas. Ningún buque español se admitiría en los puertos mexicanos ni tampoco iría ninguno de los de México a los de España. Lo mismo pasaría con las materias primas y con los caudales. Los peninsulares en México serían tratados en la misma forma en que lo fueran los mexicanos en España.¹⁷

En unas preguntas que el enviado inglés, doctor Mackie, dirigió a Guadalupe Victoria, se estableció muy claramente la actitud de México hacia España.¹⁸ México estaba resuelto a mantener su independencia absoluta sin guardar más relaciones que las de amistad conforme al derecho de gentes, siempre que España las respetase, y las comerciales que fuesen convenientes a los intereses del país sin perjudicar a las naciones aliadas y amigas. Para resolver el conflicto entre las colonias y la metrópoli, México estaba dispuesto a aceptar una mediación británica a condición de que no se tratara de establecer otras relaciones que las indicadas anteriormente.¹⁹ La primera comisión inglesa, que llegó a México después de la salida del doctor Patrick Mackie, formada por Lionel Hervey, Charles O'Gorman y H. G. Ward, también se ofreció en nombre de Inglaterra para servir de mediadora en caso de que México quisiera presentar alguna proposición a España.²⁰

¹⁷ Instrucciones para la designación de un enviado diplomático del Imperio de Iturbide a España, s.f. *La diplomacia mexicana*, vol. I, p. 195-198.

¹⁸ Carlos Bosch García, "El primer tratado comercial anglomexicano: intereses económicos y políticos", en *El Trimestre Económico*, vol. XIII, núm. 3 (octubre-diciembre de 1946), p. 497-501.

¹⁹ Actas de las sesiones celebradas entre Guadalupe Victoria y Patrick Mackie, Jalapa, 31 de julio a 7 de agosto de 1823. *La diplomacia mexicana*, vol. II, p. 109-114.

²⁰ Nota de George Canning a Lionel Hervey (núm. I, secreta), Londres, 10 de octubre de 1823. Webster. *op. cit.*, vol. I, p. 433-436.

Lo mismo en Inglaterra que en Estados Unidos, hubo bastante especulación sobre si sería posible que España pudiera volver a recuperar sus colonias. La Santa Alianza trató de hacer cuanto pudo para ayudar a la Península en este cometido, pero el presidente Monroe opinaba que considerando una serie de circunstancias tales como la lejanía, la fuerza y los recursos de España, las tentativas que se hicieran tendrían que fracasar; y también se esperaba que la alianza continental europea se diera cuenta de lo impropia que resultaba su intervención en la contienda entre España y sus antiguas colonias.²¹ No obstante, Inglaterra deseaba que España la precediera al otorgar el reconocimiento de la independencia mexicana a fin de evitarse dificultades y trató de convencer a México de que el mejor servicio que le podía rendir era el de hacer esta gestión ante la corte de Madrid. En abril de 1824 ya se estaba en espera del mensajero que conduciría la contestación hasta Londres. España, convencida de que todavía tenía muchos partidarios en el Nuevo Continente, no dio garantías de paz. Fue con intención de alejar la posibilidad de un ataque por sorpresa que Canning escribió a su enviado Lionel Hervey: “*Might not an offer of pecuniary assistance for Mexico tempt the poverty as well as soothe the pride of Spain? And might not that acknowledgement be given in return for such a mark of deference and goodwill which would be pertinaciously refused to unconditional defiance?*”²² Sugería también en el mismo documento que se diera un trato de nación más favorecida, por lo menos durante algún tiempo.

Sin embargo, durante el mes de junio del mismo año de 1824 hubo noticias de que en la Habana se estaba trabajando con gran empeño en preparar una escuadra bastante grande para perseguir a los barcos americanos que merodeaban por el Golfo y auxiliar al castillo de San Juan de Ulúa. Esta escuadra, según se había pensado, se uniría a otra que había salido del puerto de Cádiz en mayo.²³

²¹ Mensaje del presidente Monroe al XIII Congreso de Estados Unidos, comunicado al Senado en 2 de diciembre de 1823. Maning, *op. cit.*, vol. I, p. 252.

²² Nota de George Canning a Lionel Hervey (núm. 3), Londres, 23 de abril de 1824, *ibid.*, vol. I, p. 446-450.

²³ Carta de Michelena a George Canning, Londres, 25 de junio de 1824. *Archivo de la Secretaría de Relaciones de México*, (que en adelante cifraremos ASREM), I-1-44, primera parte, 11-12

Con estos informes, se comprende que México no estaba dispuesto en lo más mínimo a hacer concesiones de dinero a España para que lo empleara en armar buques que fueran a combatir sus costas. Según el propio Alamán lo más factible era que, previo reconocimiento de la independencia, México concediera a España privilegios comerciales negociándolos a través de Inglaterra y fijando un término de diez a veinte años para las condiciones especiales que se estipularan y que excedieran a las concedidas a otros países europeos. Pero la posición que mantenía el presidente Victoria era contraria a todos estos pasos, pues sostenía que no había razón para que México hiciera proposiciones ya que España no estaba dispuesta a hacer el reconocimiento.²⁴

A pesar de la opinión del secretario de Relaciones y del presidente Victoria, el Congreso aceptó las proposiciones y se discutió la forma de hacer una nueva oferta a España por conducto de Inglaterra.²⁵ En seguida se enviaron órdenes al ministro plenipotenciario de México en Inglaterra, Mariano Michelena. Sin embargo, el ministro inglés en México comentaba sobre este paso como sigue:

*I am affraid, however, that if the Court of Madrid be not very changed from what I knew it, we shall meet insincerity, doubt and delay, and experience great difficulty in obtaining either a candid or a decisive answer. They become less apprehensive here from day to day of any attack from Spain and more capable of resisting it. If they have offered her douceur, it is more from a wish to meet our views than to conciliate their debilitated parent.*²⁶

Casi finalizado el año de 1824, España animada por la Santa Alianza, se había propuesto una serie de objetivos escalonados que iban desde la reconquista de América Latina hasta la simple conservación del comercio. Se habló abiertamente de expediciones en las que tomaría parte para mantener la moral el propio

²⁴ Comunicado de Lionel Hervey a Canning (núm. 33, secreto), México 8 de julio de 1824. Webster, *op. cit.*, vol. I, p. 452.

²⁵ Informe de Lionel Hervey a Canning (núm. 34), México, 9 de julio de 1824. *Ibid.*, vol. I, p. 453-454.

²⁶ Informe de Lionel Hervey a Canning (privado), México, 10 de julio de 1824. *Ibid.*, vol. I, p. 454-455.

infante don Francisco y se compraron fragatas, todo olvidando que España estaba en plena decadencia y en crisis interior.²⁷

Todos los intentos ingleses fueron contestados con negativas sin apelación y ello fue un factor determinante para que Inglaterra hiciera el reconocimiento de la Independencia americana prescindiendo de España.²⁸ La negativa originó también que se formalizaran las bases sobre las que se habría de enfocar la mediación inglesa. El primer punto exigía un reconocimiento formal de la independencia mexicana por España tomando como patrón el reconocimiento que hizo Inglaterra de sus colonias americanas. El segundo estableció que México ofrecería ventajas comerciales en todo lo que fuesen productos de su suelo (minas y agricultura), en los términos que se establecerían a su debido tiempo, sin que estos perjudicasen las patentes concedidas con anterioridad a la fecha en que se ratificasen las condiciones que se discutían. Tercero, que México se encontraba listo para firmar un tratado de comercio por el que consideraba a España entre las naciones más favorecidas, exceptuando las antiguas colonias españolas, a las que ya se había concedido comercio y entrada libres en los puertos con ventajas especiales.²⁹

España no cedía en su pretensión de reconquistar las colonias, y como este proyecto estaba secundado por la conducta de Francia y la política legitimista de la Santa Alianza, no se podía prever las posibilidades de un reconocimiento a no ser que, como dijo Michelena una vez: “la muerte de Fernando VII y de toda su raza” proporcionara una ocasión.³⁰

El primer intento de mediación que hicieron los ingleses no dio ningún resultado y se entendió que todas las condiciones ofrecidas por México quedaban totalmente anuladas para que cuando se reanudara la gestión se hiciera todo de nuevo, de acuerdo con las necesidades del momento en que se discutiera.

²⁷ Carta de Michelena a su ministro en México (núm. 47), Londres, 31 de agosto de 1824. ASREM, I-I-44, primera parte, 37-39.

²⁸ Oficio del ministro de Relaciones de México a Michelena, México, 2 de septiembre de 1824 (núm.20), ASREM, I-I-44, 41-42.

²⁹ Bases establecidas por conducto de Michelena al ministro George Canning sobre las cuales México acepta la mediación de Inglaterra para entenderse con España, Londres, 11 de octubre de 1824. Webster, *op. cit.*, vol. I, p. 458-459.

³⁰ Michelena a su gobierno (Oficio núm.62), Londres, 30 de octubre de 1824. ASREM, I-I-44, primera parte, 51-52.

Un problema que llenó al mundo de dudas complicó las gestiones del reconocimiento que debía llevar al tratado de comercio: el problema de la isla de Cuba. Se presentaban dos posibilidades: si la isla se declaraba independiente su población no tendría el vigor ni los recursos suficientes para defender su libertad y la isla podría ser conquistada por otra potencia más fuerte, o bien se independizaría para unirse a otra potencia. México vio el problema de la isla de Cuba con gran temor. Su situación resultaba clave para cualquier potencia que quisiera no sólo vigilar la navegación en el Caribe sino también vigilar las costas de la República Mexicana. Por estas razones, México consideró que sus títulos sobre la isla eran completamente legítimos y buscó la ayuda de Inglaterra antes de que el problema del futuro cubano se planteara abiertamente.³¹ Pero los Estados Unidos del Norte no compartían la opinión de México: les interesaba que Cuba quedara indefinidamente en manos de los españoles, porque el comercio norteamericano tenía que pasar cerca de la isla, que dominaba no sólo las rutas norteamericanas sino todas las del Golfo. Los puertos estaban abiertos a sus naves, los cañones silenciosos y su posesión asegurada por los muchos celos e intereses de las potencias marítimas de Europa, que no se decidían a plantear el problema de Cuba por las armas (este era el caso de Inglaterra y Francia).

Si la isla pasaba a manos francesas o inglesas, los Estados Unidos tendrían mucha inquietud. Tampoco querían que pasara a manos mexicanas o colombianas porque creían que estos dos países no tenían de momento —y tardarían mucho en tener— los recursos necesarios para su defensa. Aunque los norteamericanos no tenían deseos de poseer la isla, en caso de que alguien tratara de hacerlo que no fuera España, entonces, decía Henry Clay a Poinsett, había que aceptar que “la ley de su posición proclama que debe ser agregada a los Estados Unidos”.³² De todas formas, comentaban como factor decisivo para que Cuba pudiera interesarles la abundancia de ciertos productos que por darse también

³¹Memorándum de José Mariano Michelena a Joseph Planta, subsecretario de Estado en el Departamento de Relaciones Exteriores de Inglaterra, Londres, 4 de marzo de 1825. Webster, *op. cit.*, vol. I, p. 466-468.

³²Henry Clay, secretario de Estado, a J. R. Poinsett, su ministro en México, Washington, 26 de marzo de 1825. Manning, *op. cit.* vol. I, p. 269,

en el suelo de México y Colombia no debían atraer a estos últimos países, mientras que resultarían de gran importancia para la República del Norte.³³

Por esta época se expuso en México, a través del ministro Poinsett, la Doctrina Monroe, que, tratando de evitar la intervención europea en este continente, lo iba a convertir en un monopolio norteamericano. De acuerdo con ella, Estados Unidos tenía un especial interés en que “la intervención y el derecho de España” cesaran por completo y para ello emprendió grandes gestiones diplomáticas que presionarían a la corte española con el fin de que ésta cediera en el problema americano. Entre muchas otras gestiones estuvieron las de Alexander Everett, embajador de Estados Unidos en Madrid, que trató de hacer comprender que era en el propio favor de España que se reclamaba la paz de las repúblicas americanas. En cuanto a la posesión de las islas de Puerto Rico y Cuba, expuso que, debido a su situación, las islas eran de gran interés para Estados Unidos y que, de acuerdo con las causas que ya se habían expuesto a México, era conveniente, para el bien del comercio norteamericano, que quedaran en manos de España. Ahora bien, si la guerra continuaba, tarde o temprano sería inevitable que esas islas formaran parte del teatro de guerra, y en ese caso Estados Unidos no podría contemplar la contienda impasible, ya que el porvenir de las islas estaba ligado al suyo propio. El final de la guerra supondría también el final de las piraterías del Golfo de México y, por tanto, mayor seguridad para el comercio. Había que considerar como otra causa la de que para España, que ya no podría mantener una guerra efectiva sobre el continente americano, sería mucho más político salvar lo que quedaba de su antiguo “Imperio” que perderlo totalmente al tratar de recuperarlo. El ministerio norteamericano no dejaba de reconocer tampoco que la población de las islas se manifestaba en gran parte en contra del dominio español y que había pedido repetidas veces ayuda a los Estados Unidos para proclamar su independencia.³⁴

Un mes más tarde la negociación se intentó en una forma parecida con Rusia, porque el poder del emperador ruso se hacía

³³*Ibid.*

³⁴Henry Clay a Alexander Everett, su representante en España, Washington, 27 de abril de 1825. *Ibid.*, vol. I, p. 281-282.

notar en todos los continentes y encabezaba la Santa Alianza.³⁵ Se insistía también en que si se firmaba la paz, España podría conservar sus posesiones en el Golfo y con el comercio que hiciera en ellas se resarciría en mucho de su pérdida. Gran Bretaña y Francia también tenían interés en las islas, pero Estados Unidos no permanecería inactivo si se efectuasen cambios políticos. El valioso comercio que se desarrollaba en esta zona y la naturaleza de la población que, próxima a Estados Unidos, podía ser motivo para turbar la tranquilidad de Norteamérica, les forzaba a tomar esta posición. El problema de Puerto Rico y Cuba podría llegar en un extremo a amenazar la paz del mundo.³⁶ Siguieron gestiones similares acerca de los gabinetes inglés y francés.³⁷

Puede parecer como si el haber mencionado aquí el problema de Cuba hubiera sido una digresión pero queremos hacer constar al lector que lo hemos hecho porque Cuba fue el punto de partida para todas las expediciones que se organizaron e incluso de todas las que se proyectaron para atacar el continente. Además, durante bastante tiempo hubo discusiones en cuanto a quién tenía más títulos sobre Cuba: México, Colombia o Estados Unidos. México y Colombia se encontraban con el problema de que no tenían recursos para hacer el ataque; por lo tanto, de haber intervenido alguien, lo habría hecho Estados Unidos, que era entonces el único que podía disponer de lo necesario.³⁸

La ansiedad fue aumentada por los rumores de que la flota francesa de la Martinica convoyaba tropas españolas dándoles alojamiento en la isla de Cuba.³⁹ El movimiento de tropas se combinaba con el hecho de que el ministro del gobierno francés, Villèle, había declarado en circunstancias especiales que se trataba de inducir al rey de España para que renunciara al trono de

³⁵ Henry Clay a Henry Middleton, su representante en Rusia, Washington, 10 de mayo de 1825. *Ibid.*, vol. I, p. 283-284.

³⁶ *Ibid.*

³⁷ Henry Clay a Rufus King, su embajador en Londres, Washington, 11 de mayo de 1825. *Ibid.* a James Brown, ministro en Francia, Washington, 13 de mayo de 1825. *Ibid.*, vol. I, p. 291-292.

³⁸ Carta de H. G. Ward, enviado británico en México, a Canning (número 17), México, 9 de julio de 1825. Webster, *op. cit.*, vol. I, p. 472-475.

³⁹ George Canning a H. G. Ward (núm. II), Londres, 9 de septiembre de 1823. *Ibid.*, vol. I, p. 477-479.

México en favor del hermano del rey, Francisco de Paula, con el fin de formar una dinastía de Borbones en el Nuevo Mundo.⁴⁰ Como es de suponer, con estas complicaciones sumadas a los recelos existentes hacia el Norte, México vivía una situación de gran ansiedad.

Para evitar este peligro en Cuba, Canning propuso que se hiciera un tratado tripartito firmado por Estados Unidos, Francia y Gran Bretaña comprometiéndose a no agredir la isla; además, confiaba en que si las tres naciones juntas se acercaban a España llevando la promesa de no agresión, ésta se dispondría a oír sus consejos que de otro modo serían rechazados. Estados Unidos nunca creyó en la necesidad de un tratado para convencer a España de la no intervención de las tres potencias en Cuba, pues sostenía que el tratado se podría sustituir por el sencillo razonamiento de que Estados Unidos no permitiría, a causa de sus intereses, que la isla fuera tomada por Inglaterra o por Francia, así como estas dos últimas potencias tampoco permitirían que lo hiciera Norteamérica.

A pesar de todos estos razonamientos, también había que pensar en la relación que sostenían las dos ramas de los Borbones, y que Francia había dado órdenes a su capitán general de las fuerzas francesas en las Antillas para que ayudara al gobernador de La Habana a sofocar los disturbios interiores, lo que demostraba que el gobierno francés había deliberado sobre la posibilidad de una ocupación eventual de la isla y que, una vez lograda bajo cualquier pretexto sería continuada sin importar con qué motivo.⁴¹

Hubo otros acontecimientos en el exterior de España que parecían indicar que se tendía hacia la paz. El castillo de San Juan de Ulúa había capitulado el 18 de noviembre de 1825, cuando la noticia llegó a La Habana, el gobernador de Cuba se precipitó a despachar un velero rápido que la comunicara a España, acompañándola de una petición para que reconociera la independencia de las nuevas repúblicas americanas, pues decía que

⁴⁰ Carta de George Canning a H. G. Ward (núm. II), Londres, 9 de septiembre de 1825. Carta de H. G. Ward a George Canning (núm. 36, secreta y confidencial), México, 22 de diciembre de 1825. *Ibid.*, vol. 1, p. 477-485.

⁴¹ Henry Clay a Rufus King, embajador norteamericano en Londres, Washington, 17 de octubre de 1825. Manning, *op. cit.*, vol. 1, p. 289-301.

esta sería la única forma en que España llegaría a conservar la isla de Cuba.⁴²

Sin embargo, España nunca pareció haberse hecho eco de las proposiciones de paz que se le hacían, sino que, según constaba en México, fortalecía, pertrechaba y aumentaba los contingentes que tenía en La Habana, utilizando la ayuda que le prestaba Francia. Por eso, cuando el cuerpo diplomático pidió que se restableciera el intercambio con el Nuevo Mundo, su Majestad Católica contestó que primero debía restablecer sus derechos y pidió un mínimo de tiempo para dar por terminada su empresa. Hasta los ingleses insinuaron a México que era necesario que tuvieran las fuerzas necesarias para el caso de tener que afrontar un ataque a sus costas, porque aunque Inglaterra estuviera decidida a intervenir, no lo podía hacer enseguida.⁴³ México no contaba con otro apoyo que el de Inglaterra, pues cada vez crecía más en México la antipatía por Estados Unidos, y cuando Poinsett comentaba, como un síntoma de amistad desinteresada, las gestiones que Washington hacía cerca de Rusia para que se hiciera la paz, se interpretaban en México como una fórmula que se utilizaba para que no se interrumpieran las relaciones comerciales que existían entre Estados Unidos y La Habana.

En cambio, Guadalupe Victoria, que veía a Cuba como la llave de la seguridad mexicana por su posición geográfica, consideraba necesario para la tranquilidad de México que se arrebatara la isla de manos españolas. La antipatía entre los dos países, que tenía los motivos que acabamos de describir, se hizo patente cuando el presidente de México declaró al enviado inglés que no sería posible que Estados Unidos formara una sola familia con los países sudamericanos. El propio H. G. Ward observaba cómo la influencia norteamericana estaba en declive cada vez más en México.⁴⁴

Durante el año de 1827 España continuaba hablando de la necesidad de reconquistar las colonias. Los rumores de la nueva expedición llegaron a Londres. Ocho o nueve mil hombres se

⁴²Henry Clay a Henry Middleton, su ministro en Rusia, Washington, 26 de diciembre de 1825. *Ibid.*, vol. I, p. 308.

⁴³H. G. Ward a George Canning (núm. 32, confidencial), México, 16 de abril de 1826. Webster, *op. cit.*, vol. I, p. 504-507.

⁴⁴H. G. Ward a Canning (núm. 53, secreto y confidencial), México, 29 de mayo de 1826. *Ibid.*, vol. I, p. 508-510.

reunían en las Islas Canarias para equiparse y el mando lo llevaría el general Morales. Sin embargo, España había pedido esta vez a Francia que se abstuviera de intervenir y para ello envió a París al conde de Ofalia.⁴⁵ Estos planes de expedición se combinaban con el convencimiento que tenía el general Vives, gobernador de la isla de Cuba, de que en México había un fuerte partido realista con recursos que se levantaría en favor del movimiento. Otros generales complicados en la expedición fueron Lóriga, Cruz y Miranda. No hay que olvidar la influencia del obispo Pérez de Puebla, que conspiraba a través de una correspondencia muy nutrida, sostenida con el ministro español Calomarde.⁴⁶

En agosto de 1827, el ministro inglés George Canning había muerto y con él América había perdido a uno de sus mejores abogados en Europa. Su muerte produjo también el despertar de los apostólicos, que habían estado sumidos en un largo letargo.⁴⁷ Cuando finalizó este año, de todos los rumores que habían corrido no surgió nada en concreto, nada había cristalizado, incluso se llegó a decir que en Londres se había firmado un tratado con España por el que ésta había reconocido la independencia americana. También llegaron durante este año los españoles expulsados de México que se concentraron en Burdeos, donde fueron elementos perjudiciales para la popularidad del gobierno que los había expulsado, pues, en general, excepto en los círculos liberales que comprendieron la medida, Europa vio este paso con muy poca simpatía.⁴⁸

Al faltar Canning se le sustituyó en el gabinete por Lord Aberdeen y la situación cambió muy rápidamente. El rey de España firmó una convención con Inglaterra por la que se reconocían unas reclamaciones de súbditos ingleses contra el gobierno español; a la vez también se reconocieron las que habían

⁴⁵Thomas Murphy, enviado mexicano en Londres a su gobierno, Londres, 18 de abril de 1827. ASREM, 5-8-8107, oficio reservado núm. 1.

⁴⁶Oficio muy reservado núm. 37, de Thomas Murphy a su gobierno, París, 7 de junio de 1827. ASREM, 5-8-8107. Notas de Thomas Murphy a Sebastián Camacho, embajador de México en Londres, París, 9 de junio de 1827. ASREM, 5-8-8107, 21-22.

⁴⁷De Vicente Rocafuerte a su ministro, oficio reservado núm. 2., Londres, 18 de agosto de 1827. ASREM, 5-8-8017, 23.

⁴⁸Oficio de Thomas Murphy a su ministro en México, París, 31 de octubre de 1827, ASREM, 5-8-8107, 31-33. Vicente Rocafuerte, embajador mexicano en Londres a su ministro, oficio núm. 62, Londres, 18 de diciembre de 1827. ASREM, 5-8-8107, 28.

hecho los súbditos españoles; lo que llevó al público a hacer comparaciones entre España y México, con la diferencia de que España era la que pagaba a los ingleses, cuyas simpatías por la Península crecieron.⁴⁹

Poco a poco, España empezó a mejorar su situación interna y en el año de 1829 la mejoría de la producción rural, industrial y comercial hacía sentir sus influjos a la vez que parecían calmarse los efectos del gobierno despótico.

Fernando, Calomarde, los jesuitas y la mortífera falange de frailes y curas se empeñan inútilmente en impedir los progresos de la civilización, sus rayos de luz penetran insensiblemente en las academias, escuelas, sociedades patrióticas y van introduciendo mejoras en caminos, posadas, aseo del pueblo, cultivo de tierras, industria fabril, y en todos los ramos que son independientes de discusiones políticas.

En dos años la agricultura había progresado mucho y España estaba en condiciones de exportar cargamentos de trigo a Inglaterra. De no haber sido por este avance económico de la Península habría sido imposible el saldo de las deudas de que ya hemos hablado.⁵⁰

El problema de las colonias continuaba en la misma situación. La muerte de Canning fue una gran desilusión para América pues Aberdeen daba largas a todo y los asuntos parecían eternizarse. A medida que pasaba el tiempo no sólo Inglaterra sino también Francia y todos los demás países europeos, iban perdiendo sensibilidad en el problema americano. El motivo real era que todos buscaban ventajas mercantiles y no conquistas ni adquisiciones de territorios; pero tampoco parecía que nadie estuviera dispuesto a ayudar a España para que reconquistara a América.⁵¹

Mientras tanto en España Fernando había declarado a Cádiz como puerto franco, y la ciudad agradecida a su rey, prometió el envío de un contingente de ocho mil hombres para que se unie-

⁴⁹Rocafuerte a su ministro, Londres, 20 de noviembre de 1828. ASREM, 5-8-8107, 54-55.

⁵⁰*Ibid.*, Londres, 22 de enero de 1829. ASREM, 5-2-7712,4-5.

⁵¹Oficio del ministro de Estado de México al encargado de negocios en Inglaterra y al secretario de la agencia general del comercio en París (núm. 5), 30 de enero de 1829. ASREM, 5-2-7712, 3.

ran a la expedición que tenía que salir hacia México. La declaración del puerto de Cádiz como puerto franco fue interpretada por algunos como un paso hacia el reconocimiento, pero todavía faltaban algunos años para que se diera el paso definitivo.⁵² Nada sucedió durante el resto del año que sea digno de mención para nosotros: más rumores, más expediciones que amenazaban no sólo las costas de México, sino las de todo el continente, nuevos contingentes de tropa que llegaron a Cuba y allí quedaron sufriendo y mermándose a causa de las fiebres.

Cuando en 1830 se hicieron averiguaciones para saber en qué estado se encontraban las gestiones de mediación inglesa, resultó que Lord Palmerston sólo pudo asegurar que Inglaterra no permitiría ninguna tentativa en contra de México. Esta versión se dio a un miembro del Parlamento, pero cuando el ministro de Colombia en Londres buscó la misma contestación, se encontró con que no le aseguraba más que Inglaterra se estaba ocupando del asunto.⁵³

Esta no intervención había favorecido el refuerzo de los ejércitos de Cuba. España había permitido el comercio extranjero, con lo que las aduanas produjeron fondos que permitieron pagar no sólo soldados, sino espías y marinos que a veces llegaban a amenazar las costas de Colombia. Una de las expediciones, la del general Barradas, había llegado a desembarcar en las costas de México en 1828. México se había debilitado desde esa época, se habían desarmado los barcos, se habían producido disensiones internas que embarazaron las finanzas; además, había estado obligado a mantener un ejército en pie de guerra. Todo esto resultó de la protección de Cuba, en la que Inglaterra tuvo gran responsabilidad ya que con ella salvaba sus intereses comerciales, industriales, navieros, mineros, financieros, etc. Si se hubiera podido conseguir que España hiciera una paz de hecho, no habría habido motivo para que se dejara de hacer un tratado de paz o una tregua tan larga que viniera a ser lo mismo. Era necesario que se pusiera en valor el tiempo que pasaba.⁵⁴

⁵²Vicente Rocafuerte a su ministro, Londres, 24 de marzo de 1829. ASREM, 5-2-7712, 10-11. Carta de Rocafuerte a su ministro (núm. 30), Londres, ASREM, 5-2-7712, 7-8.

⁵³Carta de Manuel Gorostiza, ministro mexicano en Londres a su gobierno, Londres, 20 de febrero de 1830. ASREM, 5-2-7712, 30-32.

⁵⁴Carta de Gorostiza a Sir Robert Wilson para que la comunique al ministro Peel en su nombre, Londres, 27 de febrero de 1830. ASREM, 5-2-7712, 52-61, anexa al folio 51.

Sin embargo, el gobierno español continuaba en su terquedad de no abrir las relaciones con los países americanos y tampoco era fácil para Inglaterra encontrar un modo de forzarla. Por primera vez se pensó, dado que España en los últimos años evolucionaba hacia el liberalismo, que ese liberalismo llegaría a hacer cambiar el concepto que se tenía de los problemas americanos.⁵⁵ Ni los ingleses ni los mexicanos se dieron cuenta de que para que el liberalismo español pudiera permitir este cambio tan radical se hacía necesario un cambio de dinastía.

El representante mexicano en Londres que ya había aprendido a mover los resortes de la política inglesa, comprendió que en un momento decisivo como el que se estaba viviendo hacía falta producir un ataque a la política del gobierno en el Parlamento. Mister Huskinson iba a presentar una petición en nombre del comercio de Liverpool, Glasgow, Leeds, etc., solicitando en favor del tráfico inglés que se impidiera a España continuar las hostilidades contra México. Esta gestión fue precedida por dos artículos en el *Times*. Como los ministros ingleses, por su debilidad parlamentaria, dependían de la ayuda que quisieran dar los liberales, la gestión originaría, cuando menos, que los ministros tuvieran que oír los consejos y las consideraciones de los diputados más despreocupados.⁵⁶

Contestando a estos hechos, el mes siguiente zarpó de España un navío de guerra escoltando seis transportes que conducían al regimiento de Nápoles y un cuadro de reclutas destinados a los diferentes cuerpos de La Habana. Mil quinientos treinta hombres que habían sido sacados del fijo y presidio de Ceuta fueron encadenados y llevados a Cádiz donde quedaron a bordo de los transportes.⁵⁷

Vistas las dificultades del momento y como no se hacía más que asegurar a México que Inglaterra se ocupaba del problema, el ministro mexicano tomó la posición de no impacientarse; trató de que se garantizara que no se harían ataques a México. El reconocimiento vendría con el tiempo, pues México no tenía

⁵⁵ Oficio núm. 9 de Manuel Gorostiza a su gobierno, Londres, 17 de marzo de 1830. ASREM., 5-2-7712, 63-76.

⁵⁶ Oficio reservado núm. 11, Gorostiza a su gobierno, Londres, 22 de abril de 1830. ASREM, 5-2-7712, 87-88.

⁵⁷ Oficio núm. 32, Gorostiza a su ministro, Londres, 22 de abril de 1830. ASREM. 5-2-7712, 91.

terés especial en establecer relaciones con España ni tampoco prisa en abrir sus puertos al comercio. Pero de todas maneras el 20 de mayo de 1830 Huskinson intervendría en la Cámara para hacer reclamaciones sobre el problema de México y pediría que se explicara la conducta de Inglaterra y la actitud que se pensaba mantener en el futuro. El diputado Butler iba a intervenir en nombre de Glasgow, y otro en nombre de Manchester. Con estas intervenciones nadie dudaba de que el partido liberal se pondría al lado de los americanos.⁵⁸

Por fin, Inglaterra reconoció que no podría hacer nada para garantizar la paz entre España y las repúblicas latinoamericanas. Analizando la situación con cautela los obstáculos que se presentaban para que Inglaterra tomara una parte activa en esta querrela no eran otros que las personas que estaban en el poder. Lord Wellington, por un lado (duque de Ciudad Rodrigo, capitán general de los Ejércitos españoles, Grande de España de primera clase, propietario del Soto de Roma y corresponsal de Fernando VII, a quien modestamente creía haber colocado en el trono de España), tenía que ser necesariamente parcial en favor de la Península y contrario a México. Lord Aberdeen desde el Congreso de Chatillon había sido un admirador de la política de Metternich, que le inclinaba forzosamente a la causa de una monarquía y no a la de una República, como lo era México. En último lugar, se encontraba con que un gobierno tan

vano, tan atrasado, en las ciencias económicas, como lo es el español, tiene que resistirse, hasta no poder más, a una transacción que él considera atentatoria a sus supuestos derechos, a su fama póstuma y a sus monopolios. Así en cualquier otro país que no fuera la Inglaterra y en cualquier otro momento que no fuera el actual, de una negociación semejante y con tales elementos de negociar, poco o nada habría que prometerse.⁵⁹

En septiembre de 1830 se abrió en España la lucha entre los liberales y los absolutistas. No solamente hacía imposible que

⁵⁸Oficio reservado núm. 15 del secretario de Estado a su ministro en Londres, Palacio Nacional, México, 6 de mayo de 1830. ASREM, 5-2-7712, 50-55. Oficio reservado núm. 13, Gorostiza a su gobierno, Londres, 20 de mayo de 1830. ASREM, 5-2-7712, 97-98.

⁵⁹Oficio reservado núm. 15 de Gorostiza a su ministro, Londres, 22 de julio de 1830. ASREM, 5-2-7712, 111-113.

España atacara a los países americanos, sino que, además, dejaba entrever la esperanza de que si los liberales triunfaban se solucionaría el problema americano. En México se comenzó a pensar en qué forma se haría el reconocimiento con todas sus gestiones necesarias. Se nombró un ministro plenipotenciario que buscaría antes el apoyo de Francia y de los demás países europeos. Se harían tratados de comercio por no más de diez años. Pero estas gestiones fueron prematuras; había que dejar pasar más tiempo.⁶⁰

Cuando al final de 1830 tomó posesión como primer ministro Lord Palmerston, caracterizado por su política liberal, se concibieron nuevas esperanzas, que se complicaron por la situación internacional europea, la que no permitió que su atención se fijara en el problema americano. La segunda intentona de mediación volvió a fracasar.⁶¹

En esta situación de desesperación, cuando nuestro problema estaba dentro del mayor estancamiento, se recibió en México una carta de un comerciante, Juan Bautista Íñigo, pidiendo que se enviara inmediatamente un plenipotenciario que solicitara y tratara el reconocimiento de la independencia mexicana. Después de hacer esta recomendación, Íñigo entraba a explicar que no se podía decir que el gobierno del Rey se haya franqueado a descubrir su opinión sobre esta materia, pero que hay probabilidades de que pudiese adoptar esta sabia medida al oír la voz viva de los mexicanos, sobre cuyos datos y principios se han dirigido mis investigaciones y he hallado que podíamos llegar a un fin tan importante y que sellase para siempre la felicidad de nuestro hermoso México.

Poco más adelante se explicaba que las conversaciones habían sido tenidas verbalmente, durante veintinueve días consecutivos con el rey y su ministro de Hacienda y que ambos habían quedado en la mejor disposición para tratar con México. Entre palabras confesaba Íñigo que la transacción era muy fácil, a base de que México aligerase la deuda y otorgase gracia de derechos en el recíproco comercio, iguales a los que debían pagar las demás potencias.⁶² Esta carta resultaba muy rara, pues lo lógico era que en vez de hacerse estas propuestas a un comerciante, se hubie-

⁶⁰ Oficio reservado núm. 35, del Secretario de Estado a Gorostiza, México, 30 de noviembre de 1830. ASREM, 5-2-7712, 116-121.

⁶¹ Oficio reservado núm. 20, de Gorostiza a su ministro, Londres, 20 de diciembre de 1830. ASREM, 5-2-7712, 121-124.

ran hecho directamente al embajador de México en Londres o en París.

Durante el mismo año otra especie corrió en México; se dijo que en La Habana se habían recibido órdenes de suspender todas las hostilidades y que, además, se recibirían en los puertos de la isla todas las embarcaciones pertenecientes a los países latinoamericanos.

Cuando los rumores sobre la carta de Íñigo llegaron a Gorostiza, éste explicó cómo Íñigo hizo correr en Francia que era portador de pliegos en los que el gobierno español ofrecía reconocer la independencia de México con tal de que éste se encargara de pagar una parte de los empréstitos de las Cortes, y que España proponía se nombraran cinco representantes para que en Madrid discutieran el asunto. Íñigo no quería entregar los pliegos a ningún representante de México porque no los creía suficientemente autorizados para la gestión; en cambio, sin embarazo alguno comunicaba verbalmente el contenido a cuantas personas quisieran oírlo. Se explicó que toda esta historia no era más que un ardid de bolsa preparado por Íñigo, quizá con el tácito consentimiento del gobierno de España, para intentar sostener la última operación financiera, cosa que no dio resultado ni en París ni en Londres, ni en Amsterdam, y salvar así los bonos de las Cortes.⁶³ No resultó el ardid de Íñigo, pues cuando hizo ver que se necesitaba entregar dinero a España, la gestión quedó concluida. Las esperanzas concebidas por la llegada al poder de Lord Palmerston también se desvanecieron. La difícil situación europea enredaba a Inglaterra en una madeja de problemas formidables y no se aventuraba a disgustar a España, cuya cooperación esperaba tener en caso de que los asuntos europeos así lo requiriesen el día menos pensado. A pesar de los esfuerzos que hizo el ministro Gorostiza para convencer a Palmerston de que era mucho más conveniente solucionar el problema de España antes que el europeo, no pudo conseguirlo. Cada vez que el ministro británico encontraba a Gorostiza se hacía más el desentendido del problema americano, que entró de nuevo en un compás de espera.⁶⁴

⁶² Carta de Juan Bautista Íñigo a Pedro José Echevarría, residente en Veracruz, Madrid, 20 de marzo de 1831, (reservado). ASREM, 1-4-855, 6-3, 16.

⁶³ Oficio núm. 44, de Gorostiza a su ministro, Londres, 21 de abril de 1831 y su contestación ministerial, ASREM, 5-2-7712, 154-156.

La intranquilidad continuó. Se habló de que el general Vives iba a ser relevado en su puesto de gobernador de Cuba por el general Morillo, que iba acompañado por comisionados que tratarían del reconocimiento de la independencia. Otros decían que Rusia y España habían hecho nuevos pactos para atacar a América, pero tampoco hubo base para esta sospecha.⁶⁵

El año de 1832, aunque Inglaterra no continuó inactiva en el asunto de la mediación y Gorostiza llegó al máximo de su desesperanza, España de *motu proprio*, empezó a presentar síntomas de acercamiento. Al finalizar el mes de diciembre de 1831, llegó a Londres el general Cruz, que visitó sólo a sus amigos particulares y alguna que otra vez al ministro de España en Londres. Contemporáneamente, se recibieron noticias de que el conde de Puño en Rostro, Grande de España y amigo personal de Fernando VII, se encontraba en París, aparentemente para reanudar el negocio del reconocimiento de los bonos de las Cortes, lo que resultaba increíble, por la mala reputación del conde como financiero. Pero las suposiciones cesaron cuando el conde compareció en Londres y pidió una audiencia al ministro Gorostiza. Según explicó el conde, había nacido en Quito, y aunque siempre vivió en España, él se consideraba americano. Debido a su mala situación económica quería consultar a Gorostiza sobre la forma en que podría cobrar unas rentas que tenía en Quito, cosa que no hubiera podido lograr desde Madrid.

Pero mucho más pintoresca resultaba la segunda parte de la conversación. Al explicar el objeto de su viaje al rey Fernando VII, éste parece que le dijo: “Haces muy bien en transigir con los insurgentes y ojalá yo pudiera hacer lo mismo”. Puño en Rostro hizo constar que los gobiernos americanos estaban dispuestos a arreglar la situación. Ante tal afirmación, el rey dijo que nadie le había hablado de que tal cosa fuera posible y menos de que fuera conveniente o necesario el hacer el reconocimiento de los nuevos Estados. Puño en Rostro se ofreció para hacer patente la buena disposición del monarca ante los agentes americanos y averiguar las condiciones a que accederían para obtener

⁶⁴ Oficio reservado núm. 8 de Gorostiza a su gobierno, Londres, 18 de agosto de 1831. ASREM, 5-2-7713, 192-195.

⁶⁵ Nota a Gorostiza del Foreign Office, 21 de noviembre de 1831, y nota confidencial de Palmerston a Gorostiza, 26 de diciembre de 1831. ASREM, 5-2-7712, 203, e *ibid.*, segunda parte, 3.

el reconocimiento de su independencia. (Parece que cuando los ministros tomaban posesión de su cargo en España se les hacía jurar que nunca le hablarían al rey del problema americano; esto explicaría que nadie supiera de las gestiones de mediación llevadas a cabo por Inglaterra).

Cuando Gorostiza expuso las condiciones absolutas en que los americanos querían que se hiciera el reconocimiento, Puño en Rostro hizo ver cómo España necesitaba algunas ventajas que pudieran justificar el paso que se daba. Gorostiza alegó que América no estaría dispuesta a comprar su independencia y Puño en Rostro que España no vendería sus derechos, que se calculaban en mil millones, y que si el rey iba a renunciar a ellos era sólo por obtener un resultado más noble e importante, que pareció ser el establecimiento de una monarquía constitucional encabezada por el infante don Carlos y sus descendientes.⁶⁶ Puño en Rostro no volvió a visitar a Gorostiza hasta que se despidió para irse a España, ofreciendo hacer todo lo posible para ver si Fernando reconocía las repúblicas americanas, operación que juzgaba muy difícil, pero no imposible, si los encargados de ella sabían manejarla. Gorostiza, que no tenía mucha confianza en el conde, temió que todavía complicara más los asuntos y no aprovechó de momento sus ofrecimientos.⁶⁷

Se hicieron indagaciones para poder valorar la veracidad de las gestiones de Puño en Rostro. Todas las personas que tenían conocimiento de la Corte de España y que tenían en ella influencia coincidieron en que el rey jamás había encargado ningún asunto americano a Puño en Rostro. Era necesario también tener en cuenta el carácter de Fernando VII y, conociéndolo, no era posible creer que un cortesano se atreviera a dar tales pasos sin el debido consentimiento, y mucho menos posible resultaba que después de dados los pasos se aventurara a ir de nuevo a la Corte. Esto podía dar base a los rumores, que según el embajador inglés en Madrid se habían hecho correr, de que, efectivamente, Puño en Rostro tenía permiso y encargo para emprender las gestiones que emprendió.⁶⁸

⁶⁶ Oficio reservado núm. 1, de Gorostiza a su ministro en México, Londres, 19 de enero de 1832. ASREM, 5-2-7712, segunda parte, 24-26.

⁶⁷ Oficio de Gorostiza al ministro, Londres, sin día, febrero de 1832. ASREM, 5-2-7712, segunda parte, 24-26.

Poco después de la visita de Puño en Rostro, Fernando VII estuvo muy enfermo y se temió por su vida. Se empezó a creer en la posibilidad de un cambio político en el sistema de gobierno. Hubo un amago de revolución a cuyo frente se puso la reina, según los periódicos, pero no fue más allá de un cambio de hombres sin afectar en nada el estado de cosas. La reina Cristina aprovechó el momento en que se restablecía su esposo para obtener la regencia, alejando de palacio a algunas personas del partido apostólico que ella creía contrarias a los intereses de su hija Isabel. Era lógico que tratara de obtener alguna fuerza, siendo indulgente con los liberales que habían sido cruelmente perseguidos. Estos cambios, más la entrada de algunos hombres que habían sido empleados bajo el régimen constitucional, dieron base para que la gente creyera en un verdadero cambio de política. La influencia de la reina empezó a disminuir a medida que el rey iba mejorando de salud, y la perdió totalmente cuando se entabló la lucha entre sus partidarios y el ministro Zea Bermúdez, que triunfó en el mes de abril.

Después de esta reacción, España continuó en su estado absolutista de costumbre. Las ideas liberales que muchos creyeron desarrollarse se desvanecieron de nuevo. La opinión pública en cuanto al problema americano se encontró nuevamente influida por los antiguos emigrados de México. Todos ellos concebían a América como el único lugar donde podrían volver a tener sus propiedades, sus latifundios, sus obispados, etc. Los hacendados y labradores de España no se ocupaban en absoluto del problema; pero, en cambio, consideraban que las Indias, su propiedad inalienable, tenían que volver infaliblemente a sus manos y esperaban pacientemente que otros llevaran a cabo el milagro. Si se llegara al reconocimiento, acusarían al ministro de traidor, por privarles de una cosa muy productiva. Los marinos eran de la misma opinión, pero, en cambio, los fabricantes eran los únicos que aceptarían un arreglo, pues no les importaba más que poder organizar el tráfico sin tener en cuenta la forma en que se hiciera. España tenía una gran masa de resistencia que se enfrentaba al gobierno que tratara de arreglar el problema americano, y Fernando no era, ni con mucho, la persona adecuada para oponérsele.⁶⁹

⁶⁹ Oficio reservado núm. 6, de Gorostiza a su Gobierno, Londres, 24 de marzo de 1832. ASREM, 5-2-7712, segunda parte, 35-36.

No hay duda de que la opinión pública iba evolucionando muy despacio. Pero dentro de unos años se iba a hacer el reconocimiento de la independencia americana, porque ya se habría llegado en esta evolución a la formación de una nueva atmósfera. Continuaron los rumores tanto en París como en Londres, según los cuales unas veces se intentaba reconocer la independencia latinoamericana, exceptuando la de México, mientras que otros decían que sólo se reconocería a México, siempre y cuando se hiciese cargo de una parte de la deuda que había contraído antes de independizarse.⁷⁰

A fines del año de 1833, murió el rey Fernando VII de España y los sucesos que por esta causa se promovieron intensificaron los rumores, las visitas y las conversaciones sobre el reconocimiento de la independencia americana. Aquellos rumores que hablaban de la mejor disposición del gobierno español para reconocer la independencia americana se intensificaron muy especialmente con la llegada a Londres del ministro español, el conde de Floridablanca. La embajada mexicana en Londres hizo saber que su país nunca tendría inconveniente en tratar y llegar a un acuerdo mientras se considerara lo dispuesto por la ley del 11 de mayo de 1826, o sea que el reconocimiento fuera incondicional. El coronel Robinson visitó a Máximo Garro, ministro mexicano en Londres, para anunciar el deseo que tenía Floridablanca de visitarlo a fin de exponerle personalmente la necesidad del arreglo. El día 1º de mayo de 1834 se reunieron Garro y Floridablanca en casa del coronel Robinson.

El ministro español propuso a Garro, no sólo por idealismo, sino también por utilidad, ya que a España le hacía falta el comercio de América y a México el reconocimiento, que México nombrara representantes, pues él tenía orden de extenderles los pasaportes para que emprendiesen el viaje a España y discutieran el asunto. Al principio la discusión sería reservada y, si veían que se pudiese llegar a alguna conclusión, entonces exhibirían los poderes y se haría un trato. No sin sorpresa, Garro quedó en comunicarlo a su gobierno. Garro salió convencido de que Floridablanca iba de buena fe. Sin embargo, creía que se había propa-

⁶⁹ Oficio reservado núm. 2, del enviado mexicano en Londres a su gobierno, Londres, 17 de mayo de 1833. ASREM, 5-2-7712, segunda parte, 52-59.

⁷⁰ Oficios reservados núm. 7 y 8, a Garro de su gobierno, Londres, 17 de diciembre de 1833. ASREM, 5-2-7712, segunda parte, 68-73.

sado en las instrucciones que tenía al casi asegurar que no habría ninguna dificultad con el gobierno español. La Península iba cambiando su opinión favorecido cada vez más el reconocimiento desde que se había producido la desaparición de Fernando VII y su gobierno. Uno de los diputados exiliados en 1823 había vuelto a Cádiz y afirmaba que el deseo de reconocer la independencia americana existía, pero que era difícil que los españoles tomaran la iniciativa para hacer la proposición.⁷¹ El embajador mexicano en París, quince días más tarde, también aconsejaba a su gobierno que se enviaran representantes para que estuvieran preparados en caso de que se tuvieran que hacer gestiones con España.⁷²

Mientras tanto, en todas las reuniones de buena sociedad londinense y en todas las reuniones en casa de los ministros británicos, Garro encontraba a Floridablanca, cuya conducta no dejaba lugar a dudas de que muy pronto se iba a hacer el reconocimiento. Sin embargo, el conde nunca se refirió a la conversación que habían sostenido. Unos meses después, el 20 de agosto, se publicó una carta en un periódico de Madrid en la que se decía que Martínez de la Rosa estaba preparando un proyecto de reconocimiento de los nuevos Estados de América y que se iba a presentar ante las Cortes. El duque de Rivas, don Ángel Saavedra, liberal emigrado y miembro de las Cortes de 1822 y 1823, aprovechó la ocasión para hablar de la urgencia del reconocimiento; la contestación que obtuvo del ministro Martínez de la Rosa fue que el gobierno ya se estaba ocupando y que creía que era demasiado pronto para que la noticia trascendiera al público. El corresponsal de Garro en Madrid atribuía el que no se hablara del asunto de América ni en el discurso del trono ni en las contestaciones a que “no es decoroso que el gobierno vaya a ellos [los americanos], sino que ellos vengan al gobierno”.⁷³

El primer sudamericano que pasó una nota al gobierno español con motivo de estas negociaciones fue el representante de Venezuela. Le contestaron que el gobierno español no ex-

⁷¹ Oficio reservado núm. 8, de Garro a su gobierno, Londres, 15 de mayo de 1834. AS-REM, 5-2-7712, segunda parte, 95-102.

⁷² Carta de Lorenzo Zavala a su gobierno, París, 30 de mayo de 1834. ASREM, 1-3-621, 33-34.

⁷³ Oficio reservado núm. 14, de Garro a su gobierno, Londres, 21 de agosto de 1834. ASREM, 5-2-7712, segunda parte, 115-117.

cluiría *ninguna* base en la negociación, lo que significaba un reconocimiento tácito. Pero había en la misma carta de contestación, un párrafo que ofreció algunas dudas. Los españoles decían que su gabinete se manifestaba dispuesto a entrar en una negociación definitiva “sin recriminaciones por lo pasado, sin exigencias exorbitantes para lo presente, sin miras solapadas para lo porvenir” y Garro comentaba que las exigencias que no parecían exorbitantes a la regente seguramente lo serían a los ojos de los americanos.⁷⁴

Estas notas eran ya el principio del fin del delicadísimo y largo problema del reconocimiento de la independencia americana.

España continuó evolucionando. No sólo la situación política era difícil, sino que tampoco desde el punto de vista económico y financiero se podía estar peor. Los préstamos de las Cortes fueron desconocidos por Fernando VII y, reclamados por los acreedores, los tenedores de bonos del préstamo real de Fernando VII tenían en su contra a los liberales que negaban el derecho de hacer préstamos o de empezar contribuciones si no lo hacían ante la representación popular. Las consecuencias recaían sobre innumerables familias inglesas, francesas, alemanes y españolas, y el tema de discusión en todas partes era la situación en que quedaría España después de todo lo que estaba pasando. No parecía sino que la única solución fuera la incautación de los bienes de manos muertas.⁷⁵

Todo esto hizo que cuando se buscara una solución para la deuda extranjera española, el conde de Toreno tuviera que decir que no había que pensar en que América pagase absolutamente nada. Fue la primera vez, en esta sesión de Cortes del 30 de septiembre de 1834, en que un funcionario español reconoció que no había esperanza de que América comprara su reconocimiento.⁷⁶

Ya se había enzarzado la lucha entre liberales y conservadores en España, y si triunfaban los liberales el problema quedaría resuelto. Para el mes de enero de 1835, el propio duque de Frías

⁷⁴ Oficio reservado núm. 15, de Máximo Garro a su gobierno, Londres, 14 septiembre de 1834, con tres anexos. ASREM, 5-2-7712, segunda parte, 118-127.

⁷⁵ Carta de Lorenzo de Zavala, representante de México en Francia, a su gobierno, París, 17 de septiembre de 1834. ASREM. 1-3-621, 42-45.

⁷⁶ Oficio reservado núm. 16, de Garro a su gobierno, Londres, 15 de octubre de 1834. ASREM, 5-2-6712, 129-130.

de quien ya hemos hablado, tenía autorización para acercarse al delegado mexicano en Francia y decirle que España estaba dispuesta a tratar del restablecimiento del comercio con las ex-colonias.⁷⁷ La misma noticia llegó a Londres por vía de un literato inglés que comentaba que en España esta cuestión “internacional viene discutida en el día con mucho anhelo, en todas las tertulias de la Corte, y también en las de fuera”.⁷⁸

Toda la gestión se facilitó muchísimo cuando España envió a su embajada de Londres a un íntimo amigo de Garro, el general Miguel Ricardo de Álava, que expresó en una comida, cómo Isabel II y su gobierno querían acabar con el problema americano y que para ello le había dado instrucciones. Hizo ver que si América no quería conceder ninguna ventaja a España, en consideración a lo mucho que había perdido, no por esto tenían que quedar perpetuamente en la situación en que se hallaban, que eran tan perjudicial para todos. Era necesario ponerle un término y que se enviaran agentes con poderes para tratar.⁷⁹

El gobierno de México ya sin ninguna duda sobre la buena disposición del gobierno de Isabel II, envió credenciales e instrucciones a Miguel Santa María para que fuera a España y tratara de la posibilidad no sólo del reconocimiento, sino también de un tratado de comercio que hiciera cesar la situación en que estaban desde el año de 1821. “Que se unan ambos pueblos que por tantos títulos deben mirarse como hermanos”, decía el ministro de Estado de México al comunicarse por primera vez con el de España.⁸⁰

En las instrucciones secretas que el gobierno de México envió a Santa María se le indicaba que España gozaría de ventajas comerciales en los aranceles de las aduanas marítimas, se reducirían los derechos de importación en los frutos peculiares

⁷⁷ Oficio de Lorenzo de Zavala a su gobierno, París, 2 de enero de 1835. ASREM, 1-3-621, 1-2.

⁷⁸ M. G. Staines a Máximo Garro en Londres, Madrid, 13 de diciembre de 1834. ASREM, 5-2-7712, segunda parte, 139-140.

⁷⁹ Oficio reservado núm. 3, de Máximo Garro a su gobierno. Londres, 15 de febrero de 1835. ASREM, 1-18-31, 24-27.

⁸⁰ Carta poder a nombre de Miguel Santa María, nombrándolo plenipotenciario de México en España, México, 3 de marzo de 1835. ASREM, 1-18-31, 39. Nota del Ministro de Economía de México al de España, México, 5 de marzo de 1835. *Ibid.*, 31-32.

de la Península y en todos aquellos efectos que se pudieran permitir sin perjuicio de los tratados existentes con otras naciones, que les impedían conceder preferencias. Por ello las ventajas se harían verbalmente y constarían nada más en el tratado secreto para evitar que la República se viera en compromiso con otras naciones.⁸¹ En instrucciones abiertas se le recomendaba que una vez aceptada su misión se presentara con carácter público de ministro plenipotenciario y enviado extraordinario de México. El reconocimiento de la independencia sería la base del tratado, sin ninguna restricción ni obligación e inmediatamente después se procedería a la elaboración de un tratado de comercio recíproco en términos de naciones más favorecidas.⁸²

En 29 de septiembre de 1835, Santa María ya había llegado a Madrid y había notado grandes cambios en el ambiente español. Uno de los periódicos comentaba la situación (en plena guerra carlista) diciendo:

Más valdría haber abierto sin tardanza... la lucrativa carrera de América, y cerrar la Península a las naciones de Europa que no han reconocido a la reina. En esta parte es tanto más susceptible de crítica la conducta del ministerio cuanto que la tardanza en abrir nuestras comunicaciones con las repúblicas americanas, no sacará más que el triste desengaño de haber perdido un tiempo precioso para renovar nuestras antiguas relaciones ultramarinas; los estamentos, al reunirse habrían aprobado por aclamación el que se abriesen nuestros puertos a las banderas americanas, y este acto generoso propiamente español habría facilitado más nuestras negociaciones con sus gobiernos que todas las reticencias de nuestro ministerio.⁸³

El delegado español fue José María Calatrava, ministro de Estado y presidente del Consejo de Ministros. Cuando Calatrava fue nombrado ya se habían tenido discusiones previas y probablemente se había tratado ya la forma y los conceptos que habían

⁸¹Instrucciones adicionales reservadas a Santa María, México, 5 de marzo de 1835. AS-REM, 1-18-31, 33.

⁸²Instrucciones enviadas a Santa María para su misión en España, México, 26 de marzo de 1835. ASREM, 1-18-31, 35-40.

⁸³Recorte de periódico de Madrid, sin fecha, perteneciente al año 1835. ASREM, 5-2-7712, segunda parte, 153.

de ser puntualizados antes del reconocimiento, pues su nombramiento fue hecho en el mes de diciembre de 1836.⁸⁴ Santa María fue recibido por la reina regente y también las misiones que entendió. El tratado de paz y amistad entre España y México fue firmado el día 27 de diciembre de 1836, y ello mostró cómo la voz de Santa María se había hecho escuchar y atender en la Corte.⁸⁵

Este tratado tan ansiado en los últimos años de espera y de negociaciones estuvo de acuerdo con la ley mexicana de 11 de mayo de 1826. Su primer artículo⁸⁶ asentaba que “Su Majestad Católica la Reina Gobernadora de las Españas, a nombre de su Augusta Hija Doña Isabel II, reconoce como Nación Libre, Soberana e Independiente la República Mexicana, compuesta de los Estados y Países especificados en su ley Constitucional...” Se decía también que habría olvido completo acompañado de amnistía total y completa para todos los mexicanos y españoles.⁸⁷

Un año más tarde, en diciembre de 1837, llegó este tratado a México y cuando fue presentado al Congreso para su ratificación se comentó que en el tratado se observaba una sencillez y claridad poco común en estos documentos que emanaban más bien del anhelo que se tenía de buscar la identidad de cualidades que unían a los hombres, que de los intereses y negociaciones mercantiles.⁸⁸

También se incluía, en los artículos secretos que acompañaban al tratado de paz y amistad, que ambos países procurarían defender los intereses del otro en sus territorios y posesiones, de tal manera que si se intentara algún atentado, se evitaría.⁸⁹

Al día siguiente de haber firmado estos tratado, se puso en ejecución el artículo IV, que disponía que a la mayor brevedad se elaboraría el tratado de comercio. Ambos países coincidieron en dar facilidades especiales con el fin de poderse resarcir de los

⁸⁴ Plenipotencia de la reina a José María Calatrava, Madrid, 1^o de octubre de 1836. AS-REM, 7-17-3, 18

⁸⁵ Oficio del secretario de Estado de España al de México, Madrid, 28 de diciembre de 1836, ASREM, 1-18-31, 162-163.

⁸⁶ Véase el texto del tratado más adelante, p. 748-751.

⁸⁷ Tratado de Paz y Amistad entre la República Mexicana y España, Madrid, 29 de diciembre de 1836. ASREM, 1-17-3, 2-5.

⁸⁸ Acta de la Comisión de Relaciones del Congreso de México, 1^o de mayo de 1837. AS-REM, 7-17-3, 95-101.

⁸⁹ Ver el texto respectivo, en las páginas siguientes.

males que el comercio y la navegación habían sufrido durante el estado de guerra, y para ello los plenipotenciarios coincidieron en rebajar a la cuarta parte los derechos asignados por los aranceles generales que estaban vigentes en las aduanas marítimas de México, a todos los efectos, frutos y productos naturales, artificiales y manufacturados españoles, que se importasen a territorio mexicano, acompañados de cantidades de azogue en cantidades proporcionales estipuladas y fijadas de acuerdo con el volumen de los productos.

Las mercancías que sobrepasaran las cantidades establecidas por el tratado, o sea en exceso de veinte mil toneladas comunes anuales, tendrían que pagar sus aranceles de acuerdo con aquellos que pagaran los de las naciones más favorecidas y sin ninguna clase de rebaja. El azogue español importado a territorio mexicano en esta forma entraría sin pagar ninguna clase de impuesto. Estas condiciones no estarían en vigor hasta que cesara una contrata que ya se tenía convenida con una nación extranjera.

Por vía de reciprocidad España concedería, en el momento en que entraran en vigor estas rebajas, otra cuarta parte de los respectivos derechos a todo el cacao, grana, zarzaparrilla, jalapa, vainilla y palo de tinte que se importaran a España desde México y que fueran llevados por buques mexicanos.⁹⁰

En esta forma tan sencilla finalizaron las largas negociaciones que habían durado diecisiete años y que fueron motivo del largo estado de guerra entre México y España; pero hemos de tener en cuenta que este final fue posible en cuanto el gobierno conservador cayó para pasar a manos de los liberales. La interrupción de la continuidad de los gobiernos conservadores fue causa principal de la realidad del reconocimiento de la América independiente.

⁹⁰Artículos secretos del Tratado de Paz y Amistad, cerrado entre España y México en Madrid, el 29 de diciembre de 1836. ASREM, I-17-3, 14-17.

XV. LA INTERVENCION DE J. R. POINSETT EN LA LLEGADA DE VICENTE GUERRERO AL PODER*

Es por todos sabida la característica particular que tienen las intervenciones durante el siglo XIX en nuestro país. Casi de manera automática se piensa en las intervenciones militares o económicas, detrás de las cuales es necesaria la existencia de naciones poderosas. Sin embargo, en el periodo que tratamos, Estados Unidos de Norteamérica no era un país establecido y poderoso como en nuestros días, aun cuando la diferencia con nuestro país también fuera notable. Que uno de los grandes problemas mexicanos fue la cercanía con esa nación, durante el siglo XIX no es de dudarse, y tampoco lo es que en cuanto se establecieron las relaciones con ella, hubo que enfrentar problemas que, de hecho, nada tuvieron que ver con México, sino que se debían al conflicto entre Inglaterra y los Estados Unidos, conflicto que continuó disputando la hegemonía; que fue proyectado a México, que sirvió de campo de batalla para su desarrollo en el que la victoria estaba del lado inglés. Gran Bretaña, con Revolución industrial y comercio, dinero y préstamos, pudo atraer la simpatía y la buena voluntad de los conservadores mexicanos en el poder, y organizarse estableciendo la logia escocesa como instrumento político que dio mucho qué hacer en el futuro.

Por otra parte, los Estados Unidos, sin los mismos elementos y conscientes de su inferioridad, tuvieron que compensar la ventaja inglesa mediante una gran intriga política que los dirigió a la intervención en la dirección interna del país, con objeto de formar un partido "americano", yorkino, cuando se desenmascaró, para inclinar la preferencia mexicana hacia los Estados Unidos, sustrayéndola de la de los ingleses. Esa misión, aparte de los deberes rutinarios diplomáticos, entre ellos los muy importan-

* Mesa redonda sobre Vicente Guerrero en el Instituto José María Luis Mora, 1982.

tes de la firma de un tratado de comercio y otro de fronteras, fue la desarrollada por el primer ministro de los Estados Unidos en México, Joel Roberts Poinsett, desde su llegada en 1825.

Ardua tarea la que emprendió para poder lograr sus fines, que no parecieron posibles en un principio por la ventaja y el enraizamiento tanto de los conservadores mexicanos como de los ingleses en el país. También ardua porque, a la larga, y a pesar de su sagacidad, le valdría acusaciones y críticas, difíciles de soslayar, que terminaron por quitarle el puesto. Sin embargo, su organización del partido de la oposición, mediante el establecimiento de las logias yorkinas, en las que detentaba el grado 33, fue responsable del vaivén político mexicano que duraría todo el siglo.

La descripción de su quehacer en México y las consideraciones crudas que Poinsett hizo de la sociedad, la política y la economía mexicana, guste o no guste, tuvieron un impacto definitivo en la historia de México, pues la actuación de los Estados Unidos se rigió por ellas y determinó la política a seguirse.

Después de un trabajo intenso, durante los años de 1825, en el que llegó, y 1826, Poinsett consideró imposible que México llegara a formar parte de la "familia americana" que amparaba al grupo liberal, anticolonial, indigenista, partidario de segregar al clero del Estado y, sobre todo, federal y democrático, de acuerdo con el modelo establecido institucionalmente en los Estados Unidos.

En octubre de 1826 ese partido americano, cuya formación se le atribuía, ganó las elecciones y el hecho lo llenaba de satisfacción por significar la primicia de su labor en México, que fue parecida a la desempeñada en los Estados Unidos en favor de las logias yorkinas. La victoria no era de concebirse como el resultado de su talento, sino que era consecuencia de conocer el país, de gastar una fortuna personal y de usar todo su tiempo libre en levantar el famoso "gran partido americano".

Su optimismo aumentó cuando observó que salieron Gómez Pedraza y Esteva del poder, para ser sustituidos por Rincón y Tomás Salgado, en las dependencias de Guerra y del Tesoro, y que los problemas todavía en pie con el ministro de Gracia y Justicia podían causar la caída de Guadalupe Victoria, si insistía en defender al funcionario. Por otra parte, el congreso se ocupaba de las conspiraciones de frailes españoles. Poinsett se rego-

cijaba por ser el momento en que sus amigos llegaban al poder y su trabajo de zapa daba al fin un buen rendimiento.

Pero no sabía y menos entendía el alcance de los levantamientos civiles y militares de protesta en Durango y en Puebla, durante 1827 la situación difícil de los meses de marzo y abril, complicada por la situación económica, el fracaso en el rendimiento de las minas y los decretos anticonstitucionales lanzados por la legislatura de Veracruz en contra del gobierno del centro.

De hecho, se fraguaba un movimiento centralista en Veracruz, que después se extendió por los otros estados, y que acusaba con vigor la actuación política poinsettiana pidiendo su expulsión. En su comentario al departamento de Estado dijo que Veracruz sospechaba de un ministro “sagaz e hipócrita, celoso de la prosperidad de su nación en la misma magnitud que era enemigo de la de México”. Pero el manifiesto lanzado iba más allá al acusar a la república de ser un régimen “terrible” apoyado en los yorkinos, cuyos efectos eran “malvados”.

La defensa que Poinsett hizo de sí mismo delató sus actividades anteriores, al admitir que los escoceses reinaban, desde antes de su llegada, en México y que sus gobernantes eran antifederales, defensores del clero y que, por estar revueltos con los aristócratas monárquicos, querían imponer un Borbón en México. Por ello el Plan de Iguala fue resultado del apoyo de los centralistas que apoyaban a los españoles europeos y todos eran miembros de la logia escocesa de “pervertida política”.

No se tomaba en consideración que la mayoría de la nación fuera republicana y federalista pero incapaz de organizarse como oposición, tal como lo lograron hacer los escoceses pro-británicos.

Por esa causa Poinsett se vio obligado a buscar la alianza de los enemigos de los escoceses, pues de lo contrario hubiera tenido que abandonar, desde un principio, su cargo en México.

La peor acusación que le hicieron los veracruzanos y los conservadores era haber formado el partido de los yorkinos, que trajeron una política “dañina” para el país.

Asimismo, Poinsett reconoció con franqueza que la logia yorkina se había convertido en un instrumento de política para la intriga y que por ello se había retirado de sus reuniones. Su verdadera intervención consistió en fundarla, por el alto rango que en ella detentaba, y porque se extenderían las instituciones libe-

rales, además de que quienes le pidieron intervenir en el asunto fueron todos gente del gobierno interesada en la paz, buenos patriotas y puros en sus motivos: Vicente Guerrero, José I. Esteva, Miguel Ramos Arizpe, Lorenzo de Zavala y José María Alpuche.

Con la ayuda que les dio aprendieron rápidamente la lección y promovieron los principios liberales. Sin embargo, Poinsett se resentía de que, con egoísmo, se adjudicaran el mérito y el éxito de su lucha en contra del centralismo. Su espíritu magnánimo era partidario de perdonar, pues la ciencia política nueva no había llegado a México, y no se pudieron deslindar las diferentes ramas del gobierno. Incluso le acusaron de ir en busca de sus propios intereses. Pero el gobierno mexicano algo reconoció en Poinsett cuando lamentó las acusaciones que le lanzaron desde Veracruz.

Esos ataques resultaron de suma molestia al diplomático por el significado que podían tener, pero interpretó las explicaciones y los lamentos del gobierno en el sentido de que, por fin, los mexicanos abrían los ojos y se daban cuenta del significado y de la fuerza de la oposición conservadora.

La situación cada vez más difícil en Veracruz llevó a Guerrero a hacerse cargo del estado y, a pesar de que el presidente le rogara tomar la empresa y de que aquél se excusara por razones de salud, terminó por salir hacia aquel estado el día 7 de agosto de 1827. Se hicieron buenos augurios en el sentido de que la futura actuación de Guerrero terminaría sin sangre, pues utilizaría su mejor tacto para pacificar la entidad.

Al parecer, en septiembre de 1827 Guerrero dominaba la situación en Veracruz, pero surgieron problemas y discusiones por la expulsión de los españoles. Poinsett se acercó a Guerrero para informarse de sus planes. Este le dijo que no estaba dispuesto a hacer otra revolución de no haber un ataque de los enemigos de la nación y que siempre prefería el camino del rigor de las leyes al de la espada. Sin embargo, le confesó que le resultaba difícil hacer entender a sus partidarios políticos su punto de vista sobre los verdaderos intereses de la nación, a pesar de la nutrida correspondencia que había mantenido con ellos.

Asimismo, Guerrero agradecía los sentimientos amistosos de Poinsett, así como sus votos en favor de que ocupara la presidencia que había declinado, pues, conociéndose bien, creía no estar capacitado para ella, pues sólo sabía mandar soldados.

Poinsett compartía la opinión, generalizada en el país, de que la expulsión de los españoles tuviera consecuencias en la economía mexicana. Consideraba peligrosa la situación de Guerrero porque no estaba bajo una influencia “saludable”, pues no podía escuchar los murmullos de los viejos revolucionarios sin participar y actuar en forma alguna. En cartas a sus amigos, que no dejaron de alarmarse, Guerrero expresaba que ayudaría a quien fuera para sacar a los españoles del país “por la fuerza”. Los destinatarios acudían a Poinsett pidiendo que les ayudara y éste se dirigió a Guerrero en carta particular diciendo que era preferible no sacar a los españoles a golpes del país y esperar a recibir la presidencia.

Las reacciones de Guerrero no fueron, al parecer, secretas, pues, el propio presidente Guadalupe Victoria agradeció a Poinsett su intervención ante Guerrero.

El problema de los españoles, como es sabido, fue uno de los más difíciles de manejar para el gobierno y dio lugar al nacimiento de otra sociedad secreta, los Guadalupes. Parecida en su organización a la de los Carbonari italianos, que se extendió por la nación, tuvo mucha fuerza y apoyó a Guerrero. Con esa ayuda se esperaba ganar las elecciones federales, como efectivamente ocurrió.

Pero surgió la oposición, vino el levantamiento de Montaña y el de Tulancingo, que también pidieron la expulsión de Poinsett, y volvieron a enfrentarse escoceses y yorkinos.

Contra Montaña fue Guerrero, de nuevo mandado por Victoria, y el gobierno federal quedó fortalecido. Cuando Poinsett visitó a Victoria para comentar el levantamiento, el presidente agradeció la ayuda que había proporcionado durante su estadía para conciliar los intereses entre el pueblo y el gobierno.

El 28 de julio se acercaban las elecciones, el país estaba intranquilo y el ministro norteamericano insistió en que de no salir electo Guerrero nunca llegaría la paz al país.

El antagonismo arreció en contra de Poinsett y el cuadro social que analizó para informar de lo acaecido a su gobierno resultaba verdaderamente vejatorio para México. Todas las rebeliones que había presenciado sólo tuvieron el propósito de invalidar las elecciones en favor de Guerrero. Por ello impusieron a Gómez Pedraza como ministro de Guerra, por tratarse de un iturbidista escocés y ventajoso. Sin embargo, se esperaba que el sustituto

Lorenzo de Zavala lo arreglaría todo. Mucho duró Guerrero para formar su gabinete, que al fin logró establecer con gente del partido democrático.

La intervención de Poinsett en la política mexicana tuvo varias etapas. Primero se ocupó de establecer las logias de los yorkinos como un instrumento nacional que sirviera de oposición política a los escoceses y fuera simpatizante de los Estados Unidos y contraria a la Gran Bretaña, aliada con las clases dominantes mexicanas; después puso en vigor su política, que culminaría precisamente con el logro de la elección de Guerrero a la presidencia de la República para implementar las instituciones federales y democráticas, y por último, se enfrentó directamente a los escoceses que, si bien no pudieron anular las elecciones en favor de Guerrero, pudieron levantar las críticas a tal grado, que la simpatía y ayuda de Guerrero se nulificó en el momento difícil de su destitución y el diplomático tuvo que salir del país sin dejar de mediar una nota de protesta en contra de Poinsett, escrita por el gobierno del propio Guerrero.

XVI. LA POLÍTICA DIPLOMÁTICA DE LA EXPANSIÓN DE LOS ESTADOS UNIDOS

Las declaraciones de independencia en el continente tuvieron graves consecuencias en el ámbito internacional pues los nuevos países, de sello liberal, vinieron a reforzar a los europeos de esa ideología y se limitó el poder de la metrópoli española, decadente, que perdía su imperio. Todavía las naciones americanas abrieron automáticamente sus puertas al trato con los demás países, proyectaron comercios y los recibieron, ahuyentaron además el único freno, aunque fuera ético, que hasta cierto punto había detenido la entrega vigorosa del comercio europeo, sobre todo el inglés y el francés, en el continente americano. Así quedaron libres Francia e Inglaterra para dar forma legal a sus relaciones, hasta entonces ilegítimas en su mayor parte, que habían sostenido con Latinoamérica desde el siglo XVIII.

La diferente naturaleza de los Estados Unidos y de México causada por las razones circunstanciales de su propia historia, debido a que fueron colonizados en tiempos diferentes; los primeros después del Renacimiento y la Reforma y el otro a principios del siglo XVI cuando esos grandes sucesos históricos no habían tenido lugar. Su evolución fue diferente porque en el caso de México se trataba de la extensión de un Estado, el español, y en el caso de los Estados Unidos los colonos no representaban al Estado inglés sino que formaron grupos de emigrantes que iban en busca de libertad religiosa para practicar sus credos protestantes, sin que ello significara aceptar una tolerancia, con todo el sentido de la palabra, hacia otras religiones. El estudio de ambas colonias, con sus características específicas, explica muchos de los problemas que surgieron en el siglo XIX como resultado de la distinta forma espiritual, económica y social que se dio en cada una de las dos unidades. Espíritus tan lejanos como el católico y el protestante y las diferentes filosofías de vida que esto suponía, llevaron al manejo pragmático de la vida en el caso de los Estados

Unidos y al legalista en el de México. De ahí las políticas agresivas propuestas por un lado y las defensivas por el otro. Mientras los unos se movieron con colonos invasores y ejércitos apoyados en necesidades agresivas para cambiar sus fronteras, los otros resistían con legislaciones y tesis internacionales ineficientes, pero respetuosas de principios soberanos.

La Declaración de Independencia de México planteó de inmediato dos problemas fundamentales para el país en relación con su vida externa: el primero, creado por la propia independencia reclamaba el reconocimiento legal de la comunidad de naciones y el segundo el de sus límites territoriales que formaba parte de los problemas heredados de la colonia. El tratado firmado entre Adams y Onís fue el último paso dado por la metrópoli en ese sentido en 1819 y sólo resolvió el problema de los límites territoriales de México de manera temporal. El gobierno de Iturbide se preocupó por la ineffectividad del documento al no haber sido ratificado y también porque no estaba de acuerdo con sus condiciones. Con cierto optimismo, llegó a protestar contra la cesión de las Floridas a los Estados Unidos, pues dichos territorios se consideraban como puntuales para convertir al Golfo de México en un verdadero “Seno Mexicano”. Debe reconocerse que el tratado Adams-Onís trajo como causa el problema de la vieja rivalidad entre los Estados Unidos e Inglaterra que veremos después.

Al obtener la independencia, México se enfrentó a problemas internacionales que tenían como causa especial la ideología que dividía al mundo; de acuerdo con ella fue preciso actuar.

Al igual que se observa en nuestra época, el mundo europeo se dividía entonces en dos tendencias principales, que podríamos denominar liberales y conservadoras. La una representaba la ideología surgida de las revoluciones americana y francesa y la otra la continuación tradicional del viejo régimen.

Los Estados Unidos, que no se veían atados por el problema de los ideales de legitimidad y que por su sistema liberal se encontraban más cerca de la ideología de las nuevas naciones americanas, tenían en cambio problemas de índole diferente, que iban a complicar el reconocimiento de la Independencia: la herencia del problema fronterizo con el territorio español que se prolongaría durante más de la primera mitad del siglo XIX y, además la imposibilidad de aislarse de las demás potencias, de las que to-

avía necesitaban, sobre todo en cuanto al comercio y a las líneas de comunicaciones. Por la necesidad de asegurar las rutas marítimas se vieron obligados a hacer múltiples combinaciones.

Necesitaban el mercado sudamericano, pero chocaban con el problema de la competencia de Inglaterra, con las pretensiones de Francia y con los esfuerzos de España para recuperar su perdido imperio. Había que evitar en todo lo posible la extensión de nuevas colonias sobre el continente, pero no contaban con posibilidades para defenderlo en su totalidad si sufría algún ataque europeo. Había que conciliar los diferentes intereses, cerrando el camino en todo lo posible a las naciones europeas; pero sin enfrentarse a ellas con violencia. La solución de momento, teórica, al problema fue la doctrina Monroe.

En Inglaterra el problema se planteaba en forma diferente. No había sufrido ninguna revolución; pero sí una evolución política y económica. Se había formado una industria que creaba la necesidad urgente de abrir nuevos mercados en competencia con las otras dos industrias nacientes, la francesa y la norteamericana. Tuvo que transcurrir algún tiempo para que el gobierno inglés se diera cuenta de este cambio, básico en la economía de su país. Mientras la política estuvo bajo la dirección de Castlereagh y de Wellington, con mentalidad forjada bajo el régimen y admirador de la política de Metternich, fue imposible que la Gran Bretaña se relacionara con las nuevas repúblicas americanas y que incrementara su industria.

A la muerte de Castlereagh, en 1820, entraron en el gobierno hombres más jóvenes, con actitud diferente, que comprendían el poder de la industria y la necesidad de ajustar la ideología a ella, ideología que los separaría abiertamente de la Santa Alianza y del Congreso de Viena. Robert Peel, William Huskinson y George Canning fueron los responsables del cambio. Abogaron por una política internacionalista y pacifista respecto al derecho de las naciones a gobernarse como mejor les pareciera. Con este principio llevaron a Inglaterra a reconocer las libertades de América. Sólo por razón de cálculo, al buscar una fórmula menos violenta y más simple, se retrasó el reconocimiento que tenía que hacer la Gran Bretaña al principio de los años veinte.

El problema de España era diferente, pues allí jugaban otros factores de gran importancia. España era la metrópoli que

había perdido las colonias y mediaban resentimientos por la separación. Además una inflexibilidad absoluta caracterizaba la mente de Fernando VII. Si el gobierno de España hubiera sido liberal desde un principio, el problema habría sido más fácil de resolver y menos largo; pero el gobierno estuvo en manos del rey absolutista, que reclamaba sus derechos y consideraba su posición reforzada por los principios legitimistas de la Santa Alianza, que tanta fuerza tuvo en Europa. Tendría que llegar a expirar la monarquía de Fernando para que cambiara la posición de España frente a ese problema; haría falta que la situación económica fuera muy precaria y que los sentimientos de la reina María Cristina se impusieran para que la ideología representada por Fernando quedara en la oposición, cuya fuerza se puede apreciar en la crueldad de las guerras carlistas, que detrás del asunto dinástico llevaban también el conflicto de la ideología.

Resulta sintomático que en las dos ocasiones, cuando se rompió la estructura conservadora de España, 1820 y 1833, se buscaran contactos con las Américas, llegándose en la segunda ocasión al reconocimiento, obra de los liberales, en los que Cristina se tuvo que apoyar para defenderse de los carlistas.

En Francia había también la misma escisión entre liberales y ultrarrealistas; los esfuerzos de conciliación hechos por Luis XVIII culminaron con la entrada al poder, en 1815, de los realistas moderados pero en 1820, después de varios actos revolucionarios, fue tomado el poder por los ultrarrealistas, política que condicionó en mucho la actuación de Carlos X. Respecto a los países americanos, además de estas diferencias doctrinales incidentales, en que no los reconocieran, había que contar con el parentesco entre los reyes, el francés y el español. Durante el reinado de Carlos X se llegó a un convenio provisional con México, que no fue ratificado, y hasta que ascendió Luis Felipe al trono con su gobierno impulsor del *laissez faire* económico, no se llegó al reconocimiento. Luis Felipe con su nuevo gobierno ayudaba a la industria y necesitaba de posibles mercados y de tratados de comercio. Además se enfrentaba a los problemas sociales, disminuyendo las horas de trabajo de los obreros, etcétera.

Con anterioridad resultaba lógico también que Carlos X, uno de los más fieles seguidores de las ideas de la Santa Alianza, impulsara a su pariente español a la reconquista de las Américas y

colaborara oponiendo todo lo posible al reconocimiento de las nuevas naciones.

Cuando Francia reconoció a México, durante la época de Luis Felipe, surgieron los viejos problemas de los franceses de México, quienes sufrieron pérdidas de vidas y bienes, y finalmente se abrió la perspectiva de que todo ello produjera una entrada bastante considerable de dinero. Este aspecto utilitario económico causó que la buena voluntad y los muchos esfuerzos que se hicieron para fomentarla se desplomaran y provocaran una guerra.

Entre las relaciones diplomáticas que México estableció cuentan de manera especial las que se inauguraron con los Estados Unidos de América.

Su hegemonía en el continente fue disputada por los países que, como Inglaterra, habían pasado la Revolución industrial, que dio principio al juego de la competencia comercial por un excelente mercado de consumo y de extracción de materias primas.

Las naciones de Europa entraron así poco a poco en relación con nuestros países latinoamericanos y terminaron estableciendo relaciones legales para firmar tratados de reconocimiento, comercio y navegación.

Ese inicio, al parecer de éxito, de la relación con las naciones europeas, obligó al desarrollo de un trato molesto con los Estados Unidos porque la esperanza de hegemonía norteamericana se vio amenazada por la aparición de la Independencia en vista de que la relación del mundo latinoamericano con las naciones europeas se les adelantaba. Los principios estadounidenses de competencia y suficiencia económica, convertidos en virtudes de cada uno de sus pobladores, fue resultado de la herencia puritana religiosa de los Estados Unidos.

Con esas bases religiosas y con el sentido práctico y económico del grupo se logró, en poco tiempo, la expansión desde el Atlántico al Pacífico. Para ello fueron ocupando territorios a lo largo de la costa oriental, primero, saltaron la cordillera hacia la cuenca del Mississippi, después, compraron la Louisiana, adquirieron las Floridas, cruzaron las llanuras de Utah, chocaron en fin con los linderos de México, lograron la anexión de Texas y luego siguió Nuevo México y Alta California en el proceso de expansión y todavía lograron poblarlo todo con mayor o menor esfuerzo.

Semejante proceso, llevado al cabo con terca y continua decisión, fue en realidad el principio de la ambiciosa política expansiva y planeada, que se desarrolló paralela a la historia de los Estados Unidos de América. Una vez asentado el principio de expansión interna y convertido en “la política externa”, el gobierno de los Estados Unidos no cejó ni un segundo en su tarea de imposición durante el siglo XIX y también en el XX.

Desde el momento en que comenzaron las discusiones con México, como parte del mundo latino, para establecer la frontera sur de los propios Estados Unidos, fue evidente que se buscaba una primera línea divisoria que, aunque convenida por participantes extranjeros (los Estados Unidos y España), aseguraría un mínimo de tranquilidad. Este fue el principio de esas discusiones mexicano-norteamericanas que mostraron a las claras cómo los Estados Unidos perseguían la transcontinentalidad para su país. De paso, esa transcontinentalidad constituyó la gran demarcación cultural del continente americano por dividir el mundo latino del anglosajón.

Los Estados Unidos tuvieron un importante tráfico de hombres, mercancías y animales dentro de su territorio, pero también existió, como se dijo, el instinto de la competencia con las potencias tradicionalmente interesadas en el continente americano, incluso dentro de su sección norte, donde los ingleses desde Canadá, descendían por los ríos con cargamentos de pieles y de oro.

La sed insaciable de tierras y la creencia religiosa y política en el Destino Manifiesto tuvieron como fin evitar la presencia de las potencias europeas en el continente norte. Por eso se desarrolló una técnica de colonización amoldada a las necesidades circunstanciales y la fórmula fue provocar una situación de hecho que al discutirse daría lugar a soluciones diferentes.

Unas veces se ocupaban pacíficamente territorios de antemano invadidos por colonos y se presentaba una colonización de hecho, que había que institucionalizar (Florida); otras veces se adquirían las tierras y se firmaban tratados internacionales de compra (Luisiana); pero también se usaron adquisiciones provenientes de resoluciones de independencia que declaraban los colonos inyectados a tierras extranjeras y se recurría entonces a la anexión (Texas) y por último, la expansión territorial se hizo depender de tratados de paz internacionales (Nuevo México, Alta California y, con cierto retraso, las Filipinas y Puerto Rico).

Resulta claro que los Estados Unidos surgieron del periodo colonial con una verdadera preocupación de obtener tierra, porque ésta representaba una riqueza nacional que debía aumentarse para adquirir *imperium*. También resulta claro que al tratarse de gente trasterrada, como fue el caso de los colonos norteamericanos, la búsqueda de la seguridad se convierte en verdadera obsesión; más aún, considerando que detrás de las colonias estaba el resto del continente. Es explicable entonces el tratado Adams-Onís del año de 1819 que a la vez que hizo fracasar el sueño de Iturbide de constituir el Seno Mexicano en el Golfo de México, entregó a los Estados Unidos la posibilidad de hacer una realidad, su ilusión de transcontinentalidad y de establecer la frontera horizontal desde el Golfo al Pacífico, para formar su tan anhelada frontera del sur.

Todo se hizo en tres etapas metódicas. Florida y Luisiana fueron la primera, pues abrieron el camino en 1819 con el tratado, la segunda sería Texas y su anexión y la tercera el resultado de la guerra de 1847 y la paz firmada en el tratado de Guadalupe Hidalgo en 1848. De esa forma la transcontinentalidad fue firmemente auspiciada por el Destino Manifiesto según el cual los Estados Unidos obedecían los deseos de Dios, que los encargaba de asegurar la felicidad de la humanidad. A la vez se entrecruzaba una mezcla de razones de estrategia, comunicación, comercio y política junto con el bienestar humano, que dependería de instituciones a la manera de las norteamericanas creadas para tal fin como lo eran la democracia, su forma de justicia, su moral y su temor de Dios.

Definidos estos puntos, las discusiones sobre la frontera con México fueron para los Estados Unidos un problema de procedimiento y la importancia del mismo caería con todo el peso del destino sobre nuestro país. Plantear, como se ha hecho en algunas ocasiones, el problema de la expansión territorial hacia el sur por la necesidad del *habitat* para la población norteamericana, resulta una verdadera falacia si tenemos en cuenta la dificultad que hubo en lograr población que se estableciera en Luisiana. El verdadero problema derivaba del deseo de los Estados Unidos de acumular el poderío, hasta entonces muy relativo, y la necesidad de especular con las finanzas y con las tierras. La población agrícola norteamericana tenía que caminar muchas millas para alcanzar los horizontes del sur y establecerse en Texas.

Las verdaderas necesidades de poblar y de especular, iniciadas en 1820, entrarían en crisis durante los diez años siguientes cuando su planteamiento sería hecho en serio, en función de las necesidades políticas.

Todo esto estuvo en la base de la política externa de los Estados Unidos al principio de la tercera década del siglo XIX que, de hecho, era una proyección de problemas internos nacionales y no tenía que ver con los problemas externos internacionales. Además su falta de fuerza nacional y de *hinterland* en las colonias, que iban aumentando por diversos procedimientos, es de tenerse en cuenta como agravante, en contra de las tribus indígenas, porque esa tierra vino a ser la garantía y la razón de su existencia desde que abandonaron Inglaterra. Por otra parte también hubo un elemento de seguridad externa pues, con su extensión, o se eliminaban o se limitaban los poderes extranjeros que les planteaban problemas dentro del continente.

Para 1820 ya había elementos en la política extranjera que no se podían comprender en los Estados Unidos por no haber sucedido, en su territorio, la Revolución industrial que dio a Inglaterra y a Francia el nuevo instrumento de poder típico para el siglo XIX: esto es, la gran finanza y el gran comercio que desarrollarían el capitalismo en grande. Ellos tenían que actuar, en cambio, con los elementos tradicionales de la nación agraria e intentaban aislar al continente de esas nuevas y amenazantes fuerzas financieras. Por ello prefirieron, según las instrucciones dadas a Joel R. Poinsett, primer embajador en México en 1824, que Cuba permaneciera dependiendo de España en vez de que se liberara y pudiera caer en manos de Francia o de Inglaterra.

La política norteamericana en esa época parece resentirse de cierta inferioridad ante Europa y tal se ve en la declaración de la Doctrina Monroe, enunciada en diciembre de 1823. Detrás de ella se encuentra el fracaso diplomático y político sufrido al no poder lograr por parte de Francia un compromiso de no agresión al continente americano. Ese fracaso provocó la no existencia de un posible pacto, del que Inglaterra se retiró por considerarse fuerte con las finanzas en la mano. Por otra parte, en los Estados Unidos no dejaba de pesar el temor de Asia en la costa noroeste continental.

El conjunto de esta problemática los llevó a la comprometida afirmación de que el continente americano, por su con-

dición libre e independiente no debía “considerarse en adelante como objeto de posible futura colonización por cualquier potencia europea”.¹

La Doctrina Monroe de la que procede la frase anterior era la única defensa posible para los Estados Unidos y se trata de una simple declaración de principios, que tendría proyección política para más de un siglo, a pesar de resultar un instrumento adecuado para el momento. Era inevitable que los ingleses contaran con la fuerza más penetrante y moderna de la economía financiera. Por ello cualquier movimiento del mundo europeo en el americano se consideraba “peligroso para *nuestra paz y nuestra seguridad*”.² Y en torno de esa seguridad se hacía todo, incluyendo la intervención. La respuesta de Europa fue la firma de tratados de comercio, navegación y reconocimiento con las naciones americanas y sobre todo lo hizo Inglaterra, que legalizó sus relaciones con el continente.

En cuanto dieron comienzo las relaciones de México con los Estados Unidos en 1824, se plantearon problemas heredados: los endémicos de la vecindad y los procedentes de la política norteamericana en su rivalidad con naciones europeas. Si bien la transcontinentalidad venía de dentro de los Estados Unidos, también estaba la preocupación de reservar para sí la América Latina y de ganar tiempo para poder estar en posición de manejar sus territorios y su política.

La propia documentación relativa a la misión norteamericana en México denuncia el afán de unificar el sistema político de toda América Latina con los Estados Unidos: república, liberalismo, federalismo, masonería y aun puritanismo. Amoldar el pensamiento latinoamericano con el norteamericano significaba, a la vez, establecer la imposibilidad de posibles compromisos entre los latinoamericanos y los europeos, sobre todo cuando los Estados Unidos se consideraban incapaces de detener las presiones de las naciones monárquicas europeas ejercidas en los países latinoamericanos. De esa forma, se pretendía establecer un territorio de influencia norteamericana en todo el continente.

¹ Samuel Flagg Bemis, *La diplomacia de Estados Unidos en América Latina*, México, FCE, 1944, p. 73.

² *Ibid*, p. 74.

No es de extrañar que los representantes de los Estados Unidos fueran a intervenir en la política de las recién nacidas naciones de América, resultando fatal para sus relaciones con ellas.

Por otra parte el nuevo comercio y las finanzas británicas, roto el enlace artificial con Europa a través de España, fueron bien recibidos porque se podían adaptar a las necesidades reales al llenar el hueco que dejó en América el retiro de España.

El mecanismo, que fue el producto de la Revolución industrial, no se comprendió, o no pudo ser contrarrestado por los gobernantes norteamericanos desde 1812 en adelante, cuando Inglaterra cambió, aparentemente, de actitud y perdió el interés por la posesión de tierras americanas. Su modernidad consistía en adaptar, simplemente, el nuevo método del imperio comercial para abandonar el carácter de terrateniente. Con ello su ejército y su marina se usó en apoyo del comercio y del capital, lo mismo que su diplomacia, en impulsar el intercambio. De esta manera, a la vez que el comercio internacional, se favorecía la productividad de las Islas Británicas.

Al establecerse las relaciones políticas de los Estados Unidos con México, el choque, excepto en lo referente a tierras, es propiamente una lucha en contra de Inglaterra que se desarrolló en territorio mexicano; el motivo principal de ese enfrentamiento fue la política económica cuyo eje se formó con el comercio y la inversión, por el lado inglés, y la posesión de la tierra por el lado americano.

Formas diferentes de hablar, las altas finanzas y la posesión de la tierra, fueron la causa para que los diplomáticos norteamericanos se vieran obligados a lanzarse a la intriga política y a entrometerse en la vida nacional latinoamericana, iniciando así, una decidida intervención.

Notables fueron las diferencias que marcaron las recepciones de los ministros inglés y norteamericano al presentar sus cartas credenciales al gobierno nacional de México, aunque las personas involucradas en las dos ceremonias fueran las mismas.

El inglés Ward, recibido pocos días antes que el norteamericano Poinsett, habló de temas agradables como comercio y relación entre las dos naciones. El norteamericano Poinsett habló de temas molestos como tratados de frontera, la posible conexión entre San Luis y Santa Fe y del comercio que pensaban hacer. Si se consideran los antecedentes, entonces por todos

conocidos, la Doctrina Monroe, el Destino Manifiesto y los informes obtenidos por mexicanos, enviados a los Estados Unidos durante el imperio de Iturbide, y el esbozo de la política propuesta por el país del norte, se interpretó como una amenaza.

No cabe duda de que los esfuerzos de los Estados Unidos fueron tardíos para lograr dominar la situación como pretendieron. A la llegada de Poinsett se habían adelantado los ingleses y los franceses, que tenían viejos intereses establecidos. Así lo reconoció Poinsett al comentarlo en uno de sus primeros escritos desde México: “es manifiesto que los ingleses han aprovechado el tiempo y las oportunidades. El presidente y los secretarios... están de su parte...”³

No quedaba otra forma de luchar para el ministro norteamericano que la intriga política para ganar posiciones y tiempo dada la diferencia de recursos que lo distanciaban de sus contrincantes. Sin duda aprovechó la situación, pues en breve tiempo logró contar con el apoyo de un grupo respetable en ambas cámaras y consideraba que una “vasta mayoría del pueblo está en favor de la más estricta unión con los Estados Unidos”.⁴

El diplomático norteamericano confundía a quienes hacían la política en México por proyectar sus valores norteamericanos al exterior, iniciando así un procedimiento que ha producido muchos malentendidos con los países extranjeros. No se sentía que era muy relativa la importancia del pueblo en una época en que la política se hacía desde los niveles sociales superiores. Desde ellos procedieron los ingleses como resultado de su larga experiencia política y diplomática. Por ello los esfuerzos de Poinsett lo hundieron cada vez más, en vez de darle una posición de equilibrio.

Su política tuvo dos facetas: una diplomática relativa a tratados, fronteras, construcción de vías de comunicación entre los dos países y la otra de intervención en los asuntos internos, surgida como resultado de los esfuerzos hechos para contrarrestar las posiciones de ingleses y franceses.

Como instrumento de su intervención política se puede decir que participó en la organización de los grupos liberales y en

³ Poinsett a Clay, México, 4 de junio de 1825. *México, J. R. Poinsett*, Department of State, vol. 1, doc. 3. NAW.

⁴ Poinsett a Clay, México, 12 de octubre de 1825. *México, J. R. Poinsett*, vol. 1, doc. 24. NAW.

la masonería que fueron los arietes para dividir las fuerzas dentro de las Cámaras e intervenir en la sucesión presidencial. Hechos que poco a poco precipitaron la expulsión del diplomático de suelo mexicano. Durante su estancia Poinsett explotó el ego mexicano para tratar de que el gobierno nacional aprovechara la ocasión con el fin de rediscutir el tratado de frontera, comentado y firmado por Onís y Adams, a fin de que las modificaciones fueran favorables a los Estados Unidos. También puso en tela de juicio el tratado de comercio y navegación en el cual buscaba la igualdad de los Estados Unidos con las grandes potencias del mundo y sobre todo con Inglaterra. En esa discusión llegó a verdaderos *impasses*. Buscó el ministro la libertad de cultos y México tuvo que ceder, aun cuando resultara anticonstitucional. También hizo uso del término “nación más favorecida” y no aceptó condiciones de paridad con otras potencias europeas, mientras que las exigía con las naciones latinoamericanas a las que México había dado trato preferencial. De esa manera buscaba lograr una hegemonía comercial, que se convertiría, con el tiempo, en la expresión de la oposición al continente europeo. En ese sentido el camino de Santa Fe a Missouri sería el instrumento para ligar esos intereses entre San Luis y México y se forzaría al último a puntualizar aquella frontera incierta.

El manejo de la política constituía un instrumento que, puesto de su lado, resolvería sus problemas de comercio y de territorio. Así facilitó la formación de las logias de York pretextando que, al llegar, tuvo que enfrentarse con las escocesas que favorecían el centralismo y recibían el apoyo de los conservadores, monárquicos, reaccionarios, etc. Por su lado daba albergue a los republicanos federales y trataba de enfrentarlos a los conservadores, enemigos de los Estados Unidos por ende, que tenían el gobierno en la mano e intervenían en contra del país del norte en el Congreso.

La propuesta de establecer la frontera nueva entre las dos naciones no tuvo éxito por la oposición que surgió, traducida en resistencia pasiva y burocrática de los funcionarios mexicanos, que retrasaron de continuo los acontecimientos. Con esta política de retención se logró en México la oposición franca del país en contra de Poinsett, que tuvo que firmar los tratados tal cual fueron concebidos en 1819. Pero ni el de límites ni el de comercio se ratificaron durante su periodo, aunque representaban la pri-

mera frontera firmada por el México republicano, ante el convencimiento de que la frontera tenía que ser defendida desde el punto de vista jurídico.

La intervención, en cambio, resulta de mayor importancia al considerar que el tema de la tierra fue supeditado por Poinsett a su intervención política, pues si lograba inclinar la política nacional mexicana en favor de los Estados Unidos todos los problemas serían resueltos.

El entusiasmo de los años 26 y 27 cuando Poinsett estuvo medido en un ambiente jurídico, para él desconocido, causó su ruina por las reacciones de nacionalismo incipiente y de rechazo que se enfrentaron a su actuación. El ejemplo típico de la protesta fue el de Veracruz, que lo acusaba de ser un ministro sagaz e hipócrita celoso de la prosperidad de su país y enemigo de México. Pero, además, Veracruz lo ponía en juicio por establecer las logias y dividir los partidos políticos para que la nación perdiera la confianza. En efecto, las cinco logias yorkinas fueron regularizadas por el ministro quien aceptó haberlas convertido en armas políticas y lugares de discusión para los problemas nacionales.⁵

No fue suficiente para detener al diplomático el revuelo y la protesta de Veracruz, pues continuó sirviendo como instrumento al liberalismo cuando fue en persona a convencer a Guerrero de que aceptara suceder al general Victoria en la presidencia.⁶ La próxima arremetida que le dieron fue en diciembre de 1827 cuando se publicó el plan de Manuel Montaña que, al levantarse, pedía la dimisión del secretario de Estado y la suspensión de las sociedades secretas y, de paso, que se entregara el pasaporte a Poinsett.

Resulta imposible considerar que parte de estas actuaciones fueran privadas y el resultado de su ideología personal como él mismo alegaba. Para México la actuación particular de Poinsett resultaba ser imposible, el ambiente en su derredor fue cada vez más denso y los ataques en su contra constantes. Sin embargo, nunca aceptó su culpabilidad por intervenir en los asuntos mexicanos sino que la atribuía a los conservadores y al gobierno que, por debilidad, no se enfrentó con ellos como era debido.

⁵ Poinsett a Clay, México, 4 de julio de 1827. *México, J. R. Poinsett*, vol. 3, anexo B. al doc. 94. NAW.

⁶ Poinsett a Clay, México, 8 de julio de 1827. *México, J. R. Poinsett*, vol. 3, doc. 107. NAW.

Los propios viajeros que pasaron por México comentaron y advirtieron el peligro de que la excesiva intervención hiciera fracasar los objetivos políticos propuestos, en vista de que la antipatía en contra de Poinsett se extendía a los Estados Unidos. A pesar de que el presidente de México fuera favorable como en el caso de Guerrero podía ocurrir un desastre sin que se lograra ventaja alguna.

De hecho sucedió que los propios grupos liberales, en consecuencia del aliento que les dio, provocaron un sentimiento nacional que, a la larga, impulsó la resistencia contra el extranjero, contra la política y contra el significado de quien lo había impulsado. En ese sentido Poinsett fue un impulsor del nacionalismo mexicano incipiente, mismo que se volvió en su contra a pesar del liberalismo. De ahí que el propio gabinete americano pensara en la naturaleza “incurable” de la situación por los prejuicios creados, que resultaron de la intervención en asuntos domésticos y, en consecuencia, consideraron el retiro del diplomático como fundamental para el “interés público”.⁷ El forcejeo de Poinsett, por su impotencia, obligó a volver al cauce determinado por las características de la economía agraria de los Estados Unidos y las relaciones con México se centraron de nuevo en torno a la tierra señalando la temática a desarrollarse por el segundo ministro Anthony Butler. Sin embargo, se debe reconocer, que la intervención política de Poinsett aceleró la formación de los grupos políticos nacionales mexicanos además de incitar al nacionalismo. Tanto el grupo liberal como el conservador, típicos de la historia de México, fueron resultado en gran parte de su intervención, lo que permite entrever características de la actuación futura norteamericana al tratar con América Latina.

La importancia que se dé a la gestión del primer ministro norteamericano en México está justificada puesto que determinó y delineó las gestiones futuras de los diplomáticos que le siguieron. De hecho ellos continuaron los derroteros trazados por Poinsett y se amoldaron a las circunstancias que se producían.

El ministro sucesor, que fue Anthony Butler, trajo como temas fundamentales a tratar con el gobierno de México: por un lado, el tratado de límites pendiente, que su gobierno ofrecía

⁷ Van Buren a Poinsett, Washington, 16 de octubre de 1829. *American States. Instructions*, vol. 14, p. 142-144.

aprobar a la brevedad posible, y el de comercio que, por depender de México, se esperaba sería tramitado de inmediato para demostrar un cambio en la conducta de este país hacia los Estados Unidos. La discusión relativa a los tratados se complicó y fue interminable; sobre todo en cuanto los Estados Unidos aplicaron el concepto de “imperio territorial”. Butler, relacionado con el grupo terrateniente norteamericano, arremetió contra los ingleses de los cuales hacía partidarios a los políticos mexicanos en el poder; criticó a su antecesor por haber permitido tal cosa y lo acusó de la extraviada política mexicana.

En cambio por su parte y a la sombra de estas críticas, emprendió un recorrido violento hacia el tema de la frontera, que interesaba a los grupos relacionados con él porque auspiciaban el concepto de imperio, típico de la economía agraria de ese periodo en los Estados Unidos.

A pesar del sigilo diplomático, pronto después de su llegada, se le acusó de pretender la cesión de la provincia de Texas y se consideraba que sería un gesto deshonesto, para cualquier gobierno mexicano, el simple hecho de suscribirla.⁸

A pesar de las protestas del diplomático la situación política dio un vuelco y hubo que alejarse totalmente de intervenir en México para reencauzarse en el tema de la discusión de la frontera, que era el importante. Como respondía a la naturaleza de la historia de la expansión interna de los Estados Unidos, la violencia en esas discusiones sería implacable y el ministro siguió, impávido, su derrotero pues vino a perseguir la región de Texas para su país y perseveró en el objetivo hasta el final.

Se trataba de invalidar el tratado de 1819 y de atenuar, con dinero, cualquier dificultad que surgiera al objetar la línea del Sabinas. En efecto propuso tres diferentes líneas divisorias entre las dos naciones y ofrecería cinco millones por el arreglo que les conviniera pues el territorio se consideraba de importancia para los Estados Unidos.

México comenzó ahí su gran lucha contra la expansión americana sobre la frontera de su territorio y así aparecieron las bases de pensamiento que respaldaron su defensa de acuerdo con los principios internacionales, al abogar por el respeto, básico, a los tratados, que daba pie a la defensa de la soberanía nacional.

⁸*El Sol*, 9 de enero de 1830.

Como no era fácil convencer a la nación mexicana para que cediera, Butler quiso acelerar los acontecimientos desarrollando su mejor maquiavelismo para urdir toda clase de versiones, arreglos e interpretaciones. Aunque vivió al margen del país porque no consideraba la realidad mexicana en lo más mínimo, hay que tenerlo como un vidente de la historia futura de su país y del nuestro. Sus pasos fueron tan irreales como firmes, y llegó a producir versiones irreales e inmateriales de las relaciones entre ambos países. Concibió la posibilidad de extenderse hasta el Río Grande y decía que el Secretario mexicano lo apoyaba porque trataría de favorecer la retrocesión de Texas a los Estados Unidos al negociar sobre ella en nombre de México.⁹

De ahí en adelante la irrealidad del diplomático llegó al absurdo pues nunca hubo bases para sus afirmaciones.

En efecto, a pesar de que su propio gobierno no consideraba el momento propicio para abrir negociaciones, a partir de la navidad de 1831, se lanzó de manera decisiva en una campaña sobre el territorio y la frontera norte.

México seguiría sin cambiar en su pensamiento e insistía en la necesidad de ratificar tratados. A la vez, la fantasía del americano se lanzaba al aire pretendiendo aprovechar que estaba libre para dirigir su atención completa sobre el asunto de Texas, del que pronto esperaba dar buenas noticias.

Se le ocurrieron muchas cosas, desde lograr un préstamo en los Estados Unidos que, como México no pagaría, sería equivalente a la venta de Texas porque la usaría de garantía a los fondos prestados. En julio de 1832 reveló que la línea fronteriza vigente no agradaba a los Estados Unidos y era necesario llevarla hacia el oeste, con el fin de incluir en su territorio los intereses de los americanos allí radicados. A la vez razonaba que el río Sabinas, aludido en el tratado de Onís, no era el río que suponían pues la geografía estaba confusa. No era de extrañar que el gobierno de México se rehusara en el futuro a hablar del tema con Butler.¹⁰

No disuadió esa negativa al diplomático que se hallaba en una postura falsa ante las promesas hechas a su gobierno sin base real

⁹ Informe presentado por el secretario de Estado Lucas Alamán al Congreso de México en sesión secreta. México, 8 de marzo de 1830, remitido por Butler a Van Buren. *México, A. Butler*, vol. 5, doc. 2 y anexo al doc. 3. NAW.

¹⁰ Segunda conferencia entre Butler y Alamán, México 10 de julio de 1832. *México, A. Butler*, vol. 5, s/n. NAW.

y la impresión o ilusión que sus mentiras causaron en los Estados Unidos y de manera muy especial en su presidente. “Todo llegará a su fin y bien” decía el 20 de octubre de 1834 y en febrero de 1835 continuaba, sin el menor pudor, anunciando que en pocos meses obtendría resultados y además daba su palabra de honor en cuanto a que Texas estaría en manos del presidente antes de que terminara su mandato.¹¹

Es de creerse que Butler entró en una verdadera crisis pues en su fantasía y desesperación llegó a crear un personaje influyente ante Santa Anna, el cura Ignacio Hernández, de remate confesor de la hermana, que mediante medio millón resolvería todos los problemas.

Entre tanto, México seguía reclamando el respeto a los tratados sin hacer modificaciones a la frontera y sólo aumentó un artículo en el tratado para, de acuerdo con él, señalar la divisoria sobre el terreno. Este fue el arreglo por parte de México con que Butler partió a su país para volver a insistir en Washington sobre Ignacio Hernández y sus condiciones, para llevar a cabo todos los arreglos en el cambio de la frontera.¹² El presidente norteamericano debió aceptar las explicaciones del ministro puesto que le respondió oficialmente indicando que, sólo en caso de una actuación inmediata, sin pérdida de tiempo, le autorizaría a proceder pues no se tenía gran fe en sus proposiciones.¹³

Cuando Butler regresó a su puesto mexicano los tratados de frontera estaban listos para el intercambio de las ratificaciones. El ministro todavía insistiría para que le dijeran cómo modernizar el concepto de transcontinentalidad. Así fue como Butler y Jackson concibieron la frontera definitiva entre nuestras dos naciones, adelantándose a los acontecimientos pues en agosto de 1835, apenas, Texas había negado su obediencia al gobierno mexicano.

El nuevo concepto de frontera concebido por Jackson y por Butler la extendía a lo ancho del continente y cubría, en el Pacífico, las necesidades de unos Estados Unidos modernos, que requerían del puerto de San Francisco para las pesquerías. La

¹¹ Butler a Forsyth, México, 26 de febrero de 1835. *México, A. Butler*, vol. 6, s/n. NAW.

¹² Butler a I. Hernández, México, 17 de marzo de 1835 y viceversa 21 de marzo de 1835. *México, A. Butler*, vol. 6 s/n. NAW.

¹³ Forsyth a Butler, Washington, 2 de julio de 1835. *México, Instructions*, vol. 15, p. 49-50. NAW.

línea fronteriza seguía pues el paralelo 37 en vez del 42 desde un mar a otro. Se hablaba de compensar con un millón de dólares adicionales los terrenos que se traspasaran. De hecho, se establecía la base de lo que sería la frontera al final de la guerra de 1847 y de las relaciones futuras de los Estados Unidos con el Oriente. Pocos perfiles modificarían y completarían la línea en adelante.

El periodo de Butler y el del tratado de Guadalupe Hidalgo fueron definitivos para establecer la línea divisoria definitiva. Si Butler no hubiera hecho otra cosa sería por ello, de todas maneras, un personaje clave en la historia de las relaciones. Fue capaz de proyectarse diez años hacia el futuro y se adelantó a los acontecimientos de 1847 que cerraron el primer capítulo de la expansión norteamericana en su periodo de “imperio territorial”.

Si bien es cierto que Poinsett dejó a su país una política que los Estados Unidos siguieron fielmente, no lo es menos que Butler ingenió usar de las reclamaciones como nuevo instrumento de coerción en contra del gobierno mexicano con el fin de presionar los resultados a su voluntad. Usó reclamaciones de todo tipo, incluso las no apegadas a la realidad que lograron producir zozobra y finalmente causaron establecer tribunales internacionales de arbitraje con el fin de colocar a México en una situación de dependencia económica de los Estados Unidos, de la que en mucho tiempo no se podría salir.

Es indiferente que las reclamaciones fueran o no justas y también lo es que se basaran en situaciones reales. De hecho, derivaron de la fantasía característica del diplomático que nos conmueve. Tanto los tribunales como los embajadores que le siguieron dudaron en cuanto al valor real de las reclamaciones promovidas y presentadas por Butler y apoyadas en toda clase de razones y sinrazones. Aunque México procuró eludir esa discusión con todos sus recursos, incluso la resistencia pasiva, el capítulo fue muy largo y muy exagerado con relación a la realidad. A la larga la nación tuvo que entrar en la discusión e incurrió en el fatal compromiso económico que la sujetaron con nuevas ligas a los Estados Unidos. Desde 1832 la turbulencia política mexicana recurrió a las manifestaciones antiamericanas que Butler recogió con paciencia y presentó al gobierno mexicano, pero desde 1836 se convirtieron en tema central de la discusión entre las dos naciones. De hecho se usaron como cortina de humo para solapar

sucesos como la independencia de Texas y su anexión, llegando incluso a utilizarse como excusa para la invasión del territorio mexicano, en vista de que no se hacía justicia a los ciudadanos norteamericanos ofendidos y residentes en el país.

En 1836 las reclamaciones se convirtieron en tema central de discusión. Mientras México destacaba un enviado especial que las tratara en Washington, Texas se levantaba en guerra y comenzaba la ayuda de ciudadanos norteamericanos a los sublevados. Sin embargo, las reclamaciones presentadas por Butler no se alcanzaron a resolver. Retiraron a Butler y el nuevo representante amenazó, recién llegado, con su retiro si no le resolvían las reclamaciones pendientes. Vinieron nuevas listas que recogieron todas las ocurridas desde 1831. El nuevo ministro se retiró en diciembre y ese mismo año Nacogdoches fue ocupada por el general Gaines al frente del ejército de los Estados Unidos.

Restablecer las relaciones exigía arreglar las reclamaciones y en ello se insistió durante 1837, mientras se planeaba el reconocimiento de la república texana por los Estados Unidos. Ahí surgió la no intervención, otro de los principios de la política mexicana que insistía en que no ayudaran a los texanos porque el reconocimiento de aquella república significaba una intervención en un asunto interno nacional grave porque la calidad de nación no se concedía a Texas.

El 23 de diciembre de 1837, México propuso terminar con las reclamaciones sometiéndolas a un arbitraje. La discusión se prolongó y ocurrieron los conflictos con Francia en 1838, también motivados por reclamaciones y, al aclararse el horizonte, resultó que Texas, apoyada por los Estados Unidos, había declarado el bloqueo de los puertos mexicanos y que naves de guerra norteamericanas se hallaban dispuestas ante Veracruz.

Poco resultó del tratado de arbitraje que tuvo lugar en 1839 y otro ministro, Waddy Thompson se hizo ilusiones de que México tendría que entregar California y Texas a los Estados Unidos para satisfacer los pagos pendientes. Hubo que volver a discutir reclamaciones a partir de octubre de 1842 y esta vez, cuando se estableció la obligación económica en la convención del 30 de enero de 1843 fue más onerosa. El propio ministro Waddy Thompson se vanaglorió de haber impuesto condiciones más duras que las propuestas por su gobierno en sus instrucciones.

Fue a raíz de esta convención cuando tuvo lugar la agresión del comodoro Jones, con su escuadra, al puerto de Monterrey y, por otra parte, fue ocupado el puerto de San Diego. Además, ya surgía el tema de la anexión texana a los Estados Unidos. Los esfuerzos norteamericanos se redirigieron en busca de una negociación por la que México reconociera a Texas independiente dejándola libre para actuar como quisiera; y se comentaba con desenfado que la anexión se propondría cuando se preparara a la opinión pública para el próximo periodo de elecciones.

En enero de 1845 se proclamó la ley que permitía la anexión de Texas en los Estados Unidos y el Congreso de México la consideró lesiva. A la par, en los Estados Unidos se aprobó el pacto de seguridad en favor de Texas mismo que se mantendría hasta terminar el procedimiento burocrático de la anexión, para protegerla de México. Así tuvo lugar la situación de hecho prevista por México, pero todavía había necesidad de dar una razón clara y concisa, que fuera comprensible a la mentalidad común del pueblo norteamericano. Por eso se colocó y usó con habilidad la bambalina de las reclamaciones. El representante de México en los Estados Unidos, Juan Nepomuceno Almonte, antes de retirarse de Washington acusó el procedimiento por considerarlo un despojo. La anexión fue aprobada en febrero. La situación se mantuvo hasta junio cuando las cámaras texanas resolvieron prepararse para la anexión y quedaron en espera de la declaración de guerra por parte de México.

La espera y la guerra de nervios sufrida por México fue de tal magnitud que, al presentarse la resolución de guerra, se acogió sin entusiasmo.

En agosto de 1845 llegó al poder el general Herrera con su secretario de Relaciones, De la Peña, que fortaleció la política pacifista y causó la impresión de que el gobierno se inclinaba hacia un arreglo con los Estados Unidos. Confusión que provocó la llegada del comisionado oficial norteamericano John Slidell con la pretensión de reanudar relaciones aunque, si no hubiera entendimiento, volverían a amenazar con medidas enérgicas. Slidell no fue aceptado en México por razones burocráticas y esa intransigencia justificaba una mayor dureza en el problema de las reclamaciones. Slidell llegó a ofrecer como última posibilidad un arreglo de los problemas económicos del gobierno mexicano a cambio de un tratado de fronteras favorable. Se contestó ne-

gando el “placet” pendiente y el general Paredes, en marzo de 1846, lo volvió a negar cuando subió al poder.

El congreso norteamericano acordó en mayo de 1846 la declaración de guerra en contra de México aclarando que la paz era la finalidad perseguida y los ejércitos se movieron.

Finalmente, al iniciarse la guerra de 1847, se hablaba de la necesidad de hacer justicia a los sufridos y pacientes reclamantes norteamericanos residentes en México, porque se interrumpieron los pagos establecidos por la convención de 1843. Este fue el motivo aparente, inmediato, de la guerra pero detrás estaba el largo recorrido de la expansión de los Estados Unidos, la trascontinentalidad, la previsión de lo que podían ser los Estados Unidos contando con los puertos de la costa oeste, San Francisco y San Diego en California, que los lanzarían al oriente. Para ello hubo necesidad de comenzar por la anexión de Texas y las tierras intermedias de Nuevo México.

De esa manera se redondeó, con apoyo en el Destino Manifiesto y su complemento de la Doctrina Monroe, pero además con un misticismo puritano, el nuevo concepto de lo que debían ser los Estados Unidos modernos.

Nicholas P. Trist salió hacia los Estados Unidos después de tramitar el tratado de paz, el 12 de febrero de 1848, con el documento en su equipaje. Las ratificaciones se intercambiaron el 30 de mayo del mismo año.

La nueva frontera, aparentemente surgida de la guerra y del tratado, propuesta por los Estados Unidos y discutida por Nicholas P. Trist, fue el resultado de la experiencia adquirida y aplicada por los Estados Unidos en su expansión sobre tierras habitadas por indios, que se aplicó a tierras mexicanas cuando, puestos a un lado los razonamientos jurídicos fueron sustituidos por métodos prácticos de cuya eficacia daba fe la historia.

XVII. ¿PAN-LATINISMO, PAN-HISPANISMO, PAN-AMERICANISMO, SOLIDARIDAD?

Al revisar la bibliografía que existe en torno a Hispanoamérica o Latinoamérica como tema, encuentro que toda ella viene en apoyo del estudio hecho por el conocido historiador John Leddy Phelan titulado “pan-latinism, french intervention in Mexico (1861-1867) and the genesis of the idea of Latin America” publicado en *Conciencia y autenticidad históricas* (México, UNAM, 1968). El trabajo tiene el interés de recoger una prolongada investigación producida a partir de un año de beca en Francia y posiblemente trabajos posteriores para llevarlo a su última forma. Ahí entra el detalle del significado y de la raíz política y filosófica que tiene el vocablo de Latinoamérica y se ve, con claridad, que el apelativo surge como una novedad, independiente de Hispanoamérica, debida a la filosofía y diplomacia comercial establecida desde los sesenta por el economista francés Michel Chevalier de raíz sansimoniana, que vivió entre 1806 y 1879 convirtiéndose en uno de los consejeros de Napoleón III.

Ni que decir tiene que con anterioridad a Chevalier el vocablo Latinoamérica no se usó como apelativo ya que los nombres clásicos históricos fueron las *Indias* y el *Nuevo Mundo* en el siglo XVI, *América* aplicado al continente por los enemigos del imperio español en el siglo XVIII connotando su reto al monopolio de la tierra y la riqueza y, finalmente en los años sesenta del siglo XIX apareció el apelativo de *Latinoamérica*. Si bien se ha sostenido en ocasiones que se trataba de establecer una relación cultural del mundo latino, tenemos que aceptar que no la hemos encontrado sino que, por el contrario, todo se basó en propósitos comerciales, políticos y estratégicos relativos a la política europea y al margen de la americana.

En los años en que se habló de *Latinoamérica* y de *pan-latinismo*, Francia todavía era la segunda potencia mundial financiera e industrial de la mitad del siglo XIX en Europa. Su solidez

económica y la industria francesa habilitaron a Napoleón III para emprender las grandes y costosas empresas ultramarinas en puntos tan diversos como Suez, México e Indochina que no vamos a describir por conocidas, pero que nos recuerdan, en cierta forma, los anhelos imperiales de Napoleón I.

Tanto Chevalier como Napoleón III se identificaron con la escuela socialista de Claude Saint Simon y de Charles Fourier. Socialistas utópicos que buscaban promover nuevas formas de comunicación, particularmente comercial, haciendo uso de los grandes canales que ingeniaron. De manera visionaria, también realista, estaban animados por el ideal de servicio a la humanidad, al igual que por el deseo de promover proyectos y negocios lucrativos para su propio país. Fue su entusiasmo el que precipitó la construcción del canal de Suez y, después, ese mismo entusiasmo derivaría en los proyectos para la construcción del canal interoceánico en América que constituyó una de las fuentes del interés napoleónico en favor de la expedición mexicana.

Desde 1855 Chevalier delineó el programa geo-ideológico que serviría de base nacional a la expansión económica francesa tanto en América como en el Lejano Oriente. En ese programa dividió a Europa en tres grandes unidades raciales y culturales: 1- la de los germanos y anglosajones situados en el norte de Europa, 2- en el sur, la compuesta por las naciones latinas y 3- la de las naciones eslavas de la Europa Oriental. Concibió que cada uno de estos bloques se regía por una nación y éstas eran Inglaterra, Francia y Rusia y con ello eliminaba a España y Portugal.

La unidad latina era apoyada en el origen común latino de las lenguas y en el catolicismo romano que servía de aglutinador de la tradición lingüística en la misma forma que el protestantismo unía a los pueblos anglosajones, sin prescindir del origen racial de cada una de las unidades.

Francia, a pesar de sus elementos teutónicos resultaba culturalmente orientada hacia las naciones latinas del sur de Europa y la dicotomía que se hacía entre anglosajones, latinos y se proyectaba también a América donde se hallaban anglosajones y protestantes enfrentados a las naciones hispánicas del Nuevo Mundo, que pertenecían al bloque católico latino del sur de Europa. Según Chevalier, en el siglo XVIII las naciones anglosajonas atacaron a los países latinos y, tanto Francia como España, habían sufrido serios reveses a manos de los ingleses. Pero la

aparición reciente de Rusia como cabecera de su área abrió otra amenaza al mundo latino y con ello se producía una lucha tripartita por los mercados mundiales en que los anglosajones y los eslavos trataban de desalojar a los franceses tanto de América como del Lejano Oriente. Para detener semejante peligro, Chevalier concebía necesario organizar la hegemonía en el mundo latino, misma que pertenecía a Francia desde Luis XIV. Para ese propósito había que levantar de su letargo a los latinos, pues de lo contrario serían absorbidos por los anglosajones y los eslavos. Francia estaba capacitada para asimilar la ciencia moderna y la tecnología aplicada por los anglosajones de manera que la podría adaptar al temperamento y tradiciones latinas.

El *Pan-latinismo* de Chevalier sirvió para convertirlo en el principal defensor de Napoleón III al emprender la expedición mexicana de 1861 a 1867. Y la propia política napoleónica se basó en la filosofía razonada *pan-latina* pues era su interés construir y reforzar el prestigio de todas las naciones latinas. Podría pensarse en la generosidad de Napoleón pero no había tal. Al encabezar Francia el movimiento, insistió en que España fuera reconocida como potencia de primera clase porque ello significaba ganar otra nación latina en el concierto europeo.

Asimismo su intervención en Italia, que terminó por establecer la unidad italiana, creó otra entidad latina y por lo tanto otro aliado.

Otros aplaudieron la política francesa en Rumania, que contribuyó a la aparición de la independencia *de facto* de ese principado, como un muro *latino* en contra de la posible expansión eslava.

Para Chevalier la expedición mexicana tenía sobre todo el objeto de crear una barrera a lo largo del Río Grande en contra del avance anglosajón y los soldados franceses fueron a América para recuperar la *latinidad* de la América Hispánica. Era necesario en consecuencia consolidar un gobierno para establecer el dique pues de lo contrario la anarquía tradicional mexicana facilitaría la conquista de los territorios de la nación por los Estados Unidos, anglosajones.

La filosofía enunciada facilitaba a Napoleón III una política estratégico-económica y también más racial que cultural, y la guerra civil de los Estados Unidos dio la oportunidad circunstancial a Francia para crear las pretendidas condiciones de estabilidad

política necesarias en México. Orientar a México hacia el *pan-latinismo* resultaba ser un *sine qua non* francés porque a la vez garantizaba, por fin, la parte que le correspondía en la explotación de riquezas del Nuevo Mundo y, en la mente de Chevalier, el *pan-latinismo* y los intereses económicos de Hispanoamérica eran interdependientes. Con relación a los Estados Unidos se concretó la virulencia de Chevalier pues, indignado por el aislamiento diplomático francés, consideraba que la única salvación de los franceses consistía en enfrentar a los Estados Unidos con los ingleses y mantener el entendimiento París-Londres, que fue uno de los objetivos cardinales de la política internacional napoleónica. En cambio no se consideró el significado de Prusia para el futuro de Francia. Ese error se hizo notar en breve y con claridad en 1870.

Con este trasfondo, resulta de importancia extrema el análisis de las instrucciones al general Forey fechadas el 3 de julio de 1862, de las que se desprende cómo la empresa mexicana, "*la plus belle pensée de mon regne*", significaba:

1- Lograr las materias primas para las fábricas y el comercio francés.

2- Que los Estados Unidos no reinaran en el Golfo de México, que era el centro de concentración de los productos americanos.

3- Que si México lograba conservar su independencia y su integridad y establecía un gobierno estable, naturalmente asistido por Francia, ello devolvería el prestigio y el poder a la raza latina establecida al otro lado del Atlántico.

4- Que habría una poderosa injerencia francesa en Centro América para ayudar al comercio de ciertos mercados importantes, al proporcionar materias primas esenciales para la industria francesa.

5- Que por haber sido regenerado por Francia, México siempre le sería favorable por simple gratitud y por aunar los intereses de los mexicanos con los franceses.

6- En Francia, México encontraría, además, el apoyo necesario para relacionarse con otros países europeos que le conviniere.

Las afirmaciones que preceden, como explicación a Forey, de la importancia de la tarea que le encargaban, revelaban el verdadero interés de Napoleón III en la política mexicana pues, entre líneas, se daba a entender que el capital y la tecnología francesa

serían capaces de explotar la riqueza mexicana tan perseguida durante siglos por Francia, con ventaja sobre todo de Francia en primer lugar y de los hispanoamericanos en segundo lugar.

La construcción del canal interoceánico, ambición de Napoleón III, podría emprenderse y Francia siguiendo la ideología sansimoniana promovería el desarrollo más racional de los bienes americanos y a la vez ganaría buenos francos.

Con su *pan-latinismo* Francia producía, según Napoleón creía firmemente, un dique geo-ideológico ante la penetración anglosajona y, por detrás de todo ello, materializaba el sueño de explotar la riqueza americana en favor de la humanidad y de la prosperidad de Francia.

Se trataba pues a nuestro parecer, sin duda alguna, de abrir la rivalidad entre los Estados Unidos y Francia en el campo comercial y en el de la producción, sin haber ningún signo de generosidad o de cultura en la proposición. Esas fueron las bases para la invasión militar en México cuyas fechas ya dimos, seguida de la instalación del gobierno monárquico de Maximiliano, sucesos históricos contra los que se enfrentó Juárez, como es bien sabido.

Se nos ocurre pensar en que se encuentran dos tipos de aglutinación: los que partieron desde dentro respondiendo a problemas internos del continente hispanoamericano y los que partieron de fuera y con intenciones muy diferentes cada uno de ellos.

Los internos se debieron a una búsqueda de solidaridad y comenzaron a manifestarse cuando Bolívar fue a buscar esa unidad continental en Panamá el año de 1826. Con inspiración parecida siguieron los intentos mexicanos de 1831, 1838 y 1840. Otros de significado parecido ocurrieron en diversos países como el de Lima en 1847, Santiago 1856, Lima 1864, otra vez en Lima 1878, Caracas 1883, Montevideo 1888, Caracas 1911 y Buenos Aires en 1917. Todavía ahora está en pie la reunión de Contadora por el problema centroamericano. Aparte, los hubo en gran número en América Central. En muchas ocasiones fue el temor a peligros externos o la necesidad de tomar medidas defensivas lo que incitó esas reuniones. En ellas se desarrollaron además leyes internacionales trascendentes para el continente y se mantuvo la costumbre de asociación que, de por sí, ha tenido importancia. La naturaleza de estas reuniones disiente en

mucho del significado del *pan-latinismo* francés que, si bien tuvo importancia suma, pues auspició la entrada de los ejércitos y de Maximiliano en México, fue motivo de imitación por otras naciones. Al final del siglo nos encontramos con la aparición de otros movimientos nacidos de la política extranjera que en su mayoría tuvieron poca o nula trascendencia, el *pan-hispanismo*, puesto en voga en la época de Franco, y el *pan-iberoamericanismo*, pero uno de ellos el *pan-americanismo* merece unas palabras aunque salga, desde el punto de vista estricto, del tema tratado. Sin embargo, la idea en sí, puede achacarse a un desarrollo de la idea francesa efectuada en los Estados Unidos con propósitos diversos aunque, en cierta forma, constituya una réplica de los anhelos franceses. El *panamericanismo*, que incluyó a los Estados Unidos, tuvo el propósito de ir en busca del reconocimiento de la solidaridad entre las naciones independientes del hemisferio americano. No deja de tener importancia el hecho de que su primera reunión tuviera lugar en Washington en 1889 donde se constituyó el organismo. Luego siguieron otras reuniones en México en 1901, en Rio de Janeiro en 1906, Buenos Aires 1910, Santiago 1923, La Habana 1927, Montevideo 1933, Buenos Aires 1936 y las demás, hasta la fecha, que no vienen al caso.

Reuniones, las *panamericanas*, que se complementaron con otras dedicadas a temas específicos como finanzas y educación.

El *panamericanismo*, en muy frecuentes ocasiones, ha sido criticado y ridiculizado por considerarse durante mucho tiempo el instrumento al servicio del imperialismo norteamericano en vista de que la asociación estuvo fuera de equilibrio, por la riqueza de la nación norteamericana y porque dependió en mucho de la cuota estadounidense que lógicamente siempre fue la mayor. También fue inevitable que la afinidad entre las naciones hispanoamericanas, o iberoamericanas, para incluir al Brasil, sintieran mayor afinidad entre ellas que con los Estados Unidos, que poco han tenido en común con los hispanoamericanos, excepto habitar en el mismo continente por lo que, desde un principio, fueron no gratos en las reuniones auténticamente *hispanoamericanas* desde los tiempos de Bolívar y, cuando fueron admitidos lo fueron con cortapisas y reservas. La razón para la falta de identificación con los Estados Unidos estriba en la proyección de sus políticas económicas e imperiales sobre Hispanoamérica y Brasil pero, además, en la postura egoísta adoptada por los

Estados Unidos ante las dictaduras iberoamericanas que en varias ocasiones ha provocado serios altercados dentro de las sesiones.

El hecho es que ciertas nomenclaturas lanzadas sobre el continente: *Latinoamérica*, *Hispanoamérica*, *Iberoamérica*, *América* han producido una extrema confusión, que empeoró cuando en los Estados Unidos se abrieron los estudios de grado y especialización sobre Latinoamérica; y se habló de estudios *latinoamericanos*, queriendo indicar en realidad estudios sobre *Iberoamérica* pues en ellos se trata de las naciones hispanoamericanas y brasileña. Llega el caso que realmente no se puede definir lo que se contiene en la idea de cultura *latinoamericana*, que es el tema de esos estudios. Y de esta confusión hemos sido muchos, incluyendo al que habla, que publicó hace algunos años su libro *Latinoamérica*, cuando realmente se trataba de *Hispanoamérica* y fue un colega norteamericano el que le llamó la atención.

De lo que se quiso indicar con el *pan-latinismo* sólo observamos que ha quedado la confusión que con el nombre produjeron sus autores pues, la ocupación francesa tanto como el imperio de Maximiliano desaparecieron en tiempo relativamente breve, si bien quedaron algunos residuos antropológicos permanentes y una natural tendencia, o curiosidad hacia lo que era la cultura francesa, que venía desde Napoleón III y de la Ilustración, que después influyó con el positivismo; pero no creo que la introducción del positivismo en México fuera obra del *pan-latinismo* de Napoleón III y menos de Chevalier. Esa influencia está ligada a movimientos del pensamiento universal y no a un emperador. Del *panamericanismo* todavía queda la institución en pie, con muchas críticas, y es acreedora a comentarios ácidos por su ineficacia internacional. Poco o nada existe del *pan-hispanismo* o del *pan-iberismo*. Iberoamérica parece tender hacia otros horizontes de los que puede resultar de importancia, si madura, el esfuerzo que se hace para lograr la identidad propia, que hasta la fecha se restringe a una postura académica.

LA GENTE Y SU PUEBLO

XVIII. MI PASO POR LA FRONTERA*

La guerra civil española estaba a punto de terminarse y con ello en el espíritu de todos los republicanos y aun de los indiferentes, se planteaba la terrible interrogante del futuro de la nación. De hecho, poco a poco se reducía un problema general a un problema individual y así, en plena confusión, cuando semejante situación es vivida, hay que tomar la terrible determinación de qué hacer, a dónde ir. Cada quien evaluaba cómo podría subsistir de acuerdo con sus recursos.

En efecto, llegó el final de la guerra. Resulta muy difícil saber hasta qué punto se es verdaderamente consciente de las ocurrencias de la vida y de la inercia de una circunstancia como haber vivido la guerra. Aunque muchos no debieron de haber abandonado sus hogares, es comprensible el miedo cuando se mezcla con valores auténticos del ser humano. Por un lado, esos valores no permitían aceptar el régimen fascista que amenazaba y, por el otro, estaba el legítimo temor de la suerte que se pudiera correr al no escapar del terrible nubarrón que nos perseguía.

Mi padre, entonces miembro del gobierno catalán,** fué a Francia el día anterior a que, para nosotros, se acabara la República, y me encargó ir a pagar a los peones por su semana de trabajo en las excavaciones de Ampurias. Salí temprano de Barcelona en el coche de su escolta que me condujo a cumplir el encargo. Para ir de Barcelona a Ampurias, situada a pocos kilómetros de Rosas, se viajaba por tres horas y media o cuatro, pues había que llegar primero a Gerona y de allí por carretera vecinal se iba al pueblo llamado La Escala. Cumplí el encargo, entregué el dinero al capataz de las excavaciones, nos retiramos

* En el coloquio *Les Français et la guerre d'Espagne*, Perpignan, 1989.

** Conseller de Justicia.

el chofer y yo, en buen tiempo para comer algo en el restaurant de la Nieves, que está en La Escala, a pocos metros del puerto, y luego emprendimos la salida para encontrar a mi padre en Figueras, tal como habíamos convenido, y regresar todos juntos a Barcelona.

Para volver emprendimos la salida del pueblo tomando la subida de la calle principal que, en las afueras, alcanzaba el punto más alto, donde aparecía la belleza del soberbio Golfo de Rosas, con Rosas al fondo y las peñas en el morro, que se distinguen a la derecha. En ellas se abriga el precioso puerto del Estartit y más allá está el Cap de Creus.

Ese escenario, extraordinario, envuelto en el azul del mar y picoteado de blanco por las olas que rompían, al entrar el Garbí después del medio día, fue súbitamente interrumpido por el ruido trágico de los motores aéreos y, poco después, aparecieron los aviones. Raro espectáculo, esa llegada repentina de aviones de guerra sobre un lugar lleno de paz y en un derrotero que nunca antes habían usado.

La carretera, sobre las tres y media de la tarde, se usaba por quienes volvían de su trabajo campesino. Lo más cercano frente a mí era un carro con un caballo, lleno de aperos de labranza y varias personas encima. Por lo menos eran cinco entre grandes y chicos los que iban en el carro. Otros venían a pie con animales cargados de yerba, verduras y flores. Era una contradicción lo bucólico de la escena y el ruido amenazador de los aviones, que nadie esperaba. Peor fue que, ante la sorpresa de los allí presentes, comenzaron a sonar las explosiones a nuestra espalda, cada vez más cerca, hasta que nos adelantaron y lo último que vi fue el carro del caballo con la gente encima. Oscureció y sentí mi cuerpo maltratado, era asfixiante la atmósfera de olor acre... Cuando todo pasó, ...dentro de esa oscuridad, oí caer todas las piedras imaginables sobre el toldo del coche que manejaba. Con gran estruendo caían vidrios, polvo, tierra, todo estaba en el aire y se desprendía. Quedamos vivos porque la parte delantera del coche nos protegió al destrozarse. A nuestros pies quedaron los cascotes de la bomba. A mi lado estaba el conductor del coche, acurrucados los dos, el uno contra el otro. Su voz sonó rompiendo el más absoluto silencio para preguntar: ¿qué le ha pasado? ¡No sé! ¡Salgamos! El coche se había estrellado, afortunadamente, contra la muralla de la montaña, el caballo se

vaciaba sangrando en el suelo, el carromato volcado estaba destrozado y, ¿la gente? ¡No se veía la gente! Habíamos volado con todo y coche al igual que el carro que estaba enfrente y, cuando el polvo y el aire enrarecido se disiparon, observamos alrededor y vimos la tragedia ocurrida. Varias familias estaban esparcidas en el suelo destrozadas en pedazos. Los heridos eran pocos porque, cuando las bombas explotan cerca, no quedan heridos. Algunos gritaban buscando a los suyos y recogían lo que quedó. Todos sabemos que esas cosas pasan, y que los involucrados en esa guerra cruel sobrevivimos por casualidad.

Sin embargo, la naturaleza humana se defiende de tal manera que prefiere ignorar que las tragedias vayan a nuestro encuentro o al de los nuestros. En el brazo llevaba yo, sin saberlo, el recuerdo de esa tarde. Fue un casco de la bomba. Me di cuenta días después, en Francia, al dolerme porque se infectó la herida. Me lo saqué yo mismo para no dar explicaciones.

Logramos llegar a Figueras con los nervios en mala situación y acompañados por mi padre salimos hacia Barcelona y desde la mitad del camino observamos multitudes de gente sobre la carretera. Había una mezcla rara, civiles con todo y niños y bultos, y militares a veces en cortos convoyes, pero sin verdadera formación. Avanzaba la noche. La sorpresa y la anarquía fue cada vez mayor. El viaje se convirtió en interminable: Malgrat, Canet de Mar, Calella, Arenys, Mataró, Masnou, Badalona. Desde Masnou oímos bombas y, al llegar a Badalona, el aire era desgarrado por las sirenas que insistían en la presencia de los bombarderos salidos de Mallorca para, al igual que los de la mañana, sembrar la muerte y desmoralizar nuestra retaguardia civil.

El *stress* del día fue muy violento y no me pesa confesar, con franqueza, que después del salvaje espectáculo matutino y del viaje contemplando gente desperdigada en la carretera, me resultó imposible continuar impávido hasta Barcelona. Pedí que se detuviera el coche y entré acompañado por mi padre y el chofer, vale decir por primera vez, a un refugio antiaéreo. Nunca me sentí tan mal, ni siquiera pensando lo que me podía esperar. El refugio era un túnel en la tierra, con una bajada lodosa donde la gente resbalaba, se alumbraba con alguna que otra vela en los recovecos. Aquel espectáculo de gente empavorecida, que allí se reunió, parecía imposible. Cierto es también que, según sus propios informes, habían estado sometidos a bombardeos continuos

por los aviones fascistas durante las últimas veinticuatro horas. Desmoralizar a la población civil, se estaba logrando.

Por fin... llegamos a Barcelona muy tarde, después de media noche. Quienes nos atendían mostraban angustia en sus caras y consideraban un error nuestra vuelta. Los bombardeos cesaron y dieron lugar a los cañonazos del Prat, de San Feliu y de Hospitalet. Nos aconsejaban salir tal como habíamos llegado. Mi padre trató de llamar a oficinas de gobierno. En unos sitios no había nadie. En otros los titulares se habían reunido con sus colegas y no eran localizables. Por fin encontramos a uno de ellos que informó de la verdadera y triste situación. Los observadores del frente indicaron que pronto comenzaría el bombardeo intensivo de la artillería y tomarían la ciudad. Era necesario salir, abandonando todo, lo propio y lo ajeno. Nos mandó un coche el *Conseller de Governació* para que nos llevara a Figueras donde se reuniría el gobierno catalán y a la madrugada, con algo de ropa en una maleta, salimos en ese vehículo.

Largo y pesadoso viaje aquél en un Packard oficial, negro, cuyo paso hacia el norte se veía interrumpido, con frecuencia, por quienes obstruían la carretera esperanzados de que alguien los llevara en su huida. Espectáculo inolvidable eran las caras de las mujeres con los niños a cuestas y los viejos en cantidades inconcebibles cargados con sus pertenencias, únicas que poseían en ese momento, aparte del hambre y el cansancio. Algunos mostraban verdadero dolor en el semblante, posiblemente por la pérdida de alguien o por el terror de lo que venía por detrás y, aún, por el miedo hacia el futuro incierto, que todos enfrentábamos.

Esa población no huía por asesina, eran españoles, gente de principios y valores, preocupada por la sociedad y por la política. Salía huyendo porque no quería aceptar el sistema que gobernaría España, mismo que ya los había victimado. No tenían armas ni comida y abandonaban sus hogares, sus familias y sus tierras por simples principios políticos idealizados. Se antojaban burócratas, clases medias bajas, que en Cataluña siempre abrigaron esperanzas de mejorar. Además, también se les unía el cúmulo de población que, con anterioridad, salió de Madrid, de Valencia y del sur de la propia Cataluña. Todos ellos desalojados y refugiados en Cataluña, que eran desplazados por la presencia y el avance del ejército fascista que subía hacia el norte moviendo la frontera para menguar el territorio libre existente en-

tre el fascismo y la República francesa. Era una frontera móvil que desplazaba a la población civil temerosa, tal como sucedió en otras fronteras del mundo; como sucedió en la castellana y extremeña durante la Reconquista, donde se desplazaron las poblaciones árabes frente al empuje de los cristianos; o en la estadounidense cuando la famosa marcha, extensión para nosotros, hacia el oeste en el siglo XIX. También ahí el historiador observa una población indígena obligada a huir mientras sus territorios fueron ocupados por los anglosajones (los famosos *frontier's men*). O el ejemplo de la Conquista castellana en el mundo indio de la Nueva España que se retrajo a la par que avanzaban las huestes cristianas movidas por la Conquista y la Evangelización. El mismo fenómeno contemplamos aquí al llegar a la frontera francesa: vimos una población que avanzaba, la del ejército franquista, sus servidores, sus burócratas, sus fuerzas policíacas y sus organizaciones políticas, que se harían cargo del terreno ocupado. Frente a ese avance la población republicana se retiró para, finalmente, ser arrinconada y estrellarse contra la frontera de Francia intentando ponerla de por medio entre ellos y los fascistas, a pesar de los obstáculos que, en un principio, se impusieron en contra de ellos: pasaportes, visados, cartas de buena conducta, recomendaciones. Todo estuvo a la orden del día, además de las fuerzas paramilitares en la línea fronteriza. La frontera fue reforzada con los *gardes mobiles*, vestidos de guerrera negra, azules los pantalones *bridges* y polainas hasta la rodilla, de cuero negro, igual que sus correajes de los que pendía un enorme estuche de pistola, también negro.

Así se intentó detener, al principio, la entrada de los refugiados republicanos a Francia, con arrogancia, crueldad y altanería.

Los refugiados que se retiraban, a pie, se acumularon en el campo entre La Junquera y Le Perthus. En efecto, había llegado un momento en que aquellos *gardes mobiles* no pudieron sostener la presión de los refugiados, que presionaban formando una masa aterrorizada que rompió las filas.

Cuando yo pasé me *atendió* el guardia móvil que “ayudaba” al aduanero, revisaron nuestro pasaporte. Ordenó bajar las maletas de mi padre y mía, que traíamos con la ropa, nos pidió armas, tomó mi maleta y la vació en el suelo. Mano a mano tuvimos esta conversación, que siempre he recordado: él me dijo “*Ramassez ça et partez de suite*”. Yo le contesté: “*Merci Monsieur*”.

Faites attention, après ces pauvres gens, viennent les fachistes. La France n'est pas loin d'avoir le même problème". Me contestó, con mal humor, mientras yo recogía mi ropa desparramada en el suelo: "*Partez, la France est bien gardée*". No mucho después estallarían los problemas también en Francia. Subí al coche y salimos hacia Perpignan.

Al día siguiente era noticia cómo los refugiados reventaron la frontera y cómo los guardias móviles, al verse impotentes frente a la avalancha, los dejaron pasar. Pero no dijeron cómo, más abajo, los fueron dirigiendo y empujando hacia la costa.

La entrada de una masa de población hambrienta y en volumen considerable representaba un problema grave para Francia. El Departamento de los Pyrennées Orientales se enfrentaba al problema, o mejor dicho, no se enfrentaba con él en vista de la solución que le dio. Alejar la población refugiada del área fronteriza francesa era una medida lógica para evitar compromisos con quienes los perseguían. Pero, al alejarlos hacia el mar, los arrinconaron en la playa y los rodearon con una alambrada de púas (el famoso *fil de fer barbelé*). Las autoridades encomendaron su vigilancia a los *gardes mobiles*, que se reforzaron con soldados senegaleses para formar un cordón que los aislara del resto de Francia. "*Personne ne parte pas, sauf pour retourner en Espagne*". Ante esa situación muchos lo hicieron.

Así comenzaron los campos de concentración de Argelès y Le Barcarès a donde los refugiados llegaron, como dije, a pie. Ahí se dormían excavando en la arena para no estar sobre la superficie de la playa cruzada por el aire huracanado y se cubrían con papel periódico. Generalmente se comían garbanzos de los que daban y se cocinaban sobre la playa con escasez de agua. Muchos se enfermaban, a veces intoxicados por la comida y otros con problemas gástricos debidos al agua salobre. Ahí fue a dar todo el mundo de todos los quehaceres y niveles, incluso los intelectuales; ahí estuvo y murió, apenas liberado del campo, en su pensión, el poeta Antonio Machado. Irritado por el trato recibido, cuando la embajada mexicana mandó un comisionado para reclamarlo y llevarlo como refugiado político a su misión en París, insistió en quedarse para evitar el viaje flanqueado por dos soldados franceses hasta esa capital. "Se hace camino al andar..."

Los que llegaron a Perpignan pasaron verdaderos traumas para mantener en regla sus documentos y los famosos "papiers",

que pedían los guardias cuando los encontraban en la calle. Era inevitable, aunque no habláramos, que nos reconocieran por el tipo de ropa que usábamos. Al caer la noche empezaba la maniobra policíaca y nos cazaban como conejos. Se hacían redadas en que la *Garde Mobile* aparecía en los extremos de las calles y, cerrándose, solicitaba la documentación a quienes no eran franceses. A la menor duda, se les embarcaba en un vehículo para internarlos en el campo de concentración. Era ésta la forma de “limpiar” Perpignan de españoles. Tuvieran o no dinero para mantenerse, lo importante era que mostraran los papeles y que éstos, estando en orden, convencieran además al guardia, pues de lo contrario...

Para que se sepa hasta dónde llegaron los franceses de Perpignan para ayudar, en vista de la afrenta tesonera de la policía, por donde yo vivía se instalaban unas damas que hacían lo que, vulgarmente dicho, se llama *le trottoir*. Todos los días, a la caída de la noche y en vista de la situación, eran ellas las que avisaban de la aparición de la *autorité* para que los refugiados desaparecieran de la calle. Si alguno no lograba hacerlo a tiempo, lo tomaban por el brazo y lo escondían en su casa, lo que resultaba muy comprometedor para ellas. ¡Benditas sean! Escenas como éstas abundaron.

Mientras tanto la situación de los campos de concentración fue cada vez peor, la gente moría y las enfermedades eran constantes. Los vigilantes tuvieron necesidad de apoyarse en los médicos españoles internados, por supuesto sin las medicinas para ayudar debidamente con su profesión.

De tal forma era grave la situación de nuestros compatriotas en los campos de concentración que se formaron delegaciones de los exgobiernos catalán y republicano en el exilio en cuanto pudieron. Desde Perpignan esos delegados gestionaban la libertad de los internados. En unos casos se ayudó a volver a quienes pudieran hacerlo, porque resultaba difícil sostenerse en el extranjero. En otras ocasiones se hicieron gestiones prolongadas por días y semanas ante las altas autoridades del *Département* para que permitieran la libertad de personalidades que fueron atrapadas en los campos. Primero se hacían gestiones en París ante el gobierno francés del *Front populaire* que, generalmente daba el permiso. Aprobando listas de gente, decía que daba la orden al *Préfet*. Luego, en Perpignan, se visitaba al *Préfet* que igno-

raba la existencia de tales órdenes y oponía toda clase de nuevos obstáculos. Cuando se le acosaba con personajes de los exgobiernos autorizaba, finalmente, a su secretario para que expidiera el permiso solicitado; pero entraban en operación los burócratas que retrasaban mañosamente la documentación de semana en semana. Para ello se empeñaban en llenar nuevos registros de cada persona con el nombre, el número de pasaporte, los rasgos y todo lo posible. Cuando se lograba la orden, ésta iba al director del campo que debía autorizar la salida; y se volvía a retrasar, porque el director era invisible. A veces la tardanza fue de tal duración que no se llegó a tiempo para sacarlos con vida. Cuando hubo éxito y se lograba la aprobación de una lista de personas que se ponían en libertad, generalmente no sobrepasaba de los veinte o veinticinco individuos, había que alquilar un autobús que los transportara. Unas veces nos los entregaban todos y otras no y continuaba el horrible calvario: al llegar a Perpignan se interponía una barricada de la *police*, reforzada con los de la *garde mobile*, que detenían todos los coches y transportes sospechosos de llevar refugiados, aunque viajaran en vehículos franceses. Los hacían bajar a todos y los devolvían al campo de concentración, después de que se habían ilusionado con la libertad. Los guardias ignoraban la autorización de la prefectura que, con tanto trabajo y dificultad, se obtuvo. Eso sucedió cuando me ocupé de sacar a una veintena de intelectuales entre los que había personas muy ancianas. Por fortuna viajé en un coche aparte pues, cuando me acerqué a los policías para protestar de que les interceptaran el paso, a empujones me querían subir al camión con todos ellos. De esa manera, resultaba difícil tratar de ayudar a la gente.

Ahora bien, a gran distancia me he preguntado muchas veces, después de haber estudiado otras fronteras, como la de los Estados Unidos con México en la que hay una superposición cultural en zonas muy amplias, tanto de un lado como del otro, ¿por qué la situación de la frontera francesa con España se distingue en el sentido de que el espacio de superposición es mayor en el lado francés que en el español? Hablo, claro está, de lo que concierne al área catalana y rosellonesa. En el espacio habido desde la frontera política hacia el norte hasta, más o menos, Toulouse, mi impresión fue que los *bourgeois* de pensamiento avanzado, sin que fuera necesario que llegaran a ser extremistas, nos favorecieron como lo hizo el profesor Philippe Hélène y su señora que nos

acogieron en su casa, en paz descansan; incluso hacían el esfuerzo de hablarnos el “catalán”, rosellonés, como una muestra de identidad. Como el catalán francés está bastante lejos del catalán peninsular, a pesar de su parentesco, no olvidaré los comentarios de una *paisanne*, cuando nos explicaba las peripecias amorosas de sus conejos, diciéndonos con vocales sumamente abiertas: “*ce n’est pas une raison, que parce que le lion es plus fort que le lapin, la llapine s’en aille avec le lion*”.

Creo necesario dividir mi impresión de la población encontrada en la frontera francesa en dos grupos de seres humanos: por un lado los representantes del poder que nos recibieron en la frontera y por otro la población civil francesa. No me equivocaré al decir que esos representantes del poder no procedían de los propios Pyrennés Orientales sino de otros lados del país y que de ninguna forma simpatizaban con el problema español. Aún menos con los republicanos, que se constituyeron en una molestia dentro de sus rutinas militares. Sus superiores eran muy conservadores, procedentes de Saint Cyr, la famosa academia militar, y los subordinados reflejaron el pensamiento de los superiores.

Por otro lado estaba la, para mí, verdadera población de los Pyrennés Orientales compuesta tanto por los roselloneses como por los mestizos de francés y catalán rosellonés muy sensibilizada con el problema español, unos en favor y otros en contra. Fenómeno natural éste, no sólo por la proximidad sino también por la viejísima tradición histórica.

La cordillera del Pirineo generalmente formó una unidad que incluía sus faldas al norte y al sur. Los movimientos de población fueron frecuentes en su historia desde el siglo IX, al ser invadida Cataluña por los sarracenos y huir la población, como en 1939, hacia el norte para irrumpir en Francia, entonces el Roussillón. Además, en Cataluña existió un corredor de comunicación económica, bien estudiado por Jaime Vicens Vives, entre el mundo sarraceno y el sur del Rousillón. Después de la batalla de Poitiers comenzó la reconquista de la zona hacia el sur y se formaron la Marca Hispánica y los condados catalanes. Por eso se encuentran familias que habitan indistintamente uno y otro lado de la cordillera y conservan una relación efectiva entre las comarcas. Más tarde, al principio del siglo XVI, se alió la casa de Foix con Fernando el Católico, por el matrimonio de Germaine

de Foix sobrina del rey de Francia, después de haberse firmado por ambos reyes, Fernando de Aragón y Luis XII de Francia, el tratado de Blois en 1505. El Rousillon y Cataluña, aparte de estar emparentados, siempre han sostenido una relación abierta, por debajo de las políticas y de las conveniencias nacionales de ambos lados.

Otro buen ejemplo, posterior, es el caso de José de la Borda nacido en Oleron que, con su familia, se trasladó a Zaragoza por un problema grave, y desde entonces pasó por español. Este hombre, considerado español, llegó a la Nueva España y, en Taxco, enriquecido por la minería, edificó la magnífica iglesia de Santa Prisca hoy admirada por todos como una pieza fundamental del arte barroco americano.

Así se explica que, por debajo de los guardias y de las autoridades, la población campesina y las clases medias bajas de la región, de cualquier ideología que fueran, ayudaran a los emigrantes refugiados hasta donde les fue posible. Ellos fueron quienes les dieron de comer cuando pasaban frente a sus casas al dirigirse a Argelès y ellos los alojaron y les dieron trabajo a espaldas de las autoridades cuando pudieron.

Creo que el espacio de superposición cultural existe, pero en extensión mayor en el lado francés, que en el catalán. También pienso que ello no se debe al hecho de la simple vecindad, sino que se produce un fenómeno más profundo, provocado por el antecedente histórico de la existencia del propio Rosellón, que tiene su herencia particular local. Por otra parte, del lado catalán, peninsular, concibo que si bien existe un común denominador en ambos lados del Pirineo, también hay diferencia en el sentido de que no veo con claridad la zona de superposición dentro de Cataluña. Es más definida la naturaleza del catalán en España y llega casi inmutable hasta la frontera política actual francesa. La Cataluña hispana ha proporcionado un estado intermedio, que evitó el contacto entre Castilla y Francia y se limaron muchas asperezas que hubieran aparecido en la relación directa con Francia y también con el Rosellón. Mientras Francia y la Cataluña francesa se han superpuesto, la relación difícil de Castilla con Cataluña nunca pudo rozar el Rosellón. Quizá por ello fue más fácil la colaboración y la identidad del Rosellón con Francia –después del tratado de los Pirineos (1659) en época de Luis XIV, cuando esta cordillera quedó como la frontera de Francia

con Cataluña— que la identificación y la colaboración de Cataluña con España. Así, resulta concebible una autonomía catalana en España, mientras es totalmente inconcebible la autonomía del Rosellón de Francia.

Como en todo fenómeno humano complejo, tal como fue la salida de los refugiados españoles hacia Francia, se produjeron naturalmente problemas humanos muy graves que, si estoy en lo cierto, el gobierno central francés no pudo resolver. De ahí las soluciones lamentables que se les dieron. Me atrevo a decir apolíticas, porque no respetaron la realidad de las relaciones históricas, poderosas, existentes entre los franceses del Rosellón y los catalanes de España.

A los españoles refugiados se les hizo mucho daño en Francia y el recuerdo que tenemos de esa época es todavía doloroso, porque fue muy negativo para nuestras vidas a partir de aquel momento. Aún después de haber pasado por los *licées* de Perpignan, de Narbona y por el Louis le Grand, con anterioridad a esa época, y de haber considerado a Francia como el país que dio a la humanidad el *contrato social* y la revolución que inauguró los principios de libertad, vimos, en el cortísimo tiempo que pasamos en Francia, cómo se nos derrumbaron ideales e ilusiones. ¿Cómo fue posible que el país defensor tradicional de la libertad nos tratara de esa forma, cuando sólo habíamos desenmascarado al fascismo y abrimos la lucha en su contra, cuando tan pronto haría tanto daño a las demás naciones europeas, incluyendo a la francesa? Para siempre quedó en nosotros un sello amargo; de hecho nos salvó pensar que durante la estancia en Francia pudimos observar cómo su unidad era muy relativa puesto que se adivinaron dos Francias y que en la de abajo existía la expresión de un pueblo que, al igual que el nuestro, también creía en los derechos del hombre como lo demostraron aquéllos que, *contre la loi*, nos daban de comer, o trabajo, o nos escondían como hicieron las prostitutas de Perpignan. Ese pueblo es el que renació en la lucha contra la invasión alemana para restablecer la libertad de la verdadera Francia.

Habría que pensar en que las relaciones históricas y emocionales entre catalanes y roselloneses deben volverse a avivar, con el fin de que permitan un verdadero intercambio espiritual y cultural entre ambos pueblos tan semejantes y tan distintos al mismo tiempo. Pero haciéndolo con el mayor respeto hacia esa plurali-

dad y esa diferencia que existe a la par y que constituye uno de los grandes atractivos de estos dos pueblos.

XIX. EL SENTIDO DE LA HISTORIA
DE JUAN ANTONIO ORTEGA Y MEDINA.
HOMENAJE EN SUS 70 AÑOS DE VIDA *

Difícil tarea la de presentar a un colega del que pesan más que suficiente sus méritos; y no es por temor, sino por la demasía de los datos sobre su labor. Pero todos los temores son pocos considerando además que se trata de un homenaje, por demás debido, a sus conocimientos, a su colaboración en la investigación de la historia de nuestro país y, aunque al final, no menos importante, a su sentido humano y buen humor que lo caracterizan en el trato con todos nosotros sus compañeros y también con sus alumnos, pues muchos de ellos al igual que yo lo pueden atestiguar.

Los principios de Juan Antonio Ortega y Medina no fueron fáciles, nada es sencillo en esta vida; si pensamos en que nacido en 1913, la primera guerra mundial cubrió su niñez y que su juventud fue la posguerra, podemos ver que en ello había mucho de lo que esa generación tuvo que hacer para salir con bien.

En Málaga hizo sus estudios primarios y medios, y en Madrid se inició en los estudios universitarios interrumpidos por la guerra civil española, para él la segunda guerra de su vida, apenas llegado a los 23 años en 1936. Incorporado, de propia voluntad, al ejército republicano, asistió a la "Escuela de guerra" de Lorca (Murcia) en busca de instrucción técnica en el arma de artillería hasta lograr el despacho de teniente en campaña.

Dos veces herido en combate y de gravedad, fue el resultado y, como perdimos, siguieron los campos de concentración en Francia, que como es natural, frecuentó contra su voluntad. Vida poco agradable hasta poder llegar a México en julio de 1940.

De nuevo el estudio para lograr la licenciatura en historia en la Escuela Normal Superior de esta ciudad, y en la UNAM la

* Leído en la facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, en febrero de 1984.

maestría y el doctorado en la misma disciplina de conocimiento en 1952, cuando se lo otorgó esta Facultad. Aquí es ahora maestro y, en el Instituto de Investigaciones Históricas, investigador de tiempo completo (y hoy siete años después como Investigador Emérito de ese Instituto). Así lo conocemos hoy.

Fácil resulta ver la persona hecha, sin saber de ese largo y brillante historial. A estas horas salta a la vista el trabajo hecho, el prestigio logrado, la escuela que le sigue, pero muchos no están dispuestos a aceptar lo que para llegar a esa situación es necesario hacer y soportar.

Ortega y Medina, como la gran mayoría, tuvo que llegar por propios méritos. No sólo hubo el esfuerzo para terminar la carrera trozada por la guerra, sino para combatir la enorme carga que esa experiencia deja sobre los hombres que logran sobreponearse únicamente con enorme ánimo y fortaleza. Unos lo logran y otros no, viene a mi recuerdo otro colega y amigo de los dos, que fue mi maestro, quien no pudo lograr hacer esa sobreposición, éste fue Ramón Iglesia cuya obra algunos de ustedes han conocido, y por ella pueden darse cuenta de que era un hombre por demás valioso. Para ello, para sobrevivir, Ortega tuvo el arduo recorrido de muchos: quehaceres no relacionados con el mester de la historia, clases en planteles de enseñanza media y traducciones y todo tipo de tareas hasta que con la formalización de la carrera, la obtención de los grados y los honores máximos, entra de lleno en el mundo académico universitario. Como investigador y profesor viaja al extranjero para manejar temas de su interés, asiste a congresos nacionales e internacionales y es el primer trasterrado español que fue elegido, por unanimidad, académico de número de la Academia Mexicana de la Historia. De hecho, una vida lograda que esperamos dure muchos años.

Hasta aquí el hombre que muchos tenemos el privilegio de conocer y debo entrar ahora en los dos aspectos de su obra que me parecen fundamentales: el primero el de la docencia y el segundo el de la investigación, sin la cual la docencia en altos niveles es imposible.

Lograr un aporte académico en lo docente, quiérase o no, es tarea de mucho tiempo si se hace con altura. Jamás puede un profesor al principio de su carrera ser lo mismo que al final de ella, pues hay que llevar a cabo una superación que requiere de esfuerzo a la par que se cumple con el mester paralelo de la

investigación. Pero también hay un cierto arte en el enseñar que no se nos da a todos. Por ello es laudable conjuntar las misiones como ha sucedido en el caso que examinamos.

En ese recorrer de los años Ortega y Medina se logra como uno de los más distinguidos profesores de nuestra facultad al hacer razonar su palabra docta, con su exquisito y suave deje malagueño, en nuestras aulas. A ellas han acudido ya un número muy crecido de alumnos de cuya vocación Ortega ha sido responsable por los conocimientos que les ha brindado. En sus conferencias ha sabido mantener su arte y el interés de su auditorio al versar de historiografía general, del Imperio español en los siglos XVI y XVII, Reforma y Contrarreforma, a la par que en sus seminarios surgen las tesis de sus alumnos por él dirigidos hacia las maestrías y doctorados. Además sus cursillos y conferencias en provincia, en la capital o en el extranjero, han divulgado sus conocimientos sobre viajeros extranjeros en México y la historiografía mexicana del siglo XIX que propiamente inició al analizar la persona y la obra de Carlos de Bustamante.

Los títulos de sus conferencias, que en su currículum cubren tres páginas, nos indican la amplitud de sus intereses y la curiosidad que ha animado a este historiador distinguido que se debate en la Historia de México desde el siglo XVI al XIX.

Pero es de interés observar que las conferencias y los artículos, éstos llenan cuatro páginas, fueron un esfuerzo dirigido hacia la puesta en marcha de trabajos mayores de los que se desprende la tarea trascendente. La bibliografía monográfica resulta inacabable y sólo voy a destacar algunos libros.

Como resultado de su preocupación por la historiografía importan de manera especial: el prólogo a la *Historia de la conquista de México* de Prescott publicado en 1970, el estudio preliminar al *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España* de Humboldt de 1966 y el prólogo a *Cronistas e historiadores de la conquista de México* de Ramón Iglesia de 1972; además del artículo "El historiador D. Carlos María de Bustamante ante la conciencia histórica mexicana" de 1963.

Estos trabajos son símbolo de la acuciosidad y precisión del investigador que, es posible, afinaron y determinaron intereses en la obra de Ortega, pues lo fundamental se relaciona con el choque entre filosofías del protestantismo y el catolicismo. Tema éste en el que Ortega alcanza niveles de mayor importancia y am-

plitud, sin que ello reste a su tarea historiográfica y al análisis de los viajeros que vinieron a México y que, de hecho, ayudaron a madurar y preparar su mente para la nueva empresa.

México en la conciencia anglosajona (1953) fue el punto de partida que fraguó el interés de que hablamos, aparecido en *Destino Manifiesto* (1972) y que florece en *La evangelización puritana en Norteamérica* (1976). Los tres trabajos responden al estudio de la controversia existente entre los protestantes y católicos, que condiciona la política del mundo anglosajón y del imperio español que entran en conflicto. Mismo tema que seguirá en su último estudio *El conflicto anglo-español para el dominio oceánico*. Libro corolario del asunto por tanto tiempo preparado y elaborado.

Aquí es donde este investigador muestra abrumador potencial de trabajo y desdobra su quehacer acudiendo a la tarea monográfica, que relaciona con la historiografía el tema troncal, de envergadura y trascendencia junto con la historia de las ideas y, en la mezcla, se autodefine como miembro de la escuela iniciada por el maestro José Gaos que siguieron Ramón Iglesia, Edmundo O'Gorman y Leopoldo Zea.

En vista de los límites a que debemos atenernos recurrimos al análisis de las obras que hasta ahora consideramos cumbres en el pensamiento fecundo del escritor. La referencia a su bibliografía completa nos apoya para afirmar cuanto aquí esbozamos apenas.

Su obra *La evangelización puritana en Norteamérica* concibe la historia en grande al abordar lo que por siglos ha perturbado el quehacer histórico y que viene creciendo desde los esfuerzos antecedentes. El conjunto, con certeza, le sirve para preparar su siguiente y último libro al que nos referimos líneas arriba.

El contenido del trabajo resulta de complejidad superior a lo enunciado en el título *La evangelización* etc., pues va en busca de contrastes de fondo histórico que separan la evangelización y la colonización de Norteamérica de la latinoamericana. El solo planteamiento enfrenta las dos filosofías que inspiran y determinan la actuación que de ambos universos conocemos. El tema americano sirve para ir en busca, con éxito, del fondo de esas dos filosofías, de base religiosa y moral de la cultura occidental, que se proyectaron a nuestros confines.

Con sensible agudeza andaluza, Ortega y Medina diseña los valores de los pobladores blancos de la parte norte del conti-

nente y los contrasta hábilmente con aquellos que condicionaron la acción en Iberoamérica.

El uso de los distintos instrumentos conceptuales, empleados al principio, no estaban suficientemente desarrollados para marcar una diferencia grave cuando los protestantes y los católicos intentaron incorporar la novedad americana al tradicional esquema occidental. Pero, en breve, el desarrollo dispar de esos instrumentos provocó el nacimiento de la leyenda negra en contra del imperio y su razón de ser, o de no ver, y esto constituye el meollo del estudio. Con excelencia, contrasta Ortega y Medina el punto de vista humanístico renacentista y también de identidad, que hacen por un lado los frailes desde su postura tradicional católica, al conjugar rezagos medievales, elementos “pseudorrenacentistas” y la aparición de novedades pictóricas de la vida precolombina que surgieron de los grabados de Valadés. Por un lado los protestantes también evaluaron los acontecimientos del descubrimiento con la postura estética del “Renacimiento nórdico” en los grabados de De Bry y trataron de incorporar el mismo esoterismo americano a la cultura cristiana europea. Así buscaron aquietar su conciencia cristiana ante la presencia de los nuevos hombres indios, que no eran hombres nuevos, porque la novedad americana tenía que resolverse por el camino de la identidad genésica con el Viejo Mundo: pero con signos contrarios, debidos a la exigencia que le imponían la necesidad y la voluntad histórica y estética de primer orden.

Con esto plantea Ortega el anacronismo habido entre las dos conquistas. La una considerada como parte de un renacimiento que todavía arrastra muchos elementos medievales y la otra que partió de la Reforma: “Renacimiento Nórdico” que, de por sí, definió la postura frente a Dios y al Papado.

El equilibrio, la medida y la pureza de estilo que caracterizan sus escritos están patentes en todas las obras de Ortega y Medina quien define su propia identidad y carácter en ellos, cualidades fundamentales en un buen historiador. Con altura aborda en el desarrollo de su temática el creciente peso de la leyenda negra y los contrastes que la animaron en los siguientes siglos. Es así como se adentra en la compleja problemática de las teologías contrapuestas por sus métodos de catequización; en la calidad del buen y mal salvaje que sirve de base para la expansión de los Estados Unidos, al imponerse la postura puritana por medio del mandato

evangélico y la destrucción de los indios y el uso de la novedad mercantil de su evangelización que resultó en la crítica y el racismo y dificultó el método puritano aplicado.

Del manejo de ese problema, el indio, por la filosofía puritana, Ortega desprende con habilidad inusitada los problemas modernos de los Estados Unidos, pues en nada mejoró la situación planteada con el correr del siglo XIX cuando afloraron los conceptos de poder, de Destino Manifiesto y de Doctrina Monroe, teorizantes y consecuentes con los mismos conceptos filosóficos usados en los siglos anteriores, mismos que mantuvieron el enfrentamiento con el imperio español que tanto vituperaron en ese siglo para, ayudando en su caída, extenderse luego sobre los territorios tomados, acto que justificaron con el Destino Manifiesto. El proceso se completó con la guerra de Cuba que lanzó los Estados Unidos a la expansión mundial de fin del siglo XIX. Así se puso término a la discusión con el imperio español para continuar chocando con los demás países europeos coloniales. Lucha, toda, que se abrigaba en la misma filosofía, que se amoldaba en los constantes corolarios de la Doctrina Monroe y en las enmiendas a la constitución estadounidense, según era necesario. La importancia del proceso radicó en que se apoyó en el contenido filosófico que hizo posible el estallido sintomático de la guerra civil de mitad del siglo con el culminar de la Revolución Industrial. Pues ambos fueron los sucesos de arranque para la vida moderna norteamericana que, si bien contienen mucho de economía, no es esa economía, como vimos, la única determinante del espíritu y de la manera de actuar de los norteamericanos. Dice Ortega “nosotros recelamos mucho de la matemática estadística aplicada a la historia debido al errorismo científico, objetivo y pues exacto de las conclusiones que los operadores obtienen”,¹ pues no cree que por ese camino, desgraciadamente en boga en los últimos años, se logren conocimientos absolutos de los hechos humanos que son fundamentalmente cualitativos, pues de otra manera sólo resultarán inhumanos y muertos.

El siguiente y último paso adelante, hasta ahora en el pensamiento de Ortega y Medina, aparece en su libro *El conflicto angloespañol por el dominio oceánico*, publicado en 1981.

Aquí parte de que, resolver el tema de la conquista y la colonización del continente americano, la extensión del comercio o

¹ *La evangelización...*, p. 221.

la explotación de la riqueza con argumentos económicos, ofrece una solución tentadora si se combina además con la leyenda negra.

Ortega busca otros caminos al hacer la contraposición filosófica y social, tanto religiosa como reformista o contrarreformista que caracterizó el principio del siglo XVI con el cisma eclesiástico, cuya consecuencia sería la victoria de la modernidad protestante y burguesa, británica, opuesta a la postura católica y misionera hispánica. Choque trascendental tanto para Europa como para el resto del mundo.

Por debajo de su trama, Ortega analiza el sentido social y económico de los cambios internos en la sociedad inglesa y establece la diferencia con la tradición estacionaria de la superestructura castellana. Destaca y muestra la pérdida que fue detener la iniciativa privada, apresada, y el desprecio de los elementos de navegación y de conocimiento que, en su época, fueron responsables de las grandes navegaciones mundiales. Los ingleses imitaron y absorbieron esos conocimientos y en ellos apoyaron su grandeza.

Partiendo de esa asimilación los ingleses convirtieron el “valle de lágrimas” católico en el “paraíso recuperado”, que el mensaje protestante representado en Robinson Crusoe, en contraste con el “mundo engaño” de Andrenio, para quien la realidad era embelezadora y peligrosa porque en ella se cae, escarmentando con amargos desengaños una y otra vez, hasta alcanzar la isla de la inmortalidad.

Los ingleses son los hombres prototípicos y prácticos que luchan contra el mundo y terminan por triunfar transformándolo.

En cambio, los españoles, a partir de mediados del siglo XVI, también se encuentran en el mundo, pero para alienarlo y padecerlo como sucede en el caso archirrepresentativo de Don Quijote de la Mancha.

En ese recuadro enmarca Ortega y Medina el manejo del océano y las rutas marineras que pusieron a Inglaterra en situación envidiable pues convirtió al mar en su más cómodo medio de comunicación y de unificación. Así saltó Inglaterra desde el eje económico mediterráneo hacia los grandes océanos.

El nuevo hombre británico, tudoriano, cristiano, reformado y protestante, se caracterizó entonces por el comercio, la industria, la navegación, la competencia marinera, la piratería justificante,

el trabajo diario y productivo que traducía en gracia de Dios y en beneficios económicos, con la mira superior de la seguridad y la confianza en la propia salvación. Misma que dio conciencia de pueblo elegido por Dios para cumplir la misión redentora en el mundo que, a pesar de divina, tenía ribetes humanamente razonables, a la vez que trascendentales y humanos. Con esta apreciación mesiánica Inglaterra fue hacia la expansión marina y con ella hacia el desarrollo de la industria y el comercio. Trocó el mercantilismo mediterráneo disolvente en un capitalismo industrial, creador y constructivo que la hizo nación moderna.

De esa manera se dio lugar a que los galeones ingleses y holandeses llevaran consigo la modernidad a sus últimas consecuencias careados con los navíos hispánicos, majestuosos pero “a grande nave grande fatiga”. Constructores, inversionistas, navegantes aparecieron en los océanos y mientras España los insultaba eran ennoblecidos en su propio país para promover programas expansivos y agresivos dignos de hombres endurecidos en los negocios, libres de escrúpulos religiosos y de conciencia social y al margen del anticuado sentido feudal de responsabilidad. El presente y el futuro histórico de los ingleses se radicó en esas empresas oceánicas.

En el campo opuesto, en el hispánico, todo fue a la inversa. La expansión mediterránea medieval, sostenida por Cataluña y Aragón y originada en la fusión de las tradiciones marinas noratlánticas y mediterráneas se perdió, al heredar Castilla una aristocracia fuerte de poder territorial y económico de suprema importancia. Pero no se logró el equilibrio, que hubiera desarrollado la burguesía de acuerdo con la experiencia habida en las tierras levantinas y se dio al traste con la fortaleza de la propia marina castellana, por oponerse a la libre empresa.

El vuelco absolutista de la monarquía, con los reyes católicos, detuvo así la necesaria evolución de la burguesía castellana e inició el proceso hacia un débil mercantilismo monopolista, que ayudó al triunfo de la Castilla señorial. La economía española apoyada en los caudales americanos acabó con la tradición armadora de Castilla como actividad libre, privada, particular y también con la tradición del dominio del mar de la Cataluña medieval de los siglos XIV y XV. A pesar del nacimiento del imperio español, también dio comienzo la decadencia de España, pues los súbditos del rey sólo pudieron seguir la ruta ruinosa empren-

dida por una aristocratizante oligarquía cuyo estilo de vida no encontró obstáculos. La burguesía, debilitada y eliminada por el desastre económico iniciado por el emperador y continuado catastróficamente por su filipesca y degenerada descendencia, nada pudo hacer. Tampoco el pueblo que no se distrajo de su último destino histórico al verse aplastado por la losa de la sobreestructura Estado-Nobleza-Iglesia que se le impuso.

La poca visión de los políticos burócratas y poderosos españoles, el sostenimiento de estructuras marítimas obsoletas, la codicia del espacio en las naves y la falta de procedimientos de batalla en el mar, irritan a Ortega y Medina que salpica su indignación con las citas críticas de la situación, procedentes de la literatura de la época en la que, cuando se otea el mar ello sucede como un lamento por el fracaso causado a una nación que, por todas razones, no parecía poder fallar.

Las grandes tradiciones marineras mediavales, que todavía alcanzaron a trasladar el imperio español a las Indias, se hundieron en la burocracia ignorante y despreocupada, desnaturalizada de su propio ser y de su significado porque consintió el pisoteo de las más sagradas tradiciones nacionales en aras de una ficticia unidad política, religiosa y lingüística, yendo “contra natura” al luchar contra el camino de la pluralidad y de la democracia, de la libertad y de la iniciativa competitiva que bien se perfilaron en la Edad Media.

A partir del descubrimiento de América se usaron fuerzas marinas que se necesitaron con todos sus ingredientes durante cincuenta años, cuando todo se hizo *a pesar de la corona*. De Lepanto a la Invencible va mucho trecho, tanto en el tiempo como en los resultados y todavía quedó el golpe de gracia de Trafalgar, donde se dio la puntilla final al incompetente imperio que desangró y arruinó a España, por no poner oído a los consejos y las críticas de quienes sabían, que también los hubo. En cambio mantuvieron el *no enmendalla* y las naves continuaron, por el tradicionalismo que se mantuvo, reducidas a ser plataformas para ejércitos de abordaje, malmanejando la artillería y también la estrategia naval. La consecuencia de dar la espalda al mar y de ignorar la novedad marinera fue la prolongada agonía del imperio hasta el fin del siglo XVII y el desprecio de las voces conocedoras alarmadas.

Decadencia compleja ésta, la marinera, pero acompañada del colapso, no menos complejo en todos los aspectos, de la economía española con todos los vicios de una sociedad aristocrática y descompuesta, junto con la absoluta impotencia política.

De todas formas España tuvo que enfrentarse con la modernidad europea y con pocas esperanzas. Se perdieron posiciones en Europa y también en Portugal, y la desacertada política de Olivares consistió en liquidar el futuro del imperio americano en el viejo continente para convertir la monarquía española en simple colonia de las grandes potencias europeas. El imperio hispánico quedó varado y sin barcos.

El último capítulo de Ortega y Medina es un capítulo terrible y fuerte que nos lleva a reflexionar, con desazón sin par, pues tal parece que la historia de España es encubridora y que no analiza. Sólo consuela que todo ocurrió en España, que no es España sino la de los Austrias y de los Borbones. Por el otro lado estaban las instituciones representativas medievales, las de los fueros, las de las libertades. Y me pregunto si será posible que no se llegue a una visión más completa y más interpretativa de los problemas españoles que también son americanos. Este libro constituye un guante que Ortega y Medina tira a sus colegas historiadores, porque sacude la conciencia y la imaginación y muestra otros caminos que, si bien nos abruman de momento, también nos abren la nueva esperanza, pues la historia del imperio se convirtió en un estandarte de una España que en realidad no es la que quisimos y menos la que esperamos ver resurgir.

La última tesis de Ortega y Medina muestra otra faceta característica del historiador y, según yo la veo, es la de erguirse, con enorme estatura, como un historiador comprometido con su mundo, su mundo hispánico y su mundo latinoamericano, y ello explica que se saliera de las versiones tradicionales históricas en todo el trayecto de su obra, al ir en busca de una manera de ver crítica y analítica en su recorrido, ya largo, en pos de una realidad más afín a nuestras raíces hispánicas y latinoamericanas, tan desdeñadas por el mundo anglosajón.

En este aspecto, toda la obra del maestro Ortega y Medina levanta una enseña indicadora de una meta que todos los latinoamericanos debemos reconocer y alcanzar. El trabajo de Juan Antonio Ortega y Medina, en su conjunto, es un ejemplo académico para todos, y a la vez también lo es en cuanto a que representa

un verdadero esfuerzo de superación humana, pues aquel hombre de corta edad, que fue martirizado por la guerra y por sus consecuencias, ha sabido resurgir lleno de dignidad, capacidad, profundidad, humanismo y esperanza en la vida.

Juan, tus compañeros y tus alumnos, todos bien nacidos, te sabemos reconocer y distinguir y, agradecidos por tan fecundo ejemplo, te damos las gracias y te deseamos, como decía nuestro gran Juan Maragall, que sigas tú por mucho tiempo diciendo:

*“Tinc una oda començada
que no puc acabar mai
dia i nit me l’han dictada
tots els críts de la ventada
Tots els àtoms de l’espai”*

Sigue escuchando la “ventada” y no termines nunca.

XX. EL DOCTOR PEDRO BOSCH GIMPERA QUE YO CONOCÍ. HOMENAJE EN UN ANIVERSARIO DE SU MUERTE*

Pedro Bosch Gimpera murió en México el 9 de octubre de 1974. Nunca le gustaron los honores. Fue una eminencia mundial por sus investigaciones, por sus conocimientos y por el papel importante que siempre tuvo en los estudios de arqueología. Sus obras son conocidas y abundantes y constan en todos sus *curricula* por lo que no deseo comentarlas aquí, pues no conozco suficientemente ese campo y son los especialistas quienes deben opinar. Sin embargo, entre sus obras se encuentran algunas que nos sirvieron a todos como la *Historia de Oriente*, *La España de todos* o *La formación de los pueblos de España*.

No es la intención que yo escriba sobre el especialista como digo arriba sino sobre el hombre y reconozco que aun esto me resulta difícil, pues dar una impresión de lo que fueron aquellos ochenta y cuatro años de vida no es fácil. Por otra parte, siendo su hijo tengo el gusto y la obligación de hablar de él. Como se me ha pedido que lo haga me siento a la máquina para, hasta donde es posible, decir lo que mi padre representó para mí.

¿Cómo era?, ¿qué me quedó a mí de él?, ¿quién era?, y otras muchas, son preguntas difíciles porque sería muy largo y complejo tratar de explicar al arqueólogo investigador, al profesor de la universidad, al decano y al rector de la Universidad de Barcelona, donde yo empecé mis estudios de historia, al director y fundador a la vez del Museo de Arqueología, al Consejero de la Generalitat de Catalunya, al profesor de la Universidad de Oxford, al organizador del Congreso de Arqueología después de la Primera Guerra Mundial, al profesor e investigador de la Universidad Nacional Autónoma de México, al profesor emérito de esta misma universidad o al profesor de la Escuela

* 1984

Nacional de Antropología mexicana. En otras palabras, se trata del resultado de una vida dedicada al estudio durante sus largas ocho décadas, envueltas en congresos, viajes, reuniones, publicaciones y alumnos entre los que también yo me conté.

Tengo un recuerdo global de su personalidad que mezcla el Bosch íntimo con el profesional que muchos, aparte de mí, también conocieron. El Bosch sencillo, profundo, en todos sentidos, cariñoso y risueño con todo el mundo, afable y plácido, pero de carácter violento y enérgico incluso consigo mismo. Éstas serían las características finales y complementarias del recuerdo. Todos los que así lo conocimos consideramos que su homenaje hacia nosotros los más cercanos y hacia todo el género humano, del que estaba enamorado sin reservas, fue su sonrisa, su bonhomía, su placidez, su energía, su trabajo, su enseñanza paciente, su ejemplo, su gusto por la vida, por la buena comida y bebida, y sus puros. Fue un hombre con ganas de vivir, que supo hacer de la vida su gusto y usarla para sus aficiones y vocaciones.

Pasados diez años de su muerte, queda la serenidad del recuerdo con cuanto lo rodeó, y por las circunstancias, muy especiales en que hemos tenido que vivir, se aprecia su parte positiva y su creación continua. Ahí estaba el eje de su ser que regía todo lo demás, incluso a nosotros sus familiares, y no es de extrañar que a los ochenta y cuatro años, tres días después de hospitalizarse y poco antes de fallecer, recibió su último libro, *Paletnología* editado en Viena, que recoge veintiseis trabajos suyos publicados con anterioridad de manera dispersa y relacionados con los orígenes europeos que también anotó.

Lo de menos sería señalar que su vida se distinguió por publicar libros, pero debe tenerse en cuenta que los que escribió fueron fundamentales porque abrieron un campo de estudio en la arqueología española y formaron “escuela” desde muy pronto. Así, se hizo una figura internacional afincando vocaciones y dirigiendo carreras; entró en los círculos especializados y no hay arqueólogo, historiador o antropólogo que desconozca su nombre. Todos lo respetan, aun los que no comulgaron con sus ideas, y muchos lo admiran. Es posible que esto se debiera a lo difícil que resultaba refutarlo, pues para ello había que reunir un gran cúmulo de conocimientos. Sus cronologías por ejemplo, muchas de ellas anteriores al carbono 14, tuvieron muy pocas modificaciones después de este descubrimiento, y parece extraordinario

que la mente humana puede inducir, a veces, situaciones que la ciencia confirma con posterioridad.

Sus alumnos lloraron su muerte y de ello son testigo los trabajos que publicaron en *In Memoriam Pedro Bosch Gimpera*. Entre ellos se reconocen nombres muy distinguidos. Hubo algo que atraía en sus clases: quizás porque ellas daban una mejor idea de su personalidad. Como todo buen profesor trataba a todos, dentro y fuera de la clase, sin regatear tiempo y prestando atención a cuantos le preguntaban o facilitando sus propios libros de trabajo. En pocos minutos plasmaba en el pizarrón el cuadro de las culturas que estudiaba con todas sus relaciones, a veces mundiales, sin usar notas, sólo mapas y algún libro que presentara ejemplos ilustrados de cerámica. Si era necesario, él mismo dibujaba los mapas o las ilustraciones en la pizarra como ejemplos. Por poco que lo empujaran, la clase se extendía del tiempo establecido y continuaba tratando con más precisión aún y con mayor profundidad los temas que se habían expuesto, ampliándolos. Así, las clases de una hora podían prolongarse. Indiscutiblemente se entregaba sin condición a su quehacer y a sus alumnos. Hubo ocasiones en que su clase tenía lugar al final de la tarde y, con las extensiones, el profesor venía saliendo demasiado tarde. Un día decidí ir a buscarlo a la hora de su salida para que, viéndome, considerara que era la hora de terminar. Sin embargo cuando me vio me dijo: “¡Hola! ¿Qué haces aquí? Siéntate un momento”, y tomaba el hilo de nuevo y yo fascinado. El resultado era que los dos llegábamos tarde a donde teníamos que ir.

Dos semanas antes de morir impartió sus clases en la Escuela Nacional de Antropología y también en la Universidad, donde era profesor emérito después de treinta y cinco años de enseñar en México. Pero en ninguna de sus clases se oyó el resumen de historia universal, desde la prehistoria hasta el momento en que vivíamos, 1937, que me hizo cuando comencé mi carrera de historia en la Universidad de Barcelona, interrumpida con el exilio. Al estar preparando el examen de admisión, donde se cerraba la puerta universitaria a los que no daban la talla, se me acercó una noche para decirme: “¿cómo vas? Si te decides a participar en el examen no vas a hacer el ridículo y quiero estar seguro desde antes de que eres capaz”.

En efecto, nos sentamos cada noche, sin faltar una, hasta que tuvo lugar el examen. Llegaba cansado, a veces muy tarde pero

no le importaba, yo lo esperaba todas las noches, tomaba café y un coñac que absorbía despacio mientras hablaba y hablaba. Yo tomaba mis notas que desarrollaba al día siguiente, ¡historia general!, aproximadamente unos quince o veinte días. Comenzamos con la prehistoria y terminamos con nuestra guerra. Pero, además entraron todos los continentes y fue en parte narración con síntesis, pero además una interpretación en torno al significado de la vida de la humanidad. Con anterioridad, tuve como profesor a Jaime Vicens Vives, que fue excelente, pero nunca vi las cosas como en la ocasión que relato: ¡qué facilidad y qué claridad además de qué seguridad en el conocimiento! El resultado fue el que debía ser, entré a la universidad y comencé mi carrera. Resulta tan importante para mí poder decir que mi padre, aunque fuera entre bombardeos y apagones, me enseñó a pensar y a estudiar, como que mi madre me enseñó a caminar. Porque así fue. En las excavaciones de Calacete, en el alto Aragón, mientras mi padre excavaba un poblado ibérico, mi madre me enseñó a dar los primeros pasos entre los muros del pueblo y los trabajadores comentaban: *“miratel sembra un sapet, ja camina”*. Esto, claro, me lo contaron, yo no me acuerdo.

Volviendo atrás fue su intervención la que me hizo historiador. Después lo escuché muchas veces junto con mis compañeros, y así me di cuenta de que era “maestro” porque lo traía en la sangre. A veces se metía en sus investigaciones para ayudar a sus alumnos: “hombre –me decía– a fulano se le atasca su trabajo y estoy tratando de ver si yo lo desatasco para que pueda continuar”, y claro que lo lograba. Su biblioteca era el centro de su actividad. La apariencia era de antemano fatal, no parecía haber orden porque no había clasificación pero todo tenía un orden de pensamiento y era más que obvio que él encontraba todo lo que necesitaba, hasta el más ínfimo folleto que es lo que la clasificación bibliotecaria trata de lograr. Todo respondía a la biblioteca de un intelectual que trabajaba en ella y la usaba constantemente.

Alguna vez pensé y dije, porque me lo preguntaron, que un intelectual es una persona permanentemente preocupada por un problema y que su preocupación se convierte en obsesión hasta el punto de no poder descansar si no logra resolverlo para meterse en otro. Lo demás a su alrededor no tiene importancia.

Si esto es cierto, mi padre fue un perfecto intelectual y cualquier cosa que no se relacionara con sus intereses no le importaba y no la entendía. ¿Cómo cambiar la cinta de su máquina de escribir? ¡Nada! ¿Cómo hacer funcionar correctamente su coche a pesar de que toda la vida lo usó? ¡Nada! Desde que, con sorpresa de los campesinos, llegaba a las excavaciones en su Ford modelo T echando humo por el tapón o con las bielas fundidas por el esfuerzo (más de una vez los periódicos comentaron “el doctor Bosch llegó con su cafetera echando vapor”), hasta que, acompañado de Juan Comas en la avenida de los Insurgentes de México, comentó: “caramba, este pavimento está verdaderamente perdido porque todo tiembla. No –dijo Comas– es que creo que acaba de reventar una llanta y ya debe estar en el suelo. ¿Ah, sí? No se preocupe ya casi llegamos”. Y siguió saltando y rodando el coche.

En fin, instintos mecánicos nunca los tuvo; no era hombre práctico, era incapaz de clavar un clavo. En cambio, cuando un señor que yo no conocía me dio el pésame comentó: “soy hijo de un obrero y me hice ingeniero, su padre hizo construir la escuela de mi pueblo y yo, gracias a ello, pude estudiar”. Esto valía más que todas las fallas mecánicas del mundo.

Ayudar a construir una escuela, abrir un nuevo museo o llevar la universidad a las fábricas y a los pueblos, debieron ser verdaderos deleites para él porque respondían a una forma de saciar necesidades de sus semejantes, para él fundamentales. Asistí a la inauguración del Museo de Arqueología de Barcelona y recuerdo su satisfacción. Después con mucha frecuencia lo acompañé en su coche a fábricas o municipios donde se reunían obreros y campesinos para escuchar su charla. En unos casos hablaba de arqueología y de las primeras culturas humanas. En otros, según las regiones, les hablaba de griegos, de romanos, de iberos, de la edad del paleolítico o de la del hierro. A los campesinos les hablaba de las cuevas y de la pintura rupestre y los invitaba para que avisaran cada vez que encontraran algún monumento que no se conociera, o que evitaran que la gente los despojara. Así se logró extender el servicio de excavaciones y es de recordarse el entusiasmo con que colaboraban. Aparecía “lo docto Bosch”, como decían, y de inmediato se le unían.

Entre sus mejores habilidades estaba la de dibujar mapas según su propia necesidad y éstos fueron famosos entre amigos y

discípulos. Todos sus libros tienen mapas porque la vida humana siempre está ligada a la geografía. De ahí la importancia de sus mapas para explicar. Todos ellos están llenos de flechas, puntos y rayas que muestran los movimientos de los pueblos prehistóricos. Cuando ante ellos hacía sus explicaciones, todo se veía vivir. Lo mismo sucedía con sus cuadros sinópticos que también elaboraba.

Posiblemente sea difícil imaginar el proceso para la integración de un mapa de Pedro Gosch Gimpera: siempre se partía de un problema local que se situaba estampándolo en el papel. Aparecía de inmediato la localidad geográfica del problema y se buscaba el origen de las influencias que incidían en la localidad. Claro, a medida que avanzaba el estudio las influencias venían de más lejos y no cabían en la cuartilla inicial donde se empezó el proceso. No era problema pegarle otra en el lado donde se requería el espacio y se continuaba el dibujo. Así se iba pegando y pegando y terminaba con verdaderos lienzos de tamaño poco manejable, formados por un sinfín de cuartillas pegadas las unas a las otras. Zonas marcadas con lápices de colores llamaban la atención sobre ciertos lugares. En el dibujo intervenía siempre la tinta china y resultaba un producto sucio con abundantes salpicones anárquicos que daban un aspecto de lo más pintoresco. De ahí partían los mapas que más tarde ilustrarían los libros. Recuerdo el original del mapa de España publicado en su *Formación de los pueblos de España*, que tiene dos metros de altura logrados por el procedimiento de ir pegando hojas a medida que se necesitaban. Ni que decir que los mapas se hacían con curvas de nivel y nunca utilizó los publicados pues las curvas de nivel eran demasiado espaciadas para poder apreciar barreras de quinientos metros. Su argumento era que una montaña de quinientos metros puede constituir una barrera para la emigración de los pueblos primitivos y como los mapas comerciales no se la mostraban tenía que repetirlos para completarlos. Es cierto que esto le resolvía los problemas. En una ocasión, tenía colgado en la pared uno de sus mapas con flechas inconclusas y lo observaba hacía varios días. Mi madre tomó asiento de espaldas al mapa para hacer una consulta de tipo doméstico que no logró porque le interrumpió diciendo, perdida la vista en su mapa, “espera, es que ahí estaba la tribu y se me perdió, pero me parece que acabo de averiguar hacia donde fue”. Estas corazonadas surgían

de conocer la comarca en cuestión muy a fondo, pero también de poder tener presente en la mente el material arqueológico total.

En el Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad de México, donde trabajaba, sus mapas llamaron mucho la atención pues hizo uno que colgaba en la pared y llegó a cubrirla. Dos de los investigadores, Paul Kirchhoff y Juan Comas, discutían un día ¿cuál de los dos tenía mayor antigüedad? Cada uno presumía ser el más viejo en el Instituto. Como no llegaron a un acuerdo, Comas le preguntó a Kirchhoff: “¿a ver Paul, dónde llegaba el mapa de don Pedro cuando tu entraste? Ves, cuando yo entré era menor, por tanto yo soy el más viejo”. Todos estos detalles comprendo que puedan sorprender, y no hay por qué la vida privada familiar de los grandes hombres –algunos otros he conocido– no sea igual a la de los hombres que no son tan grandes. En el caso de Bosch Gimpera se trata de un hombre sencillo, como ya dije, que hacía una vida casera y de estudio, y precisamente por ser sencilla la gente podía imaginarla muy complicada si la veía de lejos. El estudio de por sí requiere mucho tiempo y ello plantea la necesidad de encerrarse en la biblioteca la mayor parte de la vida. Ahí no hay complicaciones posibles sino la modestia de quien sabe y aprende y se da cuenta, de que se aprende todos los días sin importar la edad ni el rango. Porque en este aspecto no se puede perder el tiempo, las bibliotecas se convierten en instrumentos primordiales para quienes nos dedicamos a los quehaceres intelectuales. Los cargos públicos son por eso nocivos para los intelectuales de verdad, porque los sacan de las bibliotecas y también los distraen de su preocupación. Generalmente, a los intelectuales de verdad los he oído descontentos cuando obtienen, por obligaciones de la vida, cargos oficiales. Cuando tratan de compensar el esfuerzo que invierten en el cargo, se ven obligados a trabajar de noche en lo suyo acortando las horas de sueño. ¡Siempre hay un conflicto entre lo que se debe y lo que se quiere hacer!

Así, muchos años tuve que acostumbrarme a dormir arrullado por el sonido de la máquina de escribir *Erika* que mi padre tenía en su despacho, separado de donde yo dormía por una puerta.

En política fue hombre sereno, nada de extremo le complacía; era liberal y puede decirse que tenía un alto y muy definido concepto de lo que era *la libertad, la nación y la nacionalidad*. Por todas estas razones era republicano federalista, pero no separatista. Concebía por tanto una España formada de estados so-

beranos autónomos, federados y regidos por un gobierno federal, representativo, que respetara todas las nacionalidades hispánicas. Las representadas por cada una de sus provincias: Galicia, Andalucía, Castilla, Euzkadi, Catalunya, Extremadura, Aragón, etcétera, pues todas esas tierras tienen razones más que históricas para ser respetadas. El problema de las nacionalidades lo explica en su *España de todos*. Siempre le preocupó, porque ahí es donde comienza el respeto para todos los habitantes de España y porque la *unidad* se hizo desfigurando la historia de ésta cuando se sometió al centralismo y al regalismo identificando el gobierno centralista con Castilla y con el Estado español. Lo que pocos ven es que Castilla sufrió sin decirlo, por ese centralismo que se le impuso al igual que a las demás provincias. Propiamente dicho, el conflicto no está en Castilla sino en el Estado. Por estas razones estuvo de acuerdo con las autonomías, pues éstas imponen una responsabilidad sobre cada una de las partes. Tanto el gobierno catalán de la Generalitat como el régimen autónomo universitario que defendió, significaban responsabilidad local, orgullo de *ser* que todos sentimos en aquel entonces. Se vibraba porque se trabajaba con la conciencia de que se construía y se creaba por uno mismo dentro de la comunidad catalana y en catalán, por eso hablábamos catalán que nos servía de ingrediente para unirnos y la construcción y la creación de cada provincia sería la de la España moderna y el *ser*, respetado de cada una de ellas, sería el de toda España.

Con estos conceptos de respeto, cuando quienes presidían el gobierno de la Generalitat, durante la guerra civil, le pidieron su colaboración para ayudar al país a defender una causa justa y lícita, que representaba el mejor símbolo de la libertad, la dio gustoso. Pero hay que entender que no era político y si hizo de político ello ocurrió por considerar que podía ofrecer su prestigio académico en defensa de su país, maltratado y maltrecho por el fascismo. ¿Habría por fin alguna forma de consolidar el futuro de la autonomía catalana? Si esto se conseguía significaría la libertad para toda España y haría posibles las autonomías de las demás provincias. Todavía la noche antes de fallecer, comentando su libro *La España de todos* que consideraba su testamento histórico para todos los jóvenes españoles que enfrentarían el futuro, discutimos lo importante que resultaba entender el significado del libre albedrío relacionado con un alto sentido de res-

ponsabilidad y de tolerancia. Hablamos de la forma en que todo ello se encontraba en la base de la libertad que tanto habíamos querido y de cómo había que luchar contra los intereses mezquinos, con el fin de ir en busca de un entendimiento entre las naciones hispánicas. ¡Noche extraordinaria aquella! Yo lo velaba y abrí la conversación buscando una forma de acortar aquellas horas amargas, tanto para él como para mí, pues la gravedad era obvia. Con la sorpresa de la enfermera que nada entendía, fuimos desarrollando este tema que siempre fue vital para los dos. Tanto él como yo hemos sostenido la misma tesis en nuestros trabajos: la de mantener y defender la libertad y la personalidad porque son elementos necesarios para nuestra cultura, la catalana, que sentimos como cultura de base en nuestro ser y que podemos combinar con todo el respeto, tanto con la castellana como con la mexicana a la que también pertenecemos. Concluimos que, por ser mejores catalanes, podíamos ser mejores castellanos y españoles y ahora mejores mexicanos. Pero si se nos hiere nos retraemos y nos enquistamos conscientemente. En otras palabras, se trata de que por querer lo propio se quiere y se respeta lo ajeno. Por eso hemos podido hacer nuestro todo lo español y todo lo latinoamericano. Hasta el punto de podernos asimilar a los países que escogimos para nuestro exilio, lo que sin el cariño por lo propio no hubiera sido posible.

Viene a tono, por otra parte, un pequeño comentario sobre lo que el nacionalismo significaba para un hombre de gran espíritu. Tomo un pequeño párrafo de su artículo “L’ experiencia de la guerra de 1914”, publicado en la revista *Xaloc*, maig-juny, 1974, núm. 71, p. 36-39, que por la fecha estaba muy próximo al final de su vida, pues murió en octubre de ese mismo año de la publicación. Se refería al congreso de arqueología próximo a reunirse en Barcelona, recién terminada la primera guerra mundial cuando ingleses, franceses y alemanes no se podían ver. Barcelona se consideró el lugar central para todos los que querían asistir porque a nadie se ofendía en tierra neutral. Pero no faltó quien tildó a mi padre de ser germanófilo por haber ido a especializarse a Alemania. Al hacer el comentario sobre todo esto dice en *Xaloc*:

No he sentit mai el patriotisme com una superioritat ni exclusivisme respecte d'altres pobles o races i m'he adaptat sempre a d'altres ambients,

la cual cosa no vol dir que s'hagi de renunciar a la propia tradició i he tingut tracte cordial i amics a tot arreu...

En efecto, en los treinta y cinco años de estancia en México hizo muy buenas amistades con sus colegas y compañeros y también con sus discípulos llegándose a adaptar en todo cuanto le fue posible. Su manera de pensar fue muy congruente en este aspecto, pues reaccionó contra todos los nacionalismos estridentes y siempre se enfrentó con ellos.

Volviendo atrás, a la funesta noche del 8 de octubre de 1974, sorprendía la agilidad mental y fue excepcional la forma en que manejaba los temas: resulta imposible reproducir la claridad de visión y la interpretación que hizo de todo el proceso en temas tan importantes para él como para mí. Parecía imposible, repito, en medio de la enfermedad y en estado tan grave. Si hubiéramos estado tomando café, los dos juntos, charlando, no hubiera estado más sereno y brillante. Duraría ya poco tiempo su vida, apenas veinticuatro horas más pero aquella noche quedó como la noche más íntima y completa que jamás, hijo y padre, vivimos juntos, envueltos en un entendimiento de cada uno por el otro y a la vez unidos por el sufrir de cada uno a su manera. Lo admiré de nuevo, pues tal parecía mientras más difíciles eran las situaciones para los dos –la primera cuando preparaba mi entrada en la Universidad de Barcelona, la segunda cuando juntos salimos de España hacia el terrible vacío y la tercera cuando su cuerpo se disponía a morir– mejor nos entendimos y nos comprendimos. Ahí estaba el misterio de su manera de ser que tanto sorprendía a los demás. El misterio de saber ser un hombre valioso y útil a los otros hombres, una verdadera figura y por ello todavía admirado. Considero que esas noches, las de Barcelona, la de la salida al vacío y la noche antes de que muriera, fueron parte de los legados más valiosos que mi padre me dejó.

XXI. TRES CATALANES EN LA ANTROPOLOGÍA MEXICANA:
PEDRO BOSCH-GIMPERA, JUAN COMAS
Y ANGEL PALERM*

1. *Pedro Bosch Gimpera*

Nació Pedro Bosch Gimpera en Barcelona el 22 de marzo de 1891 de familia modesta de clásica ascendencia catalana, provinciana. Pedro Bosch Padró fue su padre y Dolores Gimpera su madre. En la ciudad de México murió exiliado el 9 de octubre de 1974.

Sus estudios transcurrieron en la Universidad de Barcelona y en la de Madrid. Su doctorado fue en Letras con su tesis sobre *Los poemas de Baquilides de Ceos* y en Historia con *El problema de la cerámica ibérica*. Pero, en Alemania, la influencia del profesor Willamowitz-Moellendorf, junto con la de los prehistoriadores H. Schmidt y G. Kossina lo inclinaron hacia la arqueología.

Al volver a España, obtuvo la cátedra de historia antigua y media en la Universidad barcelonesa (1916), organizó un seminario de prehistoria y en 1930 su cátedra se convirtió en cátedra de prehistoria e historia antigua. De ella surgieron los prehistoriadores españoles hasta la época de la guerra civil: Luis Pericot y Alberto Castillo Yurrita, sus primeros discípulos, fueron seguidos por nombres de importancia en la historiografía de la arqueología española. Las relaciones internacionales de Bosch Gimpera motivaron un criterio muy amplio del estudio y fue útil después de la guerra de 1914 cuando entre alemanes y franceses, y entre ellos y los ingleses, no había verdadera amistad. Bien se explican sus esfuerzos para lograr con éxito el Congreso Internacional de Arqueología en Mallorca.

Pedro Bosch Gimpera sentía una gran preocupación por el desarrollo de la universidad pues en ella había que establecer y ampliar los estudios de prehistoria, que no existían, y que eran

*1989, Complutense de Madrid.

básicos en el estudio de las culturas ibéricas. Por ello le preocupó y participó activamente en la reforma universitaria de Cataluña que se logró, después de grandes luchas, en 1931 con la República Española. En efecto, pudo reorganizar la Facultad de Filosofía y Letras barcelonesa de la que fue decano entre 1931 y 1933 y rector de 1933 a 1939, año en que salió de España por el triunfo fascista.

Dejó creado, además, el Servicio de Excavaciones Prehistóricas de Cataluña, que trabajó desde 1914 en adelante. Ayudó a organizar el Patrimonio Artístico e Histórico Catalán (1936) y fue un activo organizador de congresos nacionales y extranjeros, uno de ellos el Congreso de Arqueología desde 1924 antes mencionado. Perteneció a la mayoría de las instituciones científicas y recibió el Doctorado *honoris causa* de la Universidad de Heidelberg en 1936 y, antes, el premio Raoul Dusscigner de la Academia de Inscripciones y Bellas Artes de París, 1926. En 1929 fue nombrado oficial de Instrucción Pública de la Academia francesa.

Emigrante en Inglaterra fue profesor de la Universidad de Oxford durante 1940, visitó Colombia y Panamá e impartió cursos sobre su especialidad. Por último, se radicó en México en 1941. Se naturalizó mexicano en 1942 y fue nombrado profesor de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México, de la Escuela Nacional de Antropología y del Mexico City College. Fue conferencista en diversas instituciones científicas mexicanas, profesor en la Universidad de San Carlos de Guatemala y en la de San Salvador. Presentó además ciclos de conferencias en La Habana, Guadalajara, Monterrey y Saltillo, entre los años de 1941 a 1947.

De 1948 a 1953 fue Jefe de la División de Filosofía y Humanidades de la UNESCO y, reintegrado a México, en 1953 siguió su tarea de profesor en la Universidad. En 1954 tuvo lugar su nombramiento como Investigador de tiempo completo en el Instituto de Investigaciones Históricas y en 1967 se le declaró Investigador Emérito. En 1972 recibió en México el premio Fray Bernardino de Sahagún del Instituto de Antropología e Historia. Dos años después, en 1974, el doctor Luis Pericot, en la última sesión del IV Simposio Internacional Americano de Arte Rupestre, le entregó una medalla de oro en nombre de la Universidad de Barcelona, reconociendo su labor científica y su magnífico rectorado.

Por varias circunstancias esa medalla tardó en llegar a manos del homenajeado unos diez años desde que le fue concedida.

De hecho, fundó la escuela de arqueología de Barcelona porque tanto sus libros como sus trabajos de campo, anteriores al exilio, introdujeron el estudio de la prehistoria y de la etnología en España. José Alcina Franch lo llama fundador de esos campos de conocimiento. Luis Pericot habla de los sucesos que truncaron la vida de una escuela barcelonesa de prehistoria, destinada a ser una de las primeras en el mundo científico. M. Tarradell apunta que más del 50 por ciento de los catedráticos actuales de arqueología y prehistoria en España fueron directa o indirectamente sus discípulos.¹

Su producción científica anterior a América, se siente por las palabras de sus alumnos, tuvo un impacto definitivo y no nos toca revisarla aquí, baste mencionar la bibliografía que recopiló el doctor Juan Comas para el homenaje que se le hizo al cumplir setenta años de vida.²

De lo mucho que escribió en el exilio, que fue su verdadera contribución a la ciencia mexicana, se destacan las obras siguientes: "Sobre la prehistoria americana" (*Acta Americana*, VI, 1-16, 1948); "Asia y América en el Paleolítico inferior" (*Miscelánea Paul Rivet*, I, 49-76, 1958); los capítulos sobre América en la obra de A. Varagnac, *L'homme avant l'écriture* (París, 1959) y "La prehistoria y los orígenes del hombre americano" (*Origens do homem americano*, Sao Paulo, 1961). Además una obra, tardíamente aparecida en castellano, *L'Amérique avant Christophe Colomb. Préhistoire et hautes civilisations* (París, 1967). *La América prehispanica* (Barcelona, 1975) que es la versión en español de la edición italiana publicada en Turín (1970), recoge trabajos y ensayos, desperdigados muchos de ellos. Obra sintética, según dice Ignacio Bernal que presenta a América como un todo y no como un mosaico de historias individuales.³ Por su parte comenta J.

¹ Miguel Tarradell, "Bosch-Gimpera y la Escuela de Arqueología de Barcelona", en *In Memoriam Pedro Bosch-Gimpera (1891-1974)*, México, UNAM, 1976. pp. 39, 40 y ss.; José Alcina Franch, "Mi don Pedro", en *Ibid.*, p. 55, Luis Pericot, "El profesor Pedro Bosch-Gimpera y su escuela. Medio siglo de recuerdos", en *A Pedro Bosch Gimpera en el septuagésimo aniversario de su nacimiento*, México, UNAM, 1963, p. 367.

² Véase prólogo, en *A Pedro Bosch-Gimpera en el septuagésimo aniversario de su nacimiento* y también su puesta al día en *In memoriam*.

³ Ignacio Bernal, en *In memoriam*, p.79.

Schöbinger, se compenetró Bosch-Gimpera con la prehistoria del Nuevo Mundo y realizó aportes de importancia a su investigación porque, dijo Osvaldo Menghin, “son ejemplo de la búsqueda de un humanismo antropológico que de algún modo representa en nuestro siglo esa *anthropino sophia* de que hablaba Sócrates”.⁴

En cambio, el antropólogo sevillano Fermín del Pino reprochó a Bosch Gimpera su tardía y escasa producción americana debida a “su falta de familiaridad con la arqueología americanista”.⁵ No sé si el sevillano conoce, en alguna forma, la tarea de estudio que significa enfrentarse con la vasta historiografía americana existente y con el problema de la adaptación personal a un nuevo ambiente ciertamente difícil. Quizá desconsidera la labor previa, y necesaria, para encauzar esfuerzos en la nueva area de estudio. De la misma forma no considera el empeño del maestro, desde su alto puesto en la UNESCO, para iniciar la nueva serie Corpus Antiquitatum Americanesium que, al decir del arqueólogo Ignacio Bernal, muestra el interés de aquél por los problemas de este continente. La arqueología mexicana, añade, le debe más de un favor. Y más todavía, el haber aportado al estudio americanista orden y comprensión.⁶ Y esto sin olvidar el mérito de Bosch Gimpera de sostener la tesis, negada en un principio por los especialistas americanos, que otorga una antigüedad mayor a los poblamientos primitivos del Nuevo Mundo; los eruditos norteamericanos acordaron una excesivamente corta antigüedad al primer poblamiento de América.

Sus dos primeros alumnos mexicanos, Ignacio Bernal y Antonio Pompa y Pompa, son quienes expresan admiración y evalúan las clases del maestro en la Escuela Nacional de Antropología e Historia. Don Pedro, según el primero, le abrió la puerta grande así como horizontes y perspectivas insospechadas.⁷ Al decir del segundo el “famoso sabio” impartía una materia sugestiva y atrayente que, aunada a su “proyección pedagógica,” la hacía en

⁴ “Pedro Bosch Gimpera y Osvaldo Menghin, o la búsqueda de un humanismo antropológico”, *In memoriam*, p. 96.

⁵ Véase “Antropólogos en el exilio”, en *El exilio español de 1939*, Madrid, Ediciones Taurus, 1978, vol. 6, p. 64 y ss.

⁶ I. Bernal, *op. cit.*, p. 78.

⁷ *Ibid.*, p. 77.

extremo interesante.⁸ “Las disertaciones del maestro [insiste] abrían ventanas sugerentes al pasado remoto de la humanidad”.⁹

La ausencia de Don Pedro, dice el hoy notable historiador, “nos obliga a conservar su legado, su firme propósito de estudiar a fondo el mensaje del hombre primitivo americano; dentro de un plan metodológico y científico sin diletantismos como en muchas ocasiones se ha procedido, y así, de esta manera, honraremos su memoria”.¹⁰

De estas vocaciones, despertadas por el maestro, resultó en México el interés por la pintura rupestre y por levantar en todo el ámbito nacional un censo de lo existente y despreciado, y por estudiar tipologías, asociaciones con lítica y cerámica y demás asociaciones características. Este interés de Pompa y Pompa, sumado al de Juan Schobinger y Eduardo Ripoll-Perelló, permitió llevar a cabo una mesa redonda acerca del Arte Rupestre Sudamericano en Mar de la Plata, Argentina, en 1966. A partir de este simposio se realizaron otros tres y en el cuarto fue invitado de honor en representación de México y actuó de presidente mientras el profesor Antonio Pompa y Pompa, su discípulo, fue secretario. En el quinto simposio lo eligieron presidente por aclamación de los asistentes, y en 1974, en Baja California, su enfermedad privó a los simposiastas de su presencia y orientación. Pero lo eligieron, de nuevo por aclamación, presidente en ausencia. Asimismo, el Consejo Permanente de la Unión Internacional de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas le otorgó el título, creado para él, de presidente honorario a perpetuidad, al evaluar su insistencia en considerar el rupestre sudamericano como un caso general.

Hay que añadir al análisis su labor fecunda: cerca de doscientos registros de trabajos originales y más de cuarenta como traductor, de acuerdo con la bibliografía compilada por Juan Comas, ya mencionada.

El trabajo *El poblamiento antiguo y la formación de los pueblos de España*, aparecido en México, insiste sobre la fecundidad cultural de los pueblos que ocupan la Península ibérica. Sostiene

⁸ “Mi encuentro con el doctor Pedro Bosch-Gimpera”, en *In memoriam*, p. 83.

⁹ *Ibid.*, p. 87.

¹⁰ *Ibid.*

que la cohesión entre ellos, acentuada por la unidad hispánica, no se debe a la imposición estatal de Habsburgos y Borbones, sino a las leyes naturales de la convivencia geográfica y al libre obrar de las afinidades y de los valores espirituales creados en común. España a pesar de los esfuerzos centralizadores resulta ser un complejo polinacional un haz de pueblos que aún no ha encontrado la fórmula del equilibrio. Esta obra, resumen de una serie de estudios y temas analizados previos al periodo hispano, no responde a sutilezas, ingeniosidades y búsqueda de esencias de lo eterno español, sino a una seria y profunda meditación e investigación acerca de la realidad española subyacente por sobre las distintas imposiciones provenientes del exterior.

Todo surgió cuando el rector de la universidad de Valencia, doctor don José Puche, le encargó la conferencia de inauguración de cursos en 1938, que fue publicada en la *Revista de Catalunya*, titulada *Superestructuras de l'Historia d'Espanya*, hoy una rareza bibliográfica por haber sido retirada drásticamente de la circulación y después quemada, a raíz del triunfo del fascismo en España.¹¹ De ahí partió para escribir el prólogo sobre el mismo tema, en el libro publicado por Anselmo Carretero y Nieva, referente al tema *Las nacionalidades españolas*, en México el año de 1948 y después, en su segunda edición, por Aquellarre, México, 1952, que lleva el prólogo del historiador que nos ocupa.

Escribe Bosch Gimpera que ante el problema angustioso planteado por Ortega y Gasset, cuando se preguntaba por qué y para qué vivían juntos los españoles, nadie dio una contestación satisfactoria. Porque, “a diferencia de otros pueblos –España– no está hecha” pues existe en ella “una realidad permanente, unos pueblos que una vez cristalizados resurgen siempre a pesar de ofuscaciones, de dominios superpuestos o de intentos de borrarlos o de asimilarlos”. Por la presencia de tales pueblos existe una diversidad que no ha impedido la afinidad material y espiritual ni las notas comunes de carácter, que se manifiestan espontáneamente cuando no obedecen a una coacción. Tomándolo de otro catalán y español, sostiene nuestro español y catalán que “los pueblos españoles se debaten secularmente entre ‘el deseo de unión y la imposibilidad de amalgama’, como ciertamente ha dicho Nicolau d’Olwer”. Se trata pues, de pueblos mal ensambla-

¹¹Véase prólogo a la segunda edición por Miguel Tarradell, Barcelona, 1978.

dos dentro de superestructuras estatales que les son íntimamente ajenas.

Resulta así, y se puede comprobar desde el punto de vista histórico, que la interpretación oficial de la historia de España esta viciada por una ortodoxia unitaria y unos dogmas hegemónicos. Bosch Gimpera cree, con firmeza, que a pesar de los impedimentos opuestos por la Corona en contra de la coordinación de todos los pueblos, éstos tienden a ella de manera natural y que, desde hace siglos, se han ido creando lazos de unión y bases de inteligencia afectiva.

El problema español debe plantearse por todos los pueblos que lo constituyen, dice Bosch, y “cuando sea posible conocer el modo de concebir a España no sólo de los catalanes, los vascos y los gallegos sino también de los castellanos, los andaluces, los manchegos y todos los demás no contagiados o que han superado la supuesta ‘ortodoxia’ unitaria, creemos que se podrá saber, al fin, lo que es España y que ésta será fraternalmente la de todos. Entonces descubriremos que no hemos estado tan lejos los unos de los otros”.

El prólogo “luminoso”, dice Ortega y Medina, cobra incluso máxima actualidad en la España de hoy, que ya se siente y se ve a sí misma, a pesar de todo, como futura “Comunidad de pueblos” según Anselmo Carretero y Nieva y que, acepta Bosch Gimpera, es la que permitirá la *supernacionalidad* española en la que encajarían todas las nacionalidades, que los siglos y la tradición de los pueblos españoles han transformado y que todos los ensayos de unificación no han podido destruir.

Pedro Bosch Gimpera fue un científico de formación humanística pero con la obligación moral de ser político. Alguien dijo, después de su muerte, que fue “uno de los ejemplos más destacados de un hombre de ciencia comprometido con su país. Entendió muy pronto que su destino, como científico y como ciudadano, dependía de cuán activamente, él mismo contribuyera al triunfo de una causa política: la de la República española y, con ésta, a la de la Generalitat de Catalunya. Entendió además que dicha causa estaba relacionada con el progreso de la vida cultural del país”.¹²

¹²Juan A. Ortega y Medina, *El exilio español en México, (1939-1982)*, México, FCE, 1982, p. 313.

Los estudios de prehistoria, la conferencia de 1938, el libro de la formación de los pueblos españoles y el prólogo glosado nos muestran como la obra de Pedro Bosch Gimpera estuvo orientada y animada fervientemente por su amor a Cataluña y por lo mismo, también por su amor y por su espíritu de servicio para la España eterna y multinacional, que describió y razonó para la juventud española a la que dejó, en calidad de testamento de un profesor de alcurnia, su libro titulado la *España de todos*, Madrid, Seminarios y Ediciones, 1976, y reeditado en México después de su muerte bajo el título de *El problema de las Españas*, México, UNAM, 1982.

Bosch Gimpera fue un verdadero intelectual, infatigable preocupado por su especialidad y con muy altos valores, tanto en Europa como en América, que murió pesaroso por el destino de Cataluña y de España aunque nunca volvió a pisar su suelo.

2. *Juan Comas Camps*

Juan Comas Camps nació en Alayor, Menorca, en 1900 y murió en la ciudad de México en 1979. Se graduó como inspector de Primera Enseñanza y ejerció en las principales capitales españolas. Comas se formó en Europa pero se desarrolló en América. En Madrid estuvo bajo la influencia de Luis de Hoyos Sainz que lo inclinó hacia la antropología y hacia la prehistoria. Bocado en Ginebra entre 1927 y 1929, completó su formación psicopedagógica bajo la dirección de dos profesores como Jean Piaget y Eduardo Claparède. Le oí decir que se fascinó con las enseñanzas de Eugenio Pittard, entonces uno de los más grandes antropólogos físicos, “verdadero maestro”, decía Comas, pues le abrió camino en el conocimiento científico de la antropología física y la arqueología.

La actividad editorial obsesionó a Comas toda su vida pues fue autor, editor, traductor y polemista incansable. Educar era una necesidad y ello explica su fervor por las publicaciones. En España fue secretario de la *Revista pedagógica* donde publicó reseñas, notas, traducciones al español de los trabajos importantes de sus maestros Piaget y Claparède, además de traducir a Adler, Ganz, Bowen y otros.

Participó en la guerra civil española y durante el cerco de Madrid por los fascistas se dio de baja del partido socialista para entrar al comunista porque le ofrecía una mayor disciplina.

Después de la guerra estuvo en el campo de concentración de Argelès sur Mer, escapó ayudado por amigos y llegó a Ginebra. Su maestro Pittard lo acogió y terminó su doctorado al defender su tesis titulada *Contribution à l'étude du metopisme* en agosto de 1939. Pasó a Holanda y de allí a Veracruz, donde llegó en octubre de 1939.

En México lo contrataron como antropólogo físico en el Instituto Nacional de Antropología e Historia y fue uno de los fundadores de la Escuela Nacional de Antropología e Historia donde ejerció la docencia hasta 1975, en que se jubiló. Pero Juan Comas nunca abandonó sus inclinaciones pedagógicas y pasó por la Escuela Normal de Pachuca y codirigió la revista *Educación y cultura* (1939) apegándose en sus labores a la circunstancia mexicana que le obligó a entrar en el campo muy avanzado y especial de los estudios antropológicos mexicanos.

En crisis de conciencia política personal, provocada en parte por el pacto germano-soviético de 1939, se dio de baja en el partido comunista y ello fue sensible para el partido comunista español en el exilio.

Comas formó parte del Instituto Indigenista Interamericano y con ello despertó su amor por los indígenas americanos. Participó en la conferencia de Chicago que discutió la personalidad del niño indígena. Tuvo a su cargo la edición de la conocida revista *América Indígena* y del *Boletín Indigenista*. En ambas fue editor en jefe desde 1943 a 1955, cuando le nombraron investigador de tiempo completo del Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM, y profesor del Colegio de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Dirigió el *Boletín Bibliográfico de Antropología Americana* del Instituto Panamericano de Geografía e Historia, durante muchos años. Fue profesor de la Escuela Normal Superior de 1946 a 1955, cuando se dedicó con exclusividad a la enseñanza y la investigación en la Universidad. En los últimos diez años de vida ayudó con su magisterio al doctorado en pedagogía de la Normal Superior.

Su vida está representada por los puestos que desempeñó, pues nos muestran a Juan Comas Camps como un hombre apasionado por dos actividades que le eran fundamentales, y lo digo así porque le llenaron la vida y le impusieron la necesidad de la tercera ocupación: ante todo fue un gran maestro, en segundo lugar fue un gran publicista y en tercer lugar fue un muy buen

autor, pero en función de las dos actividades primordiales que he indicado.

Como en primerísimo lugar estuvo su pedagogía, claro está, dentro del campo de la antropología física y de la arqueología, ello explica que publicara *La antropología de los pueblos iberoamericanos* (1974), y al año siguiente *Origen de las culturas precolombinas*.¹³ Ambas respondían a sus necesidades como maestro y con ellas coronaba la cantidad de generaciones de alumnos que formó el maestro Comas. Claridad, disciplina, exigencia, vigor, continuidad en su labor, fueron las características sobresalientes en el quehacer pedagógico del doctor Juan Comas. Sus alumnos fueron siempre motivo de regocijo y de amistad para él, raro fue al que no tuvo verdadero cariño, que no llevó a su casa para comer y beber en su mesa, aconsejarlo y quererlo. Acudiéndolo, si hubiera necesidad, y regocijándose con él cuando había razón para ello.

Otros aspectos hubo en su enseñanza que fueron de interés real. El indigenismo y su simpatía por el americanismo dieron lugar a su enorme producción valiosa por los libros, las notas, las traducciones, las reseñas tanto de libros extranjeros como nacionales que se convirtieron en una fuente continua de bibliografía comentada, relacionada con temas prehistóricos, arqueológicos, raciales y racistas, culturales, biológicos, alimenticios, etcétera, referidos tanto a México como a América.

Es importante insistir en que Comas apreció y admiró la obra de los primeros etnólogos de América en la colonia hispana: Sahagún, Acosta, Zurita, Torquemada, Vasco de Quiroga, Motolinía, Mendieta, Las Casas, cuyos trabajos científicos, críticos y hasta utópicos sirvieron y sirven prácticamente como guías y orientación de la antropología mexicana tan inclinada a la praxis social, mientras que hereda los más brillantes trabajos científicos. Comas es quien consolida y continúa la tradición antropológica española del siglo XVI y por ello la vehemencia, el calor y el entusiasmo con que defendió la figura del padre Las Casas de los ataques de Bayle, Carvia y Pérez Barradas, sin soslayar la crítica antilascasiana e hispanizante de Menéndez Pidal.¹⁴

¹³México, SEP, 1975 (Sepsetentas, 175), 160 p.

¹⁴Juan A. Ortega y Medina, "Antropología" *El exilio Español en México, (1939-1982)*. México, FCE, 1982, p.325.

Comas, apasionado e incluso violento en la defensa del hombre indio, tanto del histórico como del actual, podría compararse con Las Casas a partir de su llegada a México. Podría decirse que, por su vocación indigenista iniciada en 1942 con la publicación de *América Indígena* y su artículo sobre “El problema de la región trique”, además de por su vehemente y amorosa actividad es comparable con Las Casas. Ningún español acometió la tarea de defender la persona del indio y su cultura con mayor insistencia que este antropólogo pasional menorquín. Esas pasiones de Comas lo convirtieron en un polemista temible en su crítica, tanto científica como académica, del mayor rigor, pero también altamente destructiva para los trabajos defectuosos o insuficientes de sus colegas, nacionales o extranjeros. Las revistas fueron así un magnífico y necesario instrumento para este propósito y el simple análisis de sus artículos ilustra de sobra lo que estoy apuntando.

Hacer un recuento de lo escrito y publicado por Comas desde 1940, cuando llegó a México, hasta 1979 es impresionante: cinco registros de textos para la docencia; 54 libros, folletos y artículos para divulgación e información; 143 trabajos de investigación; 17 bibliografías y notas necrológicas; 375 reseñas y comentarios bibliográficos y todavía tuvo el tiempo para hacer 12 traducciones.

3. *Ángel Palerm Vich*

Ángel Palerm nació en Ibiza, Menorca, el 11 de septiembre de 1917 y murió en México el 17 de junio de 1980, a los 63 años. Se hizo en España pero se formó y desarrolló en América. A México llegó con 22 años, después de intervenir como comandante de infantería en la famosa batalla del Ebro donde ganó la medalla del valor. En Barcelona había entrado a la Universidad condal cuando en 1936 se enroló en las milicias. Participó en las brigadas internacionales y en el partido comunista. Fue herido tres veces en combate y al llegar a México en 1939 abandonó al partido comunista. En la filosofía marxista buscó las respuestas a la atormentada historia de España y a las causas de la derrota republicana. Estudió en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de México la licenciatura que terminó en 1949. Desde 1945 había entrado a la Escuela Nacional de Antropología e Historia consiguiendo la maestría en etnología en

1952. Con la doctora Kelly investigó a los totonacas del Tajín y los resultados se publicaron con la autoría de ambos. En la Escuela Nacional de Antropología e Historia pudo aprovechar el trabajo de profesores como Paul Kirchhoff, Paul Rivet, Jacques Soustelle, Ralph Beals, George Foster e Isabel Kelly, además del grupo brillante que hubo de profesores mexicanos y españoles. Conoció la crítica de los creadores de la antropología moderna (Boas, Malinowski, Murdock, Lowie) y maduró con sus prácticas de campo.

Por consejo de Juan Comas trabajó en la OEA durante 13 años y recibió las influencias de Gordon Childe (paradigmas de la revolución urbana), de su maestro y amigo Julian H. Steward (hipótesis de la evolución multilínea) y de Karl Wittfogel (tesis sobre la sociedad hidráulica). Elementos éstos que le permitieron construir su teoría de la civilización, “que contradujo las formulaciones que sobre la dicha teoría sostendrá empecinada y anticientificamente la postulada por el marxismo oficial mexicano y latinoamericano y por las teorías de los antropólogos que se pueden llamar clásicos.”¹⁵ Palerm resultaba muy heterodoxo en la tónica oficialista ortodoxa antropológica mexicana, inspirada en la escuela de Boas, que suponía reconstruir el pasado cultural de los grupos indígenas con una etnografía descriptiva, además del rescate etnográfico de las culturas en extinción. Según Palerm, la antropología indigenista mexicana no consideraba necesario promover un renacimiento cultural de las identidades étnicas de los grupos indígenas porque la antropología se confundía en México con el indigenismo, así éste y la antropología pasaron a ser instrumentos de la política de integración nacional; pero política de integración, identificada con las metas objetivas y subjetivas del desarrollo del capitalismo mexicano.

Relacionado con los mejores antropólogos de los Estados Unidos durante su estancia en Washington: Adams, Meggers, Drader, dirigió la *Revista Interamericana de Ciencias Sociales* e impartió clases en la American University y en la Catholic University después de doctorarse en 1962. Salió de la OEA y de 1965 a 1968 impartió cursos en la Universidad de San Marcos de Lima y en México en la Escuela Nacional de Antropología e Historia. De su curso sobre teoría etnológica saldría más tarde su “Intro-

¹⁵Juan A. Ortega y Medina, *op.cit.*, p. 345.

ducción a la teoría etnológica”, que es un proyecto para renovar la etnología impartida en México, publicado en 1967 por la Universidad Iberoamericana, cuando comenzó a impartir clases en esa institución donde fundó el Instituto de Ciencias Sociales y la carrera de antropología social. Palerm publicó sus novedades en una vasta lista de publicaciones. En 1975 fue director del reciente Centro de Investigaciones Superiores del INAH, que Palerm convirtió en un centro de investigación de primer orden. El resultado de su trabajo fue el impacto que hizo en los estudiantes, de los que se graduaron un centenar. Con el cambio de gobierno Palerm regresó a la Iberoamericana. Fundó la División de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad Metropolitana y el Departamento de Antropología.

Después de publicar la *Introducción a la teoría etnológica* en 1967, inició la confección de tres tomos sobre historia de la etnología, *Los precursores* (1974), *Los evolucionistas* (1976), *Taylor y los profesionales británicos* (1977), y le faltó la publicación de otro volumen que escribió con la colaboración de sus mejores alumnos sobre la contribución de los antropólogos alemanes a la ciencia del hombre. En 1979, alumnos de la Escuela Nacional de Antropología e Historia lo invitaron a reanudar el curso de etnología que había sido abandonado por muchos años en favor de la antropología social. De hecho Palerm fue un revolucionario en el estudio de la antropología en México.

Palerm respondió también a la pregunta planteada a los españoles que llegan a México: se les critica la identidad en vista del pasado histórico negro de España en Hispanoamérica y en particular en México, debido a la conquista. Debemos reconocer que existen resentimientos que llegan a los mexicanos desde la escuela primaria como muestra del rezago de la influencia política liberal mantenida por los gobiernos en la educación elemental, desde los días de Juárez (1876). En Palerm como en otros jóvenes se despertó la necesidad de abordar con crítica la realidad mexicana que tenían que vivir. Eran españoles pero también mexicanos por adopción, afinidad y decisión. Quizá se explica así que prefirieron la antropología, un conocimiento más concreto que la historia, directo y menos especulativo y emocional. Algunos no pudieron resistir los antagonismos y los obstáculos que les opusieron y, Palerm incluso, salieron del país pero desde su segundo exilio en los Estados Unidos continuaron sus preocupaciones mexicanistas.

Los antropólogos españoles exilados hicieron un gran impacto con sus conocimientos en la antropología mexicana y se reconocen por sus colaboraciones, investigaciones, enseñanza, publicaciones y promoción de reuniones internacionales.

En México se dieron los trabajos de los antropólogos maduros formados en España como Bosch Gimpera; Comas que, si bien estaba hecho al llegar, se desarrolló en México; y los de quienes se formaron en México a los que perteneció Palerm; y aún queda lo que hicieron los hijos nacidos en México y formados unas veces en México y otras en el extranjero, que son propiamente productos mexicanos.

Los formados como Palerm, en México, se interesaron por los temas candentes que preocuparon a los mexicanos, indigenismo, reforma, urbanización, industrialización, sistema político, crisis, demografía, etcétera y sintieron como propia una problemática que los desentendió de su tradición y formación política española en la que tanto tuvo que ver la guerra civil. Su tarea no fue fácil, pues la antropología estaba comprometida con los problemas del país y nuestros antropólogos fueron vulnerables a los recelos e incluso a los ataques del nacionalismo o al matiz político distintivo que los coloreaba. Sin embargo lograron aceptar, con entusiasmo, la tradición crítica de la antropología mexicana haciendo suyos proyectos y realizaciones, sumándose a las tareas prácticas de la misma y usando de la tradición española del siglo XVI que ayudó a integrarse intelectual, moral y hasta cristianamente a la realidad mexicana pues, de lo contrario, hubieran tenido que encerrarse en sí mismos.

El doctor Gonzalo Aguirre Beltrán al emprender su revisionismo antropológico a las políticas indigenistas tradicionales, proporcionó una teoría y una práctica que sirvió (junto con la influencia marxista de los profesores y tratadistas, conocidos y citados con anterioridad), para reenfocar la historia social y cultural prehispánica.

Para Palerm la aplicación a la antropología de la teoría y el método marxista puede realizar la ruptura del *status quo* que permitiría la renovación de la ciencia antropológica mexicana. Pero a esta ruptura tienen que seguir otras y entre ellas el reconocimiento de la relatividad de los condicionamientos históricos sociales del propio marxismo, con ello el resultado sería abandonar la fácil comodidad de todo sistema bien establecido. Se trataba,

además, de recuperar valores científicos tradicionales de la antropología como tradición crítica no marxista representada por el pensamiento utópico cristiano y socialista, por el anarquismo, por la ideología revolucionaria de la burguesía de los siglos XVIII y XIX y por el liberalismo.

Palerm y su actividad puso de relieve que la función crítica del antropólogo debe proyectarse sobre nuestra sociedad, profundizándola e investigándola con la vista puesta en la transformación de la misma. Pero teniendo en cuenta la diversidad de la experiencia cultural humana y de los valores intrínsecos de cada forma social. Al proyectar hacia el futuro la diversidad cultural del pasado, ofreció la perspectiva de una posibilidad abierta a nuevas clases de experiencia. Por lo que toca a la organización de las sociedades, Palerm nos alejó de la evolución rectilínea unilineal y tiene muy en cuenta la relación entre las ciencias sociales y la política rechazando el evolucionismo lineal de Morgan, Baudouin y adhiriéndose al multilínea de Steward y desde ahí llega a una auténtica antropología social de inspiración marxista, pero no dogmática. Estas fueron las verdaderas aportaciones de Palerm que lo hicieron popular entre los estudiosos.

El pseudomarxismo oficialista mexicano provocó la respuesta de los que se escudan en la interpretación Morgan-Marx-Engels y de los que clamaron contra la interpretación de Palerm de considerar la dictadura stalinista como una derivación moderna de la tesis del despotismo oriental. Sus conferencias al inaugurar la Escuela de Graduados de la Universidad Iberoamericana demostraron cuán errados estaban Marx y Engels al aceptar la tesis simplista de las etapas evolutivas de la humanidad en el *Manifiesto Comunista* y en la *Ideología alemana*, fundadas en el desarrollo de la sociedad europea y, sobre todo, puso en evidencia cuán anticientíficos fueron Lenin y Stalin al ocultar y prohibir la difusión de la teoría marxista del modo de producción asiático. Según Palerm, Marx ya había vislumbrado en sus "Grundrisse" el concepto de evolucionismo multilínea, tesis que él al igual que Engels abandonarían sacrificando el conocimiento científico en aras de la política. Las reacciones en contra de Palerm por estas afirmaciones fueron duras al igual que también las hubo en contra de la tesis de la sociedad hidráulica que recoge Palerm en 1973, original de K. Wittfogel, que aplica a las obras hidráulicas prehispánicas en el sistema lacustre del Valle de México, pues

la tradición histórico arqueológica mexicana se resiste todavía a las explicaciones novedosas de esos dos autores sobre las civilizaciones centroamericanas.

Lógicamente la visión de Palerm sobre la historia de España siempre fue diversa a la historia quijotesca, mística y heroica y se levantó en su contra, fundamentando la decadencia en causas políticas, económicas y sociales. Considera la paralización como el resultado de los intereses egoístas de una oligarquía empeñada en cavarse su propia tumba por no aceptar los aires benéficos, para todos, de la modernidad.

ÍNDICE

| | |
|------------------------|---|
| PRESENTACIÓN | 9 |
|------------------------|---|

ESPAÑA Y SU COLONIA

| | | |
|------|--|----|
| I. | HISTORIAS COMPARADAS, ESPAÑA Y MÉXICO | 13 |
| II. | EL SUEÑO Y ENSUEÑO DE LOS CONQUISTADORES | 23 |
| III. | LAS RUTAS DE NAVEGACIÓN QUE CULMINARON CON EL DESCUBRIMIENTO | 37 |
| IV. | SABIDURÍA Y ESFUERZO PARA LA CONQUISTA. CATALUÑA EN LA HISTORIA MUNDIAL | 49 |
| V. | LOS HOMBRES DE MAR Y LOS HOMBRES DE TIERRA EN LA HISTORIA DE MÉXICO | 71 |
| VI. | LAS RUTAS DE COMUNICACIÓN MEXICANA Y SU DEPENDENCIA DE LA GRAN NAVEGACIÓN DE ALTURA RENACENTISTA . . | 79 |
| VII. | ESTAMPAS Y TRIBULACIONES DE LA MEDICINA EN LA COLONIA | 99 |

| | | |
|-------|---|-----|
| VIII. | LA DEFENSA DE LA NUEVA ESPAÑA EN EL CARIBE | 115 |
|-------|---|-----|

| | | |
|-----|---|-----|
| IX. | TRANSICIÓN EN LA HISTORIA GENERAL DE AMÉRICA | 123 |
|-----|---|-----|

LA NACIÓN

| | | |
|----|---|-----|
| X. | LA VISIÓN DEL CONJUNTO LATINOAMERICANO EN EL SIGLO XIX | 137 |
|----|---|-----|

| | | |
|-----|-----------------------|-----|
| XI. | LATINOAMÉRICA POR QUÉ | 145 |
|-----|-----------------------|-----|

| | | |
|------|-----------------------------------|-----|
| XII. | LO QUE NOS DEJÓ BOLÍVAR | 165 |
|------|-----------------------------------|-----|

| | | |
|-------|--|-----|
| XIII. | EL CONFLICTO DEL SIGLO XIX CON LOS ESTADOS UNIDOS | 183 |
|-------|--|-----|

| | | |
|------|--|-----|
| XIV. | PRELIMINARES POLÍTICOS AL PRIMER TRATADO DE COMERCIO ENTRE MÉXICO Y ESPAÑA | 207 |
|------|--|-----|

| | | |
|-----|--|-----|
| XV. | LA INTERVENCIÓN DE J. R. POINSETT EN LA LLEGADA DE VICENTE GUERRERO AL PODER | 237 |
|-----|--|-----|

| | | |
|------|--|-----|
| XVI. | LA POLÍTICA DIPLOMÁTICA DE LA EXPANSIÓN DE LOS ESTADOS UNIDOS | 245 |
|------|--|-----|

| | | |
|-------|---|-----|
| XVII. | ¿PAN-LATINISMO, PAN-HISPANISMO, PAN-AMERICANISMO, SOLIDARIDAD? | 267 |
|-------|---|-----|

LA GENTE Y SU PUEBLO

| | | |
|--------|-----------------------------------|-----|
| XVIII. | MI PASO POR LA FRONTERA | 277 |
|--------|-----------------------------------|-----|

| | | |
|------|--|-----|
| XIX. | EL SENTIDO DE LA HISTORIA DE JUAN ANTONIO ORTEGA Y MEDINA. HOMENAJE EN SUS 70 AÑOS DE VIDA | 289 |
|------|--|-----|

| | | |
|------|--|-----|
| XX. | EL DOCTOR PEDRO BOSCH GIMPERA QUE YO CONOCÍ. HOMENAJE EN UN ANIVERSARIO DE SU MUERTE. | 301 |
| XXI. | TRES CATALANES EN LA ANTROPOLOGÍA MEXICANA: PEDRO BOSCH GIMPERA, JUAN COMAS Y ÁNGEL PALERM | 311 |

El Descubrimiento y la Integración Iberoamericana,
fue editado por Enkidu Editores S.A. de C.V.
para la Dirección General de Publicaciones
y en su composición se utilizaron tipos Times Roman
de 10:11, 9:10 y 8:9 puntos.
Se terminó de imprimir en el mes de octubre de 1991
en los talleres de Robles Hnos y Ass., S.A.
El tiraje fue de 1 000 ejemplares

Diseño portada: Rolando Morales
Portada: *Paisaje*, Carlos Bosch García